



bait

INTERNATIONAL BESTSELLING AUTHOR
JADE WEST

¡IMPORTANTE!

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans. Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo. No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro. Por favor no menciones por ningún medio social donde pueda estar la autora o sus fans que has leído el libro en español si aún no lo ha traducido ninguna editorial, recuerda que estas traducciones no son legales, así que cuida nuestro grupo para que así puedas llegar a leer muchos más libros en español.



SIGUENOS EN NUESTRAS REDES SOCIALES:

Instagram: Team_Fairies

Facebook: Team Fairies

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

Staff

Traducción

Hada Elga

Corrección

Hada Aerwyna

Corrección

Final

Hada Eris

Lectura

Final

Hada Eris

Diseño

Hada Muirgen

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

SINOPSIS

Un extraño en línea. Cabello oscuro y ojos aún más oscuros que conocía mis sucios deseos antes que yo.

Una fantasía que nunca debería ser pronunciada. Pero él me hizo confesar.

Y ahora viene por mí.

Rudo. Sucio. Peligroso.

Se supone que es una noche donde cumplirá mi fantasía y me hará olvidar.

Me hará suya y yo fingiré que no quiero que lo haga.

Yo correré y él me perseguirá.

Porque yo le pedí esto.

Le rogué por esto.

Esta noche, en la oscuridad, él es el cazador.

Y yo soy el cebo.

i love how beautiful
you are when you hurt

Uno

Quiero conservar mis sueños, incluso los malos, porque sin ellos podría no tener nada en toda la noche.

Joseph Heller

ABIGAIL

No puedo decir el momento exacto en que empezaron los terrores nocturnos. No hubo ninguna experiencia traumática en mi infancia que los desencadenara. No hay un momento definido que marcara el comienzo de los gritos en la noche. Ningún acontecimiento significativo que llevara a una niña feliz de cinco años a despertarse sudando y lamentándose en la oscuridad.

Mis padres lo atribuyeron a la televisión que no debía ver. Historias de miedo de niños mayores en el patio de recreo. Una imaginación hiperactiva.

No importa de dónde vengan. La verdad es que no.

Llegaron sin invitación y se instalaron. De forma permanente. *Eso es lo que realmente importa.*

Cada noche, sin falta, el monstruo me perseguía a través de la maleza. Cada noche sentía su aliento caliente en mi cuello mientras corría por mi vida.

Cada noche la bestia se acercaba un poco más. Un poco más grande. Un poco más aterradora.

Tal vez no pueda decirte cuándo y por qué el monstruo empezó a perseguirme en primer lugar, pero sí puedo decirte cuándo dejé de gritar.

Puedo decirles cuando las pesadillas dejaron de ser terribles y el monstruo se convirtió en un hombre.

Incluso puedo decirte cuando empecé a desearlas. A querer la persecución. A desearlo a *él*.

Y puedo decirte cuando, finalmente, un día las pesadillas cobraron vida.

Mi nombre es Abigail Rachel Summers, y esta noche soy un cebo.



Dos semanas antes.

Jack Dobson es un tipo que podría considerarse convencionalmente atractivo. Tiene una cara simétrica, pómulos altos y la cantidad justa de gel en su cabello desordenado.

i love how beautiful
you are when you hurt

Es miembro de la brigada de las camisas rosas en la oficina, y ahora lleva una, con un aspecto totalmente fuera de lugar en el restaurante que elegí para cenar esta noche.

Jack es un tipo que mis padres aprobarían. El tipo de persona con la que podrían conversar durante un asado. Tal vez incluso participar en un debate amistoso sobre el panorama político actual.

No tengo ningún interés en que esto vaya más allá. No quiero ver lo que lleva debajo de su camisa rosa, y tampoco tengo ganas de dejarlo ver lo que hay debajo de la mía.

Con todo derecho, eso significa que no debería estar aquí, pero el filete es bueno y las chicas de la administración me obligaron esta mañana en la fotocopidora.

No tuve el valor de decirles que Jack Dobson es un buen tipo. Demasiado bueno para mí.

Se ríe mientras cuenta otra historia sobre un colega que no conozco. Sonrío amablemente mientras termino mis champiñones.

—Todavía no has conocido a los chicos de Worcester, ¿verdad? —me pregunta de nuevo y asiento con la cabeza—. No te preocupes —dice—, en cuanto cumplas los seis meses serás como parte del mobiliario. Se acerca la barbacoa de verano. Después conocerás a *todo el mundo*.

No quiero llegar a los seis meses y no quiero conocer a todo el mundo. No me importa mi trabajo en Office Express y no me importa que tal vez alguien como Jack pueda ser bueno para alguien como yo.

Tal vez en otro lugar y tiempo, pero no aquí y definitivamente no ahora.

Estoy desarraigada aquí. Tres meses en una vida que nunca quise vivir. Tres meses después de una existencia tan delgada como el papel, pensé que era mi mejor oportunidad para comenzar de nuevo.

Estoy aquí con Jack porque me aferro a la esperanza que un día me despertaré sin la punzada de pérdida que me destruye el alma. Que no me agarraré el vientre y lloraré en la almohada al darme cuenta de nuevo que este es mi mundo ahora.

Soy pragmática. O lo soy estos días.

Si alguna vez voy a despertar y darme cuenta que esta nueva vida no es tan mala, tiene que ser realmente una apariencia de ella.

Así que fuerzo otra sonrisa. Finjo otra risa. Pido otro trago. Intento interesarme por Jack y sus ojos amables y su camisa rosa. Intento fingir que soy una chica normal que lleva una vida normal sin una tonelada de mierda de equipaje colgando de la soga alrededor de mi cuello.

Creo que me cree. Después de tres vasos vacíos, incluso empezó a creermme.

Hasta que *lo* veo. El tipo de la barra.

Lleva demasiada ropa informal. Jeans sucio metido en grandes botas de barro. Tiene el bigote y cabello grasiento hasta los hombros, y unos ojos que no son nada amables, ni de lejos.

Y me mira.

De repente sé con certeza que nunca descubriré qué hay debajo de la camisa rosa de Jack. Se me entrecorta la respiración y se me hace un nudo en el vientre de los nervios, mi corazón ya palpita al pensar en que puede ser esto realmente.

Tal vez el chico de los jeans sea el que me persiga.

Tal vez sea mi monstruo.

—Tierra llamando a Abigail. —La risa de Jack es tan felizmente inconsciente. Sonríó al tiempo que me sobresalto al verlo.

—Lo siento —digo—. Debo estar cansada. Un día largo.

—Los jueves te hacen eso. Día de entrega, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Todavía estoy aprendiendo como funciona todo. Los códigos de los productos me salen por las orejas.

—Lo conseguirás —dice amablemente—. Es mucho para asimilar.

No lo es, pero sonrío de todos modos.

Ni siquiera me he dado cuenta que he puesto los cubiertos en el plato hasta que me sugiere que pidamos la cuenta. El pánico es instantáneo e intenso, cuando agarro la carta de postres del puesto que hay entre nosotros.

—Quizás un poco de chocolate me despierte —sugiero, y él apoya una mano en su estómago.

—No para mí. No podría comer otra cosa. —Hace una pausa—. Sin embargo, puedes pedir uno. Tal vez te anime lo suficiente como para ir a un club. Es noche de discoteca en Divas. El jueves por la noche es especial, algunos de los vendedores ya están fuera.

Veó cómo el chico del jeans se toma un whisky en la barra y pide otro. Se alisa el bigote con la boca abierta, mirándome fijamente mientras Jack llama a la camarera para que tome mi pedido.

El tipo del jeans me desea. Lo veo en sus ojos.

La sonrisa socarrona de sus labios me dice que sabe que yo también lo deseo.

Mi alma sucia debe ser un faro para otras almas sucias que buscan pasar un buen rato. Siempre es así.

Deben olerla en mí. Lo deben saborear en el aire. Entonar las frecuencias jodidas de los raros como yo.

Por suerte la gente normal, como el dulce Jack aquí, no se les pasa por la cabeza.

No quiero sentir el cosquilleo entre mis piernas al pensar en las sucias manos del hombre de jeans sobre mí. No quiero apretar mis muslos bajo la mesa al pensar en su sucia polla dentro de mí.

No quiero desearlo, pero lo deseo.

Este lugar está en las afueras del centro de la ciudad. Ya sé que el camino del río pasa por la parte trasera del estacionamiento.

Sé que estará oscuro y tranquilo un jueves por la noche, sin apenas un alma alrededor.

Intento no mirarlo cuando llega mi postre. Le hago preguntas a Jack sobre su historia de diez años en la oficina, desviando descaradamente sus preguntas sobre mí.

El hombre de jeans se ha tomado dos tragos más para cuando mi plato está limpio. Se lame los labios y sonríe mientras me muestra sus dientes. Mi coño palpita al ver sus dedos extendidos.

Dos el chico de rosa, uno el apestoso.

Es realmente asqueroso.

Realmente no quiero querer esto.

Me siento tan asquerosa como él mientras me encuentro con sus ojos y le hago un suave movimiento de cabeza. Jack ni siquiera se da cuenta, está demasiado ocupado levantando la mano para pedir la cuenta.

El hombre de jeans termina su bebida y se dirige a la entrada trasera. Se acerca lo suficiente a su paso como para que huela el gasoil que lleva encima. Me pregunto si su polla también huele así.

Jack paga la cuenta antes que pueda protestar, todo sonrisas mientras agarra su chaqueta de traje y se la pone.

—Vamos a la pista de baile —dice, y me siento como una perra cuando registra mi expresión de evasión.

—Todavía estoy muy cansada —miento—, debería volver a casa, mañana será un día largo.

Asiente con la cabeza. Se encoge de hombros. Y entonces demuestra que realmente es un tipo decente, a diferencia del pedazo de mierda que me espera fuera.

—Claro, por supuesto. En otro momento. Te acompaño a casa.

—No es necesario —digo—. Llamaré a un taxi. —Levanto mi teléfono.

—Entonces esperaré a que llegue —ofrece, pero niego con la cabeza.

—En serio, no hace falta. Ve a Divas con los chicos. Tendrás un baile decente si eres rápido.

Parece inseguro hasta que recojo mis cosas. No lo miro, fingiendo que estoy tecleando el número del taxi mientras él se entretiene torpemente. Me acerco la llamada falsa a la oreja y le digo que lo veré por la mañana.

Sigo con el auricular en la mano cuando se despide y se dirige de mala gana a la salida.

Espero veinte segundos antes de dirigirme a la parte trasera.

Está oscuro, como sabía que estaría. Los focos proyectan una luz anaranjada y siniestra que me da escalofríos. El estacionamiento está lo suficientemente vacío como para ver a un tipo de jeans apoyado en un viejo y maltrecho camión. Está fumando mientras espera, y apenas se endereza cuando mis tacones suenan sobre el asfalto en su dirección.

Levanto una mano cuando intenta hablar. Aplanando mí cuerpo al suyo mientras aterrizo mis labios directamente en su sucia boca. Sabe a humo y a whisky. Su bigote me hace cosquillas en el labio superior y me hace estremecer.

Apaga su cigarrillo y desliza sus sucios dedos dentro de mi chaqueta.

Mi clítoris se estremece al recordar el gesto de su mano. Separo las piernas cuando su sucia mano se desliza bajo mi falda.

Ya estoy mojada a través de las bragas. Gimo en su boca abierta mientras me frota a través del encaje.

Es un tipo duro. No es hábil. Sus dedos presionan tan fuerte que duele.

—Eres una perra sucia para ser tan bonita —gruñe.

—Fóllame —siseo—. Me gusta lo rudo.

Me tira de la cabeza hacia atrás por el cabello.

—¿Es eso cierto?

La oscuridad ya está dentro de mí, la adrenalina bombea ante la idea de tomar su asquerosa polla.

Es delgado, pero musculoso. Alto pero, fuerte. Y rápido.

Estoy segura que será rápido.

bait
poetry

Le meto la mano en la polla a través de los jeans y le aflojo el cinturón, metiendo mi lengua en su boca para darle un beso más antes de apartarme de él.

Me mira fijamente con ojos oscuros mientras me alejo unos pasos.

—¿Cuál es el puto problema? —gruñe, pero sigo caminando.

Se me eriza la piel cuando me sigue. Sus pasos son pesados. Duros.

Rápidos.

—Oye, perra. ¿Cuál es el puto problema aquí?

Le lanzo una mirada por encima del hombro, pero sigo adelante.

Acelero a medida que él acorta la distancia, y empiezo a trotar cuando llego a la entrada del camino del río.

Y entonces me agarra. Su mano se cierra alrededor de mi brazo y me arrastra hacia él, su aliento caliente en mi cara mientras nos miramos fijamente.

Gimo cuando me aprieta la teta a través de la blusa. Me siento lo suficientemente bien como para engancharme a su muslo y apretar mi coño a través de las bragas.

—Voy a follarte todos los agujeros, zorra asquerosa —me dice.

Por un momento me planteo si debería dejarlo.

Me pregunto si la adrenalina en mis venas realmente vale la pena.

Si sentirse *viva* vale la pena todo esto.

Pero sentirme viva es lo único que me queda. Los momentos que pasan son lo único que me hace seguir adelante.

i love how beautiful
you are when you hurt

Gruñe de rabia cuando me alejo de él por segunda vez. Apenas avanzo diez pasos antes que vuelva a estar sobre mí y el corazón me late en las sienes.

Monstruo.

Su aliento en mi cuello.

Sus manos sobre mí.

Pero no.

No es él.

Nunca lo es.

—¿Quieres follar o no, puta loca, eh? —Me alegro de no poder ver sus ojos en la oscuridad—. ¡Decídetes, maldición!

Y lo he hecho.

—No —le digo—. No quiero.

Miro fijamente a la oscuridad del camino del río, la adrenalina disminuye cuando él maldice en voz baja y se dirige por donde ha venido.

—¡Estás completamente jodida! —grita antes de llegar a su camión y hacer sonar la alarma.

Oigo cómo se aleja el camión y me alegro de no haber acabado atada en su maletero. Está demasiado borracho para conducir.

Puede que esté jodida, pero hasta yo tengo sensibilidad.

Contemplo el resplandor de la ciudad al otro lado de los prados, escuchando el siseo del río mientras imagino mi pequeño apartamento en la distancia. Las luces estarán apagadas. La habitación escasa y fría, decorada solo con el puñado de baratijas que traje de mi antigua vida.

JADE WEST

bait

Mis lágrimas de vergüenza son silenciosas. Las adormecidas son siempre las más lamentables.

Pero no son las marcas de los dedos mugrientos en mis bragas, ni el sabor del whisky en mis labios lo que me hace llorar esta noche.

No, son las lágrimas de alguien que se avergüenza de querer un monstruo en la oscuridad. De querer ser tomada sin piedad. De querer la promesa de alivio que supone estar al borde de algo verdaderamente aterrador.

Son las lágrimas de alguien que llora su vida perdida.

Sus antiguos amigos. Su antiguo trabajo. Su antiguo apartamento con el pasillo verde y el atrapasueños en la ventana del salón.

El bebé que le robaron antes que respirara.

Y el hombre que lo puso dentro de ella.

El hombre que me destruyó.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
p u l c

Dos

Los monstruos son reales, y los fantasmas también. Viven dentro de nosotros, y a veces, ganan.

Stephen King

PHOENIX

Hay algo en golpear la ladera con un aliento brumoso y mi pulso en los oídos que da la ilusión de estar llegando a alguna parte. A veces siento que si pudiera correr lo suficientemente rápido, dejaría atrás todos mis errores.

El amanecer se puede ver desde la cima mientras subo hacia la cordillera de Malvern Hills, con las luces parpadeando mientras la gente empieza su viernes por la mañana. Es agridulce pensar en los madrugadores que se juntan alrededor de la mesa del desayuno. Charlas, risas y discusiones. Canciones en la radio. Música en el auto.

Esa sensación de viernes.

La familia.

Una vez pensé que ese sería yo.

i love how beautiful
you are when you hurt

Si Mariana siguiera aquí, se reiría. A veces, cuando cierro los ojos, todavía la siento delante de mí, como si ella siguiera corriendo y yo persiguiéndola. A veces juraría que oigo el fantasma de su respiración junto a la mía. A veces su recuerdo se siente lo suficientemente cerca como para tocarlo: su respiración agitada cuando la atrapé, su boca caliente y hambrienta. Sus uñas en mi espalda.

Su salvajismo cuando luchaba contra mí.

La oscuridad de sus ojos.

La forma en que me amaba.

Y luego recuerdo sus lágrimas mientras corría por última vez. El dolor en mis entrañas cuando me contuve y la vi partir.

Me permito un momento de tranquilidad cuando llego a la cima, doblándome para recuperar el aliento mientras contemplo la tierra de abajo. La vista es espectacular aquí arriba. Me quedaría a admirar la forma en que el mundo se desploma si no tuviera tanto miedo de quedarme quieto.

Nunca superaré mis errores, pero seguiré intentándolo.

El descenso es siempre un anticlímax. Siempre tengo el corazón en la garganta cuando me dirijo a la parte trasera de la casa y me meto por el porche. He convertido mi rutina diaria en un mecanismo de relojería que me permite avanzar con el piloto automático. Estaría felizmente en piloto automático ahora mismo si no fuera por el mensaje de texto que arde silenciosamente en mi bolsillo.

Están dispuestos a negociar.

Es una pena que yo no lo esté.

Solo me permito cinco minutos en la ducha. Me seco con la toalla a toda prisa mientras saco una camisa nueva del armario.

Los pasos de Cameron llegan al rellano antes que me haya abrochado la corbata. Esta mañana lleva un pijama de astronauta, su favorito.

Sus ojos somnolientos se encuentran con los míos cuando abre la puerta de mi habitación. El cabello de mi hijo es una maraña oscura recién salida de la cama. Se parece tanto a su madre que me deja sin aliento. Todas las mañanas es lo mismo.

—Hola, pequeñín —lo saludo y lo subo a mi cadera mientras agarro mi chaqueta de la percha. Compruebo que no se ha mojado antes de bajar las escaleras—. ¿CornFlakes?

Mueve la cabeza cuando llegamos a la cocina.

—¿Krispies?¹

Otro movimiento de cabeza.

—¿Estrellas fugaces?

Tiene los hoyuelos de Mariana cuando sonrío.

—Muy bien entonces, serán las estrellas.

Todavía tiene su silla especial, aunque el próximo verano cumplirá cuatro años. Todavía tiene su taza azul favorita y su cuchara, aunque ya es lo suficientemente grande como para tener cubiertos de niño grande.

El logopeda² dice que hablará a su debido tiempo. El psicólogo dice que también dejará de mojar la cama a su debido tiempo.

Todo a su tiempo. Siempre a su tiempo. El tiempo es el gran sanador y toda esa mierda.

¹ Marca de cereal.

² Es una disciplina profesional que está relacionada con las ciencias de la salud, la psicología y la lingüística aplicada.

El tiempo no cambia nada, ni para mí ni para él tampoco aparentemente.

Daría cualquier cosa por cambiar la situación para él. Nunca dejaré de intentarlo, pero por ahora siempre son pequeños pasos.

Cada pequeño paso es suficiente para seguir adelante. Una sonrisa. Una risa. Una nueva expresión.

—¡Estrellas fugaces para el pequeño Cammy!

Cam gira la cabeza para sonreír a mi hermana mientras se apoya en la puerta de la cocina. Siento sus ojos clavados en mí mientras tomo un café.

—¿Y bien? —pregunta ella.

—La respuesta sigue siendo no, Serena. No.

—¿No?

—No.

—¿De verdad vas a rechazarlos? Dios...

Oigo el siseo de su respiración mientras sus palabras se pierden en la nada. Sé que está luchando contra las malas palabras para evitar que lleguen a oídos de Cameron.

—Esto no es sano —me dice, y el filo de su voz se eriza por encima de su autocontrol—. No para *ninguno* de nosotros. Tienes que seguir adelante, Leo. *Todos* tenemos que seguir adelante.

Todos. Sé exactamente a quién se refiere, pero mis consideraciones son solo en esta habitación. Cam y yo. Que se joda todos los demás.

Que se joda *él*.

Mi voz es baja y tranquila, en desacuerdo con el retorcimiento de mis entrañas.

—Su oferta fue un insulto.

—Dijeron que negociarían...

—Y yo dije que no —le digo de nuevo, aunque no lo haya hecho. Todavía no.

—Tienes que hablar con Jake, Leo. Él también tiene que opinar sobre esto.

—Me llamo Phoenix —le digo por milésima vez—. Y él perdió su opinión hace mucho tiempo.

Enciendo el televisor en la encimera y pongo el canal favorito de Cameron mientras él desayuna. Si le molesta nuestro intercambio, no lo demuestra. Casi me gustaría que lo hiciera.

Serena se une a mí en la encimera, y cuando vuelve a hablar su boca está lo suficientemente cerca de mi oído como para que el pequeño no la oiga.

—Jake sigue siendo mi hermano. También el tuyo. Sigue siendo de sangre. Y tú sigues siendo Leo, *Leo*.

Mis ojos queman los suyos, tan cerca. Tan parecidos. Los tres, tan jodidamente parecidos.

—Él no es mi hermano, y yo no sigo siendo Leo —siseo—. Tampoco ya es Jake, lo deja bastante claro.

Se encoge de hombros.

—Me rindo. Los dos están muy mal.

Me gustaría que se rindiera de verdad, pero antes se congelará el infierno. Otro parecido familiar.

Me tomo el café y le doy un beso en la cabeza a mi hijo antes de agarrar el maletín y las llaves. Le alboroto el cabello desordenado al salir, aunque apenas aparta la vista de los dibujos animados.

—Volveré más tarde, campeón. Pórtate bien con Serena.

Se ciñe la bata mientras me mira por el camino hacia la camioneta. La veo sacudir la cabeza antes que me aleje. Sus cejas son abundantes, como las mías, su cabello oscuro recogido en un moño desordenado tan marcado contra su piel pálida. Sigue luchando contra lo obvio, sigue aferrándose a la esperanza a la que Jake y yo hace tiempo renunciamos.

En realidad, ella también debería rendirse. Dejar de lado la idea que un día todos volveremos a ser brillantes y a tener tranquilidad. Que un día jugaremos a ser la familia feliz como si toda nuestra vida no se hubiera quemado y Mariana no se hubiera quemado con ella. Que tal vez un día podré mirar a mi hermano a los ojos y ver algo más que odio mirándome fijamente.

Su odio es redundante. Me desprecio con la suficiente facilidad para los dos.

Los trabajadores del primer turno se amontonan en el almacén cuando entro en mi puesto de estacionamiento. El puesto de Jake está vacío al lado del mío, como lo ha estado todos los días durante los últimos seis meses que hemos estado operando en este lugar.

Logística de los Hermanos Scott, dice el cartel de la fachada, pero ahora es solo un nombre. Veo cómo se flexionan mis tatuajes mientras mis dedos agarran el volante.

Las luces de la oficina siguen apagadas, esperando a que reaccione para que el lugar se llene de vida para otro día de la misma mierda de siempre.

Mercancías que empaquetar y enviar, clientes que facturar, dinero que ganar. El cincuenta por ciento sigue siendo para mi hermano mayor, Scott, aunque no haya puesto un pie en este negocio desde el día en que murió mi Mariana. *Mi Mariana*. A la mierda lo que tenga que decir al respecto.

Saco mi teléfono y miro el mensaje de texto.

Están dispuestos a negociar.

Me tiemblan los dedos mientras tecleo mi respuesta.

No está en venta. Ni ahora ni nunca.

Una notificación aparece en mi teléfono y el mensaje desaparece. Trabajo hecho.

Tengo mis propios planes para ese lugar. Todavía no sé cuáles son, pero que me condenen si implica la venta de nuestro antiguo local a la nube de buitres que nos sobrevuela.

Me arrancarían los huesos si se lo permitiera. Los de ella también.

Las cicatrices en mi espalda pican. Llamas picando a través de mi piel. Bajo mi piel.

Salgo de la camioneta y cierro la puerta tras de mí.

Y entonces corro, de nuevo. Solo que esta vez camino.

Esta vez todo está en mi cabeza.



ABIGAIL

—¡Abigail Summers! ¿Qué demonios te ha pasado?

Registro la pregunta con la respiración contenida.

Mis huesos se derriten y se hunden. Mis secretos están a punto de caer de mi mandíbula desencajada en un río de puro alivio.

Es la pregunta que estaba esperando. La pregunta que pensé era inevitable desde el momento en que puse un pie en este edificio en mi primer día aquí.

Lauren Billings me mira fijamente cuando me quedo con la boca abierta. Solo son las nueve y diez minutos cuando por fin estoy preparada para soltar mi lamentable historia de vida a la virtual desconocida que tengo delante. Pero entonces ella vuelve a hablar.

—Anoche, quiero decir. Pensé que ibas a Divas con Jack. Estábamos todos afuera. Podríamos haber ido a la pista de baile.

Mi mandíbula se aprieta, mi esqueleto se endurece hasta convertirse en mármol mientras vuelvo a meter el corazón en su jaula. Me duele en señal de protesta.

—¿Anoche? —Me pongo a fanfarronear—. Oh, estaba cansada. Una semana larga, mis zapatos de baile no estaban a la altura.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Y yo que pensaba que formarías parte de la pandilla guay. —Se ríe mientras pone los ojos en blanco—. Jack cree que lo has dejado afuera. No lo has hecho, ¿verdad? Quiero decir, ¿todavía estás interesada?

Es triste que piense que alguna vez lo estuve. Me siento como una hoja que sopla en el viento, rizándose en los bordes.

—Le dije a Jack que lo haríamos en otro momento —le digo, y ella sonríe mientras saca sus papeles de la fotocopidora.

—Creo que sí. Es un gran partido. —Inclina la cabeza—. Creo que harían una buena pareja. Se ven tan bien juntos. Son muy adecuados.

Me miro. Mi blusa aburrida, mi falda lápiz hasta la rodilla. Mi apariencia de normalidad.

Hacen una buena pareja.

—Realmente no es un idiota, sabes —continúa—. Quiere ser serio. Es decir, se mete en líos pero no es un imbécil. Se ocuparía de ti.

La bilis sube en un latido. *Cuidar de mí*. El mundo se agita a mí alrededor mientras trato de concentrarme en su voz.

—Sé que algunos tipos de por aquí actúan como si fueran muy guays, pero él no es uno de ellos. Le gustas de verdad.

Mis manos tiemblan mientras meto mi orden de compra en la fotocopidora. Me gustaría poder convertirme en gelatina delante de ella y sollozar sobre la alfombra antiestática beige.

Pero no lo hago.

Parece que las paredes de papel son más duras de lo que pensaba. Son más resistentes cada día.

Y aun así, cada noche arden.

Agunto la respiración hasta que mi copia sale por el otro lado, y entonces la agito en su dirección, armada con excusas genéricas sobre el trabajo que se acumula en mi escritorio. Es mentira, por supuesto. No tengo nada acumulado en mi mesa. Tuve que simplificar mi currículum para conseguir este puesto, restando importancia a todo lo que había hecho en los últimos seis años.

Solo una chica promedio llamada Abigail. Nada especial. Nada que destacar.

Una don nadie.

Me retiro a la seguridad de mi escritorio entre los otros escritorios, desplazándome por mi software de compras como si estuviera reflexionando sobre algo importante. No hay nada importante. Nada de lo que sea responsable. Teclear y enviar, nada más. Un constante desenfoque de los mismos códigos de productos de siempre que ya me había aprendido de memoria al final de la primera semana. Un borrón de días y caras y pausas para el café y cheques de pago.

No es suficiente.

Las uñas me pellizcan los muslos bajo la falda rasposa. Me pica, como si una ráfaga de escarabajos diminutos corriera por mi piel. *Bajo* mi piel.

Así que corro, aunque solo esté caminando. Mi expresión es vacía mientras atravieso el mar de escritorios, paso por la fotocopidora en el pasillo, paso por la cocina y el armario de papelería hasta llegar al baño del fondo.

Me siento. Me subo la falda almidonada y me rasco la piel desnuda hasta que se vuelve rosa.

Pienso en el chico de los jeans y en la oscuridad del estacionamiento de anoche, y en lo mucho que quería sentirme viva.

bait
poetic

Necesitaba sentirme viva.

Pienso en el alivio en medio de la noche, cuando sueño con el hombre que me persigue y no con el hombre que me ha dejado de lado como si yo no significara nada para él. Como si nuestro bebé no significara nada para él.

Y entonces tomo una decisión, aquí y ahora. Tomo una decisión entre la ruptura y el avance, aunque ya no estoy segura de dónde se encuentran los dos.

Si voy a seguir de pie, necesito seguir corriendo.

Necesito algo real. Algo más que la fantasía no realizada a la que me he aferrado durante las largas noches de estos últimos meses.

Necesito encontrarme con el monstruo.

Y esta vez, por una vez, quizás por fin, necesita atraparme.

i love how beautiful
you are when you hurt

TRES

Solo arriesgando nuestras personas de una hora a otra es que vivimos.

William James

ABIGAIL

Una parte de mí se arrepiente de haber rechazado a las chicas del trabajo cuando me pidieron que saliera con ellas esta noche. Una parte de mí desearía poder encontrar consuelo en la bebida y la charla de un viernes por la noche con los colegas.

Hace tiempo me encantaban las copas de fin de semana con la gente del trabajo. Con *él*.

Miro fijamente las palabras en la pantalla de mi portátil, mi corazón late con una extraña mezcla de horror y emoción.

No debería pulsar el botón de Aceptar. No debería publicar esto en Internet, y definitivamente no con una de esas fotos artísticas oscurecidas de mí y el cabello cubriendo la mitad de mi cara.

Estoy al borde de un precipicio, mirando a lo desconocido. Es tan estúpido coquetear con el desastre acercándose un poco más a la

oscuridad, pero detrás de mí hay más de lo mismo. Más días en mi escritorio, más tardes tratando de convencerme que la vida es buena aquí. Más sonrisas falsas y libros de autoayuda mientras intento superar todo lo que salió tan horriblemente mal en casa.

Cuando era más joven, solía mirar los perfiles de este sitio web para armarme de valor y explorar algunas de mis fantasías más oscuras. Nunca lo hice. Nunca fui lo suficientemente valiente y temeraria como para arriesgarme, no en aquella época en la que la vida se sentía bien.

Pero ahora parece una historia diferente.

Envío un mensaje de texto a mis padres con el habitual mensaje *todo va bien* que les envío cada semana desde que llegué aquí. Respondo al mensaje fotográfico que recibí de mis antiguos amigos con su nota de “*Te extraño*” garabateado debajo.

Yo también los extraño. Mucho.

Pero ninguna de esas cosas me saca del precipicio.

No.

Necesito hacer esto.

Necesito sentir algo. Algo más que... *esto*.

Mi dedo pulsa enter, y contengo la respiración mientras la pantalla cambia a una marca con el *perfil cargado* escrito debajo.

Mierda.

Lo he hecho de verdad.

Hago clic en el enlace de mi nuevo perfil de *contactos sexuales* y respiro cuando veo mi foto mirándome fijamente. Está realmente ahí. *En vivo*. El círculo verde al lado de la imagen indica al mundo que estoy conectada en este momento.

Las palabras se ven aún peor de alguna manera ahora que están ahí para ser vistas.

Busco a mi monstruo de la oscuridad.

Yo correré pero tú correrás más rápido.

Jugaremos al gato y al ratón hasta que me atrapes.

No te conoceré y fingiré que no quiero.

Fingirás que no te importa.

Te diré que no quiero.

Me dirás que lo tomarás de todos modos, y entonces lo harás.

Y será duro.

Una noche salvaje en la que todo vale, y luego no volveremos a vernos.

Me siento como una loca al leerlo de nuevo. Mi mensaje suena... fuera de lugar. ¿Demasiado confiado tal vez? ¿Demasiado insensible? ¿Imprudente?

Hago clic para editar, y cuando siento el nudo en la garganta sé que realmente estoy al límite. Estoy cansada. Cansada de intentarlo, cansada de jugar a la *normalidad*. La necesidad de desnudar mi alma es demasiado fuerte para ignorarla esta noche, para ser auténticamente vulnerable por una vez, aunque solo un puñado de desconocidos lo utilicen como alimento para la masturbación.

Mis dedos están nerviosos cuando escribo.

Por favor... Puede que parezca una locura, pero necesito esto. Siempre lo he necesitado.

Por favor, ayúdame a sentirme viva de nuevo.

No busco un psicópata, solo alguien que me ayude a sentirme viva de nuevo.

No puedo enfrentarme a mirar mi perfil actualizado con su pequeño icono verde en línea, así que cierro el portátil en cuanto termino. Me siento en la cama del pequeño apartamento que esperaba me pareciera un hogar, con las rodillas pegadas al pecho mientras observo los patrones que hacen las farolas en la pared.

Y entonces suena mi teléfono.

Una, dos y otra vez.

Mi correo electrónico está en llamas. Me arden los nervios mientras recorro las primeras respuestas. Pero son una mierda.

Hola, cariño. Estás caliente.

¿Qué haces, sexy?

Me encanta tu foto. Te voy a joder bien.

No.

No, no y definitivamente no.

¿Qué tan grandes son tus tetas?

¿Quieres que te follen bien?

¿Quieres una cámara?

Y siguen y siguen. Un mar de idiotas que ni siquiera se han molestado en leer mi perfil.

Mi efusión se siente inútil, mi confesión no es más que una entrada potencial para los imbéciles que buscan mojar sus pollas.

Me tumbo en la cama con un suspiro y me río. Es una de esas risas auto despectivas que casi me hacen buscar los libros de cómo curar tu corazón roto que hay en mi mesita de noche.

¿Qué coño me está pasando? ¿Realmente

Mi polla mide diez pulgadas. ¿Quieres ver?

¿Te gusta el sexo entre chicas?

Y entonces recibo mi primera foto de una polla. Está borrosa y desde un ángulo de mierda que hace que sus bolas parezcan demasiado grandes. *Muéstrame tu coño.*

Un día, cuando la vida vuelva a ser buena, voy a confesar esta estúpida noche a quien sea mi nuevo mejor amigo aquí, y se reirán y yo me reiré y les enseñaré estos mensajes y todas las peticiones de mierda que recibí. Me llamarán loca y yo sonreiré y diré que lo estaba, y todo esto será un recuerdo lejano.

El también será un recuerdo lejano.

Pero hoy no. Hoy estos mensajes son todos para mí.

Tal vez estos mensajes son la forma que tiene el universo de responder a mis fantasías más profundas. Al menos el universo tiene el sentido del humor que me ha faltado últimamente.

Eres una perra caliente y sucia.

¿Lo tomas por el culo?

Tal vez un viernes por la noche no era el mejor momento para publicar un nuevo anuncio en línea.

Me dirijo a mi pequeña cocina en pijama y enciendo la tetera para prepararme un té. Debería haber salido con las chicas del trabajo, tal vez

habría encontrado una amiga de verdad aquí. Y vaya que necesito una amiga de verdad aquí.

Estoy a punto de poner el teléfono en silencio para detener los interminables pings cuando vuelve a sonar.

Me imagino que es otra frase barata, tal vez incluso otra foto de una polla, pero el mensaje me sorprende.

Phoenix Burning: *¿Qué te ha pasado?*

Mi corazón salta ante la pregunta.

Llevo mucho tiempo esperando que llegue. Mi lengua está seca, desesperada por decir la verdad. Mi alma grita para que alguien me escuche.

Su imagen está en la oscuridad. Solo se ve un poco de su cara. Parece severo. Serio. Melancólico.

Quizás estoy viendo lo que quiero ver.

Llevo mi té al dormitorio y vuelvo a encender el portátil. Vuelvo a leer en la pantalla esas cuatro pequeñas palabras. Miro fijamente su foto como si pudiera ser mi salvación, examinando las cosas. Evaluando lo mucho que quiero esto.

Y entonces escribo...



bait PHOENIX

He estado en este sitio esporádicamente durante los últimos tres meses. Nunca he enviado mensajes a nadie. Ni siquiera he encontrado nada que ofrezca un interés pasajero.

Los perfiles son un borrón para mí: Todas las fotos se mezclan en una.

Ninguna de ellas me hace detenerme.

Hasta ahora.

Supongo que los fines de semana son los más difíciles. Las noches en las que por fin he conseguido que Cameron se duerma después de una larga semana, en las que le he dado las buenas noches y he rezado para que esta sea la noche en la que me devuelva las palabras. Cuando Serena se ha ido a la cama y yo sigo despierto, solo con mi propia compañía.

Solo.

No he salido socialmente desde que Mariana falleció, no entre el cuidado de Cam y la recuperación del negocio. No he aceptado ni una sola vez la oferta de Serena de quedarse hasta tarde por si Cameron se despertaba mientras yo salía a algún sitio.

No he querido conocer a nadie. No así.

Todavía no quiero conocer a nadie así.

Solo quiero...

Mierda.

Me encorvo en mi silla, el perfil sigue en mi pantalla.

i love how beautiful
you are when you hurt

Solo quiero...

Solo quiero volver a sentirme vivo.

Nunca he sido de los que se esconden de la verdad, y la verdad es que una mujer como Mariana nunca iba a ser mía para siempre. Habría dado cualquier cosa para que así fuera, pero aunque no se hubiera escapado esa noche, habría sido otra noche más adelante.

Una mujer como Mariana nunca estuvo destinada a establecerse en este pueblo dormido con un hombre como yo. Nunca estuvo destinada a jugar a las familias felices en los dulces suburbios.

El hecho que lo intentara fue un hermoso milagro. Una hermosa locura.

Esa mujer, Mariana, con su salvajismo y las llamas en sus ojos, y sus impulsos temerarios y el alma que llevaba en la manga -esa mujer me arruinó para todas las demás.

Le di mi corazón y ella me dio mi hijo. Le di todo lo que podía dar, pero aun así ella quería huir. Más fuerte. Más lejos. Más rápido. Solo podía perseguirla hasta cierto punto.

Resulta que no era lo suficientemente lejos.

El perfil en pantalla no es como los demás. El cabello negro azabache oscurece la mayoría de los rasgos de la chica. Está mirando a la cámara con un hermoso ojo muy amplio, su pómulos alto contra las sombras, su expresión tan... perdida.

Hermosa.

Salvaje.

No sé qué es lo que me resulta tan familiar de la foto de esta mujer al azar. Se parece muy poco a Mariana. Mariana era bronceada y de rasgos

fuertes, con ojos sucios y una risa sucia a juego. La mujer de la foto me recuerda a un cisne negro, elegante y etérico. Profunda. No puedo dejar de mirarla.

Tal vez, eso es lo que me resulta familiar de ella. El hecho que no pueda dejar de mirarla.

La oscuridad de sus ojos. La forma en que parece que su alma está llamando a través de la pantalla.

Quizás finalmente me esté derrumbando. Tal vez este sea el momento en que la realidad mecánica que he creado para ayudarnos a Cam y a mí a superar esta horrible pesadilla se derrumba en el caos.

No puedo caer en el caos.

Vuelvo a leer sus palabras para asegurarme que las entiendo.

Parecen demasiadas buenas para ser verdad.

Busco a mi monstruo en la oscuridad.

Correré, pero tú correrás más rápido.

Jugaremos al gato y al ratón hasta que me atrapes.

No te conoceré y fingiré que no quiero.

Fingirás que no te importa.

Te diré que no quiero.

Me dirás que lo tomarás de todos modos, y entonces lo harás.

Y será duro.

Una noche salvaje en la que todo vale, y luego no volveremos a vernos.

Puede que la chica no se parezca a Mariana, pero Mariana podría haber escrito ese perfil. Mariana fue la que me rogó que diera vida a su fantasía.

Ella fue la que me enganchó a la persecución. Adicto a la oscuridad. La emoción de la caza.

No debería entretenerme con la idea de una noche salvaje en la que todo vale. Estamos Cam y yo, y un negocio que me necesita en plena forma para sortear la presión financiera de una reclamación de seguro pendiente.

Tal vez este perfil ni siquiera sea serio. Tal vez solo sea una chica a la que le gusta coquetear con el peligro, porque eso es lo que es este perfil, un gran faro de imprudencia para la escoria, los locos y los desesperados.

La idea me preocupa más de lo que debería. Tiene al menos veinticinco años, edad suficiente para tomar sus propias decisiones tontas. La serie de imbéciles potenciales que supongo que inundan su bandeja de entrada no son de mi incumbencia. No es mi problema.

Me obligaría a hacer clic en *siguiente* y a olvidarme de ella si no fuera por las líneas adicionales de su perfil que aparecen cuando se actualiza la pantalla.

Por favor... Puede que parezca una locura, pero necesito esto. Siempre lo he necesitado.

Por favor, ayúdame a sentirme viva de nuevo.

No busco a un psicópata, solo a alguien que me ayude a sentirme viva de nuevo.

Las palabras me golpean en el estómago. Con fuerza.

El fantasma de Mariana se ríe en mi oído.

Siempre he necesitado esto. Eso es lo que me dijo en las sombras la primera noche que la atrapé.

Vuelvo a mirar la pantalla. *Por favor, ayúdame a sentirme viva de nuevo.*

Vivo de nuevo.

La melancolía me agarra por la garganta. *Vivo.*

Ha pasado demasiado tiempo.

Me pregunto qué pasó con el cisne negro que le quitó la vida. Me pregunto por qué necesita esto.

Me pregunto cuántos imbéciles estarán golpeando su puerta para tener una oportunidad barata de excitarse.

Muchos, estoy seguro.

Mi pregunta es simple. Impulsiva.

¿Qué te ha pasado?

Estoy casi seguro que no responderá. Estoy seguro que seré uno de los muchos mensajes que enviará a la papelera cuando se dé cuenta que este sitio está lleno de idiotas.

Estoy a un suspiro de cerrar la sesión de *contactos para adultos* y de hacerme entrar en razón cuando el mensaje suena.

Y estoy a un suspiro de volverme loco cuando reviso su respuesta.

JADE WEST

bait
poetic

CUATRO

Hay dos maneras de difundir la luz: ser la vela o el espejo que la refleja.

Edith Wharton

PHOENIX

El círculo verde en línea *ahora* se ilumina junto a la foto de perfil de cisne negro. Su nombre de usuario es simple y austero, y sin embargo dice mucho.

Un cebo.

Su eslogan es nuevo. Su perfil se desarrolla en tiempo real.

Solo una chica con ganas de sentir.

Cebo.

Ella es un buen cebo. El depredador que hay en mí se agita, la adrenalina se dispara cuando los viejos recuerdos vuelven a aparecer.

Su mensaje llega en segmentos, una línea a la vez.

Llevo mucho tiempo esperando que alguien me haga esa pregunta.

He amado mucho. Perdí con más fuerza.

i love how beautiful
you are when you hurt

Y luego lo perdí todo junto con él.

Mi trabajo. Mi hogar. Tantas personas que me importaban.

Luego también perdí al bebé.

Desangré mi alma con la vida dentro de mí. Me desangré tanto que casi desaparecí también.

Mi mundo me escupió y siguió girando sin mí.

Era demasiado doloroso quedarse, así que huí.

Y aquí estoy, tratando de hacer una nueva vida.

Es difícil.

Es muy, muy difícil.

La simple honestidad de sus palabras hace que se me revuelva el estómago. Mi propia tristeza se agolpa en mi garganta mientras escribo una respuesta.

El mundo tiene la costumbre de escupirnos y dejarnos atrás. Me gustaría decir que puedes alcanzarlo de nuevo si corres lo suficientemente rápido, pero no estoy tan seguro. Vivo con la esperanza.

Estoy mirando el icono de la red cuando aparece la marca que indica que ha leído mi mensaje.

La veo escribiendo.

¿Qué te ha pasado?

Sonrío para mis adentros. Sonrío ante esta comunicación simplista y honesta con una desconocida al azar.

Y entonces escribo.

He amado mucho. Perdí con más fuerza.

Hago una pausa. Y luego escribo de nuevo.

Tu fantasía es peligrosa. Ten mucho cuidado de no encontrar más de lo que buscas. No querrás depositar tu confianza en la persona equivocada.

Me debato entre el extraño impulso de descargar mi dolor con una desconocida y las ganas de perseguirla a ciegas por el desierto.

Su mensaje es casi instantáneo, alimentando una línea a la vez...

La única persona en este mundo en la que confiaba me vendió implícitamente río abajo para salvar su pequeña porción segura de los suburbios.

Lloré, grité y supliqué por él, antes que me llevaran a cirugía para salvar mi vida, pero nunca vino.

Ni siquiera llamó.

Así que sí, sé que no podré confiar en nadie, y menos en un desconocido online.

Pero está bien.

Sé lo peligrosa que es esta fantasía, me ha perseguido toda la vida.

Pero la necesito.

Créeme, lo necesito mucho.

Debería convencerla y alejarme, pero mis dedos tienen vida propia...

Al igual que la mujer que perdí.

Ella responde en un instante. *¿Lo hizo? ¿Ella también necesitaba esto? ¿Cómo yo?*

No debería decirlo. Pero lo digo.

Sí, lo necesitaba.

Otro latido. *¿Y qué hay de ti?*

Miro el horizonte a través de la ventana. El resplandor anaranjado de la ciudad anidado abajo. Me abstengo de responder, temiendo que mi propia oscuridad me trague por completo.

Otro mensaje suena...

Ya has hecho esto antes, ¿no? ¿Podrías volver a hacerlo? ¿Por eso me has enviado un mensaje?

Me pican las cicatrices. Mi corazón late al darme cuenta de lo duro que estoy.

Otro ping...

Lo siento. He estado teniendo estos sueños desde siempre. Es lo único que me parece correcto. Sé lo jodido que suena eso, que algo tan oscuro pueda ser lo único de lo que estoy segura.

Y sí que suena jodido. También sonó jodido por parte de Mariana.

Estaba tan duro entonces como ahora, tan tentado por la oscuridad como esta noche.

Lucho contra el impulso de palpar mi polla a través de mis jeans.

La chica está bordeando el desastre. Mi cisne negro no tiene idea de lo cerca que está del peligro. Un pajarito aleteando en el suelo mientras los depredadores la rodean.

Si soy yo quien responde a su llamada, al menos saldrá del otro lado para contarlo.

Tal vez esta vez sea diferente. Tal vez esta vez pueda...

Entierro los pensamientos a medida que surgen.

Ella no es mi problema. Cumpliré con mi parte, tomaré lo que necesito, le daré lo que ansía, y luego me alejaré sin siquiera mirar atrás.

Mis palabras brillan en la pantalla antes de pulsar enviar.

Una locura. Esto es una locura.

Dos semanas.

Demuéstrame que vas en serio durante dos semanas.

Demuéstrame que esto no es solo un momento de imprudencia, o una loca misión de autodestrucción.

Demuéstrame que realmente necesitas esto. Que realmente sabes en qué te estás metiendo.

Si lo haces y lo dices en serio.

Entonces quizás sea tu monstruo.



ABIGAIL

Me siento tan cruda. Tan expuesta.

Con tantos sentimientos.

i love how beautiful
you are when you hurt

Respiro, y por primera vez en meses mis palabras no se sienten atrapadas en mi garganta. Es extraño cómo una confesión tan simple, un pequeño momento de verdad entre la simulación, puede significar tanto.

Phoenix Burning podría ser cualquiera, pero ahora mismo es lo más parecido a una esperanza que tengo.

Vuelvo a leer su último mensaje, una y otra vez, mientras formulo una respuesta.

Entonces tal vez yo sea tu monstruo.

Las preguntas se arremolinan. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo lo demuestro?

No sé cómo le demostraré que voy en serio a través de nada más que un sitio de contactos anónimos, pero ya sé que haré lo que sea necesario.

Dos semanas, escribo. Te demostraré que voy en serio, solo dime cómo.

Mi talón golpea la cama ante la perspectiva que esto realmente pueda suceder.

Escribo otra respuesta antes de recibir algo de vuelta.

¿Qué sucede entonces?

Miro el estado de la escritura en la parte inferior de la pantalla.

Mi estómago se revuelve cuando llega su mensaje.

No me conocerás y fingirás que no quieres. Me dirás que no lo quieres y yo fingiré que no me importa. Será duro. Realmente duro. Nunca sabrás mi nombre y nunca me volverás a ver. Una noche salvaje donde todo vale.

Apenas puedo respirar, mirando fijamente la pantalla mientras suena otro mensaje.

Y entonces borrarás este perfil y me prometerás que nunca más harás esto con un desconocido. Dejarás de huir, recogerás tu vida y harás que vuelva a significar algo.

Las lágrimas escuecen, amenazan con derramarse.

¿Y tú? Tecleo. ¿Qué vas a hacer?

Responde tan rápido.

Quizás un poco de oscuridad nos devuelva a ambos a la luz.

Miro fijamente su foto de perfil en la sombra, tratando de medir al hombre. Sus rasgos son fuertes. Su cabello parece oscuro y salvaje. Sus ojos también.

Es, al menos en parte, una ilusión que yo misma he creado: la foto apenas revela nada. Veo lo que quiero ver, y lo sé.

Lo sé, pero me gusta.

Un escalofrío recorre mi columna. Tal vez este hombre, este extraño en línea, realmente podría ser mi monstruo. Mi salvador.

Tal vez él realmente va a ser el que me persiga.

¿Qué quieres que haga? le pregunto.

Dime tu nombre, dice.

Me planteo darle uno falso, pero no lo hago.

Abigail, escribo. *¿Cuál es el tuyo?*

Mi clítoris se agita. Cierro los ojos aliviada mientras deslizo la mano por mis bragas.

Otro ping. *Nunca lo sabrás.*

La idea me emociona. Sus palabras me emocionan.

Él me emociona.

Mis dedos están dando vueltas con fuerza cuando vuelve a enviar un mensaje.

Me conectaré mañana por la noche, y para entonces ya me habrás contado tus sueños.

El círculo verde junto a su nombre desaparece, sin más. *Phoenix Burning* se desconecta.

El sobre que aparece en la parte superior de la pantalla me dice que tengo doce mensajes nuevos, pero no me importa ninguno. Cierro el portátil y subo las piernas, con el corazón desbordado por la oscura emoción de una fantasía que lucha por la vida.

Será duro. Muy duro, dice, y le creo. No sé por qué, pero me creo cada una de sus palabras.

Estoy cabalgando en las alas de la locura, pero no me importa. Me estoy tambaleando al borde del precipicio, pero tampoco me importa.

Mi vientre está tenso, pero agitado por algo más que el dolor.

Excitación.

Alivio.

Un poco de ambos.

Miedo.

Nervios.

Temor.

Necesidad.

Maldición, cómo lo necesito.

Me muerdo los nudillos mientras mis dedos acarician mi clítoris, levanto las caderas mientras contemplo lo impensable.

Dos semanas y él lo hará realidad.

Dos semanas y será mi monstruo. Un monstruo de carne, hueso y aliento. Un monstruo que no desaparecerá cuando abra los ojos.

Me perseguirá, me hará daño, y me follará, fingiré que no lo quiero. Pero lo haré.

Oh, mierda, lo haré.

Y entonces no lo volveré a ver.

Hace mucho tiempo que no me doy un orgasmo sin ver su cara.

Hace mucho tiempo que no puedo entregarme a la fantasía sin que su recuerdo lo arruine todo.

Pero esta noche es fácil. Esta noche jadeo y gimo y me retuerzo bajo mis propios dedos. Esta noche se me enroscan los dedos de los pies y mis respiraciones salen en forma de siseo, y me siento tan jodidamente bien que creo que llego al cielo.

Esta noche solo somos el monstruo y yo.

Y esta noche es la primera vez en una época que me duermo sin llorar.

CINCO

Cuando miras al abismo, el abismo también te mira a ti.

Friedrich Nietzsche

PHOENIX

La primera noche que perseguí a Mariana, juré que era un momento de locura.

Y este es otro, aquí y ahora.

Hay ese familiar desenfreno detrás de mis ojos mientras aprieto la frente contra el cristal de la ventana de mi habitación. Me hace palpitar la sien. Mis fosas nasales se agitan. Y lo siento. Lo siento a través de mí.

Afuera está lloviendo a cántaros, una de esas extrañas tormentas que pasan cuando llega el verano. El agua rebota contra la cubierta de la piscina en el patio de abajo. Puedo oír su golpeteo. Puedo *sentirla*.

La primera noche que la perseguí llovía. Mis botas se deslizaron por el barro mientras subía a toda velocidad por la ladera de la colina tras ella. Era rápida, incluso descalza.

Pero yo era más rápido.

Mariana no cayó fácilmente.

i love how beautiful
you are when you hurt

A veces sus uñas le sacaban sangre. A veces era tan feroz que me convertía en una bestia de verdad, simplemente porque tenía que hacerlo. A veces incluso me creía sus gritos.

A veces me daba igual.

Mi aliento empaña el cristal mientras me bajo la cremallera del jeans. Mi puño se enrosca en torno a la carne y el metal, las púas de mi polla lanzan chispas directamente a mis bolas. Otro de los legados de Mariana.

Pero no es en Mariana en quien pienso esta noche mientras trabajo mi polla. No son los ojos de Mariana los que imagino mirándome fijamente y con miedo.

Excitada.

Estoy imaginando a una extraña. Creando una fantasía a partir de nada más que una foto oscura en Internet.

Mi adrenalina se dispara.

Mi puño también.

Es suficiente.

Más que suficiente.

Me duelen las bolas y se me tensan. Mi mandíbula está apretada con fuerza.

Me pregunto si estará preparada cuando la agarre. Me pregunto si estará preparada para la forma en que mi cuerpo golpeará el suyo y le robará el aliento. Le robará todo.

Me pregunto si me rogará que pare.

Abigail.

Un pajarito roto.

Hubiera sido tan fácil para ella mentir, pero no lo hizo. Sé que no lo hizo.

La siento.

A ella.

La más extraña conexión a través de nada más que un texto. Desesperada y defectuosa.

Jodida.

Dos extraños rodeando la oscuridad del otro mientras nuestros demonios se saludan.

Quiero romperla.

Se sentirá tan bien romperla.

Castigarla como debería haber castigado a Mariana.

Quiero inmovilizarla y tomar su cuerpo hasta que finalmente su alma deje de correr.

Quiero forzar mi camino dentro de ella, lo suficientemente profundo como para hacerla gritar. Quiero golpearla hasta que no pueda respirar, hasta que no haya nada más que yo. Todo yo. Solo yo.

Yo, yo, el maldito yo.

Sin tristeza. Sin fantasmas. Sin putos remordimientos. Solo mi cuerpo dentro del suyo.

No dejaré que sea indoloro. No dejaré que sea fácil. Y tampoco dejaré que sea rápido.

La lastimaré hasta que crea que ha estado lastimada por siempre, hasta que grite tanto que no pueda gritar más.

Hasta que esté acabada.

Hasta que sea mía.

Jodidamente mía.

Oigo la humedad de mi polla en mi mano. Está resbaladiza. Dura.

Peligrosa.

Mi polla es una puta arma. Mariana lo hizo así, rogó que lo fuera.

Pero no es a Mariana a quien quiero esta noche. Es Abigail.

Dos semanas y su piel sentirá cada centímetro de la mía. Dos semanas hasta que gima, suplique y grite por mí. Puede luchar contra mí con todo lo que tiene, pero no importará.

Sufrirá por su salvación, igual que yo sufriré por la mía, un maldito con necesidades que no puedo ignorar. Necesidades que ningún hombre debería tener. Mariana me ha hecho polvo y me ha hecho adicto, un adicto a sus sucios fetiches, condenado a cazar como una bestia en la oscuridad.

Mi mano se aprieta alrededor de mi polla. Los piercings se agitan bajo mi piel. Agarro con tanta fuerza que me duele, como Abigail lo hará.

El coño asustado siempre duele tanto.

Los coños asustados siempre luchan.

Y el coño asustado siempre sabe mejor.

Forzar mi camino dentro de ella será jodidamente divino. Dejar marcas en su piel pálida será divino.

Romperla será mi puto placer divino.

Y entonces, cuando no sea más que jirones en el suelo, su cara hecha un lío de tierra y lágrimas, su coño usado y abierto. Crudo. Expuesto. Tal vez entonces ella estará lo suficientemente rota para recoger los pedazos.

Y tal vez yo esté lo suficientemente roto como para recoger los míos.

La catarsis es adictiva. Mi respiración es agitada y mis hombros están tensos mientras miro fijamente el mundo negro de afuera.

Las luces parpadeantes desaparecen mientras me deslizo hacia el abismo.

Mi polla palpita, las púas duelen tan jodidamente bien.

Me encanta cómo se sienten las crestas contra mis dedos.

Me gusta pensar cómo se sentirán dentro de su coño. Me encanta la forma en que dolerán antes de sentirse bien.

Haré que se corra a pesar de todo, aunque no crea que pueda. Aunque su coño grite en señal de protesta. Aunque odie lo sucia que la hace sentir.

La haré sentir jodidamente sucia.

Una noche.

Una noche salvaje. Una noche loca. Una noche desesperada.

Inclino la cabeza hacia atrás, reprimiendo mis gruñidos con Serena tan cerca. Mi puño es frenético, brutal, mientras muevo mis caderas hacia el cristal.

Voy a dejar las huellas de mis manos sobre sus bonitas y pálidas tetas.

Voy a lamer las lágrimas de sus mejillas.

Voy a hacer que me ruegue que pare.

Voy a hacerle tanto daño que no dejará de correrse.

Gruño mientras mi polla se sacude. El primer chorro de semen salpica el cristal de la ventana.

Y otro, y otro, mientras juro en voz baja.

Voy a hacer que se dé cuenta que las bestias van por el cebo.

Voy a hacer que se dé cuenta que conocer a un desconocido por Internet fue un puto error.

Para los dos.



ABIGAIL

Me despierto tarde.

Me siento erguida mientras pienso en lo impensable.

Me he quedado dormida.

Mi respiración es uniforme. Mis almohadas están secas.

Mi coño... es.... *no*.

Estoy empapada hasta las bragas. Mis muslos están húmedos.

Mi clítoris hormiguea.

Mierda.

Agarro el teléfono. Las notificaciones de mi correo electrónico muestran veinticinco mensajes sin leer. Los reviso todos, sin importarme una mierda ninguno de ellos.

Me desplazo hasta que veo su foto, solo para comprobar que es real.

Phoenix Burning.

Ahí está. Respiro aliviada.

Su nombre de usuario le sienta bien. Parece que podría incendiar el mundo.

Incendiarme a mí.

Mi sonrisa se siente tonta y jodida, pero no me importa.

Es un rayo de esperanza en la oscuridad. Un pequeño atisbo de autenticidad.

Mi alma se eleva desde las cenizas.

Phoenix.

El pájaro del fuego. El pájaro que resurge de las llamas.

Mi corazón aún parece de plomo, pero late.

Y quiero que lo haga. Por una vez, quiero que lo haga.

Dos semanas.

Vuelvo a revisar nuestros mensajes, mi mente zumba al ver mi confesión a la fría luz del día.

Él me preguntó y yo le dije. Le conté mis secretos y él me respondió.

Amplío todo lo que puedo la imagen de su perfil. Intento subir el brillo de la pantalla de mi teléfono y eso ayuda un poco.

Sus rasgos son realmente oscuros, pero hay más. Su piel parece entintada. Hay un toque de formas en su cuello. Muchas formas.

Tal vez me lo estoy imaginando.

Tal vez.

Me obligo a parar antes de ver demasiado. No debería ver nada.

Es solo un monstruo en la oscuridad. Es solo una mano alrededor de mi garganta. Un músculo contra mi espalda.

Es una polla larga y gruesa que se abre paso dentro de mí.

Es una palabra sucia en mi oído mientras me obliga a tomarla.

Me pongo una mano en el vientre, pero hoy no hay dolor allí. Me llevo las rodillas al pecho y el estúpido gesto no me hace sollozar.

Dos semanas.

Dos semanas para demostrar que realmente lo quiero.

A él.

Un monstruo.

Mi monstruo.

Abro la ventana para un nuevo mensaje en mi portátil. El círculo junto a su foto de perfil es gris. *Fuera de línea.*

Mis dedos se mueven con facilidad. Mis palabras están en desacuerdo con la luz del sol de verano que se cuelga por las persianas.

Antes era un monstruo. Pelaje, colmillos y garras. Nunca lo vi, pero era grande. Me perseguía en mis sueños hasta que me despertaba gritando. Todas las noches.

Intenté todo para deshacerme de él. Acostarme temprano. Nada de televisión. Nada de estúpidas historias de terror.

No hubo ninguna diferencia.

El pánico y la excitación son dos caras de la misma moneda, según dicen. No sé cuándo empecé a confundir ambas cosas. La pubertad, supongo.

¿Has visto Drácula de Bram Stoker? ¿Esa película con Gary Oldman en la que se convierte en una gran criatura lobo y se folla a la chica de rojo en una lápida?

La vi antes de lo que debería. No en mi casa, sino en la de un amigo. Estaba lo suficientemente oscuro como para poder ocultar mi rubor. Lo suficientemente oscuro como para poder ocultar la forma en que me balanceaba en mi asiento y no podía parar.

Tuve suerte, porque no creo que hubiera podido parar si hubiera querido.

Eso fue lo primero que se me ocurrió. Morder la almohada con el corazón acelerado, sintiéndome tan jodidamente asquerosa ante la idea de ser tomada por una media bestia malvada.

Tal vez ese fue el comienzo de todo esto, no lo sé. Esos años fueron bastante confusos.

Me sentía tan culpable después de eso, que me aseguraba de gritar más fuerte cuando me despertaba, solo para convencerme que todavía los odiaba. Pero no lo hice.

*No sé cuándo el monstruo dejó de tener cabello, colmillos y garras.
No sé cuándo supe que era un hombre.*

*No sé exactamente cuándo empecé a despertarme por la mañana con
las bragas mojadas y los dedos en el clítoris, pero cuando empezó no
paró.*

*He pensado tanto en lo que el hombre me hará cuando me atrape,
pero en mis sueños nunca ha ocurrido. Todavía no.*

*Estoy harta de luchar contra lo que quiero. Estoy harta de fingir que
no anhele las cosas que anhele.*

*Cuando estos sueños volvieron hace unos meses fue el mayor alivio de
mi vida. Pero no son suficientes.*

Ya no.

Necesito esto de verdad.

Aunque sea una vez.

Tomo aire. Mis entrañas se sienten expuestas. Incómoda.

Incómodas.

Pero me gusta.

Por favor, escribo y mi vientre se revuelve.

Por favor, dame lo que necesito.

*Cierro sesión antes que pueda obsesionarme con que vuelva a
conectarse.*

Y entonces, por primera vez en semanas, llamo a mi madre.



PHOENIX

Cuando la alarma me despierta el sábado por la mañana, no estoy seguro qué es lo que más temo: si va a enviar un mensaje o si no lo hará.

Tal vez entre en razón y abandone la imprudente idea. Tal vez sea mejor que lo haga.

Solo cuando estoy tumbado reflexionando sobre el resultado me doy cuenta que el cielo es azul fuera de mi ventana.

Normalmente no me doy cuenta que el cielo es azul.

Es una observación extraña.

Mi polla está tan dura que me duele. La he rodeado con los dedos sin pensarlo dos veces, y eso también es una observación extraña.

Una carrera.

Necesito una carrera.

No siento el pecho oprimido cuando me pongo las botas de correr. Mis pasos largos no se sienten dolorosos cuando salgo del porche y bordeo el lado de la piscina. Hoy incluso la miro al pasar.

Hoy me pregunto cómo sería volver a repararla para Cameron y para mí.

i love how beautiful
you are when you hurt

Odio la piscina. Suele parecer tan... sin alma. Solo otro recordatorio doloroso.

Pero hoy no.

Por primera vez en meses me tomo mi tiempo en la cima de los Malverns. Me detengo un poco más, respiro un poco más profundamente. Observo cómo un auto atraviesa la ciudad por debajo y sale por el otro lado. Mis ojos lo siguen todo el camino.

Saludo con la cabeza a una pareja en el sendero. Señalo a un hombre la dirección de su perro fugitivo mientras corre hacia el Faro.

Y luego le envío un mensaje a mi gerente de despacho para decirle que hoy no estaré en el turno del sábado por la mañana.

Me reprendería por imprudente si no fuera consciente de la verdad: normalmente me convengo que me necesitan allí, pero es mentira. Ha sido una mierda durante meses.

Hay menos anticlímax cuando vuelvo a bajar el camino de la colina hacia la casa esta mañana. Cameron ya está levantado cuando llego, sentado en su silla mientras Serena le sirve los cereales.

—Hoy se ha levantado temprano —me dice, y no bromea. Me imagino que se ha adelantado al menos una hora hasta que miro el reloj.

No. Cuarenta minutos de eso es culpa mía.

Mi hijo parece contento consigo mismo, desplazándose por los canales con el mando de la televisión aunque su favorito esté en el canal uno. Normalmente lo hago yo por él. Parece que ha sido un error por mi parte.

Lo veo pulsar los botones, más que capaz de navegar por el menú.

Elecciones.

Está tomando decisiones activas.

Pasos de bebé fuera de la norma.

¿Y por qué no lo haría? Es perfectamente capaz de hacer sus propias elecciones de televisión.

Si solo lo dejara.

—Oye, campeón. Papá se queda en casa hoy —le digo—. Podemos ir a dar de comer a los patos. Tal vez tomar un helado. Te gustaría, ¿verdad?

Su sonrisa es brillante y fácil. Sus hoyuelos me dejan sin aliento.

Mi equilibrio se tambalea pero se mantiene.

—¿No vas a trabajar? —pregunta Serena, y yo niego con la cabeza.

—Es un buen día. Pueden cubrirlo.

Ella levanta una ceja.

—¿Te sientes bien?

Me sorprende descubrir que lo estoy.

O lo estaba hasta que ella me muestra una expresión de culpabilidad.

—¿Qué pasa? —pregunto por instinto.

No contesta, solo hojea las páginas de su periódico del sábado en la encimera. Como si esa mierda fuera a servir de algo.

—¿Qué es esa mirada? —le pregunto, y ella suspira.

Saca su teléfono del bolsillo de la bata y me lo entrega. Mi estado de ánimo se reduce a la nada cuando veo parpadear el icono del mensaje.

—¿No lo hiciste? Dime que no lo hiciste.

Pero no lo hará. Por supuesto que no lo hará.

No puede.

Hago clic para leer sus mensajes, y efectivamente hay una cadena de mensajes de Jake.

Ash.

Se llama a sí mismo Ash ahora, por el bien de mi prolongada miseria tanto como la suya propia.

—Tenía derecho a conocer la oferta —insiste, pero niego con la cabeza.

—No tiene derecho a nada —le digo—. Nada, Serena. Ni una maldita cosa.

Mantengo mi tono bajo control por el bien de Cam, apretando los dientes detrás de él mientras permanece ajeno.

—Él quiere hablar —sisea, como si yo fuera el jodidamente irracional aquí.

Tal vez lo sea.

—Yo no —le digo—. He tomado mi decisión. Les dije que no voy a vender, y no lo voy a hacer. Fin de la historia. Trabajo hecho.

—¿Y qué pasa si Jake tiene otras ideas?

Me encojo de hombros.

—No es mi problema. Soy la firma principal.

Los ojos de Serena son océanos de color marrón oscuro, de *que te jodan* cuando dobla su periódico. Apoya su peso en una cadera.

—Ustedes dos necesitan que sus cabezas sean golpeadas —me dice y luego suspira—. Por favor, Leo. Por favor, solo habla con él.

Sacudo la cabeza.

—Es Phoenix —señalo, pero ella cierra los ojos.

—Leo, por favor. Por favor. Solo habla con él. No podemos seguir así. Ninguno de nosotros puede. Ni tú, ni yo, ni Jake tampoco. O Cam.

Me estremezco cuando dice el nombre de mi hijo.

—Estamos bien —digo, aunque sea mentira.

Cameron finalmente se decide por un canal. No es el que esperaba. Unos monos suben a un árbol. Algún documental.

Diablos, el mundo ha saltado un centímetro sobre su eje en algún lugar.

—Tenemos que empezar a vivir de nuevo —continúa Serena, ajena—. Por favor, Leo. Por favor, déjanos empezar a vivir de nuevo.

El dolor vuelve a invadir mis entrañas al pensarlo.

Las llamas vuelven a estar bajo mi piel cuando nuestras miradas se cruzan en la habitación.

La determinación se une a la furia, pero esta vez me muerdo la lengua. Esta vez me quedo exactamente donde estoy, con el documental de Cameron reproduciéndose de fondo y el sol que aún entra por la ventana de la cocina.

Empecemos a vivir de nuevo.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. El corazón me da un salto en el pecho.

—¿Leo? —Serena vuelve a preguntar—. ¿Quieres hablar con él?

Busco en mis notificaciones y, efectivamente, hay un pequeño número 1, junto a mi bandeja de entrada de mensajes.

JADE WEST

bait

Empecemos a vivir de nuevo.

Los ojos de Serena son suplicantes. Desesperados.

Cameron sube el volumen de su documental.

Y yo me detengo. Piensa.

Vivir de nuevo.

Quizás tenga razón.

Busco en mi lista de contactos antes que pueda pensarlo mejor.

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
p u l c

SEIS

La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos.

Norman Cousins

ABIGAIL

Llevo tres meses en mi apartamento sin saludar a ningún vecino, pero hoy es diferente. La he visto antes en el pasillo común: una mujer mayor con el cabello corto y rubio. Hasta ahora siempre me he mantenido alejada.

Está sacando las llaves de su bolso con la compra en el suelo cuando salgo y cierro la puerta tras de mí. Me mira y sonrío, le devuelvo la sonrisa.

Y entonces lo digo.

—Hola.

—Hola —dice ella. Introduce la llave en la cerradura—. Soy Sarah.

—Abigail —le digo.

Ella sonrío. Y luego se va.

i love how beautiful
you are when you hurt

Es extraño cómo las pequeñas acciones pueden ser tan significativas. Siento un extraño cosquilleo en el pecho cuando bajo las escaleras y salgo a la calle Church.

Sarah. Una vecina. Una vecina con nombre.

Y con eso mi destino se siente sellado: realmente vivo aquí.

Respiro profundamente mientras me dirijo a High Town, caminando con un propósito. Caminando como si perteneciera a este lugar.

Quizás por ahora sí.

Hoy el mundo parece un poco diferente. Siento un pequeño cambio en el universo. Es apenas perceptible, pero está ahí. Una pizca de vida entre el entumecimiento.

Una corriente de emoción.

Casi había olvidado cómo se siente la emoción.

Hay una cosa que se puede decir de no tener otra vida que la miseria durante meses. Mi saldo bancario es saludable, incluso con un enorme recorte de sueldo. Mi apartamento es más pequeño que el que dejé atrás. Mi dieta aquí ha sido mínima y básica, sin el costo añadido de las cenas sociales acumuladas a lo largo de las semanas.

Por extraño que parezca, si soy sincera conmigo, hay algo que decir a favor de una existencia mínima. Echo de menos muchas cosas, pero no las materiales. No echo de menos mi desbordante armario, ni toda la colección de esmaltes de uñas del arco iris expuesta en un perchero. No echo de menos los cajones llenos de papeles viejos y de correo basura y de cachivaches. Ni siquiera echo de menos los cojines que actualizaba compulsivamente cada temporada.

Llegué aquí con nada más que lo básico para empezar de nuevo. Ahora mismo eso parece estar bien.

Los huesos desnudos seguramente pueden ser los componentes básicos de algo nuevo.

Paso por delante de las tiendas de artículos para el hogar que me habrían encantado en otro tiempo. Paso por una papelería que habría sido una cueva de Aladino para mí en Hampshire. No sé a dónde voy, ni qué busco, pero sigo caminando, sigo dirigiéndome a *alguna parte*.

A cualquier lugar.

Y por primera vez en una época me fijo en la gente. Caminando, hablando, mirando sus teléfonos, ajenos al mundo que los rodea, igual que yo.

Me fijo en el olor a pan fresco que sale de la panadería de la esquina.

Me fijo en la forma en que el sol se abre paso a través de una vaga franja de nubes.

La forma en que los adoquines se convierten en asfalto bajo mis tacones al girar a la izquierda al final de la calle.

El sonido de pasos de peatones sonando más adelante.

La sensación de respirar.

Y sonrío.

Sonrío porque un desconocido me hizo una simple pregunta y luego me escuchó.

Sonrío porque alguien me encontró en la oscuridad y no intentó encender la luz.

Sonrío porque un hombre que se llama Phoenix Burning me ofreció algo que nunca tuve.

Y entonces mi sonrisa se esfuma.

Supongo que es la forma en que el cabello del tipo se aleja de sus ojos. La forma en que su nariz es romana y sus ojos azules. La forma en que se mueve, tan familiar. Tan parecido a Stephen.

Supongo que es la forma en que la mira, la chica a su lado. La mira como pensé que Stephen me miraba a mí.

Supongo que es el cochecito, el que había elegido para mí.

Su bebé lleva botines de punto blancos. Tiene los ojos muy cerrados. Sus dedos son tan pequeños.

Pasan tan cerca que puedo oler su perfume.

Huele a todo lo que siempre he querido.

Me llega al fondo de la garganta y luego me ahoga. Me dan arcadas a plena luz del día en una calle repleta, con el vientre lleno de dolor que me duele al respirar.

Y estoy sola.

Perdida.

Tambaleándome.

Retrocedo contra una pared sólida antes que se me doble la columna. Cierro los ojos a todo lo que me rodea antes que la luz me saque las lágrimas.

Canciones de cuna en la parte superior de mis pulmones, una mano en mi vientre mientras conduzco por la noche con lágrimas corriendo por mis mejillas.

Estoy luchando contra un océano de dolor con mis propias manos debido a los pequeños dedos de los pies en un par de botines blancos. Y he estado aquí antes. Tantas veces.

Un llanto de bebé en el tren cortándome como un cristal. Un pijama de recién nacido desechado en el pasillo equivocado del supermercado. Un hombre sosteniendo la pequeña mano de su hijo mientras cruzan la calle.

Las miradas pasando entre mis ex colegas mientras intentan encontrar las palabras para decirme que Stephen fue el que despejó mi escritorio. Que ni siquiera había preguntado por mí. Ni una sola vez.

Siento que me desangro de nuevo, pero hoy lucho contra el océano y gano.

Abro los ojos antes que caigan las lágrimas. Respiro hondo, me empujo de la pared y fuerzo mis piernas para seguir caminando. Camino hasta llegar al río y lo sigo durante kilómetros, a través de las praderas y saliendo por la otra orilla, hasta que la tarde soleada se convierte en un atardecer cálido y mis talones se llenan de ampollas. Hasta que me doy cuenta que el cielo es rosa y que nunca he escuchado el graznido de un pato, no como es debido. No como ahora.

Y entonces, finalmente, cuando sé que las paredes desnudas de mi apartamento no me van a romper, me voy a casa y espero a mi monstruo.



PHOENIX

La gente solía pensar que Jake y yo éramos gemelos. Ahora no lo pensarían.

i love how beautiful
you are when you hurt

Ha perdido peso. Mucho peso.

Sus anchos hombros parecen hundidos. Sus brazos se ven delgados y sin fuerza. Sus ojos son más oscuros que nunca, cuando cierra la puerta de su camioneta detrás de él y yo cierro la mía.

Nos encontramos en tierra de nadie. En medio del estacionamiento en el que solíamos entrar cada mañana. La torre es un casco negro que nos mira, con el tejado quemado que se ve en las sombras.

Contemplo las probabilidades que se abalance sobre mí antes que hayamos dicho una palabra. Que acabemos forcejeando en el asfalto agrietado mientras el fantasma de Mariana grita. O ríe.

Los siete meses transcurridos desde la última vez que nos enfrentamos no han sido buenos para ninguno de los dos, eso es seguro, pero hoy mantiene los puños a raya. Al menos por ahora.

Se mete la mano en la chaqueta y saca un cigarrillo. No me muevo ni un centímetro mientras lo enciende. Le da dos largas caladas antes de señalar con un dedo en mi dirección.

—Acepta la puta oferta.

—A la mierda la puta oferta. —Mi voz es más tranquila de lo que siento.

Señala las fauces de cemento y escombros que hay detrás de nosotros. Las puertas están deformadas y abiertas. El suelo sigue plagado de cristales de ventanas rotas.

—¿De qué coño te sirve? Está muerta, joder. ¡Deja que este puto lugar muera con ella!

—No voy a vender.

—¿Por qué carajo no?!

No tengo una respuesta para eso. No necesito una respuesta a eso. Miro más allá de él hacia la oscuridad del interior.

Todavía puedo sentir el calor. Todavía puedo oler el hedor de los paletas. Todavía oigo mis gritos ahogados cuando llamé su nombre.

—El negocio está casi recuperado. Si fuera a vender lo habría hecho hace mucho tiempo, cuando lo necesitábamos, joder —le digo.

—Nadie lo quería entonces.

Sacudo la cabeza.

—Piensa lo que quieras, Jake. Siempre hay algún puto buitre que quiere hacer dinero rápido. Se habría vendido.

Su hombro aterriza directamente contra el mío.

—Es *Ash*.

Vuelvo mi cara hacia la suya.

—Yo soy el que la perdió.

Reconozco la rabia en su mirada casi tanto como reconozco el dolor detrás de ella. Su vacío agita el mío. El dolor burbujea en mi estómago.

—Era *mía* —sisea—, sabes de sobra que lo era. Soy yo quien la perdió, joder.

Mis puños se cierran por instinto, a un suspiro de golpear con mi odio al saco de mierda que comparte la misma puta sangre que yo.

Soy un hombre luchando contra una puta tormenta, agitando mis puños contra el puto rayo. He estado aquí antes, tantas malditas veces.

Pero esta noche soy victorioso.

Por ella.

Por una desconocida.

Porque me siento vivo.

Me alejo. Aflojo los puños. La pena deja de burbujear.

—No voy a vender —digo, con calma—. Voy a reconstruir.

—¿Reconstruir? ¿Qué coño?

—Ya me has oído.

Parece que le di un puñetazo en la mandíbula. Parte de mí desearía haberlo hecho.

Me doy cuenta de lo cansado que parece, incluso en la penumbra. Me doy cuenta que su barba es mucho más larga que la mía.

Y en este largo momento, me pregunto si es realmente el dolor lo que sigue paralizando a mi hermano mayor, o si es la culpa.

—¿Por qué estabas realmente aquí? —le pregunto—. ¿Qué hacía ella sola en ese almacén?

No se le escapa nada.

—No tengo ni puta idea. Vine aquí a trabajar, ella ya estaba...—

Le corto con un movimiento de cabeza.

—Ya está bien de tanta mierda. Dime la verdad y hablaré de la puta venta.

Me late el corazón, pero me mantengo firme. Tengo el pulso en las sienes, pero no muevo ni un músculo.

No pierde el ritmo.

—Vende este puto lugar o venderé mis acciones —dice, y ya se retira a su camioneta.

Es muy tentador ir tras él, pero no lo hago.

Cameron y yo lo pasamos muy bien alimentando a los patos hoy. No voy a explicarle a mi hijo por qué papá tiene los nudillos rotos por la mañana.

—No seas un puto imbécil —grito mientras Jake arranca la camioneta, pero ni siquiera mira hacia atrás.

Observo hasta que sus luces traseras doblan la esquina al final del camino, y entonces tomo aire.

Me apoyo en la camioneta y me permito un minuto, solo yo y este agujero quemado, y los secretos de Mariana. Los que se llevó con ella.

Y luego, finalmente, cuando sé que estoy lo suficientemente calmado como para mirar a Serena a los ojos sin romperle la cabeza por haber metido a Jake en mi mierda, me voy a casa.



ABIGAIL

Llevo una hora mirando mi bandeja de entrada cuando el círculo junto a su nombre por fin parpadea y se vuelve verde.

Me muerdo la uña del dedo pulgar cuando la marca aparece junto a mi mensaje. *Él lo está leyendo. Ahora mismo.*

i love how beautiful
you are when you hurt

Es casi medianoche y me he permitido un par de copas de vino para terminar la noche del sábado. Me ha hecho ser valiente. Lo suficientemente valiente como para esperar en línea tan audazmente a que se conectara.

Puedo ver la línea final de mi último mensaje, en negrita.

Por favor, dame lo que necesito.

Podría haberme encogido si no fuera por el alcohol.

Espero con los nervios a flor de piel, sintiendo que mi alma rota está desfilando mientras un total desconocido lee sobre mis pesadillas. Me pregunto qué estará pensando.

Si está duro.

Si desea esto aunque sea la mitad de lo que yo deseo.

Me duele el coño, mi vientre se agita con locas fantasías. Ya estoy jugando conmigo cuando el icono de la escritura aparece en la pantalla.

Mi respiración se entrecorta cuando el mensaje suena.

Me ha gustado leer tus sueños.

Mentiría si te dijera que no se me ha puesto dura. Mentiría si te dijera que esta conversación no ha despertado algo profundo.

Sería deshonesto si dijera que no pienso follarte como una bestia mientras me suplicas que pare.

Estás jugando con un monstruo. Si no tienes cuidado, te morderé con fuerza.

Asegúrate que estés preparada para ello.

Mi respuesta es fácil.

He estado segura desde siempre.

Me froto el clítoris mientras él sigue escribiendo.

Dime lo que te hace tu monstruo cuando piensas en él a altas horas de la noche. Dime cómo necesitas que te rompan. Cómo necesitas que te hagan daño. Usada. Tomada.

Y luego te diré lo que te voy a dar.

Mi coño palpita cuando alejo mis dedos para escribir.

No me contengo. Le digo la verdad.

El monstruo siempre me agarra por detrás. Es fuerte. Lo suficientemente fuerte como para levantarme mientras mis piernas se agitan. Gritaría si su mano no estuviera sobre mi boca.

Me dice que me calle. Me dice que me hará daño si grito.

Tengo la tentación de gritar para que lo haga peor.

A veces me obliga a tirarme al suelo, a veces me deja caer de pie y me lanza contra la pared, con su cuerpo pegado al mío.

Y entonces susurra. Siempre susurra.

Me dice que tal vez me deje disfrutar si no lucho contra él.

Mierda, he estado esperando esto. Mi clítoris palpita con fuerza. Mis muslos se tensan.

Espero una respuesta antes de continuar.

Su respuesta es una simple palabra. Todo el estímulo que necesito.

Continúa.

Continúo.

Me aprieta y me sube la falda. Me baja las bragas y empuja sus dedos dentro de mí. Siempre es lo suficientemente duro como para hacerme gritar.

Nunca estoy preparada para él.

Nunca quiero estar preparada para él.

Siempre me duele y siempre me obliga a soportarlo.

Me agarra las tetas con tanta fuerza que me deja sin aliento. Me dice que soy una sucia perra que se lo ha buscado.

Qué quiero esto.

Y lo hago.

Soy una pequeña y sucia perra que quiere esto.

Me bajo el sujetador hasta que mis tetas se derraman por encima de las copas. Me pellizco los pezones hasta que gimo.

No necesito esperar mucho para recibir otro mensaje.

Eres una putita sucia que va a recibir lo que se merece.

Mi respuesta es instantánea.

Por favor.

Por favor, hazlo realidad.

Oh, mierda, por favor.

Me tiro de los pezones y finjo que es él. Estoy desesperada por una respuesta mientras miro fijamente la pantalla. Me retuerzo en las sábanas mientras mi clítoris pide ser liberado.

Palpita mientras recibo el tono de notificación.

JADE WEST

bait

Si tienes sentido común, detendrás esto ahora mismo.

Aléjate antes que estés demasiado metida.

No sé a qué se refiere hasta que aparece el icono de una foto.

Mi corazón está en mi garganta cuando hago clic para abrir.

Y mierda.

Maldición.

Estoy sobria en un momento, arrastrando los pies para sentarme mientras maximizo la imagen.

No.

No puede ser.

No hay manera. Simplemente no hay manera. No puede realmente...

No puedo dejar de mirar. Me quedo con la boca abierta.

Y él tiene razón.

Dios mío, tiene razón.

Si tuviera algo de sentido común, dejaría esto ahora mismo.

i love how beautiful
you are when you hurt

SIETE

Los pescadores saben que el mar es peligroso y la tormenta terrible, pero nunca han encontrado en estos peligros una razón suficiente para permanecer en tierra.

Vincent Van Gogh

PHOENIX

Si tiene algo de sentido común en esa bonita cabeza que tiene, responderá con un *gracias, pero no*.

Una parte de mí espera que lo haga.

La otra parte tiene mi palma presionando alrededor del monstruo del que le acabo de enviar una foto. El ángulo no retiene nada: la escalera de púas de la parte inferior de mi polla brilla con horror metálico. Las crestas son gruesas.

Amenazantes.

No necesito ningún efecto especial de cámara para agrandar la escala. No es una ilusión que vea esta arma de carne dura y acero elevarse por encima de mi ombligo. Mis manos son grandes, pero no lo parecen, no cuando mis dedos se estiran alrededor de la circunferencia.

Mariana dijo que la Navidad se había adelantado cuando me bajé el pantalón por primera vez.

Cambiaba de opinión con regularidad.

Pero Mariana también estaba lo suficientemente loca como para querer más. Siempre más.

Seis barras a lo largo de mí. Una gruesa curva de acero atravesando la cabeza.

Siempre le dolía. A veces sacaba sangre.

A veces me dolía a mí también.

Le dolerá a Abigail. Ella gemirá a cada maldito centímetro.

El círculo verde junto a su imagen permanece. Espero el sonido de la notificación que tarda una eternidad.

Me alegro que se tome su tiempo.

Este no es el lugar para la fanfarronería cachonda. Este no es el momento de fingir valentía y esperar lo mejor.

Su respuesta es simple. Obvia, en realidad.

Eso va a doler.

Mis dedos se agarran con más fuerza. Respondo con una mano.

Sí, lo hará.

Me agarro con tanta fuerza que me duele, mis ojos se cierran al recordar el coño sublimemente apretado.

Escribo lentamente. Torpemente.

Tienes que pensar en esto. Con cuidado.

Tengo las bolas tan apretadas como para soplar.

Me siento aliviado cuando su respuesta es al menos medianamente sensata.

Sé que probablemente debería cerrar de golpe este portátil y escribir esto como un escape afortunado.

Un paso demasiado lejos de la locura.

Pero no puedo.

Todavía quiero esto.

Una pausa antes que aparezca de nuevo el estado de escritura.

Creo que lo quiero aún más que antes.

Maldición.

Mi polla palpita en mi agarre.

No está sola en el tren de la locura. Supongo que los dos estamos montados hasta su destino final.

Me obligo a frenar esta huida, luchando por conseguir al menos una apariencia de contención.

Gruño al aflojar el agarre. Aprieto los dientes cuando mi polla protesta.

Mis dedos golpean las teclas.

Consúltalo con la almohada.

Considéralo a la fría luz del día.

Piénsalo hasta que te arrepientas.

Piénsalo un poco más después.

Y luego, si todavía lo quieres, házmelo saber.

Buscaré tu mensaje mañana por la noche.

Un simple sí o no será suficiente.

Solo asegúrate que es la decisión correcta.

Soy yo quien cierra de golpe el portátil con el círculo verde todavía al lado de su foto.

Soy yo quien se traslada al cuarto de baño para tomar distancia.

Abro la ducha a todo lo que da y me quito el jeans. Me pongo bajo la corriente en un instante, el chorro me da en el cuero cabelludo mientras me enjabono.

No sé qué es lo que quiero eliminar. No sé por qué creo que la limpieza me hará ser menos el monstruo que siento por dentro.

Enjabono la piel tatuada que ella nunca verá. Años de esperanzas, miedos y sueños grabados en mi cuerpo para siempre.

No puedes ocultar un trabajo como este debajo de camisas manga largas, pero la oscuridad puede ocultarlo.

Estoy tatuado desde mis dedos hasta el cuero cabelludo, lo suficiente para que el mundo lo vea. Mi oscuridad es palpable. Siempre lo ha sido.

Pero hay más que tinta marcando mi cuerpo. Mis cicatrices se extienden desde mi hombro hasta mi columna en mi lado izquierdo. A veces todavía las siento arder.

A veces puedo oler mi propia carne quemada.

El gel de baño no hace ninguna diferencia. No toca lo que hay dentro.

No cambia lo que soy. *Quien soy.*

Gruño mientras vuelvo a agarrar mi polla con la mano.

Es brutal. Rápido. Doloroso en mi agarre mientras disparo mi carga por todas las baldosas.

Esta chica, Abigail “cebo” me está llevando a la locura. *O la salvación.* Despertando una bestia que creía muerta junto con la mujer que no pude salvar.

Casi muero en el intento. Pero no fue suficiente para Jake.

Lo veo en sus ojos cada vez que tenemos la mala suerte de cruzarnos.

Lo he visto esta noche. También lo veo en el espejo.

A veces lucho contra el arrepentimiento. A veces no lo hago.

A veces el arrepentimiento es todo lo que puedo sentir.

Pero ahora mismo no siento nada más que el deseo de destrozar el estrecho coño de Abigail hasta que grite.

Giro el ajuste de la ducha a frío y gimo mientras el agua castiga mi piel.

A veces, en mis sueños, sigo oyendo los gritos de Mariana al otro lado de la puerta.

A veces, a altas horas de la noche, le pregunto a su fantasma por qué lo hizo.

Por qué dejó a nuestro hijo pequeño. Por qué me dejó a mí.

Por qué en primer lugar estaba allí esa noche. Por qué el fuego se la llevó a ella y no a mí.

Por qué estaba sola en esa habitación. Por qué estaba allí.

Por qué Jake estaba allí con ella.

Tantas malditas preguntas.

Cierro el grifo.

Agarro una toalla.

Por primera vez en mucho tiempo, contemplo la posibilidad que quizás nunca tenga todas las respuestas.

Y por primera vez en mucho tiempo, la ignorancia no se siente tan mal.



ABIGAIL

No puedo dejar de mirar la imagen en la pantalla, aunque sé que no debería hacerlo.

No puedo dejar de jugar conmigo, aunque tampoco debería hacerlo.

Nunca podré soportarlo.

No puedo imaginar que alguien pueda.

Stephen era lo suficientemente grande como para que tuviera que aflojar la mandíbula para que su polla pasara entre mis dientes, pero quedaría diminuto ante el monstruo que tengo delante.

Phoenix Burning está definitivamente tatuado. Sus figuras están grabadas con símbolos oscuros. Parece que hay una rosa en el dorso de su mano. Apenas puedo distinguirla.

Nunca he estado con un tipo con tatuajes.

Tampoco he estado nunca con un tipo con piercing. Ni siquiera he visto nunca a un tipo con piercing.

Pero quiero hacerlo.

Oh, mierda, cómo lo quiero.

Introduzco tres dedos dentro de mí, y está apretado. . Independientemente del hecho que estoy mojando mis bragas, todavía está apretado.

Nunca lo tomaré. No a menos que él...

Maldición.

Tendría que ser tan brutal.

Tan duro.

Un escalofrío me recorre, porque en algún lugar, de alguna manera, sé que lo sería. Podría serlo.

Lo será.

Porque ya sé cómo termina esta historia.

Ya sé que me subiré a esta ola hasta que se estrelle. Ya sé que él es lo único que quiero. Lo único que *necesito*.

Todo lo demás se desvanece en una feliz ignorancia, mi mente se cierra a todo lo que no sea la forma en que él se sentirá dentro de mí.

No hay nada más en mi mente que la idea de su palma sobre mi boca mientras me susurra cosas sucias al oído.

Me pregunto cómo suena su voz.

Me pregunto qué acento tendrá.

Minimizo la foto lo suficiente como para hacer clic de nuevo en su perfil. Dice Malvern. A unos treinta minutos en auto desde aquí. Cuarenta y cinco como máximo.

Está cerca. Realmente cerca.

Tengo un auto, solo que rara vez lo uso. Ha estado en mi puesto del estacionamiento durante semanas, sin tocar.

Intento imaginarme conduciendo hacia la noche de camino a encontrarme con él. Me imagino estacionar en algún lugar y saber que todo será diferente para cuando vuelva al asiento del conductor.

Si es que consigo volver.

El pensamiento es solo un susurro, pero está ahí. Tiene que estar ahí.

No sé nada del hombre que está al otro lado de la ventana del chat. No tengo más garantías que las palabras de un extraño en el aire.

No debería valer la pena el riesgo. *No debería.*

Imagino cómo se sentirán mis piernas cuando se acerque el momento.

Mi corazón late con fuerza. Los nervios se tensan.

Mis piernas se abren mientras me follo con tres dedos profundos.

Sí.

Ya sé la respuesta que le voy a dar.

Conozco la respuesta desde que me envió el primer mensaje. Hará falta más que una imagen gráfica para desviar esta colisión.

El círculo junto a su foto de perfil es gris cuando escribo mi respuesta.

No necesito consultarlo con la almohada.

No soy lo suficientemente impulsiva como para necesitar tiempo para que las dudas se asomen.

Ya están aquí. Han estado bailando detrás de mis ojos desde el momento en que me enviaste un mensaje. Siempre están aquí y siempre han estado, pero no hacen ninguna diferencia.

Tu foto es suficiente para asustarme, pero el miedo no cambia nada. Nunca lo ha hecho.

En todo caso, solo me hace desearlo más.

Mi respuesta es definitivamente sí.

Hago una pausa.

Lo leo con una respiración superficial.

Y luego le doy a enviar.

OCHO

No juzgues cada día por la cosecha que recoges, sino por las semillas que plantas.

Robert Louis Stevenson

PHOENIX

El mensaje me espera por la mañana, con mucha antelación. Mucho antes de lo previsto. Aparece en mis notificaciones, listo para recibirme cuando suena la alarma.

Siento una infundada sensación de aceptación mientras subo la pista de la colina y admiro el sol naciente. Ella vio, temió y aun así quiere.

Esta sensación surrealista de intimidad con una desconocida está llena de sorpresas. El resorte en mi paso. La ligereza en el aire.

La hermosa promesa de una noche salvaje que empequeñece todas las demás, y la agri dulce inevitabilidad que estemos destinados a seguir caminos separados cuando terminemos.

Tal vez sea lo impermanente lo que resulta tan hermoso. Tal vez sea el conocimiento que nuestra colisión será breve lo que promete una explosión tan potente.

Percibo la vista en la parte superior mientras mis ojos están en el horizonte, escudriñando la campiña de Herefordshire.

Ella está ahí abajo, en algún lugar. Me pregunto qué estará haciendo. Me pregunto dónde estará.

Durmiendo, si es que tiene sentido común un domingo por la mañana.

Entrenando su coño para tomar una circunferencia decente, si es que tiene algo de sentido común.

Su perfil es limitado. Un simple *Hereford* y nada más en la lista de su ubicación. Hasta ahora sé tanto, pero tan poco.

La sombría promesa del amanecer mientras descubro todos sus pedazos rotos.

El amanecer siempre ha sido mi momento favorito del día, y con razón.

Saludo a la misma pareja de ayer en mi camino hacia la cima. Al bajar, saludo con la cabeza al mismo tipo y a su perro.

Me ducho rápidamente, le preparo el desayuno a mi hijo y lo veo elegir su propio canal de televisión.

Aprieto a mi hermana contra mi pecho y le beso la cabeza, porque a veces los gestos son más fáciles que las palabras.

Y luego, como otra primicia de todas las primicias de estos últimos días, me siento en la mesa de la cocina y respiro. Solo respirar.

Mis pies se sienten plantados en tierra firme por primera vez en meses. Mi lugar aquí vuelve a ser real.

Dondequiera que esté me pregunto si ella siente lo mismo. Si el universo se ve un poco más brillante a través de sus ojos esta mañana, al igual que a través de los míos.

Necesito conocer a Abigail. Necesitaré saber mucho más de lo que ella llegará a saber de mí.

Las cosas que ella anhela. Los pequeños detalles de su fantasía que ni ella misma conoce. Qué aspecto tiene para un transeúnte en la calle. Cómo suenan sus pasos en la oscuridad.

Necesito saber lo suficiente para protegerme por si este acuerdo loco sale mal. Necesito un rastro de mensajes que muestre que ella irremediablemente quiere esto tanto como yo.

Que es una chica a la que conozco y que se entrega a una fantasía que hemos planeado, y no una cualquiera a la que he abordado en la oscuridad.

Pero por ahora dejo de lado esos pensamientos más instructivos.

Estoy animado por el sonido de la vida, y nada va a robarme este momento.

Hoy no.



ABIGAIL

Suelo encogerme por dentro cuando las chicas de la oficina me preguntan por mi fin de semana. Odio la forma en que mi educada vaguedad siempre se siente tan vacía.

i love how beautiful
you are when you hurt

Pero hoy no.

Hay emoción en mi vientre mientras sonrío en la cocina antes de empezar a trabajar. Me siento más animada que de costumbre cuando les digo que mi fin de semana ha sido bueno, y por una vez no estoy mintiendo.

Por una vez es verdad.

Parece que la medianoche es la hora mágica para Phoenix Burning. Anoche fue la más mágica de todas.

No estoy segura de cuánto más tendré que hacer para demostrar que mis intenciones son serias en estas próximas semanas, pero creo que ya estoy bien encaminada.

Quería fotos y se las envié. Imágenes felices de días pasados. Un viejo retrato de trabajo. Un par de selfies más arriesgadas que tomé por capricho.

Y ahora parece que quiere más. Siempre más.

Está tirando de mi alma desde las profundidades y se aferra a ella. Susurra en cada rincón oscuro de mi mente.

Un sonido de notificación inesperado en mi celular me hace saber que tengo un mensaje a media mañana. Sé exactamente de quién se trata antes de comprobarlo.

Le escribo desde mi escritorio, con el auricular apoyado en mi regazo para que no se vea.

¿Cuál es tu nombre completo?

La pregunta me desconcierta lo suficiente como para que mi cabeza de vueltas.

Mi nombre completo.

Esta loca fantasía nunca se ha sentido tan real como cuando se lo digo. El miedo está ahí. Palpable. Se arrastra por los bordes de mi conciencia mientras late mi corazón.

Abigail Summers.

Abigail Rachel Summers.

Silencio. Nada más que un tic mientras lee mi respuesta.

Así que me ocupo. Me lanzo a un trabajo que normalmente paso por alto.

Reestructuro mi sistema de archivo de órdenes de compra y automatizo algunos de los procesos. Actúo como si me importara, y poco a poco, en el transcurso de mi lunes, y de mi martes siguiente, una parte de mí empieza a creerlo.

Atiendo las llamadas que se desbordan cuando llegan a nuestra oficina. Hablo con los clientes con una voz profesional que había olvidado hace tiempo.

Me encuentro riendo con los colegas en la fotocopidora.

Me encuentro accediendo a sus reuniones sociales de la oficina más adelante en la semana.

No sé en qué momento la pretensión se desvanece y mis acciones adquieren realidad, pero así es. El miércoles por la tarde, incluso me he hecho cargo de las facturas atrasadas de un colega que acaba de salir de baja por enfermedad.

Por la noche, comparto mis fantasías más profundas con un total desconocido, y durante el día me encuentro dando pequeños pasos hacia la recuperación de mi humanidad.

bait
poetic

No ignoro los mensajes de mis viejos amigos de casa. Llamo a mis padres cuando vuelvo a casa desde la oficina. Compro comida de verdad en lugar de comida preparada y me compro un juego de sartenes decente.

La vida siempre prospera en un terreno fértil. Lenta, pero seguramente, las semillas se convierten en pequeños brotes, y el pozo estéril de mí se agita con mi alma y echa chispas de nuevo.

Mis pesadillas nunca han sido tan vívidas ni tan bienvenidas.

Los días ocupados nunca han sido tan felices para matar el tiempo.

Nunca más esperé disfrutar de una noche de trabajo otra vez.

Pero lo hago.

Nunca esperé correr a casa a medianoche con el corazón lleno de emoción por un hombre sin rostro al final de una página de citas.

Pero lo hago.

Y realmente nunca esperé que esta noche fuera la noche en la que se despidiera.

Pero lo es.

i love how beautiful
you are when you hurt

NUEVE

El regreso hace que uno ame la despedida.

Alfred de Musset

ABIGAIL

Unas copas de vino con las chicas del trabajo resulta ser una buena manera de pasar el tiempo hasta que llega la medianoche. De hecho, me lo he pasado bien. Y ahora, estoy de vuelta en mi apartamento y conectada cuando la luz se pone verde en su perfil.

Dudo que a estas alturas le quede alguna duda sobre lo segura que estoy de querer esto. La idea hace que se me erice la piel.

Ya estoy muy acostumbrada a esta extraña sensación de cercanía. No sé nada y, sin embargo, siento tanto. Ni siquiera sé su nombre, y probablemente nunca lo sabré, pero eso no importa. Solo ha hecho falta una semana para que esta hora de la noche se convierta en mi todo.

Se me revuelve el estómago cuando llega el primer sonido de notificación. Me pregunto si debería decirle que estoy borracha.

Me pregunto si debería decirle que mi vida ha vuelto a ser vivible desde que él llegó.

Incluso en mi estado de embriaguez sé que sería una estupidez confesarlo.

Su mensaje me produce escalofríos,

Solo hay un club nocturno en Malvern.

Está en un polígono industrial junto a la estación de tren de Link.

El próximo sábado por la noche aparca en la estación.

Cruzarás la carretera y tomarás el camino por Spring Lane, y luego caminarás por el polígono hasta llegar a Fireflies.

No tendrás más que refrescos, pero te la pasarás bien.

Bailarás, aunque tus nervios se disparen.

Te quedarás todo el tiempo que quieras.

Y luego te irás.

Volverás caminando lentamente por dónde has venido.

Y tendrás cuidado, vigilarás todo el tiempo por encima de tu hombro.

Si tienes miedo, correrás.

Sus mensajes se detienen y no puedo contenerme. Mis dedos son un revuelo en mi teclado.

¿Y tú estarás ahí? ¿Estarás allí para perseguirme? ¿El próximo fin de semana verdad?

Mi corazón se acelera mientras escribe una respuesta.

Conocerás a tu monstruo, pero asegúrate que realmente quieras conocerlo.

Sí quiero. Maldición, sí quiero. Todo mi cuerpo palpita.

Sus mensajes siguen llegando antes que pueda responder.

Puedes regresar cuando quieras.

Puedes decidir no venir en absoluto.

Puedes pedir un taxi desde el club hasta tu auto y no pisar nunca las sombras.

Cambiar de opinión sería fácil, pero aun así, si quieres una palabra de seguridad puedes tenerla.

Mi respuesta es instantánea.

No quiero una y no voy a cambiar de opinión.

Estaré allí.

Su respuesta es inmediata.

Yo también.

No puedo creer que esto esté sucediendo realmente. Una extraña burbuja de emociones me hace un nudo en la garganta. Pero no es tristeza.

Es alivio.

Emoción.

O lo es hasta que vuelve a enviar un mensaje.

Esta será la última vez que hablemos, pero antes de despedirnos, quiero que sepas que he disfrutado mucho de nuestras conversaciones.

Espero que esto resulte ser todo lo que esperabas y que te devuelva la vida.

Mi estómago se hunde. No estoy preparada para el adiós. El adiós ni siquiera ha estado en mi radar. Ni siquiera cerca.

Sé que esto es algo único. Sé que siempre estuvo destinado a serlo.

Sé que decir adiós es inevitable. Solo que... no quiero... ahora no.

Estoy luchando por las palabras cuando llega otro sonido de notificación.

Si te sirve de algo, creo que el tipo que te dejó sola en tu hora más oscura es el más débil de los imbéciles. Por favor, no dejes que te robe más alma de la que ya tiene. Créeme cuando digo que no vale la pena.

El nudo en mi garganta se derrama en una estúpida lágrima. Pero extrañamente no es por Stephen por quien lloro.

Me obligo a escribir.

Vaya. Las despedidas siempre son una mierda, ¿eh?

Limpio mis lágrimas cuando vuelve a sonar un mensaje.

Eso he descubierto.

Temo que el círculo se vuelva gris, pero el icono de escribir se mantiene sólido.

Y luego más.

Siento todo lo que has pasado. De verdad.

Sus palabras hacen que mi corazón se estremezca.

Yo también lo siento.

Lo siento por las cosas que quería en mi vida y que probablemente nunca tendré, pero sobre todo estoy agradecida por él: el desconocido que me devuelve el corazón, aunque siga sangrando.

No estoy preparada para el siguiente mensaje.

No estoy preparada para que el círculo junto a su foto parpadee.

Adiós, Abigail.

Sigo escribiendo cuando el cuadro de texto se vuelve gris junto con su icono. Mis dedos siguen golpeando las teclas cuando *Phoenix Burning* cambia a usuario *no disponible*.

Y entonces se ha ido.

Se ha ido de verdad.

Mi corazón se desgarrar un poco más, pero esta vez sigo sonriendo.

Esta vez el adiós es agri dulce.

Porque esta vez lo mejor está aún por llegar.



PHOENIX

La ruptura de nuestra intimidad a través del aire me golpea profundamente. Realmente muy profundo.

Decirle adiós a mi cisne negro es una tragedia, pero es hermosa.

Es más duro de lo que pensaba, pero tiene que ser así.

Cuando, *si*, nos encontramos en la oscuridad, nos encontraremos como extraños y nada más. Yo seré un monstruo y ella será mi cebo.

i love how beautiful
you are when you hurt

El silencio alimenta la emoción y la excitación. También alimenta el miedo.

No habrá contacto diario para ofrecer garantías. No habrá comentarios para tranquilizar a sus demonios.

Si realmente llega al club el próximo fin de semana será porque tenía razón todo el tiempo: realmente anhela esta fantasía demasiado como para dejarla en paz.

¿Y si no lo hace?

Mi instinto se revuelve ante el pensamiento.

Y si no lo hace, el mundo seguirá girando.

No sé por qué eso me parece una mentira tan absurda.

Me quedo mirando la pantalla de cierre de sesión durante un tiempo, luchando contra el impulso de reactivar mi perfil y fingir una pregunta sin respuesta. Algo importante. Cualquier cosa para mantener el canal de comunicación abierto un poco más.

Me duele la polla mientras miro entumecido hacia delante.

Tengo sus fotografías guardadas en mi escritorio. También tengo su dirección actual y la de Hampshire en la que vivía antes.

Al parecer, el software del censo electoral en funcionamiento tiene más beneficios que analizar los riesgos crediticios de los malos clientes.

Tenía su historia al alcance de mi mano, justo ahí para tomarla.

Abigail Rachel Summers. Veintisiete años. Seis años más joven que yo.

Nacida en Fleet. Excelente calificación crediticia.

La encontré en la web de Business Connect, manteniendo mi búsqueda en el anonimato. No ha actualizado su perfil con su nuevo puesto, sea cual sea, pero en su antigua vida le iba bien.

Jefa de relaciones con los clientes en alguna empresa de servicios empresariales. Su foto de perfil era sonriente y profesional, con el cabello oscuro recogido en uno de esos elegantes moños. Sus fotos de trabajo muestran a una mujer que se siente cómoda en su propia piel. Cómoda con su lugar en el universo.

Me siento tan jodidamente triste por ella que el universo la haya masticado.

Stephen Hartley es un contacto que figura en la descripción general de su organización. Director de ventas. Un tipo guapo. Cabello largo. Tal vez un toque de gótico si quitas el traje de la ecuación.

De alguna manera sé que él es el idiota en cuestión. Llámalo instinto.

Siento todos sus pedazos rotos. Siento su tristeza. Su desesperanza. Su desesperación.

No soy tonto. Sé que ella está reflejando la mía. Sé que es mi propia desesperanza reflejada en mí.

Eso no lo hace menos real.

Stephen Hartley es todo un cobarde. Tengo ganas de cazarlo y devolverle la jugada, lo que me confirma que desactivar mi perfil y tratar esta fantasía como la aventura única que pretende ser es el único movimiento racional disponible.

Es definitivamente racional.

Doloroso.

Incómodo.

JADE WEST

bait

Casi triste.

Pero racional.

Me permito una última mirada a mi cisne negro antes de cerrar el portátil.

Y entonces, con la polla en la mano, imagino la próxima, y única, vez que volveré a verla.

I love how beautiful
you are when you hurt

DIEZ

Necesitamos el dulce dolor de la anticipación para saber que estamos realmente vivos.

Albert Camus

ABIGAIL

Nunca había visto que una semana pasara tan lentamente.

Ni todos los asesinos del tiempo en el universo podrían hacer que los días pasaran más rápido, y ninguna fantasía del mundo compensa el vacío que siento cada noche cuando llega la medianoche y él no está.

Por si acaso mantengo mi perfil activo. Me conecto todas las noches solo para mirar su perfil en gris.

Leo nuestros mensajes anteriores hasta que me dan escalofríos.

Miro fijamente la foto de su polla bestial y me imagino lo que sentiré al tenerla dentro de mí.

Me pregunto si le rogaré que pare. Me pregunto si me hará sangrar.

Me corro al pensar en ambas cosas.

Estoy jodida y no me importa. Estoy volando alto, desquiciada y libre.

i love how beautiful
you are when you hurt

Loca.

Claramente estoy jodidamente loca.

Me corro hasta quedar exhausta. Una y otra vez.

Apenas duermo.

Y cuando me despierto, lo primero que hago es conectarme para volver a mirar su perfil en gris.

Y leer de nuevo esos mensajes.

Y mirar fijamente esa polla monstruosa, los horribles piercings, y me corro de nuevo, imaginándola bombeando dentro de mí, tan dura, tan áspera, tan mala que estoy gritando.

Una locura.

Claramente loca.

Los días de silencio traen distancia. Su anterior familiaridad se desvanece fácilmente, dejando solo la promesa de la oscuridad.

No estoy preparada para él y nunca lo estaré, pero sería una tonta si no intentara al menos prepararme. Me compré un vibrador por Internet, uno que llaman acertadamente *El Monstruo*, y abro el paquete con dedos temblorosos justo tres días antes de conocer al monstruo de verdad.

Tengo su polla en la pantalla y mis dedos en el clítoris cuando pruebo mi nueva adquisición.

El hermoso pavor me golpea con fuerza mientras me esfuerzo por meter la cabeza. Estoy jadeando como una puta cuando mi coño por fin cede lo suficiente para aceptarlo. El estiramiento duele tanto que tengo que apretar los dientes.

Imagino que es él. Imagino que no tengo otra opción.

Sollozo ante el dolor. Me estremece la forma en que cada centímetro duele como el infierno.

Pero sigo adelante. Hago que mi coño lo aguante, como él lo hará. Gimoteo un mantra de no, no, no, y me gusta. Espero que a él también le guste.

Espero que eso haga que me folle más fuerte.

Joder, cómo quiero que me folle más fuerte.

Empujo sobre *El Monstruo* y grito mientras me llena.

Me follo hasta quedar en carne viva solo de pensar en él. Me follo hasta que me revuelvo en mi propio sudor y mi coño es un desastre ardiente.

Y así sucesivamente.

Cada momento de vigilia mis pensamientos son para él.

Y en esos escasos momentos en los que no estoy trabajando o jugando conmigo, estoy planeando mi cita con mi pesadilla.

Dejé la mayor parte de mi ropa de noche en una tienda de caridad en Hampshire. Al menos eso hace que mis elecciones sean más fáciles.

Voy a llevar el único vestidito negro que me queda y es uno bueno.

Es ajustado. Favorecedor. Lo suficientemente corto como para que mis piernas desnudas se sientan notablemente expuestas.

Usarlo me hace sentir bien. Incluso un poco cachonda.

Mis tacones más altos harán que correr sea difícil. El cebo será fácil de atrapar cuando llegue el momento. Dudo que lo supere incluso a diez pasos de distancia.

Y es una locura.

Todo esto es demasiado loco para las palabras. Demasiado loco para sobrevivir a ser dicho en voz alta, así que es bueno que no me quede nadie con quien compartirlo.

Voy a ser atacada por un extraño en una noche oscura en un pueblo extraño. Una vez que salga de ese club no tendré forma de salir. Ninguna palabra de seguridad. Ningún amigo esperando para venir en mi ayuda.

Solo él y yo: el monstruo y su polla esculpida en acero y la promesa de joderme.

Puede que me esté metiendo en el mayor error de mi vida, pero lo haré con una sonrisa en mi cara de loca.

Soy lo suficientemente racional como para contemplar la posibilidad que Phoenix Burning sea una especie de psicópata asesino en serie, y soy dolorosamente consciente que mi noche con él podría ser la última.

Conozco los riesgos. Los siento en cada fibra de mi cuerpo.

Me hacen sentir más viva que nunca en mi vida.

La emoción debe ser contagiosa. Solo en esa semana de trabajo me invitaron a salir en tres fiestas diferentes. Participo en más sesiones de chisme en la fotocopidora que en los cuatro meses anteriores. Estoy en un estado de euforia insano.

Y por fin, después de la semana más larga de toda la eternidad, estoy de pie frente a mi espejo de cuerpo entero con mi pequeño vestido negro.

Mi cabello está lavado y alisado. Mis ojos tienen un movimiento de gato que está justo en el punto. Mis labios son de color rojo rubí.

Mi sujetador es de encaje negro y apenas me cubre los pezones. Mi tanga es un trozo de encaje que no concede ningún pudor.

Mi perfume es Dior y en mi bolso no contiene más que el teléfono, las llaves y el monedero. No hay armas ocultas. Ninguna alarma de pánico de emergencia si las cosas se salen de control.

Honestamente, si esta noche resulta ser la última, y Phoenix Burning resulta ser el que acaba conmigo, me decepcionará que haya entregado tanto color a mi vida antes que se lo quite.

Mis piernas apenas me llevan al auto cuando llega el momento. Me tiemblan las rodillas durante todo el trayecto hasta Malvern. Tengo el corazón en la garganta cuando veo la señal de la estación de tren Malvern Link.

Elijo un sitio junto a la taquilla. Contengo la respiración antes de arriesgarme a salir y ponerme de pie.

Todavía hay suficiente luz en el exterior, para dar la impresión que soy una chica en una noche de fiesta. Pero la ilusión no me da ninguna confianza. Mis ojos se mueven a mí alrededor a cada paso, mi cuerpo se prepara para correr cada vez que alguien aparece a la vista.

Pero mantengo la calma.

Sigo caminando y, por debajo del miedo, deseo esto tanto como siempre.

Tal y como él dijo, la carretera atraviesa un polígono industrial. Los edificios son altos e imponentes, incluso a la luz del atardecer.

Sin duda, serán aterradores en la oscuridad.

Aunque mi boca está completamente seca y mis piernas se sienten flácidas, mis muslos desnudos están notablemente húmedos mientras espero en la fila para entrar al club. Mi clítoris hormiguea cada vez que cambio de posición en la cola.

Me siento nerviosa mientras tomo asiento en el borde de la barra, observando a la multitud que se reúne, en busca de alguna señal de él.

Doy un sorbo a mi Coca-Cola y me pregunto si lo reconoceré. Si, de alguna manera, sus oscuras intenciones brillarán con su luz de vuelta a las mías. Busco lo que conozco: rasgos oscuros y piel tatuada, pero hay muchas personas. Demasiado oscuro y repleto para tener una esperanza de identificar a un tipo cualquiera en la habitación.

Me pregunto si me está observando. Me pregunto si me ha estado siguiendo todo el tiempo.

Me ha dicho que baile, así que lo hago. Mi cuerpo se siente torpe y mis tacones me hacen sentir como si estuviera girando sobre palillos. Cada respiración se siente apretada, pero no me importa.

Espero que pueda verme.

Espero que sea duro.

La semana previa a esto ha durado mil años. Las horas en el club pasan en un suspiro.

Me refresco en el baño y me estremezco al comprobar la hora en mi teléfono.

Mierda.

Ya ha pasado la medianoche. Quedan dos horas para el cierre y sé que es hora de irse.

Es obvio por qué eligió este lugar. Está alejado, tan lejos de la calle principal que los alrededores estarán desiertos. Peligrosos.

A solo unos pocos pasos de la seguridad del club, seré presa fácil.

Aprieto los muslos con fuerza para ayudar con los nervios, y está ahí. La necesidad está ahí. Nunca ha estado más presente que ahora.

Creía que mis pesadillas eran tan reales como la vida despierta, pero me equivocaba.

Esta es la vida. La vida despierta se siente hiperreal. La vida despierta es petrificante.

El terror está en mi garganta, aunque todavía no he salido. Tengo las palmas de las manos húmedas y mis ojos se ven desorbitados en el espejo mientras me miran.

Pero lo quiero.

Aunque me siento como una loca, lo sigo queriendo. *A él.*

Intento calmarme en un cubículo, pero es inútil. He alcanzado la masa crítica, la lucha o la huida, así que cuando vuelvo a moverme lo hago con un propósito: atravesar directamente la multitud de cuerpos que bailan y salir por el otro lado. Agarro mi chaqueta del encargado del guardarropa y sonrío amablemente al personal de seguridad de la puerta.

Resisto el impulso de confesar mi estupidez y rogarles que me llamen un taxi, pero está cerca. Ni siquiera me atrevo a mirarlos mientras dejo atrás las luces del club.

Así que camino.

Rápidamente.

Hacia la oscuridad, con el corazón en la garganta y mi vida en manos de un desconocido, hasta que ya no quedan luces.



bait PHOENIX

Está aterrorizada.

Tan aterrorizada que dudé que saliera de ese club a pie, pero lo hizo.

Ha estado buscándome durante horas. Disfruté cada giro frenético de su cabeza. Cada pequeña sacudida de su cuerpo cuando alguien se acercaba demasiado.

Por suerte, conozco las sombras lo suficientemente bien como para que nunca me vea, no antes que yo lo quiera.

Ella no me vio en la camioneta en el estacionamiento. No me ha visto apartarme lo suficiente como para permanecer fuera de la línea de visión mientras la seguía por el polígono industrial.

Pasó junto a mí en su camino al baño, rozó mi brazo en su marcha y salió de allí.

Mientras la sigo a una distancia razonable, me pregunto si peleará. Si escupirá, maldecirá y gritará. Si me arañará la cara como hizo Mariana.

Pero no se parece en nada a Mariana.

Abigail lleva su vulnerabilidad tan perfectamente. Tan fácilmente.

Sus pasos son rápidos y frenéticos. Puedo sentir su miedo a través de mí.

La seguridad del club ha quedado atrás cuando su ritmo comienza a disminuir. La iluminación por aquí es escasa en el mejor de los casos, y sus tacones son peligrosos. Ella lo sabe.

i love how beautiful
you are when you hurt

Me quedo atrás, disfrutando de la vista mientras ella hace un giro de 360° bajo una farola.

Mi polla palpita. Los metales crujen contra la tela de mi jeans a cada paso que doy. La bestia está detrás de mis ojos, esforzándose por desbocarse. Me hace falta todo mi autocontrol para dejarla ir un poco más allá.

Y entonces acelero.

Dejo que oiga mis pasos en el asfalto, en las sombras detrás de ella, y entonces me detengo.

Ella se congela. Escucha. Se detiene al borde de la huida.

Su terror me cautiva.

Mi cisne negro está bellamente petrificada.

Una parte de mí quiere acompañarla hasta el auto y dejarla en paz, pero estoy demasiado metido.

Necesito esto tanto como ella. Tal vez incluso más.

Mierda, cómo necesito esto.

Saboreo ese último y perfecto momento de quietud mientras saco una moneda de mi bolsillo interior. La miro fijamente mientras la dirijo hacia ella.

Espero el sonido de la moneda al caer.

Salta. Se pone en marcha. Se congela durante un frenético latido.

Y luego corre.

Carajo, ella corre.

Y yo también.

Sé hacia dónde se dirige, aunque ella no lo sepa. La adrenalina de la persecución me convierte en el monstruo que ella desea, y sé que me oye. Sé que me siente.

Me dirijo a su izquierda y ella corre hacia la derecha. Corre hacia la oscuridad.

El cebo está atrapado.

Mía.

Ella es arreada como un corderito solitario y no tiene ni puta idea.

El suelo se vuelve áspero bajo sus pies. La observo tropezar y atraparse a sí misma. Hay elegancia en su paso en falso.

Se acomoda rápidamente para seguir corriendo, pero es demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Voy por todas.

Mi fuerza la deja sin aliento cuando la agarro por la espalda.

Mi mano le tapa la boca y le impide gritar.

Soy duro y la aprieto contra mi pecho. Mi brazo la aplasta mientras serpentea alrededor de su cintura. Soy brutal mientras levanto sus pies del suelo.

Aspira aire por la nariz mientras lucha por respirar.

Y estoy esperando. Preparado para la lucha. Esperando las uñas en mi cuero cabelludo y el ataque mientras ella se agita.

Pero no llega.

ONCE

*Preferiría ser un soberbio meteorito, cada átomo de mí en magnífico resplandor,
que un planeta adormecido y permanente.*

Jack London

ABIGAIL

En mis fantasías el monstruo siempre me atrapa por detrás. Es fuerte.
Lo suficientemente fuerte como para levantarme mientras mis piernas se
agitan.

Y este monstruo lo es.

Este monstruo es enorme, su brazo me rodea la cintura con tanta
fuerza que me cuesta respirar. Es una sólida pared de músculos contra mi
espalda. Es la mano firme sobre mi boca abierta.

Es el calor, el aliento y el terror.

Es mi más bella pesadilla.

Y es real.

Esta noche, es real.

Sus brazos, gruesos y tensos, me levantan como si no pesara nada.

Mis dedos se clavan en sus antebrazos y los encuentro inflexibles. Mis piernas luchan para agarrarse de algo, pero no encuentran nada.

No tengo aliento para gritar ni fuerzas para luchar contra él. Pensé que la lucha sería natural, pero no lo es.

Estoy paralizada.

Me pregunto si puede sentir el latido de mi corazón mientras me lleva a la oscuridad. Me pregunto si siente cómo mis nervios conectados se alejan como un espiral conmigo.

Estoy rígida en su agarre, pero no me resisto. Mis ojos se abren de par en par en la oscuridad absoluta, esforzándose por encontrar orientación donde no la tengo. Sus botas crujen sobre la grava. Estamos en la sombra de los ladrillos, uno de esos edificios imponentes nos oculta de la calle desierta.

Estamos solos.

Hay una liberación adormecedora en la forma en que sé que nadie vendrá por mí. Siento que me encierro en mí misma, que todas mis piezas se contraen para proteger mi alma rota.

Pero no quiero protección.

No necesito que me protejan de esto.

Es todo lo que siempre quise y más de lo que nunca temí, todo a la vez.

El monstruo habla.

—No hagas un maldito sonido. Te lastimaré si lo haces.

Su voz es baja. Profunda, oscura y amenazante.

Y estoy tan jodida como temía. Bajo el terror, el miedo y mi corazón acelerado, me doy cuenta que mi clítoris se agita.

Mi coño se aprieta y me duele. Me duele por él, joder.

Mis pezones están rígidos contra el encaje de mi sujetador. Mis manos están húmedas y desesperadas al agarrar su piel.

—¿Entiendes? —susurra.

Asiento y la mano que me tapa la boca se mueve conmigo.

Gimo en su palma mientras él golpea mi cuerpo contra la puerta. Las ventanas suenan lo suficientemente fuerte como para hacerme gritar.

Me deja caer de pie y me inmoviliza contra la puerta con un pesado brazo contra mi espalda, me impulsa contra ella con tanta fuerza que me duelen las tetas mientras mi rostro permanece aplastado contra el frío metal.

—Silencio —me dice, y yo vuelvo a asentir, apenas capaz de respirar porque me sujeta con mucha fuerza.

Aprieto las palmas de las manos contra la puerta y empujo con fuerza en busca de un centímetro de espacio, pero no me cede ningún margen.

Se acerca un poco más y lo siento.

Mierda, lo siento.

Más grande que el monstruoso juguete que usaba en casa. Más grande de lo que temía. De lo que esperaba.

Gimo en voz baja cuando encuentra mis muñecas y las levanta por encima de mi cabeza. Son tan pequeñas en sus manos. Se pueden romper.

Soy tan pequeña. Rompible.

Inmoviliza mis dos brazos con tan solo uno de los suyos, y el otro serpentea alrededor de mi frente y tira de mi sujetador de perra hacia abajo con mi vestido. Mis tetas se aplastan contra el frío metal. Mis pezones están tensos y sensibles, chispeando contra el frío.

Me abre las piernas con sus botas y me hundo más abajo, tambaleándome precariamente por su sólido agarre de las muñecas.

El aire frío golpea mis muslos húmedos. Hago rodar mis tetas contra la puerta metálica y me gusta. Estoy más asustada de lo que nunca he estado en toda mi vida, pero me oigo gemir.

Unos dedos gruesos se deslizan entre mi piel y las persianas. Unos dedos gruesos me agarran la teta y la aprietan hasta que gimo.

Y no puedo evitarlo. Vuelvo a inclinar la cabeza contra la cresta de su clavícula y me dejo llevar por la locura.

—Te has buscado esto, joder —susurra, y yo esbozo una sonrisa loca en la oscuridad.

Sí.

Yo pedí esto.

Yo rogué por esto.

He soñado con esto toda mi vida.

Me pellizca el pezón con tanta fuerza que me deja sin aliento, me aparta de las persianas lo suficiente como para recorrer con sus dedos mi piel de gallina.

Arqueo la espalda y espero que me dé más. Mi cuerpo pide más.

Y entonces miento.

Me resulta muy fácil.

—No... por favor, no...

Agarra y retuerce, aplastando mi teta contra mis costillas.

—No... —Vuelvo a respirar—. Por favor, para...

Su respiración se acelera con la mía. Me aprieta más el culo.

Le gusta.

Lo quiere así.

Una parte de mí se deshace. Una parte perdida qué se siente ajena al resto de mí.

Es esa parte la que gime cuando me sube el vestido por la cintura. Es esa parte la que le ruega que me deje ir mientras desliza una mano áspera entre mis piernas.

Le estoy ofreciendo mi coño a sus dedos incluso mientras las protestas salen de mi boca.

—No... no...

Estoy delirando y jodida. Eufórica y horrorizada al mismo tiempo.

Mi coño duele tan bien con su toque, mi clítoris es una pequeña perra desesperada.

Su pulgar se engancha dentro de mi tanga y presiona justo en el objetivo.

—Por favor, no... —siseo—. Por favor, para... para...

Me arranca el trozo de tela con tanta fuerza que se desprende de mis caderas. Cuando sus dedos se abren paso dentro de mí, son tres a la vez y sin previo aviso.

Es duro. Rápido.

Brutal.

—Tu coño está tan jodidamente apretado —gruñe.

Grito mientras fuerza sus dedos a entrar más profundamente. Se me humedecen los ojos mientras me obliga a aguantar.

—Todavía no he empezado, joder —me dice, y lo sé.

Su pulgar rueda contra mi clítoris. Oigo la humedad y me siento tan vulnerable que quiero morir en sus brazos.

Tal vez lo haga.

Me suelta las muñecas y me aprieta más contra las persianas. Sus dedos se deslizan alrededor de mi garganta y aprietan lo suficiente como para que me quede solamente con un poco de aire.

Su boca está en mi cuello. Su aliento es todo lo que puedo oír.

No sé qué hacer con la libertad que acaba de conceder a mis muñecas. Mis brazos cuelgan sin vida a mis lados hasta que me siento lo suficientemente atrevida para tocarlo. Para sentirlo.

Nunca conoceré al extraño en la oscuridad, pero mis dedos sí.

Así que, lentamente, me acerco a su espalda y mis dedos recorren su nuca. Sólido.

Es jodidamente enorme.

Las yemas de mis dedos rozan el cabello suave, los lados afeitados, y luego se enredan en tramos más largos en la parte superior. Daría cualquier cosa por verlo.

Gruño mientras sus dedos penetran profundamente, rogando que se detenga con cada respiración. Abro las piernas un poco más, rezando

para que siga frotando mi clítoris como lo está haciendo ahora. Así, sin más.

Pero no lo hace.

Gimo cuando retira sus dedos.

Agarra mi cabello y me aleja de la persiana para ir con él. Mis tacones rozan la grava mientras tropiezo con él.

Me aleja de la carretera. Doblamos una esquina en la parte trasera del edificio y veo una fila de enormes camiones mientras una luz de seguridad parpadea en la distancia.

Podría gritar. Una parte de mí quiere hacerlo.

Pero no lo hago.

Me empuja delante de él y nos metemos entre dos camiones. Me giro para mirarlo, pero he perdido la oportunidad de ver. Vuelve la oscuridad. Mi adrenalina se dispara por todas partes.

Y entonces me empuja al suelo. Grito cuando mis rodillas golpean el asfalto. Siento que se me raspan las rodillas cuando me empuja hacia adelante a cuatro patas. El suelo es áspero contra mis palmas, pero más áspero contra mi rostro cuando me obliga a tumbarme.

Oh, Dios. Oh, Dios mío.

Se coloca detrás de mí, me levanta el vestido y desliza sus dedos hasta el fondo. Sé lo que se avecina cuando oigo la hebilla de su cinturón. Me asusto cuando oigo la cremallera de su jeans.

Lucho, pero no llego a ninguna parte. Mis súplicas se sienten densas en mi garganta mientras el miedo caliente se apodera de mí.

Me siento lamentable.

Triste.

Hermosa.

Feliz.

Alegre.

Fuera de control.

Me sorprendo cuando las lágrimas se asoman por mis ojos. Me avergüenza cómo abro las piernas incluso cuando llegan los primeros sollozos.

Me estremezco al sentir su cabeza. Es demasiado grande. Demasiado duro.

—Por favor...

Y lloro mientras su polla se frota de un lado a otro entre los labios de mi coño. Siento las crestas de metal y sé que me va a joder.

—Por favor...

Dejo escapar un extraño sollozo salvaje mientras empuja la punta hacia el interior.

—Esto va a jodidamente doler —dice.



i love how beautiful
you are when you hurt

bait PHOENIX

Hace falta una gran determinación para no meter mi polla hasta el fondo en el hermoso y apretado coño de Abigail de un solo empujón, malditas sean las consecuencias tanto para mí como para ella.

Por suerte, la determinación es algo que he cultivado durante mucho tiempo.

Sin embargo, me siento como un monstruo mientras le doy la pesadilla que me ha pedido.

Es un completo desastre a cuatro patas ante mí, con la respiración entrecortada por las lágrimas mientras todo su cuerpo tiembla. Su adrenalina está por las nubes desde hace un rato.

Pero se queda quieta como una buena chica. Como si hubiera nacido para esto.

Tal vez lo haya hecho. Tal vez tenía razón todo el tiempo y realmente necesita esto. Tal vez siempre lo necesitará.

Como Mariana.

Abigail no se parece en nada a Mariana. Mariana era ardiente, sensacional y fácil de leer. A Mariana le gustaba sisear, escupir y venirse con fuerza.

Abigail es una delicada mezcla de pura locura. Elegante y sucia, necesitada y vulnerable.

Una locura.

Una puta locura.

i love how beautiful
you are when you hurt

Y me siento como un loco junto a ella. Esta locura ha tardado mucho en llegar.

Tal vez demasiado.

Sus piernas se mantienen bien abiertas para mí, aunque están temblando. Su espalda está arqueada, su coño empapado se ofrece fácilmente para la brutalidad que está convencida que va a recibir.

Admiro la forma en que cree que voy a destrozarla y aun así no intenta huir.

Admiro la forma en que está realmente metida en esto, aunque debe estar jodidamente aterrada.

—*Por favor...* —gime.

Muevo mis caderas lo suficiente como para hundir la punta, y aunque está jodidamente empapada, todavía hace falta algo de fuerza.

Se rompe lo suficiente como para sollozar un poco. Es tan lamentablemente hermosa que mis pelotas se tensan.

—Esto va a doler —le digo, y grita mientras se prepara para el impacto.

No llega.

Envuelvo su cabello alrededor de mi puño en un abrir y cerrar de ojos, con la gruesa punta de mi polla todavía metida en su perfecto coño mientras le inclino la cabeza hacia atrás.

Está lo suficientemente cerca como para besarla. Pero no lo hago.

Aunque quiero hacerlo, no lo hago.

Está lo suficientemente cerca como para poder decirle que va a estar bien si quisiera. Pero no le ofrezco ninguna garantía.

Mi aliento es un susurro en su oído.

—No te resistas.

Su mejilla está mojada por las lágrimas. Vuelve a asentir y respira entrecortadamente.

Aguanta y aprieta los dientes mientras me abro paso dentro de ella. Es lento. Torturado. Lo suficientemente apretado como para quemar. Sisea cuando la aplasto con todo mi peso, mis piernas empujando las suyas y sujetándolas. Le recojo el cabello en una cola alta y le rozo la nuca con los labios.

Su gemido es divino.

Es aún mejor cuando la muerdo.

Mis dientes mordisquean y la sujetan, mis gruñidos bajan por mi garganta mientras mi polla gana terreno.

Entrando y saliendo, la reclamo lenta y firmemente, mientras ella sisea con cada empuje.

Me mantengo firme con cada barra de mi polla con cuidado, cuando las empujo dentro de ella, pero hay una desesperación en la forma en que me muevo. No puedo parar. No puedo contenerme.

Se tensa y gime debajo de mí cuando su pobre coño lo recibe todo, pero esto no es el asalto que temía y ambos lo sabemos.

No hay manera que pueda tocar el fondo ella, no de una sola vez, y eso es una maldita vergüenza. Una maldita y real vergüenza.

Simplemente no puedo.

Tomo lo que puedo, presionando un poco más con cada embestida, consciente que esta hermosa pesadilla se está acercando rápidamente a su acto final.

El único acto.

—Quiero ese coño —susurro—. Dámelo.

Cambio el ángulo lo suficiente como para que el metal de su interior toque el punto correcto, y ella no puede resistirse más de lo que yo puedo.

Se retuerce y gime.

Se gira y grita.

Sus piernas se abren por sí solas y sé que voy a darle el puto orgasmo más doloroso que jamás haya tenido.

—Eso es —gruño—. Buena chica.

Su respiración es dolorosa pero necesitada.

Quiere más y lo sé. Lo siento.

La follo tan profundamente como puedo sin desgarrarla. Ella toma todo lo que se le da.

Su cabello huele a coco.

Su cuello huele a mostrador de belleza.

Sabe qué no quiero que esto acabe nunca.

—Por favor... —gime—. Más...

Y sonrío contra su piel. Sonrío a la locura.

Sonrío ante la posibilidad que dos extraños al azar puedan estar completamente locos y aun así sentirse tan bien.

—Córrete para mí —siseo—. Córrete por tu monstruo.

Y ella lo hace.

Le suelto el cabello, le agarro las tetas con fuerza y la follo como la pesadilla que ella quería que fuera.

Con mi bestia de polla estirando su coño hasta dejarlo abierto y los barrotes de metal rompiéndola profundamente, se corre para mí mientras grita.

Es salvaje. Es duro.

Y recibe todo mientras se masturba y gime.

Se necesita todo mi esfuerzo para no voltearla y follarla cara a cara.

Me hace falta toda la contención para no plantar mi boca en la suya y besarla como si esto fuera serio.

Y lo digo en serio.

Me doy cuenta que ella está tan profundamente dentro de mí como yo lo estoy dentro de ella.

Se supone que tiene que gritar que *no*, no que *sí*, cuando mis pelotas se tensan y me meto con fuerza.

Se supone que no debo terminar en su coño.

Se supone que no me corra dentro de ella.

Se supone que no debo gruñir y estremecerme y descargarme profundamente mientras ella jadea por mí.

No debería sentirme como en el cielo mientras su dulce y loco coño me deja seco.

No debería hacerme sentir como me está haciendo sentir ahora.

Se supone que mi cisne negro debería estar luchando por escapar, no yaciendo saciada debajo de mí con su mejilla en el asfalto mientras libero mi polla.

bait
poetic

Mi respiración es pesada en su cuello mientras me salgo de ella.

Me tambaleo mientras vuelvo a meter mi polla en mis jeans.

Todavía no se mueve. Ni siquiera una pulgada.

Está destrozada en las sombras con las piernas abiertas, mirando por encima del hombro como si quisiera el segundo asalto.

Pero ya me estoy retirando. Ya estoy retrocediendo en la oscuridad.

Registro su confusión. La decepción en la forma en que sus ojos buscan, hasta que se mueve lo suficiente como para sentir el lío en el que está metida.

Ya ha tomado suficiente. Ya es mucho más que suficiente.

Hace una mueca de dolor al levantarse. Grita al darse cuenta de lo duro que ha sido esto.

La veo levantarse lentamente, muy lentamente. Con delicadeza.

Veó cómo se orienta y recupera el sentido común.

Se tambalea antes de encontrar el equilibrio; unos pocos pasos precarios antes de seguir su camino descalza, con los tacones perdidos en la oscuridad.

Veó a mi cisne negro atravesar los camiones y salir por el otro lado. Veó cómo se abre paso a lo largo del edificio y vuelve a la carretera principal.

Veó cómo encuentra el bolso que ni siquiera se había dado cuenta que se le había caído antes.

La veo volver a su auto y salir de mi vida.

Hay un nudo terrible en mi estómago cuando se pierde de vista.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait

Y una terrible sensación de pesar por no volver a verla nunca más.

I love how beautiful
you are when you hurt

DOCE

Siempre que se hace una cosa por primera vez, se libera un pequeño demonio.

Emily Dickinson

ABIGAIL

Estoy descalza y sin bragas, mis dedos húmedos tiemblan contra el volante mientras vuelvo a la familiaridad. Mi corazón sigue acelerado, mi cerebro está frito y me siento como si me hubieran dado una patada en los ovarios, pero estoy sonriendo. De hecho estoy sonriendo de oreja a oreja. Me siento como un animal enjaulado que ve la luz del sol por primera vez en años.

Me encuentro riendo, aliviada, eufórica y con unas ganas locas de dar la vuelta al auto y volver a hacerlo.

Mis muslos están resbaladizos y las rodillas me duelen. Siento los dedos de los pies fríos y torpes contra los pedales y tengo el cabello enredado. Y en cuanto a mi coño, soy un desastre ardiente ahí abajo.

Pero no importa.

Nada de eso importa.

Lo hice.

i love how beautiful
you are when you hurt

Conocí al monstruo y salí del otro lado.

Conocí al monstruo y me encantó. Era todo lo que había soñado y más.

Él era todo, todo, TODO.

Ojalá tuviera a alguien a quien contarle esto, aunque solo fuera para que me llamara loca. Ojalá tuviera un lugar donde gritar mis endorfinas desbordadas.

No tengo ninguno de los dos, así que solo somos mi torbellino de pensamientos y yo, y el recuerdo de su brutal toque contra mi piel.
Dentro de mí.

Fui imprudente. Irresponsable. Buscando problemas. Loca como la mierda.

Pero el riesgo valió la pena.

Mierda, cómo ha merecido la pena.

Me dirijo a un estacionamiento una vez que Malvern está detrás de mí y enciendo la luz interior para comprobar mis heridas. Rodillas raspadas, un rasguño en la palma de la mano. Los pies sucios. Creo que también me he cortado el talón.

Incluso subirme la falda por los muslos me hace estremecerme. *Ow, maldito ow.*

Esto va a doler mañana. Es malo.

Aunque parezca increíble, eso es algo bueno, un recuerdo al que vale la pena aferrarse todo lo que pueda. Fue realmente real. Más real que cualquier cosa que haya hecho.

Soy valiente ahora, mucho más valiente de lo que era antes. Tan valiente que lo volvería a hacer sin dudarlo.

Y entonces me golpea como un puñetazo en las costillas.

No volveré a hacer esto en un buen tiempo. O nunca.

No tengo la menor idea de cómo contactar con él de nuevo si quisiera. No lo reconocería en una alineación. Ni siquiera sé su nombre.

De momento, aparto ese pensamiento inoportuno. ¿Por qué arruinar una gran experiencia con aspectos prácticos? No es que me hayan preocupado hasta ahora.

No. Ahora es el momento de deleitarse con las hermosas secuelas.

Mis demonios corren libres, bailando con el diablo en mi hombro. Hace tiempo que mis sensibilidades se acostaron, y en su lugar hay una naturaleza salvaje que aún no reconozco como yo, pero quiero hacerlo.

Espero que esta naturaleza salvaje se quede. Esta libertad se mantenga.

Quiero sentir este subidón para siempre.

Y antes de estar a salvo al otro lado de la frontera de Herefordshire, ya estoy rezando para volver a ver al monstruo.



PHOENIX

Localizo uno de los zapatos de Abigail debajo de un camión. El otro está volcado en la grava cercana.

i love how beautiful
you are when you hurt

Encuentro sus bragas rotas en el suelo junto a las puertas de la persiana. El hallazgo hace que mi polla vuelva a estremecerse.

Guardo los recuerdos en la guantera y abro el almacén para borrar las imágenes de seguridad antes que alguien las encuentre.

Ella nunca tendrá idea que estábamos jugando en mi terreno. Nunca sabrá lo meticulosamente que he planeado esto.

Es casi una pena. *Casi.*

Miro la grabación hasta el final antes de pulsar el botón de borrar. Tal y como había planeado, no hay mucho que ver desde ese ángulo, solo a mí y a una figura en mis brazos antes que la lleve hacia las sombras.

Pero es suficiente para asegurarme que tengo la polla en la mano antes que termine la grabación. Puedo olerla en mí. La saboreo en mis dedos.

Todavía puedo sentir su coño alrededor de mi polla mientras se esforzaba por tomarme.

Y quiero más.

Ya estoy queriendo follarla otra vez.

Una sola vez nunca se sintió tan trágica como ahora.

Le doy a borrar y vuelvo a meter la polla en mi pantalón antes de seguir con esta locura.

Está hecho. Terminado. Un derroche sucio para cumplir la fantasía de una extraña y nada más. Solo espero que sea todo lo que ella esperaba.

Cierro y me dirijo a casa. Es muy tarde y muy temprano a la vez cuando meto la llave en la cerradura del porche y entro.

Mi jeans está sucio por las rodillas, mi polla está resbaladiza por todo lo que ella me ha dado. Me siento gloriosamente sucio y eso es suficiente para que una sonrisa aparezca en mis labios.

Una jodida gran sonrisa.

Chica loca. Realmente es una puta loca.

Me dirijo a las escaleras para ducharme y acostarme cuando veo la botella en la mesa de centro. Me detiene en seco.

No hay vasos, solo la botella de whisky vintage de nuestro armario de bebidas. Mi mejor whisky.

Serena no bebe whisky.

No hay señales de un vaso, lo que significa que algún imbécil lo ha sacado directamente de la botella. Pero eso no me sorprende.

Encuentro un cenicero afuera de la puerta trasera. Cinco colillas aplastadas dentro.

Bueno, maldición.

Mi primera puta noche fuera de este lugar desde que Mariana murió y ese hijo de puta viene a llamar. Entrando como si todavía fuera bienvenido aquí.

Tomo aire antes de tirar las colillas a la basura y poner el whisky en su sitio. Tomo otra mientras mi pulso se acelera y la ira me escupe en mi estómago.

Me meto con fiereza en la ducha, restregando todo rastro de mi bella desconocida mientras me hierva a fuego lento la idea que el hijo de puta que solía ser mi hermano esté suelto en mi puta casa.

Tan cerca de mi hijo dormido. *Mi* hijo dormido. *Mío*.

Porque fue mi puta novia la que murió en ese puto incendio. Mi puta vida que se quemó con ella.

Hay suficiente tensión en mi muñeca para toda una puta vida mientras me sacudo la polla y me obligo a volver a los momentos más felices de esta noche.

Tantos placeres para probar y no hay suficiente tiempo. No la probé, no le sujeté las piernas y me deleité con su húmedo coño hasta que gritó. No pude ver el blanco de sus ojos mientras la follaba cara a cara. No sentí sus gemidos contra mis labios. No estiré ese apretado culito hasta que me suplicara que parara de verdad.

Mierda.

Salgo de la ducha tan pronto como he disparado mi carga.

Me hace falta todo lo que tengo para no reactivar mi perfil y agradecerle el buen rato. Estoy tenso en la cama y pienso en ella, en su dulce y triste alma, en el tren de equipaje que lleva sobre sus hombros mientras todo el maldito mundo se hace el ignorante.

Igual que hacen conmigo.

Ella es un espejo fracturado que refleja mi propia jodida rotura.

Un hermoso demonio en la oscuridad susurrando mi nombre.

Su tragedia podría devorarme y sujetarme con fuerza, pero la mía...

La mía podría enterrarla viva.

Quemarla viva.

La luz se asoma en el horizonte exterior, pero se desvanece en la gloriosa distracción que he vivido estas últimas semanas.

Sé cómo termina la historia si dos jodidas almas juegan juntas a la vida. Sé cómo termina la historia cuando los demonios de dos personas se dan la mano.

Abigail Rachel Summers es todo lo que necesito, todo a la vez.

Y absolutamente nada que deba volver a hacer.



Hay mucha luz cuando abro los ojos; tanto como para escuchar la alarma.

Tardo un momento en darme cuenta que no estoy solo. El pequeño cuerpo que está a mi lado apenas es un bulto bajo las sábanas. Su cabello es un pequeño nido oscuro sobre la almohada.

Se hace el dormido. Me habría engañado si no hubiera visto el movimiento de su cabeza.

—Buenos días, amigo —saludo, y tomo al chico bajo mi antebrazo. Sonríe mientras se aprieta contra mi pecho, riéndose en silencio mientras le hago cosquillas bajo los brazos y finjo ser un monstruo por segunda vez en las últimas horas.

No recuerdo la última vez que me quedé en la cama el tiempo suficiente para que se uniera a mí. Había olvidado lo bien que se siente tener su pequeño cuerpo tan acurrucado contra el mío.

Unos dedos diminutos trazan la tinta en mi pecho y luego se levantan para tocarme la nariz. Conozco este juego.

—¿Quieres desayunar? —le pregunto, pero niega con la cabeza.

Ojalá encontrara las palabras para decirme lo que piensa. Lo que siente. Lo que quiere de mí.

Me arriesgo, lo envuelvo en brazos que podrían aplastarlo hasta hacerlo polvo, pero que harían cualquier cosa para protegerlo. Es la decisión correcta. Los bracitos me rodean el cuello y me aprietan. Mis dedos le hacen cosquillas en el cuero cabelludo y respiro el olor de su champú de monstruo marino.

—Te amo —le digo, y daría cualquier cosa en el mundo por oírlo de vuelta.

Lo que recibo en cambio es otro toque en la nariz.

Por el momento, es suficiente.

Conozco el brillo de sus ojos cuando le alboroto el cabello. Sé que está listo para levantarse cuando eleva las mantas para hacer un fuerte con ellas.

—¿Listo para desayunar? —le pregunto, y asiente con la cabeza.

Agarro una camiseta y me pongo un pantalón por encima de mi bóxer mientras él mira la foto que hay en mi mesa de noche. Es tan pequeño en esa foto, apenas tiene más de doce meses.

Me pregunto hasta dónde llega su memoria. Me pregunto cuánta de la horrible mierda que ocurrió el año pasado, pasó por encima de su cabeza.

No lo suficiente, eso es seguro.

Lo reviso en busca de humedad antes de levantarlo y bajar las escaleras. No hay nada ahí. Es una buena señal.

Una buena señal que las cosas por fin están mejorando.

No mejoran para Serena, ya que veo sus ojos en la cocina. Ya está tomando café, con las noticias de la mañana sonando de fondo.

Coloco a Cameron en su silla y le tiendo las cajas de cereales para que las señale. Mantengo la sonrisa en mi cara aunque estoy jodidamente furioso.

—Buenos días —dice—. ¿Buenas noches?

Ni siquiera la honro con una respuesta. Le doy a Cameron el mando de la televisión y le sirvo los cereales con una sonrisa, y luego le hago un gesto a mi hermana para que se dirija al salón, atravesando y dejando la puerta abierta solo una rendija.

Hace caso a la señal.

Mi voz es un puto siseo furioso mientras señalo con un dedo el armario de las bebidas.

—Una puta noche, Serena. Estoy fuera una puta noche y dejas que Jake venga a visitarme. ¿Qué diablos quiere él con mi maldita casa?

Sus ojos son más fieros de lo que esperaba.

—Yo lo invité.

Es como una bofetada en la cara, lo suficientemente aleccionadora como para que dé un paso atrás.

—¿Lo has invitado? ¿Aquí? ¿Por qué coño lo invitaste aquí?

Su voz es un siseo que me responde.

—Es mi hermano, Leo. ¿Dónde carajo tengo que invitarlo? ¿Sabías que duerme en su puta camioneta nueve de cada diez noches? La calefacción de su casa se estropeó hace unos meses, el lugar es una mierda por lo que he oído. No me deja ir con él.

Sacudo la cabeza mientras habla.

—Y se supone que esto me haga sentir culpable, ¿no?

Ella gime.

—Solo te estoy diciendo la verdad de las cosas. Estoy aquí todo el tiempo, contigo y con Cam. Nunca vas a ninguna parte. Nunca has ido a ninguna parte. Aproveché la oportunidad para ver a mi otro hermano, ¿es eso tan jodido?

No la creo, que no sea gran cosa. Sus ojos se apartan demasiado rápido de los míos.

—¿Qué tenía que decir entonces *tu* hermano?

—Para —dice, pero no lo hago.

—¿Supongo que no tenía ninguna sabiduría que impartir, ya que me está ocultando todo un puto rompecabezas de respuestas?

—No se acuerda...

—Mentira —siseo—. Eso es una puta mierda.

—La noche del incendio está olvidado... —comienza, pero yo levanto una mano.

—Se acuerda lo suficiente como para odiarme, por haberlo sacado primero. Se acuerda lo suficiente como para culparme que ella estuviera allí en primer lugar, joder. ¿El resto está qué? ¿Misteriosamente olvidado?

Le tiembla el labio y es suficiente para sacarme de mi eje. Hace un gesto hacia la cocina con lágrimas en los ojos.

—¿Así que está bien que el pequeño Cam se haga el mudo durante doce meses seguidos? ¿Está bien que el pequeño Cam juegue a ser un bebé mientras todos andamos con pies de plomo? ¿Está bien que todos los demás luchen con todo esto, pero Jake es un mentiroso? ¿Nada más que un mentiroso? ¿No hay trauma para Jake? ¿No? ¿Nada en absoluto?

Respiro, tambaleándome mientras ella sigue hablando.

—No es como si él la amara o algo así, ¿verdad, Leo? ¿No es como si estuviera loco por ella? ¿No es como si lo supieras?

—Cierra la boca —siseo, pero ella sacude la cabeza.

—¿Estás en negación y ni siquiera puedes verlo! —Una lágrima rueda por su mejilla, y lo odio. Odio verla llorar.

—*Quiere* vender el viejo local —le digo—. *Él* es el que me odia a muerte, Serena. Es *él* quien amenaza con vender sus acciones a quien pague.

—¿Y por qué quiere quedarse con ellas? ¡¿Por qué quieres quedarte con algo?!

Sacudo la cabeza. Sonrío ante la ridiculez. Es ridículo. Todo esto es ridículo. Odio aún más a ese saco de mierda por confundir su puta mente a la primera oportunidad que tiene.

—Estoy reformando el local —digo, aunque no estoy seguro de hacerlo—. Tiene mejor tamaño que el local de la ciudad. Podemos ampliarlo.

—¡¿Ampliarlo?! —Sus ojos se abren de par en par—. Leo, el negocio está en quiebra. El seguro no lo va a cubrir y tú lo sabes, aunque no lo digas. Ni siquiera estás seguro que haya sido un accidente, ¿y crees que se van a poner de acuerdo? Te estás hundiendo tras ella, y todo porque no quieres parar y afrontar lo evidente.

Pero ella está equivocada. Está jodidamente equivocada. El negocio no está en quiebra, ya no. No después de doce meses de sangre, sudor y dolor. Mucho puto dolor.

Y fue un accidente. Tiene que haber sido un maldito accidente.

Mi alma no puede soportarlo. No más.

—¿Qué es lo *obvio*? —le pregunto, aunque no quiero hacerlo. Mi voz es débil. Diablos, me siento jodidamente débil.

—Lo *obvio* es que no has superado nada de esto, Leo. Ni de lejos. Lo *obvio* es que estás usando todos estos problemas como una muleta para evitar que te enfrentes a tu propio dolor. El negocio... Cam... yo...

Tengo un nudo en la garganta que me cuesta ahogar.

—Cam necesita que sea así. Ha sufrido demasiado...

Las lágrimas recorren su rostro. Sacude la cabeza. Y no quiero escuchar lo que sea que esté a punto de decirme, pero no puedo alejarme.

—Puede hablar —susurra—. Lo oigo cuando está solo. Lo oigo a través de la puerta cuando cree que no estoy escuchando...

—Debe ser la televisión... —interrumpo, pero su cabeza sigue temblando.

—Es *él*, Leo. ¿Crees que me lo inventaría? ¿Crees que tendría alguna duda antes de decir esto en voz alta? Puede hablar, lo juro.

—No... —protesto, pero ella me interrumpe.

—*Sí* —dice—. Lo siento, Leo, pero *sí*...

—Pero los logopedas... —argumento—. ¿Por qué iba a hacerlo? —Pero lo sé. Yo también lo sé. Me da un puñetazo, justo en el puto abismo dentro mí. No sé cómo me mantengo de pie. Me esfuerzo por mantener la compostura—. ¿Por qué sacar el tema ahora? ¿Por qué no has dicho nada antes?

—Porque necesitaba estar segura...

—Y de repente estás *segura*, ¿verdad? ¿Después de invitar a Jake por primera vez anoche?

—No es la primera vez... —admite, y suelto una risa ahogada al ver cómo esto sigue mejorando.

—Jake ha visto a Cam, ¿verdad? ¿Ha visto a mi hijo?

—El hijo de *Mariana* también, Leo. Él ama a Cam. Cam lo ama.

Y cómo me rompe el puto corazón.

Acecho la habitación como una puta bestia, con el pulso en los oídos mientras lucho por la compostura.

Mi voz es un escupitajo y un siseo.

—Y Cameron le habla a *Jake*, ¿verdad? ¿También lo llama maldito *papá*?

Se precipita hacia delante, pero yo levanto las manos. Se queda con los ojos muy abiertos, sacudiendo la cabeza.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Claro que no! No me refería a eso.

Mis ojos son puñales, justo en los suyos.

—Sin embargo, lo crees, ¿no? Crees que Cam es suyo. ¿Es eso lo que piensa Jake también? ¿Es por eso que viene aquí? —Se le atragantan las palabras—. Eso es lo que piensas, ¿no? —ladro. Ella señala la cocina poniendo un dedo sobre sus labios y me maldigo. Bajo la voz.

—Dime la puta verdad. Por favor, dime la puta verdad.

Se encoge de hombros y las lágrimas siguen cayendo.

—Digo que *ninguno* de nosotros lo sabe, Cam. Ni tú, ni yo. Mariana se ha ido, y Jake...

Mis demonios están jugando dentro de mí y son viles. La oscuridad está detrás de mis ojos y ninguna cantidad de carreras, o madrugadas en la oficina, o la elección de los canales de televisión de mi hijo tiene el poder de sofocar nada de eso.

—Te vas —le digo—. Hoy mismo. Te habrás ido de aquí para cuando vuelva del parque con Cam.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Qué?! ¡No! ¡Leo, no! No puedes.

Pero sí puedo.

No quiero reconocer a la mujer de mi salón. No quiero conocer a la hermana que guardaba tantas cartas así de cerca.

—Vete a vivir con tu otro hermano —susurro—. Puedes verlo todo lo que quieras. Seguro que serán muy felices juntos.

Y ella llora. Oh, cómo llora.

—¡No lo dices en serio! —solloza, levantando las manos—. ¡Leo, no puedes decir eso!

Pero lo digo.

Lo digo en serio.

Lo ahogo todo, como siempre he hecho. Obligo a mis demonios a volver a sus pequeñas jaulas.

Todos menos el que se escapó anoche.

El que Abigail sacó de mí.

Dejo que ese quede libre.

JADE WEST

bait

—Cam terminará su desayuno —digo, como si fuera un día normal—.
Será mejor que empieces a recoger tus cosas.

La dejo sollozando, con el corazón roto mientras llora.

Pero yo no siento nada.

I love how beautiful
you are when you hurt

TRECE

No sirve de nada volver al ayer, porque yo era una persona diferente entonces.

Lewis Carroll

ABIGAIL

Por primera vez, después de años de **expectativa**... *esperando*... el monstruo me atrapa en mis sueños.

Me atrapa y me levanta de mis pies... y su polla es gruesa y esculpida de metal...

Y entonces me besa...

El monstruo me besa y lo deseo.

Siempre lo he deseado...

Y entonces me despierto.

La habitación está vacía. La luz del sol hace dibujos en la pared a través de las cortinas, como siempre.

Pero nada es como siempre.

Todavía me duele el estómago, mis muslos siguen húmedos por la promesa de él, y estoy más desesperada que nunca por la bestia.

Me estremezco al agarrar el portátil, con el corazón en la garganta al entrar en mi perfil.

Dije que lo borraría, pero no lo haré. No puedo.

Sus mensajes todavía están atenuados. Su perfil aún aparece como desconocido.

Mierda.

Tomo aire, tratando de contener mis pensamientos fugaces.

Se acabó. Listo. Solo una experiencia loca para el recuerdo.

Hago una mueca de dolor al levantarme. Me estremezco de nuevo mientras voy cojeando al baño.

El monstruo me ha dado de lleno.

Aprieto los dientes mientras orino. Estoy jodidamente dolorida.

Debería estar pensando en hacerme una prueba por cualquier enfermedad, pero de alguna manera sé que estaré bien. No podría justificar por qué aunque mi vida dependiera de ello, simplemente lo sé.

Por desgracia, tampoco tengo que estar pensando en tomar la píldora del día después. La operación que me salvó la vida me quitó la fertilidad en el mismo instante. Cicatrices. Una complicación desafortunada, dijeron.

Incluso el pensamiento me hace llorar de la nada.

Las probabilidades que vuelva a quedar embarazada son... escasas.

Prácticamente nulas.

Todavía hay una posibilidad... más cirugía... pero no hay garantías. Nada que se acerque a una garantía.

He transferido mis notas médicas a la consulta local de mi casa , pero la derivación al hospital... todavía está en proceso de traslado a otra autoridad sanitaria. Las listas de espera hacen que no merezca la pena pensar en lo inminente, así que no lo hago. O intento no hacerlo.

Igual que intento no hacer muchas cosas.

Caminar entre familias. Oír el llanto de un bebé. Ver a un niño pequeño correr detrás de sus padres.

Lo evito todo.

Otra de la razón por la que me fui. Egoísta, pero cierta.

Amigos que se casan, que tienen hijos. Amigos con hijos que se reúnen con amigos con hijos y me invitan a mí, la mujer que no puede tener uno.

Me limpio y tiro de la cadena. Hay un pequeño destello de color rosa en el papel higiénico. Una herida menor, a fin de cuentas. Esperaba algo peor.

Esperaba que fuera mucho menos... considerado.

Esperaba que me partiera en dos sin dudarlo.

Fantaseé con que me tomaría el culo una vez que hubiera terminado con el resto de mí. Lo imaginé apretando su frente contra la mía mientras tomaba todo lo que tenía.

Me alegro a medias que no lo hiciera cuando tengo que usar la barandilla como palanca para levantarme. Las secuelas de lo que hizo requieren bastante recuperación como para seguir adelante.

Agarro una tostada y me la como en la cama. Enciendo la televisión que no he visto en años y mantengo abierto mi perfil en el portátil, por si acaso.

Y finalmente, cuando me atrevo a arriesgarme, me froto el clítoris hasta correrme de nuevo por él.

Hoy es diferente.

La forma en que me corro hoy es diferente. La forma en que me imagino al monstruo en la oscuridad tiene que ver con él.

Siempre lo será.

A partir de ahora, siempre lo será.

Mis fantasías no podrían volver al ayer si lo intentara. Son diferentes. Se sienten diferentes.

Y eso está bien.

Tiene que estar bien.

Porque hoy también soy diferente.



PHOENIX

Suelo llevar a Cam a todas partes por costumbre, pero hoy lo he dejado bajar de la camioneta por su cuenta. Lo agarro de la mano y lo dejo caminar a mi lado. Lo animo a abrir la puerta del parque por sí mismo.

Lo empujo en el columpio con un nudo en la garganta. Lo empujo cada vez más alto, más rápido que de costumbre, solo para ver si grita.

i love how beautiful
you are when you hurt

No lo hace.

No hace ni un solo ruido.

Lo observo en el tobogán con una sonrisa falsa en mi cara. Lo subo al caballito de metal con vértigo y una risa.

Pero me rompo por dentro.

Me pregunto si Serena habrá terminado de recoger sus cosas. Me pregunto si ya habrá llamado a Jake para pedirle que la lleve.

Se ha quedado con nosotros durante doce meses, mi muleta doméstica durante una carga de trabajo que se habría tragado viva a la mayoría de la gente.

Casi me tragó a mí.

Confiaba en ella. La necesitaba. Los dos la necesitábamos.

Todavía lo hacemos.

Mierda.

Lo fuerzo bajo la superficie con el resto de la mierda ahí abajo.

Y miro fijamente a mi chico. *Mi* hijo.

Mi hijo, que se parece a su madre y no a mí.

Mi hijo, que tiene la misma lamida de vaca que tenía Jake cuando era niño.

Cameron mira hacia mí y sonrío, monta ese caballo de metal un poco más fuerte. Él es mío.

Tiene que ser mío.

Porque si no lo es...

Obligo a los demonios a regresar al foso. Me recuesto en un banco mientras Cameron sigue jugando.

Saco mi teléfono del bolsillo y abro mi cuenta de la página de citas, y estoy tan cerca de reactivar mi perfil. Tan jodidamente cerca.

Pero no puedo.

No confío en mis demonios. Tampoco confío en los suyos.

No confío en dónde terminará esta locura.

No confío en dónde quiero que termine.

Cuando vuelvo a mirar a mi chico, va demasiado rápido. Mueve el caballo como si estuviera en una maldita carrera de obstáculos.

Sus ojos están sobre mí, su boca no sonríe, y no entiendo por qué me golpea con tanta fuerza en el estómago, hasta que lo hago.

Ya estoy preparado para actuar cuando me doy cuenta de lo evidente.

Mi instinto es correr hacia él y sacarlo de allí antes que se haga daño.

Mi instinto es mimarlo como el bebé que lo he dejado ser estos últimos doce meses.

El bebé que lo he *hecho* ser.

Pero hoy no lo hago.

Hoy lo dejo seguir meciéndose.

Es lo suficientemente alto como para que sus pies lleguen fácilmente a las barras de los pies. Su agarre es fuerte y su equilibrio es bueno. Podría desmontar si quisiera y lo sé. Él también lo sabe.

Su expresión se convierte en una mueca cuando no reacciono ante él. Se balancea con tanta fuerza que los muelles metálicos suenan y se tambalean, mi estómago resuena y se tambalea con ellos.

Y luego cae, pierde el equilibrio y cae sobre las astillas de madera de abajo. Se pone de espaldas con la cara arrugada por las lágrimas que no emiten ningún sonido, y me odio.

Me odio y odio a Serena por abrir su estúpida boca con sus estúpidas teorías.

Si tan solo fueran jodidamente estúpidas.

Recojo a Cameron del suelo en un momento. Está apretado en mis brazos antes que el caballo haya dejado de balancearse.

Está tenso, se agita, su cara se arruga por la agonía mientras las lágrimas ruedan por su rostro. Pero no veo ninguna herida.

Le subo el pantalón y no hay una marca, ni siquiera un roce en el codo. No hay nada.

—¿Qué te duele, Cam? —le pregunto, pero él sigue llorando en silencio—. Dime qué te duele, campeón —intento de nuevo, pero ni siquiera señala.

Me vuelvo a sentar en el banco y lo abrazo con fuerza, y le pregunto con mis ojos justo en los suyos. Tengo el alma en la puta manga mientras mi mundo se va a la mierda, y se lo suplico. Se lo estoy suplicando.

—Por favor, Cam, por favor solo di algo. Por favor, solo di algo, amigo. Lo que sea. Solo háblame. Haz un ruido. Cualquier cosa.

Me sentiría como un idiota si no fuera por la forma en que sus ojos se enfocan en los míos. Llamaría a Serena por decir tonterías, si no fuera por la forma en que sus lágrimas falsas se secan de la nada.

bait

—Cam, por favor... —Lo intento de nuevo—. Habla con papá. Por favor, di algo. Vamos, campeón, por favor.

Pero no lo hace. Resopla y se mira las botas embarradas, y luego señala el estanque a mis espaldas, olvidando el accidente.

—¿Patos? —pregunto—. Dilo, Cam. Pídele a papá los patos.

Se queda con la mirada perdida.

Actúa como si no oyera nada.

Hoy está tan sordo como mudo.

Suspiro y le quito el cabello de la frente.

—Muy bien —digo—, hagámoslo.

Y lo hacemos.

Llevo a mi hijo al estanque de los patos y saco la comida del bolsillo. Me pongo en cuclillas para ayudarlo a tirar los trozos. Sonrío como si fuera un día más, como ayer, otro día de diversión en el parque como todas las veces que hemos estado aquí.

Pero no lo es.

Esto no es ayer.

Hoy mis demonios han salido de sus jaulas y mis ojos están bien abiertos.

Las cosas nunca, nunca volverán a ser las mismas.

Y yo tampoco volveré a ser el mismo.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

CATORCE

No seré un hombre común. Agitaré las suaves arenas de la monotonía.

Peter O'Toole

ABIGAIL

Intento con todo lo que hay en mí seguir el plan.

Intento dejar que esa noche salvaje se desvanezca en la memoria y empezar a vivir mi nueva vida con el corazón lleno.

Sigo sonriendo con los colegas. Sigo dándolo todo en mi creciente carga de trabajo. Sigo llamando a mis padres y haciéndoles saber que lo estoy haciendo bien.

Pero no es suficiente.

Debería haber borrado mi perfil como prometí. Debería haber trazado una línea en la arena y seguir adelante con nuestra única noche loca en las sombras.

Ojalá pudiera.

Creo que es la monotonía lo que me está matando lentamente.
Despertar, ducharme, ir al trabajo. Sonreír a las mismas caras, fingir

i love how beautiful
you are when you hurt

que soy una chica más en la oficina, asegurarme de ofrecer una ronda de café al menos una vez cada día.

Intento hacerlo por mí. Salgo dos veces a tomar algo después del trabajo solo en esa semana. Empiezo a ver programas de televisión como si pudiera tener interés en continuarlos.

Todo es mentira.

Todo lo que quiero es más del monstruo.

Mi monstruo.

Todo lo que quiero es otra noche con su aliento en mi cuello y su aterradora polla dentro de mí.

No se conecta y dejo de esperar que lo haga. La pequeña esperanza que venga a buscarme hace tiempo que se ha reducido a nada cuando llega el fin de semana.

Y entonces, a última hora de la noche del viernes, después de un par de copas de vino, la locura que hay en mí se acelera.

Siento que la locura se revuelve en mis entrañas cuando me asalta la idea.

Si no viene a buscarme...

No tengo nada que hacer y lo sé. Tengo un perfil desactivado en el que figuraba Malvern como su ubicación y nada más. Podría haber estado mintiendo sobre eso.

El club nocturno podría estar a kilómetros de cualquier lugar que él conozca. Podría haber escudriñado mi ruta en Street View por todo el sentido que tienen mis maquinaciones.

Podría estar viviendo a kilómetros de distancia y yo podría ser un recuerdo lejano. Podría estar arrepintiéndose de haber accedido a reunirse conmigo.

Pero necesito saberlo.

Me asusta lo mucho que necesito saber.

Así que tomo una decisión.

Una decisión loca, basada en nada concreto.

Y luego duermo.

Por una vez, al menos esta semana, el sueño es fácil.



PHOENIX

La vida sin Serena es una mierda dura.

Cameron está inquieto, ha vuelto a mojar la cama por la noche, y me siento un idiota por haberla enviado lejos.

Me siento un idiota por llevar a Cam al trabajo todos los días y tratar de entretenerlo con un portátil lleno de dibujos animados. Me siento un idiota por estar en el trabajo.

Pero el mundo sigue girando, y yo sigo girando con él.

i love how beautiful
you are when you hurt

Se siente como una mierda. Toda esta puta semana se siente como una mierda.

Llevo al logopeda fuera de la sala de terapia el viernes por la mañana y lucho contra las ganas de estampar al imbécil contra la pared.

—Puede hablar —siseo—. Mi hermana lo ha oído.

El idiota asiente. Me asiente con la cabeza.

—Eso es totalmente probable, sí.

—¿*Probable*? ¿Me estás diciendo que es jodidamente probable?

Podría arrancarle la cabeza del cuerpo con un suspiro. Se encoge de hombros.

—El trauma es difícil de tratar, Sr. Scott. Cameron puede estar eligiendo no hablar. Hay poco que podamos hacer al respecto. No hay nada malo físicamente, es la condición emocional que estamos trabajando para entender.

Mis ojos arden.

—Tú eres el logopeda. Haz que hable.

Se ríe un poco, hasta que ve lo serio que estoy.

—No puedo hacerle hablar, Sr. Scott. Con todo el respeto, tal vez debería hablar con su consejero.

Y lo hago.

Hablo con todos los que me escuchan antes que acabe el día. Su médico, su psicólogo infantil, el servicio de asesoramiento de duelo. Todos dicen la misma mierda.

A su tiempo.

Despacio, con calma.

Esta es una situación compleja, Sr. Scott.

Una situación compleja en un mar de la misma mierda de siempre.

Estoy luchando por mantenerlo todo a flote. Flotando en la corriente. Me esfuerzo, como cada dos semanas, y dedico el resto de mi tiempo a Cameron. Lo llevo a todos lados. Intento todo lo que se me ocurre para que me hable.

Y al final, no consigo nada.

El negocio sigue funcionando, igual que antes. Cameron sigue siendo el mismo niño mudo que moja la cama por la noche. Serena sigue sin estar. Mariana sigue muerta.

Y yo sigo ahogándome. Es una muerte lenta, deslizándose en las profundidades heladas de la monotonía. Es una tortura de agua, un goteo frío a la vez, despojando mi alma de mis huesos.

Mis demonios gritan en sus barrotes y ni siquiera tengo la libertad de correr por las colinas para mantener a raya sus gritos.

Para cuando el viernes por la noche llega, estoy tan agotado como nunca he estado. Cameron está dormido en el sofá a mi lado, sus dibujos animados siguen sonando en la pantalla mientras miro entumecido a la pared.

Mi teléfono está sobre la mesa de centro, llamándome, rogándome que me acerque a mi cisne negro, pero no lo hago.

No puedo.

Doy un respingo cuando el teléfono empieza a vibrar, mi corazón late como un loco ante la idea irracional que podría ser ella.

No lo es. Por supuesto que no.

Aparece el número de Serena.

La ignoro por enésima vez esta semana, pero me devuelve la llamada, y después vuelve a llamar.

—¿Qué? —ladro cuando por fin cedo lo suficiente como para contestar.

Sus sollozos me golpean de lleno.

—Por favor, Leo. Por favor, déjame ver a Cam. Entiendo que estés enfadado. Lo entiendo. Pero, por favor, déjame ver a ese niño. —Hace una pausa, y en ese momento de odio a sí misma desearía haber estado en ese fuego hasta el final—. Lo extraño —susurra.

Y él la extraña.

Me gustaría poder decirle que yo también lo hago.

—Puedes verlo —le ofrezco—. ¿Cuándo?

Sus sollozos la dejan sin aliento. Espero.

—¿Mañana?

Me aclaro la garganta. Contengo todo.

—Claro —digo—. ¿Por la mañana?

—Por favor.

Miro a mi hijo dormido y sé que tiene que ser así.

—Nos vemos por la mañana —le digo.

Y luego cuelgo.

Llevo a Cam hasta su dormitorio y le beso la cabeza mientras lo arropo.

bait
poetic

—Al menos no tendrás que tolerar otra mañana en la oficina, campeón
—le susurro.

No podemos seguir así. Ninguno de nosotros.

De alguna manera, en algún momento, todos tenemos que empezar a vivir de nuevo.

Yo, Serena, Cam...

Incluso Jake.

Supongo que por eso me encuentro en el patio a medianoche.

Supongo que es por eso que saco la cubierta de la piscina y comienzo el proceso de limpieza que he estado posponiendo durante meses.

Supongo que es por eso que tomo la decisión que tengo que reformar de verdad nuestros viejos locales quemados o dejarlos ir.

Supongo que también por eso doblo la silla de bebé de Cameron y la pongo en el lavadero, y decido que mañana es el primer día de su nueva vida con nuevas posibilidades.

También la mía.



i love how beautiful
you are when you hurt

bait

ABIGAIL

Mis nervios me atraviesan mientras tomo el auto hacia Malvern el sábado por la mañana. Se siente una idea ridícula a la luz del día, pero no lo suficientemente ridículo como para no detenerme en el apartamento de la estación apenas pasadas las diez.

Me preocupaba no orientarme, pero tan pronto como me alejo de la estación, sé exactamente a dónde voy. Cruzo la calle, tal como me dijo. Sigo la calle a través del polígono industrial, como él me dijo.

No sé qué estoy buscando en esta dirección. Demasiados edificios y todos tienen el mismo aspecto.

Llego a la discoteca tan rápido que me toma por sorpresa. Parece tan inocua bajo el sol de verano. No hay ningún signo de vida.

No hay señales que este sea el lugar donde finalmente le di vida a mi fantasía de verdad.

El camino de regreso es la verdadera prueba. No sé lo que estoy buscando. No tengo nada que preguntarle a un extraño que pasa. No hay mensajes de fotos, que no sean la de su monstruosa polla guardada en mi teléfono. De alguna manera, no creo que vaya a usar esa.

Navego por las farolas, recordando cada resplandor de luz en el que encontré consuelo. Estoy llegando a una curva en el camino cuando veo lo que hace latir mi corazón.

Recuerdo el sonido del metal en la carretera. El sonido de pasos detrás de mí.

i love how beautiful
you are when you hurt

Mi vientre se agita y mi clitoris chispea, los sentidos están en alerta máxima cuando me coloco debajo de él.

Aquí. Él estaba aquí. Aquí mismo.

Examino los edificios circundantes a la luz del día.

Una empresa de refrigeración, un importador de muebles, una empresa de soporte.

Sigo adelante.

La sede de una asociación de vivienda local, una empresa de mudanzas.

No y no.

Y luego veo una inmersión en el asfalto. Una inmersión y luego un bordillo.

Recuerdo que tropecé, enderezándome con piernas temblorosas... y luego él. A mi espalda.

Sigo caminando hasta que aparece el próximo negocio. Scott Brothers Logística. Es grande. Apartado de la carretera.

Camiones.

El asfalto se convierte en grava en el camino de entrada y recuerdo el crujido bajo sus pies.

Me siento como una idiota mientras me acerco, mis mejillas arden cuando noto que están abiertas para trabajar un sábado por la mañana.

Mierda, me siento como una jodida loca.

Y luego veo las puertas de las contraventanas. Todo mi cuerpo tiembla.

Siento que he ganado el premio gordo, lo cual es ridículo. Totalmente ridículo.

Las estoy mirando cuando una voz me llama.

Volteo con tanta fuerza que jadeo y me quedo mirando muda con los ojos muy abiertos al hombre que se acerca.

Esperando... rezando...

Pero no es él. Por supuesto que no lo es.

Este hombre es demasiado bajo. Su cabello está cortado por todas partes. Lleva un portapapeles y no se ven tatuajes.

—¿Puedo ayudar? —pregunta, y es tan amigable. Tan agradable.

—¿Lo siento? —pregunto, como si no hubiera escuchado su pregunta.

—¿Estás buscando algo? —Él pide—. ¿Necesita mover un palé?

Sonrío ante lo absurdo y luego niego con la cabeza.

—No —digo—. Lo siento, yo solo... —Decido que la honestidad a medias es la mejor política—. Estaba en una discoteca el fin de semana pasado, perdí mi zapato. *Zapatos*.

—Como Cenicienta. —Se ríe—. Lo siento, no he visto zapatillas de cristal por ahí. —Él mira mis pies—. Debe haber sido un largo camino a casa.

—Lo fue. —Me doy cuenta que me estoy riendo—. Lo siento, esto es ... una locura.

—Estaré atento —dice—. ¿Tienes un número de teléfono?

Estoy demasiado metida en la pretensión para echarme atrás ahora.

—Claro —digo, y busco un bolígrafo en mi bolso, pero me gana. Me entrega su portapapeles y saca un bolígrafo de detrás de la oreja con una floritura.

Garabateo mi número de móvil con Abigail en la parte superior.

—Son negros. Altos. Satín.

—Me aseguraré de avisarle si surge algo —dice.

Me siento como una tonta mientras me alejo. Me estoy riendo de mi propia estupidez al abandonar este loco recado y opto por regresar al auto. Sin embargo, ya estoy considerando usar la imagen de la polla después de todo, antes de irme a cualquier parte.

Las necesidades lo requieren.

Y definitivamente tengo necesidades.



PHOENIX

Jimmy tiene una sonrisa en la cara cuando lleva la carretilla elevadora al interior. Se baja y enseña su portapapeles a un par de compañeros. Se ríen.

Me importa una mierda sobre lo que estén bromeando, solo sigo revisando las existencias del generador con la cabeza agachada.

i love how beautiful
you are when you hurt

De todos modos, él me busca.

—No ha visto una zapatilla de cristal, ¿verdad, jefe? —me pregunta.

—¿Un qué?

Me enseña sus papeles. Mi corazón late con fuerza cuando veo *Abigail* garabateada en la parte superior. Un número de móvil.

No puede ser.

—Una chica perdió sus zapatos aquí. Los estaba buscando afuera. Era una cosa bonita. No me importaría encontrarlos solo para poder llamarla.

Mis demonios se vuelven locos, haciendo sonar sus malditas jaulas. Ya estoy mirando más allá de él, hacia la puerta abierta, cuando me dice que esas zapatillas de cristal son altas y negras.

—Satín, dijo.

—Vuelvo enseguida —le digo, y me voy en un segundo.

Cuando llego a la calle, ella ya está fuera de la vista. No hay rastro de ella en ninguna dirección.

Saco las llaves del bolsillo y me subo a la camioneta, sabiendo muy bien que no pudo haber ido muy lejos.

La alcanzo al final de la urbanización, justo cuando la calle se dirige hacia la estación. Sé que debe estar aparcando en el mismo sitio.

Está tan guapa como la recordaba, con un sencillo vestido rojo de verano y el cabello negro brillando al sol. Lleva sandalias planas. Apenas se ha maquillado.

Camina de forma apresurada, pero fácil. Lleva la cabeza alta.

Y la deseo.

Oh, mierda, cómo la deseo.

Mi determinación se reduce a nada. La necesito demasiado para volver atrás.

Localizo su auto en el aparcamiento mucho antes que llegue: el mismo Mini Cooper rojo del que la vi salir el fin de semana pasado. Me meto en el puesto más cercano para tener un punto de vista claro, sin tener ni puta idea de lo que voy hacer cuando llegue.

Sus zapatos siguen en la guantera. Me planteo entregárselos, sin más. Invitarla a tomar un café. Un paseo.

Una cacería en la oscuridad.

Cualquier cosa.

Todavía estoy debatiendo mi planteamiento cuando suena la alarma de su auto. Todavía estoy dudando de mis opciones cuando se desliza en el asiento del conductor y se aleja.

Es el instinto el que me hace seguirla. Cuando entra en una gasolinera, mi polla ya palpita con fuerza y entro tras ella.

Llena el tanque y yo también lo hago. Hay un surtidor de combustible entre nosotros y ella sigue sin darse cuenta.

Me encanta su falta de atención.

Está delante de mí en la cola y no tiene idea. Puedo oler su champú de coco mientras mira fijamente hacia delante.

Está lo suficientemente cerca como para tocarla. Para probarla.

Lucho contra el impulso de levantarla de sus pies y secuestrarla a plena luz del día. Me cuesta todo lo que tengo no gritar su nombre.

Dos cajeros se liberan a la vez. Ella se acerca al mostrador y yo también.

Le entrego mi tarjeta justo cuando mira hacia otro lado. Se agacha y agarra un paquete de caramelos de fruta del expositor.

Y entonces nota mi sombra.

Sus ojos suben lentamente, de mis botas a mis ojos.

Los suyos se amplían. Los míos se mantienen firmes.

No me conoce, pero cree que sí.

Una parte profunda de ella sabe que me conoce.

La cajera me devuelve la tarjeta al otro lado del mostrador y la agarro.

Mi cisne negro se queda con la boca abierta al ver el dorso de mi mano.

La foto. Por supuesto.

Le envié la foto.

Ella deja caer sus dulces con un grito ahogado. Literalmente se le caen de los dedos. Se estrellan contra el suelo y yo voy directamente tras ellos.

—Dedos de mantequilla —le digo con una sonrisa. Sus manos tiemblan cuando se los devuelvo.

Todo su cuerpo tiembla.

—¿Señorita? —pregunta la cajera, pero ella no se mueve—. Señorita, si pudiera pagar el combustible...

Tartamudea, tantea.

Sonrío ante su hermosa torpeza.

JADE WEST

bait

Y luego despejo mi espacio en la cola.

—¡Espera! —me llama, pero no respondo—. ¡Espera, un momento! —me llama de nuevo, y miro hacia atrás a tiempo para verla teclear frenéticamente su número PIN.

Y ahora es mi turno de oír sus frenéticos pasos detrás de mí cuando salgo por la puerta.

I love how beautiful
you are when you hurt

QUINCE

Forastero, si tú, de paso, te encuentras conmigo y deseas hablarme, ¿por qué no has de hablarme? ¿Y por qué no voy a hablarte yo?

Walt Whitman

ABIGAIL

Es él.

Tiene que ser él.

Sé que es él.

Todos los nervios se disparan, todas las intuiciones que he tenido palidecen al lado de esta.

No puedo pagar mi combustible lo suficientemente rápido. Es la desesperación lo que me hace llamarlo.

—¡Espera!

Ni siquiera disminuye la velocidad.

—¡Espera, un momento! —lo llamo de nuevo, pero no mira hacia atrás.

Maldigo entre mis dientes mientras meto los estúpidos dulces en mi bolso. Introduzco los dulces a la fuerza en mi bolso mientras me abalanzo sobre la cola y corro por la puerta abierta.

Mierda.

Observo los autos en los surtidores de combustible, pero no lo veo. Solo cuando doy un paso a la derecha lo veo dirigirse a una camioneta en el extremo.

Frente a mí. Estaba en el surtidor enfrente de mí. Debo haber estado justo a su lado.

Mis sandalias suenan en la explanada cuando empiezo a correr. Puede que esté actuando como una jodida loca, pero de ninguna manera voy a dejar que se vaya. No sin saber con seguridad cómo puedo volver a verlo.

Si es que puedo volver a verlo.

Me acerco hacia la parte delantera de su camioneta, poniéndome como una idiota para bloquear su salida. Tendría que derribarme para salir de mi vista.

Y entonces lo miro. Lo miro de verdad.

Es tan oscuro como lo imaginaba. Cabello oscuro, ojos oscuros, cejas gruesas. Su cabello es largo en la parte superior, tal como lo recordaba. Su barba es jodidamente perfecta. Tiene un aspecto feroz, salvaje. Va vestido de negro. Chaqueta negra, camiseta negra, *todo* negro. Me tiemblan las piernas y no me importa. Todo mi cuerpo palpita y se siente como la vida misma.

Los tatuajes de su cuello son evidentes. Gloriosos.

Es jodidamente glorioso.

Y me está mirando fijamente.

—Eres tú —le digo, aunque mi voz es débil.

Ni siquiera se inmuta, solo levanta una ceja.

—¿Lo soy?

Asiento con la cabeza, aunque me retuerzo. Contemplo la posibilidad que esté loca, y este tipo -esta hermosa criatura- sea solo una coincidencia.

Pero no.

Sé que no es una coincidencia.

Recuerdo cómo se sentía su piel bajo las yemas de mis dedos. Recuerdo el roce del cabello en su cuero cabelludo.

Me acuerdo de *él*.

Da un paso adelante y se me corta la respiración.

—¿Quién soy yo exactamente, cariño?

Otro paso adelante y soy tan consciente de su tamaño. Tan consciente de la facilidad con la que me levantó.

Hay una tensión en el aire entre nosotros, y no lo estoy imaginando. Su cuerpo conoce el mío, al igual que el mío conoce el suyo, y tampoco me lo estoy imaginando.

—Fuiste tú... —susurro—. Sé que fuiste tú...

Inclina la cabeza. Su sonrisa es sucia.

Divina.

Todo.

Podría atropellarme con su camioneta antes que me mueva un centímetro.

—¿Buscas a alguien? —pregunta.

Asiento como una tonta.

Se encoge de hombros. Jugando conmigo. *Tiene* que estar jugando conmigo.

—¿Y dónde conociste a ese alguien? ¿Es de por aquí?

—En línea —susurro—. Lo conocí en línea. Corrí por la oscuridad y él me atrapó. Tenía una fantasía y él le dio vida. La hizo realidad, y ahora no puedo parar. No quiero parar.

—¿Así que viniste a buscarlo? —pregunta, y lo veo. No puede ocultar el brillo de sus ojos.

—No se me ocurrió una mejor opción.

Sonríe.

—En ese caso te sugiero que vayas a buscarlo donde lo encuentraste.

—Ha desactivado su perfil —digo, inexpresiva.

Se encoge de hombros.

—Quizás vuelva a aparecer.

—¿Tú crees? —le pregunto.

Asiente, solo un poco.

—Vale la pena intentarlo, ¿no?

Observo muda cómo sube a su camioneta. Sigo de pie cuando enciende el motor.

Baja la ventana y se apoya en el codo. Veo la tinta que sube por sus brazos y me pregunto hasta dónde llega.

Hasta el final.

Me imagino que llega hasta el final.

—Debe haber causado una gran impresión, este extraño —dice.

—Podría decirse que sí. —Mi sonrisa se siente ridícula. Me siento ridícula. Me acerco, todo lo que me atrevo. Podría alcanzarlo y tocarlo. Ojalá fuera lo suficientemente valiente—. Él es lo único en lo que puedo pensar.

Me devuelve la sonrisa.

—Deberías tener cuidado con lo que deseas. Podrías conseguirlo.

—Cuento con ello —le digo.

Sus ojos me devoran, pero mantengo los míos firmes. La oscuridad que hay allí me deja sin aliento. Mis demonios saludan a los suyos y juro que me devuelven el saludo.

Siento el fantasma de un escalofrío en mi columna.

Todo mi cuerpo desea que me meta en su camioneta y me lleve.

—Adiós, Cenicienta —dice y mi corazón tartamudea.

Mis zapatos. Se acuerda que he perdido mis zapatos.

Continuo divagando cuando pone la camioneta en marcha y se aleja. La camioneta retumba, fuerte. Su codo sigue apoyado en la ventanilla abierta cuando sale a la calle y desaparece de la vista.

Si no fuera un charco de todo, conduciría tras él.

Si no estuviera temblando como una hoja, trataría de seguirlo hasta el final.

Pero soy ambas cosas.

Se necesita hasta la última pizca de la compostura que me queda para conducir mi auto fuera de la explanada.



PHOENIX

He terminado de luchar.

Conduzco a casa sin volver al almacén. Tomo la ruta panorámica por las colinas solo para asegurarme que no me sigue.

Si lo hiciera, la detendría mucho antes de llegar. La llevaría al medio de la nada y la castigaría follando por su atrevimiento.

Estoy al menos parcialmente decepcionado que su Mini no aparezca en mi retrovisor, pero no importa.

Nos salimos bastante del puto guion, pero tampoco pasa nada.

Tendrá que ser así.

Apenas reconozco a Serena cuando atravieso la puerta de casa. Cameron se acerca y le doy un abrazo de oso, como siempre.

—¿Buen día, campeón? —le pregunto y asiente con la cabeza.

Serena ha preparado el almuerzo para los dos. Ensalada de patatas con mayonesa. Ella sostiene el bol y asiento.

Tomo asiento en la mesa y le doy una palmadita al lugar que está a mi lado para Cam. Se sube sin protestar, ni siquiera busca su silla. Eso tiene que ser un progreso. Tiene que significar algo.

Me aferro a un clavo ardiendo, pero no me importa. Ahora mismo no.

Todavía estoy jodidamente enfadado, pero es más fácil no mostrarlo. Todo se siente más fácil ahora mismo.

Serena me sirve un plato y se sienta en la silla de enfrente. Mira su comida y no a mí.

Le doy las gracias y ella asiente.

Me contengo para no ayudar a Cam con los cubiertos y, efectivamente, lo hace por sí mismo.

—Es bueno estar de vuelta —dice Serena.

No tengo respuesta para eso, así que no digo nada.

—He disfrutado del día con Cam —continúa—. Hemos tenido un buen día, ¿verdad? —me incita y sonrío.

Es un buen movimiento por su parte. No puedo discutir con una sonrisa de mi chico y ella lo sabe.

—¿Cuáles son tus planes? —pregunto y se encoge de hombros.

—Quiero volver, Leo. Por favor, deja que me quede.

Suspiro. Sonrío para mis adentros. Sonrío por lo loco que es mi mundo.

Y entonces respiro.

Solo respiro.

Sandalias planas y un vestido rojo de verano. Su hermosa confusión.

Sus dedos temblorosos.

El deseo en sus ojos.

—Quédate a cenar —le digo a mi hermana—. Cam te quiere cerca.
¿Verdad, campeón?

Asiente. Sonríe.

Me gustaría que dijera algo, joder.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿También me quieres cerca?

Demasiado, demasiado pronto. Siento que mis ojos se oscurecen en los suyos.

Levanta una mano.

—Lo siento, es mi culpa.

Pero es mía.

Es todo mía.

Me como la ensalada de patatas y mantengo la boca cerrada. Le digo que está deliciosa y recojo los platos.

Y luego subo a dejar que mis demonios corran libres.



bait

ABIGAIL

Subo corriendo a mi apartamento. Maldigo a mi portátil por tardar tanto en arrancar.

Me conecto con la respiración contenida, pero no hay nada.

Solo el mismo perfil grisáceo de siempre que me mira.

Mierda.

Maldita sea.

Lo intento de nuevo, cerrando la sesión y volviendo a entrar para ver si hay alguna diferencia.

No la hay.

Me dejo caer en el sofá y mantengo la ventana abierta en la pantalla.

Tiene que estar ahí. Tiene que estar.

Pero no está.

Y luego, en un instante, está.

Oh, mi pobre corazón, cómo late.

En un instante, su perfil grisáceo vuelve a la vida. Su foto aparece justo donde debería estar. *Phoenix Burning* en línea.

Miro fijamente el pequeño círculo verde mientras mi alma se expande y se libera.

Mis dedos tienen vida propia, pero su mensaje aparece primero.

i love how beautiful
you are when you hurt

Eres bastante imprudente, persiguiendo a un monstruo en una ciudad extraña. Más vale que el monstruo no se arrastre a tu cola.

No tiene idea de lo mucho que quiero que se arrastre sobre mí. No tiene idea de lo jodidamente loca que estoy por otra ronda en la oscuridad.

Pulso enter y le envío mi mensaje, que se jodan las sutilezas.

Necesito volver a verte. Por favor.

Observo el icono mientras escribe.

Ten cuidado con lo que deseas. Esta bestia no está domesticada. Es salvaje. Peligrosa.

Jodidamente muere.

Recuerdo sus dientes en mí. La forma en que me mordía el cuello. El cosquilleo de su barba. Su aliento.

Lo mucho que lo deseaba.

Lo deseo todo, escribo. Asústame. Persígueme. Cázame. No me importa.

Sigo escribiendo antes que tenga la oportunidad de responder.

Me has devuelto a la vida. Estar contigo me dio esperanza cuando no tenía ninguna. No puedo volver atrás.

Mi corazón está acelerado, la boca seca. Me siento como un adicto que se está quedando dormido, desesperado por una dosis.

Su mensaje suena. Apenas puedo mirar.

Esto es una locura. Peligroso.

Ya se me ha ido de las manos.

No puedo discutirlo. Ni siquiera lo intento.

Por favor. Solo dime a dónde ir.

Cruzo los dedos de las manos y de los pies. Cruzo también las piernas, cerrando los muslos solo para sentir el apretón contra mi clítoris palpitante.

Su respuesta tarda una eternidad, y ahora se siente diferente. Ahora puedo imaginarlo. Su oscuridad melancólica, su magnífico volumen.

Prepárate para medianoche. Te diré dónde ir.

Si cambias de opinión, mantente desconectada.

Si tienes sentido común, cambiarás de opinión.

No tengo ningún sentido común. Ya lo he asumido. Estoy en paz con estas decisiones imprudentes y el camino rocoso que estoy recorriendo.

Solo espero que él también lo esté.

Mi respuesta es fácil. Obvia.

Estaré lista a medianoche.

Ya está desconectado cuando presiono Enter.



bait PHOENIX

Le habría dicho a Serena que era bienvenida a quedarse sin importar si yo tuviera o no un lugar donde estar esta noche. No soy tan idiota como para ofrecerme solo para mis propios fines.

Ella arregla la hora de dormir de Cam, y él se alegra por ello. Le lee el cuento mientras escucho desde el rellano.

Es el de los patos y la oruga. Me sé la letra de memoria.

Estoy desesperado por abrazarla con fuerza y arreglar las cosas. Las palabras se me atascan en la garganta y me piden que salga y le agradezca todo lo que ha hecho por nosotros. Para pedirle que vuelva a casa.

Esta es su casa ahora.

Pero no es tan sencillo. Si tan solo lo fuera.

Sus palabras siguen rebotando en mi alma. Esas preguntas enconadas que cuelgan en rincones polvorientos, están ahí, dichas en voz alta entre nosotros.

Las cosas no pueden volver a ser como antes.

Tiene un aspecto inusualmente manso cuando sale para reunirse conmigo.

—Está profundamente dormido —susurra y cierra la puerta suavemente.

—Me vendría bien salir un rato —digo mientras bajamos las escaleras—. Pero puedo quedarme. No quiero imponer.

i love how beautiful
you are when you hurt

Se encoge para decirme que está bien. Sus ojos son curiosos, pero felices. Hace preguntas silenciosas que no estoy preparado para responder y quizás nunca lo esté.

No estoy seguro que conocer a una extraña en línea para tener sexo brutal en callejones oscuros sea material para una relación.

Relación.

Incluso la palabra me hace sudar frío.

—Ve —dice Serena—. Tómame un descanso. Diviértete. Yo cuidaré de Cam. Estoy feliz de haber vuelto a casa. —Hace una pausa—. Aunque solo sea por una noche.

No tengo respuesta a eso.

Desearía poder atravesar mi propio equipaje lo suficiente como para decirle que yo también estoy feliz.

Desearía poder olvidar que ella tuvo a ese hijo de puta en mi casa a mis espaldas.

Como si fuera la primera mujer en tener a Jake aquí a mis espaldas.

Vuelvo a arrojar esa pequeña gema de amargura a las profundidades.

Y entonces agarro mi chaqueta.

DIECISÉIS

Érase una medianoche lúgubre, mientras meditaba débil y cansado.

Edgar Allan Poe

PHOENIX

Hereford no es un terreno conocido. Recorro al GPS para llegar a la dirección que he encontrado en el censo electoral de Abigail Rachel Summers, y luego doy unas cuantas vueltas a la manzana para orientarme.

Su edificio de apartamentos es un lugar de época deteriorado, a un paso del centro de la ciudad. Estaciono en un muelle de descarga a la vuelta de la esquina y lo inspecciono a pie. La entrada común muestra seis apartamentos catalogados. Seis apartamentos, tres plantas. La vista a través de la puerta de cristal es suficiente para ver los números de las puertas de los dos últimos apartamentos.

El número uno está a la izquierda. El dos a la derecha.

Es fácil suponer que continúan hacia arriba en el mismo patrón.

El suyo es el número cuatro.

Un piso más arriba, a la derecha.

Retrocedo y miro hacia la ventana. El crepúsculo hace que sea fácil saber que la luz está encendida, pero no veo nada que confirme mi sospecha que es su casa. Las paredes parecen sencillas a través de la ventana. No hay adornos en el alféizar.

Me quedo atrás, mirando desde el otro lado de la calle.

Está tan cerca. Está tan jodidamente cerca. Quiero verla.

Quiero probarla, penetrar ese dulce coño una y otra vez.

No puedo controlar la bestia en mi vientre, que palpita y se agita. Mi polla ya se está tensando en mi jeans , mi pulso ya se está acelerando.

Una parte de mí se plantea ir hasta allí y derribar su puerta a golpes antes que se acerque la medianoche.

Es tentador, pero no. Dejo esa idea para otro día.

Otro día.

Ya estoy pensando en este arreglo loco como si tuviera algún tipo de durabilidad.

Debería asustarme mucho, pero no lo hace.

Vuelvo a concentrarme en la noche que me espera. De *nosotros*. Esta noche se trata de la caza. La persecución. La emoción del pulso en mis oídos mientras mis botas golpean el suelo tras ella. Agarrarla en la oscuridad, amortiguar sus gritos. Mi polla se estremece con la dulce anticipación.

Busco un mapa en mi teléfono y examino cómo se ramifican las calles desde aquí. A la izquierda está la mayor parte de la civilización. Las farolas, los clubes y las cámaras. A la derecha está la catedral. Calles empedradas y terrenos sombreados. Más allá parece haber un parque. Me acerco y me doy cuenta que es una extensión de campos de juego.

El río corre junto a ellos.

El camino del río termina en las afueras. Lo trazo con el dedo y me acerco a donde las calles se han estrechado. Un pub en la esquina. Unas cuantas casas cercanas por lo que se ve. No hay mucho más.

Mis sentidos se agudizan. Esto es perfecto.

Vuelvo a mi camioneta en un segundo, con el destino fijado. Las calles se van estrechando a medida que conduzco. El pub sigue abierto cuando llego, pero no lo estará por mucho tiempo. El estacionamiento está desierto.

Me detengo en el lugar más cercano al río y agarro una linterna. El camino está justo donde esperaba. Un hueco en la cerca conduce directamente al agua. Está oscuro. Traicionero. Perfecto.

La llevaré a través de las sombras, directamente a mi camioneta. No tendrá ni puta idea hasta que sea demasiado tarde. Solo tengo que agarrarla en el lugar correcto.

Hago un giro de 360 grados.

Justo... aquí. Tomo nota mentalmente de ello. Del árbol que se asoma por encima. De la farola apagada situada sobre la valla del pub.

Sí, la reconoceré, seguro. La agarraré justo antes de la entrada al estacionamiento.

Y entonces conocerá al monstruo de verdad.

Me dirijo de nuevo a la camioneta para mis últimos preparativos. Saco la silla de seguridad de Cameron del asiento trasero y la guardo fuera de la vista en el maletero. Compruebo que material de trabajo tengo a mano mientras estoy allí.

La cuerda de remolque parece tan drástica como tentadora, pero me gusta. La enrolló en el asiento del copiloto para tenerla al alcance de la mano.

Cierro la puerta de la camioneta y salgo a pie. Compruebo si hay algún cruce en el camino del río de vuelta, algún punto potencial en el que pueda perderla. No hay ninguno por el que merezca la pena preocuparse. Esta ruta es recta, una carrera de sombras y terreno irregular. Estará demasiado ocupada en mantener el equilibrio como para preocuparse en desviarse.

Perfecto.

El crepúsculo se ha convertido en oscuridad mucho antes que haya llegado a su bloque de apartamentos. El resplandor de la ciudad es ominoso a través de los prados. Naranja amargo y lo suficientemente sucio como para ser siniestro.

El agua ondea y salpica en la negrura de abajo. Las orillas son altas y están llenas de maleza. Un grupo de niños con bicicletas pasa el rato en un lugar, pero ya se están retirando para la noche cuando paso.

Retiro un par de latas de bebidas vacías del camino y arranco alguna rama que cuelga demasiado bajo.

Me siento fortalecido al llegar al recinto de la catedral. Será capaz de correr. Rápido. Sin muchos obstáculos. Correrá directamente hacia la trampa y ni siquiera se dará cuenta que vendrá a mí.

Mis bolas se tensan. Mis músculos ya están conectados y listos para la persecución.

Me aseguro que mis botas estén bien ajustadas antes de abrir la pantalla de inicio de sesión en mi móvil y luego espero.

Observo.

Pienso en ella.

Pienso en todas las cosas que voy a hacerle a su dulce cuerpecito una vez que esté demasiado agotada para dar un paso más.

Sé que es su apartamento cuando una sombra pasa por su ventana. Veo su forma contra la pared del interior. Ida y vuelta. Una y otra vez.

Caminando.

Ella está caminando.

Y mi corazón se acelera.

Está esperando. Preparándose.

Sintiendo el miedo.

Es una hermosa observación.

Los últimos quince minutos pasan lentamente, pero eso es bueno. Me pierdo en el ritmo de su paso, en los temblores de la anticipación. Me muero de ganas de volver a hundir mi polla en ese pequeño y apretado coño.

Me conecto a medianoche y ella ya ha iniciado sesión.

Deja de pasearse. Su sombra se aleja.

No me molesto en charlas triviales.

Saldrás de tu apartamento. Descalza.

Te dirigirás hacia la catedral. Caminarás lentamente por los terrenos hasta llegar al sendero del río.

Cuando tengas miedo, correrás.

Una simple pregunta de vuelta.

¿Descalza?

Sonrío para mis adentros.

Sí, Cenicienta. Descalza.

Me pregunto si ella también sonríe.

¿Ahora? me pregunta.

Vuelvo a las sombras. Mis ojos se fijan en la entrada de su apartamento.

Ahora.



ABIGAIL

Ahora.

Estoy indecisa mientras meto el teléfono en el bolso. Después meto las llaves.

Llevo puesto un vestido de verano azul claro, que sé que es estúpido a esta hora de la noche, pero me pareció una buena opción cuando me lo probé. Se agita cuando corro y se ve tan bonito cuando doy vueltas. Quiero estar guapa para él, aunque estemos a oscuras y probablemente le importe una mierda.

i love how beautiful
you are when you hurt

Mi vientre se agita cuando me doy cuenta de lo mucho que quiero estar guapa para él.

Mis bragas son delgadas y blancas. Mi sujetador es de encaje blanco y se asoma por encima del escote del vestido.

No me molesto en ponerme una chaqueta. Sospecho que voy a sudar bastante.

No llevo zapatos.

Tomo aire mientras bajo las escaleras y me detengo un segundo antes de salir a la calle, con el pavimento frío bajo mis pies. Sé exactamente a qué ruta se refiere. La vista hacia la catedral parece clara.

Me pregunto dónde estará. Si puede verme. Por supuesto que sí. Está en las sombras, en algún lugar cercano.

La idea me hace temblar.

Un golpe y camino con decisión, con los ojos bien abiertos y la cabeza levantada, estremeciéndome ante cada puerta en sombras, aunque no haya nada.

La calle Church es estrecha y está poco iluminada. Me mantengo justo en el centro entre los edificios, concentrada en nada más que en guardar mi aliento para lo que está por venir.

Lo voy a necesitar, y lo sé.

Me escabullo entre los postes y entro en el recinto de la catedral, y mi alma se ilumina en la oscuridad. Es mágico. Es hermoso.

La catedral es un faro de maravilla. Iluminada con una grandeza que nunca había apreciado hasta ahora. Imponente, petrificante y brillante, al mismo tiempo mirándome mientras estoy descalza en medio de la noche, esperando para... pecar. Una puta pecadora loca.

Sonríó al pensarlo y saboreo este momento. Quiero recordarlo para siempre.

Camino sobre la hierba para no lastimarme los dedos de los pies, y es fácil acelerar el paso mientras atravieso el terreno hacia el camino del río. Me estremezco cuando la hierba se convierte en asfalto y vuelvo a estremecerme cuando mi dedo roza una piedra.

Ay.

Esta noche podría ser jodidamente dolorosa.

En más de un sentido.

Ahora me doy cuenta que podría aparecer en cualquier momento. Observo las sombras y mi corazón se acelera de repente. ¿Me lanzará algo, como la última vez?

O simplemente saltará sobre mí y me tirará al suelo.

Estoy asustada y excitada a la vez, hasta el punto que los latidos de mi corazón se aceleran. Todo esto es una locura. Pero no podría disuadir a mi cuerpo de esto aunque lo intentara. Todos los músculos están tensos y listos para salir.

Estoy lista para ir.

Pero él dijo que caminara lentamente, así que lo hago. Camino tan despacio como mis nervios pueden soportar, el duro suelo bajo mis pies no ayuda.

Respiro con toda la constancia que puedo. Inhalo por la nariz, exhalo por la boca. Me aferro con fuerza a mi bolso para poder sujetar algo.

La ruta hacia el camino del río es oscura. Realmente oscura.

Dudo en la cima, mis ojos parpadean y buscan. *Esperando.*

Esperando a que el monstruo salte de las sombras. Esperando a que me levante de mis pies y me arrastre.

Pequeños pasos, tan pequeños. Acercándonos. Estoy tan expectante. Tan alerta.

Pero no está ahí.

Mierda.

Estaba tan segura. Tan jodidamente segura.

Pero no. Desciendo sin incidentes. Mis pies golpean la arena y el suelo del camino del río y todo lo que oigo es agua abajo.

Mis sentidos corren desenfrenados aquí abajo, imaginando horrores a mi alrededor. Manos en la maleza que se extienden. Un aliento caliente en mi cuello.

Es el crujido de un palo detrás de mí lo que me hace correr. Un grito y me alejo, corriendo a lo largo de la orilla del río sin ni siquiera mirar hacia atrás por encima del hombro.

Mis manos se balancean a los lados, con el bolso olvidado. Rebota contra mi trasero, haciendo un extraño sonido de bofetada mientras avanzo. Mi respiración es salvaje en mis oídos. Mi corazón arde.

Mis pies no sienten nada.

Conozco bien este camino, pero a este ritmo parece estar lleno de peligro. Me sumerjo bajo ramas imaginarias, me alejo de demonios imaginarios. En peligro de caer solo para escapar del que está detrás de mí.

Pasa un rato antes que sepa con certeza que hay pasos golpeando tras los míos. Está a distancia, pero se acerca. Lo siento.

Mi cuerpo grita con él.

Estoy corriendo por instinto salvaje y nada más.

Me arden los pulmones. Mi aliento ruge en mi garganta. Mi corazón late fuerte.

Pero no tan fuerte como las botas de la bestia detrás de mí.

Vuelo como el viento, corro tan rápido como nunca lo he hecho en mi vida. Mi vientre se tambalea con la emoción de ser capturada, pero mi instinto de huida no está de acuerdo. Lo único que puedo hacer es seguir adelante, con la adrenalina tan alta que es jodidamente increíble.

No sé cuánto tiempo llevo corriendo cuando la maleza se hace más profunda a mi derecha. No sé cuánto tiempo he tardado en llegar a la parte del camino donde apenas quedan luces.

Tengo que reducir la velocidad aquí, así que lo hago. Maldigo en voz baja cuando mi pie golpea en el barro húmedo, y sé que estoy demasiado cerca del río.

Mierda.

Me dirijo más arriba de la orilla, pero cuando lo hago sus pasos están más cerca. Más fuertes.

Más rápidos.

Está justo encima de mí.

Mi corazón explota y mi clítoris también. Mis muslos están resbaladizos a pesar que esto es una puta locura.

Estoy desesperada por él, incluso cuando mi cuerpo encuentra sus reservas para seguir corriendo.

Hago ruidos desesperados mientras respiro y no puedo parar.

No puedo parar porque me encanta, joder.

Soy un torbellino de emociones sin estructura. Sin columna.

Lo único que quiero hacer es caer al suelo y rogar que no me haga daño. Suplicar que lo haga. Caer a sus pies y rogarle por cualquier cosa; rogarle por todo. *Todo*.

Pero entonces veo una luz más adelante.

Conozco este lugar. He estado aquí antes.

Mi corazón se acelera al reconocer el pub de mi cita de mierda con Jack, el de la camisa rosa.

El estacionamiento allí es tenue, pero está iluminado. Veré venir al monstruo.

Oh, mierda, cómo quiero verlo venir.

Quiero ver cada centímetro de su brutalidad mientras viene hacia mí.

Cada centímetro de su hermoso rostro.

Hago una última carrera, incluso cuando lo siento a mi espalda.

El mundo deja de girar.

Se ralentiza hasta desaparecer cuando siento su calor.

Un golpe de sus botas y oigo su respiración.

Y entonces me agarra.

Con fuerza.

Me roba el último aliento de mis pulmones mientras me golpea la espalda. Mis pies descalzos siguen corriendo en el aire cuando me levanta del suelo.

No tengo aire para gritar, pero de todos modos me tapa la boca con la mano.

No me queda ningún lugar para correr, pero igual me aplasta hasta que me duele.

—Silencio —gruñe, y yo intento asentir.

No retira la mano. Una parte de mí espera que nunca lo haga.

El monstruo me lleva fácilmente por la pista hasta el estacionamiento. Me pregunto si me va a follar por encima de la barandilla, pero pasa de largo.

Y luego veo el casco de su camioneta negra metálica en las sombras.

—No hagas ni un maldito ruido —vuelve a gruñir mientras me sujeta a su lado. Mi mejilla se aprieta en el cristal de la ventana. Veo mi propio aliento empañado. Mi ojo salvaje se mira en el reflejo oscuro, y detrás de mí lo veo.

Y es hermoso.

Parece salvaje. Incluso más salvaje que yo.

Oscuro, enfadado y tenso.

Peligroso.

Abre la puerta del pasajero y me pregunto si debo entrar.

No lo hago.

Eso es bastante obvio cuando saca la cuerda.

Nunca me han atado antes. Protesto antes de poder contenerme.

Soy un desastre gimiendo, suplicando *por favor, no*, pero él ni siquiera me mira.

Me quita el bolso por encima de la cabeza en un instante, y lo tira en el suelo de los asientos traseros. Trato de soltar mis muñecas de su agarre, pero él las levanta por detrás de mi espalda y las ata con fuerza.

Me rodea la cintura con la cuerda y también los muslos. Mi coño se aprieta mientras él enhebra la cuerda entre mis piernas.

Mi clítoris palpita cuando tira de ella y juro que casi me corro.

Vuelve a tirar a propósito, sé que lo hace, y gimo por él. Gimo por él, mierda.

Deseo que me toque. Desearía que me usara aquí, con mi mejilla pegada a la ventana.

Desearía que me follara tan fuerte que gritara por más, por menos, por el dolor.

Me aparta sin miramientos y abre la puerta trasera. Me tropezaría si no tuviera un agarre tan sólido de mi brazo.

Me va a dejar moretones.

Y me van a encantar.

Me empuja con brusquedad hacia el suelo de los asientos traseros. Grito al darme cuenta de a dónde va esto: solo yo, atada con una cuerda, encajada detrás de los asientos delanteros.

Es estrecho. Lo suficientemente claustrofóbico como para hacerme rogar.

—Por favor... —gimo—. Por favor, así no... Me enfermaré...

—Cierra la boca —dice y la puerta se cierra de golpe a mis pies, y la del conductor se abre poco después. El asiento se mueve contra mi espalda mientras él sube. Oigo el gemido del cuero cuando se acomoda en su posición.

Maldigo cuando se enciende el motor. Suplico un poco más cuando da marcha atrás.

No dejo de suplicar durante kilómetros, perdida en este loco infierno. Asustada y maltratada, con los pies que seguramente sangran. Siento que están sangrando.

Mi imaginación se dispara, preguntándose si realmente es una especie de psicópata.

No tengo idea de cómo me encontré. No tengo idea de cómo sabía exactamente dónde estaría.

Sin embargo, mi clítoris sigue palpitando. Mis muslos están resbaladizos a pesar que me estoy asustando tanto que podría vomitar.

Sé que estamos fuera de la ciudad, incluso sin poder ver por las ventanas. Siento cada rejilla de ganado. Cada giro sinuoso de la carretera.

Y entonces nos detenemos.

El silencio es ominoso una vez que apaga el motor.

Mi respiración silba en mis oídos. Mi corazón vuelve a latir con fuerza.

Sale del asiento delantero y ya estoy gimiendo antes que esté encima de mí.

El aire frío me roza los muslos cuando abre la puerta trasera.

Pateo por instinto cuando me agarra por los pies, pero es más fuerte. Me arrastra con facilidad.

Y luego me suelta.

Desenrolla la cuerda de mis muñecas antes que me oriente. La saca de entre mis muslos con tanta rapidez que quema.

Mis ojos parpadean y se enfocan.

Oscuridad.

Mucha oscuridad.

Solo la luz de la luna en lo alto.

Y campos. Tantos campos. Campos y más campos.

Giro la cabeza mientras él tira de la última cuerda que me queda.

Campos, tierra y árboles en todas las direcciones.

Estamos en medio de la nada.

—*Corre.*

Una palabra. Es todo lo que dice.

Me empuja los hombros y lo vuelve a decir.

—*Corre.*

Y lo hago.

Corro por la tierra, la hierba y el páramo. Subo a duras penas una colina con las manos y las rodillas y vuelvo a subir en la cima.

Mi mente racional está demasiado jodida para mantener el control. Estoy perdida entre las endorfinas, la adrenalina y el terror. No se trata de un golpe rápido y brusco como el de ser golpeado contra las ventanas. Esto es prolongado. Agotador.

Más aterrador que cualquier otra cosa que haya conocido. Y eso es porque estoy dudando de él.

Va a matarme.

Me va a follar muy fuerte y me va a dejar morir.

No lo oigo detrás de mí, pero sigo corriendo, con las imágenes de mi yo moribundo, desnuda en la cima de una colina, pasando por mi mente, con mi coño en un desastre irreconocible. Corro y corro hasta que tropiezo y me caigo. Me levanto a rastras y me maldigo entre lágrimas, sabiendo muy bien que estoy perdiendo el control de mi propia y loca realidad.

Lloro, sollozo mientras corro.

Lloro por lo mucho que me duelen los pulmones. De lo inútil que es esto.

De lo asustada que me ha puesto.

De lo jodida que estoy.

No quiero correr más.

Apenas he recorrido por un par de campos cuando estoy gimiendo en el suelo hecha un desastre. Apenas me estoy arrastrando cuando oigo sus botas golpear el suelo detrás de mí.

Fuerte.

Firme.

Amenazante.

—¿Has terminado? —me pregunta, y niego con la cabeza.

Sigo arrastrándome, tratando de agarrarme lo suficiente para levantarme.

Pero duele.

Tengo los dedos de los pies helados y en carne viva.

Me duele demasiado para seguir adelante. No me queda aliento en los pulmones.

bait

Caigo de rodillas y me siento tan degradada cuando su bota se posa en mi espalda. Humillada mientras me aprieta contra el suelo.

Y lo quiero por ello.

—¿Has terminado? —vuelve a preguntar, y asiento con la cabeza.

Ya he terminado.

Soy un desastre.

Un desastre con los nervios a flor de piel y los muslos húmedos.

Que odia lo mucho que quiere esto.

Que ama lo mucho que desea esto. *A él.*

No puedo creer lo mucho que he corrido. Lo lejos que he llegado.

Lo jodidamente loca que estoy.

Cómo se abren mis muslos en señal de invitación, aunque sé que podría morir esta noche.

Y no puedo creer lo aterrorizada que estoy cuando él se arrodilla detrás de mí.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

DIECISIETE

Todo hombre tiene una bestia salvaje en su interior.

Federico el Grande

PHOENIX

Está hecha un desastre aún más de lo que pensé.

Corrió mucho más de lo que esperaba.

Y ahora está destrozada.

Una parte de mí quiere recogerla y mejorarlo todo. La otra parte...

La otra parte de mí quiere empeorarlo mucho más.

Me balanceo entre dos lados desgarrados. Estamos en un terreno alejado mientras caigo de rodillas en la tierra.

Y entonces ella decide por mí. Mientras gime, se agacha y se sube la falda por los muslos.

Es una invitación.

La invitación más desesperadamente jodida que he tenido.

Casi me odio por desearla.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait
poetic

Casi me odio por la forma en que me hace sentir. La forma en que convoca todas las partes rotas de mí y las hace cantar.

Se estremece cuando paso mis dedos por su pierna desnuda. Se mueve contra mi calor mientras me acuesto en la tierra detrás de ella.

Apenas tengo que levantar su pierna sobre la mía. Inclina la cabeza hacia atrás voluntariamente mientras le rodeo la garganta con la mano.

Está aterrorizada pero deseosa. Rota, pero buscando.

—Me vas a dar lo que quiera —susurro, y las palabras siguen saliendo—. Lo que quiera, cuando quiera. Estaré en cada puta esquina. En cada puta sombra.

Mis dedos se deslizan alrededor de su cintura y bajan. Empujo su culo contra mi polla palpitante y ella rechina como una perra deseosa.

—Seré tu monstruo —susurro—. Seré cada puta pesadilla que hayas tenido.

Ofrece su coño a mis dedos incluso mientras se deslizan dentro de sus bragas. Está mojada. Lo suficientemente mojada como para recibir tres seguidos con un gemido.

—Viniste a buscarme —siseo—. Recuérdalo.

Su voz sale entrecortada. Su susurro es solo un soplo en la brisa.

—Te encontré.

—Y yo te encontré a ti. Te encontré en la estación de tren. Te seguí hasta la gasolinera. Estuve en la maldita puerta de tu casa.

Sueno como un acosador loco. Me siento como un acosador loco.

Me siento como una bestia sin límites. Ella los ha pisoteado todos.

i love how beautiful
you are when you hurt

Le meto el dedo en el coño empapado y cierro los ojos y todo lo que veo es a ella. El azul de su vestido arrastrándose tras ella en la oscuridad. El blanco de sus ojos en el reflejo de la ventana mientras le ato las muñecas.

—Sé el monstruo... —respira, y le meto los dedos hasta el fondo.

Retiro la mano de su garganta y le agarro el cabello. La sujeto con fuerza. Duro. Su cabeza contra mi hombro, su aroma tan cerca.

Y entonces introduzco un cuarto dedo hasta el fondo.

Ella gime. Suenan a dolor, aunque su culo se agita hacia mí.

Mi boca encuentra su cuello y saborea su piel. Sabe a tierra, a sudor y a sueños. Se estremece cuando mis dientes la muerden. Su mano vuelve a buscar mi culo y me aprieta aún más contra ella.

No puedo apretarme más contra ella.

La follo profunda y rápidamente, con los dedos enterrados hasta los nudillos en ese dulce y apretado coño. Respiro en su oído mientras gime por mí.

Necesito esto.

La necesito.

Inclina la cara todo lo que le permito, casi lo suficiente para que pueda besarla.

Sus ojos son oscuros a la luz de la luna. Su cabello es como tinta negra en el suelo.

—Sé mi monstruo... —vuelve a respirar, pero soy yo quien manda.

Mis dedos suenan cuando los libero. Mi pulgar está mojado en su clítoris mientras presiono con fuerza. Círculos brutales, sus muslos se abren de par en par.

Le suelto el cabello y le rodeo el cuello con el brazo. Es el candado más delicioso, sus dedos agarrando mi antebrazo y apretando fuerte.

Está atrapada. Sujetada. En las garras de una bestia que no va a ceder ni un centímetro.

Y a ella le gusta.

Soy tan brutal con su clítoris como con el resto de ella, pero eso también le gusta.

Está al borde en un instante. Apenas tarda un puto minuto.

Mi cisne negro hace unos ruidos muy bonitos cuando se corre. Los pequeños jadeos más desesperados, tan ahogados. Se estremece, se retuerce y mueve su pequeño y apretado culo contra mí, y es suficiente para que la bestia que hay en mí se vuelva loca.

Apenas ha terminado cuando la obligo a ponerse de espaldas. Le inmovilizo las muñecas por encima de la cabeza con el suficiente peso como para que chille, y entonces le arranco el dulce vestido azul de las tetas y le arranco el encaje del sujetador.

El blanco capta la luz de la luna, igual que su piel. Sus pezones son pequeñas balas oscuras que piden a gritos ser tocadas.

Debería rogarme que me detenga cuando me deleito con su teta. Debería estar gritando cuando aprieto uno de esos dulces pezones entre mis dientes.

Sus piernas no deberían separarse con tanta facilidad mientras aprieto mi entrepierna contra su coño hinchado. Le arranco las bragas por las costuras y me saco la polla del jeans con dedos torpes.

bait
poetic

La cabeza entra de una vez, y es el cielo. El puto cielo de los locos.

Aprieto mi frente contra la suya mientras fuerzo la primera barra dentro. Sus ojos están sobre los míos. Su respiración entrecortada en mis labios.

Podría besarla, pero no lo hago.

No puedo.

Besar sus demonios liberaría los míos. Cada uno de ellos.

Me rodea la cintura con las piernas y me anima a seguir, aunque tiene la cara llena de dolor y los ojos muy abiertos.

Me entrego a ella.

Las profundas y duras embestidas me llevan a lo más profundo.

Mis caderas se lanzan hacia delante para reclamarla.

Nuestros ojos permanecen abiertos. Los suyos parpadean de dolor al igual que los míos.

Su coño se aprieta lo suficiente como para lastimarme.

Gruño cuando salgo de ella.

Ella gime mientras empujo hacia adentro.

—Más —susurra—. Dame todo.

Está más loca de lo que pensaba, igual que yo.

La introduzco con fuerza y grita.

Lo hago de nuevo y vuelve a gritar.

Pero ella lo toma. Y yo la tomo.

Su frente está pegada a la mía. Su aliento juega con mis labios.

i love how beautiful
you are when you hurt

Se relaja debajo de mí cuando entramos en ritmo. Sus muslos se abren y su coño me da la bienvenida.

Estoy tan cerca de tocar fondo como nunca antes, mis bolas golpean con fuerza la piel fría.

Deseo tanto posar mi boca en la suya, pero temo que eso acabe con los dos.

Ella me toma con fuerza. Tan jodidamente duro.

Cierro los ojos contra los de ella para disfrutar de la sensación.

Y ella me besa.

Suavemente.

Con ternura.

Sus labios son un fantasma contra los míos.

Mis ojos se abren de par en par y los suyos están ahí. La agarro por la garganta y golpeo su coño con más fuerza para castigarla.

Las lágrimas brotan mientras la observo. Sus ojos vidriosos no vacilan.

—¿Te duele? —gruño.

Ella asiente.

—Dime que pare.

Sacude la cabeza.

Saboreo sus lágrimas antes que se derramen. Le meto la polla hasta el fondo y vuelve a gritar.

Y entonces me elevo sobre ella para cambiar de ángulo. Ella grita cuando la presión cambia.

Sisea como una gata salvaje mientras mis piercings muelen el punto justo. Como lo hacía *Mariana*.

Las similitudes terminan ahí.

Los ojos de mi cisne negro están llenos de una dulce alma oscura. Llenos de ternura junto con el dolor.

Suelto mi agarre de su garganta y dejo caer todo mi peso sobre el suyo. Sus dedos saltan a mi cara y rozan mi mandíbula como si fuera una cosa maravillosa.

—Córrete —gruño—. Muéstrale a tu monstruo lo mucho que te gusta.

Mueve sus manos hacia mi culo desnudo. Sus dedos están tan fríos como mi piel. Aprieta con fuerza y luego levanta las piernas, gruñendo mientras toma lo que necesita.

—Buena chica —siseo—. Muéstrame.

Debe de estar jodidamente agotada, pero sigue con fuerza. Sus pies deben estar matándola mientras se golpean contra mis piernas.

Cuando se deshace es explosivo. Es más fuerte de lo que esperaba, gritando a la luna mientras se viene.

No hago nada para callarla. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

No me importaría si lo hubiera.

Ni siquiera espero a que recupere el aliento. Sigue jadeando cuando salgo de ella. Su boca está abierta en un grito cuando me levanto y se la lleno con mi polla.

Mi polla no cabe por completo en su boca. Nunca lo hace.

No hasta que envuelvo mis dedos en sus dientes y la abro completamente para mí.

Ella balbucea cuando me abro paso. Su garganta se abulta cuando hago que la tome.

Su lengua se siente tan jodidamente caliente contra mis piercings. Sus ojos se ven tan bonitos mientras se esfuerzan.

Me corro directamente en su garganta, maldiciendo y esforzándome. Cuando termino no dejo más que una gruesa hilera de semen y saliva entre nosotros.

Mierda.

La bestia se calma.

La niebla roja empieza a despejarse.

La chica devastada que está debajo de mí se agita. Hace un gesto de dolor cuando intenta ponerse de rodillas.

Está hecha una mierda.

Maltratada, magullada, agotada.

Congelada.

Tiembla sin el calor de mi cuerpo, le castañetean los dientes mientras me mira fijamente.

Me subo el jeans y me levanto.

Se arregla el vestido para cubrirse las tetas. Me gustaría que no lo hiciera.

Se revuelve, pero vacila. Veo el dolor en sus ojos mientras lucha por el equilibrio en sus piernas doloridas.

Es lo más fácil del mundo levantarla de sus pies.

JADE WEST

bait

No dice nada mientras la sostengo, solo me rodea los hombros con los brazos y apoya su rostro en mi cuello.

Esto es todo un desastre.

El modo en que mi corazón se estremece es una mierda.

La forma en que la llevo con tanto cuidado, desafía todas las reglas de la locura.

Pero no puedo dejarla ir.

I love how beautiful
you are when you hurt

DIECIOCHO

Cuando llega la muerte, la gran reconciliadora, nunca nos arrepentimos de nuestra ternura, sino de nuestra severidad.

George Eliot

ABIGAIL

Mi monstruo me lleva tan tiernamente. De forma segura, incluso en terrenos difíciles.

Sus hombros son firmes, su respiración uniforme. Su agarre es fuerte y sólido, su calor corporal es divino.

Adolorida. Exhausta. Saciada más allá de lo que jamás he estado nunca.

Mis pies cuelgan sin fuerzas durante todo el camino de vuelta a su camioneta, mi rostro se hunde en su cuello buscando calor.

Todavía puedo saborearlo. Mi garganta está en carne viva por el recuerdo de su intrusión. Mi coño también.

No puedo soportar la idea de otro viaje lleno de baches estando en el suelo de los asientos traseros, pero él abre la puerta del copiloto y me

deja caer en el asiento antes que proteste. Apenas puedo apoyar los pies en el suelo, están tan doloridos.

Me abrocho el cinturón mientras él se dirige al lado del conductor. No sé qué decir mientras gira la llave en el contacto.

Me pregunto si lo dijo en serio: tomar lo que quiere cuando quiera. Me pregunto si esto es una cosa ahora.

Por muy jodida que esté ahora mismo, no quiero nada más que esto sea una cosa.

Enciende la calefacción y da marcha atrás por el carril. Gira en la parte superior y nos alejamos a toda velocidad.

Aprovecho para mirarlo de nuevo en la oscuridad mientras nos alejamos. Sus rasgos son tan fuertes. Tan brutalmente robustos.

Es lo más sexy que he visto nunca. Estar cerca de él hace que se me erice la piel.

Me pregunto cómo será bajo su ropa. Me pregunto si alguna vez lo descubriré.

Puedo sentir el vértigo ahora, acumulándose bajo la adrenalina. Estoy tan alto como una cometa, tan emocionada que no me lo creo.

Y, sin embargo, me siento tan sola.

Nunca he deseado tanto el contacto de alguien como el suyo en este momento.

Él conduce y yo lo observo.

Él mira por la ventana y yo lo miro fijamente.

Me entristece cuando aparecen en la carretera las señales de Hereford. Me duele el corazón cuando reconozco las calles que pasan. Volvemos al

centro de la ciudad tan rápido, aparcando en un muelle de carga justo al final de la calle de mi puerta.

Me pregunto si estuvo aquí antes. Miro hacia la ventana de mi sala de estar y las cortinas abiertas. Podría llevar horas espiándome.

Me siento tan débil al contemplar la posibilidad de volver a poner los pies en tierra firme. Están congelados y doloridos. Rozados hasta la saciedad por la sensación de estarlo.

Aprieto los dientes mientras abro la puerta del auto, preparándome para el impacto de caer sobre el asfalto. Pero él bloquea mi salida antes que pueda moverme.

Su cercanía me deja sin aliento cuando se acerca a mí para encender la luz interior.

Me estremezco al ver mi estado en el resplandor.

Estoy sucia. Cubierta de barro y trozos de seto.

Me he roto una uña del pie. Tengo arañazos en los tobillos. Las plantas de mis pies parecen haber pasado una hora en una lijadora industrial.

Sigo mirándolas mientras él mete la mano en la guantera. El paquete de toallitas cruje entre sus dedos cuando saca una. Apoya su pie en el umbral y levanta el mío sobre su rodilla. Me quedo muda mientras me pasa la toallita por la piel.

Me estremezco cuando me escuece, pero él no se detiene.

—No esperaba que corrieras tan rápido —dice—. Te habría dejado llevar zapatos.

Me encojo de hombros.

—Supongo que te he sorprendido.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Supongo que sí.

A mi también me sorprende, pero no se lo digo.

Lo observo limpiarme el pie hasta que la toallita está sucia y saca otra. Me encanta la forma en que sus dedos pueden ser tan tiernos después de ser tan duros.

Me encanta cómo se ven los patrones de tinta en su piel.

Cambia mi pie limpio por el sucio. Debería decirle que volverán a estar sucios antes de llegar a mi apartamento, pero no quiero que se detenga.

—Tienes que meterlos en un baño caliente —me dice.

Sonrío mientras le digo que solo tengo una ducha. Una pequeña.

Sus ojos son oscuros sobre los míos.

—Un tazón entonces.

Asiento con la cabeza.

Me imagino que está guardando las toallitas cuando se acerca a la guantera.

Mis ojos se abren de par en par al reconocer mis zapatos.

—Los has encontrado.

—Uno de ellos estaba debajo de una camioneta —dice.

No sé por qué sonrío tanto al verlos de nuevo, pero lo hago.

No sé por qué tengo el impulso de rozarle la mandíbula con el pulgar cuando me pone uno en el pie y me lo abrocha con tanta suavidad.

Caminar con ellos será, en el mejor de los casos, ligeramente mejor que caminar descalza, y eso es ser optimista. Sin embargo, no quiero decirle eso.

Me abrocha el otro y le doy las gracias. Sus ojos me queman mientras agarro el bolso de abajo del asiento.

—Primer piso, ¿verdad? —me pregunta y yo asiento. Mira al edificio y señala mi ventana—. ¿La tuya?

—Mi sala de estar.

Mira desde mis pies hasta la entrada común.

—Te ayudaré a subir las escaleras.

Extiende sus brazos para ayudarme, pero no muevo ni un músculo. Estoy congelada como una tonta, luchando ante la amabilidad de un desconocido tan brutal.

Sus ojos oscuros están perversos. Divertidos.

—Hasta un monstruo puede ser un caballero —dice.

Pienso en Stephen en casa. Sus maneras hábiles. Sus elegantes trajes. Su sonrisa arrogante.

Y supongo que es cierto que un monstruo puede ser un caballero.

Después de todo, ya aprendí por las malas que un caballero puede ser un monstruo.



bait PHOENIX

Me siento como un idiota premiado mientras ayudo a Abigail a subir a su apartamento.

Sus pies estaban destrozados y apenas han mejorado. Le dolerán durante días.

El resto de ella probablemente tampoco se sentirá tan bien.

Es elegante incluso cuando sufre. Hay una delicadeza en su forma de cojear. Una belleza en la gracia del movimiento.

Corrió como una ninfa, su cabello fluyendo como una sirena.

Es una sirena.

Sigo sosteniéndola mientras saca las llaves de su bolso y abre la puerta. Entro sin dudar, cerrando la puerta detrás de nosotros mientras ella enciende la luz.

Su casa es pequeña, ordenada, organizada.

Estéril.

Me sorprende.

—No hace mucho que me he mudado —dice, como si estuviera avergonzada.

Lleva meses en el censo electoral y yo lo sé. Hay una tristeza en sus ojos que no pasa desapercibida.

Se sienta en el sofá, pero no la acompaño. No sé si debería estar aquí. Ni siquiera estoy seguro de ser bienvenido.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Prometiste que borrarías tu perfil —le recuerdo, y ella sonríe.

—No pensé que estaría tan desesperada por repetir la actuación.

—¿Y qué tal ahora? ¿Sigues desesperada por ir de nuevo?

Sus ojos brillan.

—Quizás no en este momento.

Me hace sonreír.

—Creo que lo dejamos para otro momento. A ver cómo te sientes dentro de unos días.

Ella sacude la cabeza.

—No es necesario dejar pasar un tiempo. Quiero hacerlo de nuevo.

Mis demonios están jodidamente alegres.

Y yo también.

—Eliminarás tu perfil como prometiste —le digo, y luego le tiendo la mano—. Dame tu teléfono.

Me mira con curiosidad, pero me lo entrega directamente de su bolso.

No tiene código de bloqueo.

Sospecho que no siempre ha sido así.

Me conecto al portal GPS de mi trabajo y descargo la aplicación de logística en su teléfono. Me mira fijamente, pero no dice nada. Configuro la aplicación para que se actualice en tiempo real, igual que hago con las

PDA³ de los conductores. Los datos se transmiten directamente a mi teléfono.

Borro el listado del navegador que muestra mi nombre de usuario de la empresa. La aplicación sigue en pie.

Levanto mi propio teléfono.

—Tu teléfono se comunicará con el mío —le digo—. Sabré dónde estás en tiempo real. No hay lugar para esconderse. Si tienes tu teléfono, podré encontrarte. —Hago una pausa—. Habla ahora o calla para siempre.

Me devuelve el teléfono.

—¿Cuándo quieras? —pregunta—. Entonces, ¿simplemente qué? ¿Apareces?

—El aviso por escrito arruina la persecución, ¿no crees?

—¿Y si quiero localizarte? —Ella baja la mirada—. Supongo que serás tú quien me agarre, ¿verdad?

—Quizás cuando menos lo esperes.

Su respiración es superficial. Sus ojos son suaves.

Tengo que salir de aquí antes que pierda la fuerza para alejarme.

Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo.

—Me iré.

—Espera —dice, pero no lo hago. No me sigue, no con esos tacones—. Ni siquiera sé tu nombre.

³ Asistente personal digital

JADE WEST

bait

Y así va a seguir siendo.

Echo un último vistazo al lugar antes de irme, observando la el lugar: las posiciones de las ventanas, la pequeña mesa de la cocina, el baño a la derecha. Lo memorizo todo en un abrir y cerrar de ojos y me dirijo a la salida.

Entonces lo veo, el cuenco en la encimera. Monedas. Un par de insignias de caridad.

Y una llave de repuesto.

La giro en mi mano.

Definitivamente es para la puerta principal.

La meto en mi bolsillo.

Y luego salgo de allí.

I love how beautiful
you are when you hurt

DIECINUEVE

Te quiero, y porque te quiero, prefiero que me odies por decirte la verdad a que me adores por decirte mentiras.

Pietro Aretino

PHOENIX

Tengo la llave de su puerta en el bolsillo, el aroma de su coño en mis dedos y una tormenta de mierda que resolver en casa.

Una montaña de preguntas sin respuesta cuelga de una cuerda peligrosamente fina sobre mi cabeza, pero esta noche estoy lo suficientemente motivado como para mirarla fijamente. No hay miedo.

No hay ninguna botella de whisky en la mesa de café cuando vuelvo a entrar. No hay un cenicero esperando para perturbar mi tranquilidad.

En su lugar, está Serena, acurrucada y dormida en el sillón, con su largo cabello arrastrándose por el brazo. Tiene las rodillas pegadas al pecho y la barbilla apoyada sobre ellas. Se ve precariamente tranquila, un pequeño movimiento y se derrumbaría.

Olvidé lo pequeña que es mi hermanita. Me olvidé de lo jodidamente protectores que solíamos ser Jake y yo con la niña de grandes ojos

oscuros, aunque estuviera lo suficientemente llena de saliva y furia como para ahuyentar a los demonios.

Si tan solo pudiera protegerse de los míos. Lo ha intentado, atrapada entre dos toros que buscan la sangre del otro, aunque tengan la misma sangre en sus venas.

Me apoyo en la puerta, solo para estar allí un rato. Ordeno mis pensamientos hasta que ella se despierta.

Se sobresalta al verme allí.

—Te estaba esperando despierta. ¿Qué hora es?

—Tarde —le digo—. ¿Por qué no estás arriba? Todavía tienes una cama.

Ella mira hacia otro lado.

—No podemos seguir fingiendo que todo es normal, Leo.

En eso tiene razón.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Tenemos que hablar... sobre Jake...

—Que se joda Jake —digo.

—Dije cosas horribles, Leo. Horribles. Pero dije la verdad... no sabemos...

Le miro con furia.

—¿Crees que soy demasiado cobarde para dejarlo ver a mi hijo?
¿Crees que esta es una excusa de mierda para negarme porque tengo demasiado miedo para enfrentar la verdad?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Lo es?

Sacudo la cabeza y sonrío ante la ridiculez de todo esto.

—Jake es un puto desastre, Serena. Es un borracho que no puede mantener la calma. —La fulmino con la mirada—. Me odia demasiado como para mantener su mierda a raya. Su amargura es tóxica para todo el mundo, incluso para él mismo. Seguro que Cam no necesita el puto equipaje de Jake, ya tiene suficiente con el suyo.

—Pero no puedes hacer esto... —susurra ella—. Nunca lo superará si le impides ver a Cam.

—Jodidamente *nunca* empecé a dejarlo ver a Cam.

Ella se encoge de hombros de nuevo.

—Es mi hermano, el tuyo también.

—Sé quién es, y no me gusta nada.

Veo cómo se fija en el barro de mi ropa.

—¿Dónde has ido esta noche?

Hago a un lado su pregunta.

—No importa.

Y ella pierde su mierda, así de fácil.

—Y *aquí* es donde está el problema. Tantos secretos. Tantas mentiras. Nos estamos hundiendo, todos nosotros. Jake se parece a la muerte, tú estás tan herido que ni siquiera te conozco

—Me conoces —le digo—. También conoces a Cam.

—Y a Jake... conozco a Jake... sé lo mucho que la quería...

Golpeo mi cabeza contra el marco de la puerta.

—Dios mío, Serena.

Y ahí estamos de nuevo. Discutiendo por una maldita mujer. Discutiendo sobre una mujer que hace tiempo está enterrada, perdida para todos nosotros.

—Él nunca lo dejará pasar —continúa—. Si deja de ver a Cam, lo enviará al límite... es lo último que tiene... el último trozo de...

—*Ella* —termino—. Y me importa una mierda, Serena, lo juro. Es mi chico. Yo soy quien lo arroja en la cama por la noche. Soy el que lo levanta cuando se raspa las rodillas. Soy el que mataría por mantenerlo a salvo. —Mis ojos están desorbitados, pero no me importa—. Y *mataré* para mantenerlo a salvo. *De quien sea que necesite mantenerse a salvo.*

Es su turno de golpear su cabeza hacia atrás.

—Maldita sea, Leo. ¿Dónde terminará esto?

No tengo una respuesta, así que no se la doy.

—Te amo —continúa—. Lo suficiente como para decirte la verdad, aunque te parezca una mierda, y te lo digo ahora, este es un mal camino. *Todos* vamos por un mal camino. —Suspira y se levanta de la silla—. No puedo elegirte a ti o a él, pero puedo elegir a Cam. Por favor, déjame volver a casa por él.

—¿Quieres volver a vivir aquí? ¿Con nosotros? ¿Abandonar al pobre y triste Jake?

Ella se muerde la uña del pulgar.

—Realmente no me has dejado otra opción, ¿verdad?

Ella tiene un punto.

—¿Y detendrás las putas visitas secretas?

Se encoge de hombros.

—Si eso es lo que se necesita. Tú y Jake tienen que resolver el resto por ustedes mismos. He terminado.

—No es hijo de Jake —vuelvo a decir—. Lo sé.

—Estamos hablando de Mariana, Leo. Ninguno de nosotros sabe nada.

Eso me hace sonreír.

—Esa no es la puta verdad.

Acorta la distancia entre nosotros. Estoy tenso mientras ella rodea mi cintura con sus brazos.

—Siento haberte hecho daño. Siento que la verdad haya sido tan brutal.

—Siento que hayas sentido que tenías que hacerlo.

Ella asiente.

Le beso la parte superior de la cabeza.

La veo subir a la cama, de vuelta a su lugar.

Y luego le mando un mensaje a mi maldito hermano.



bait

ABIGAIL

Algo se ha levantado en mi interior. Incluso mientras hago una mueca de dolor, caminando herida, a través de mi domingo, lo siento.

Mi dolor es completamente externo, mi perspectiva es más alegre de lo que la había conocido en meses.

Me siento... bien.

Emocionada.

Esperanzada.

Incluso un poco optimista.

Lo suficientemente optimista como para entrar en mis cuentas de redes sociales por primera vez en meses y no sentir una sensación de pérdida agobiante.

Navego por mis noticias y sonrío al ver las publicaciones de mis amigos en casa. Incluso comento.

Me río. Sonrío.

Vuelvo a ser humana.

Lo suficientemente humana como para darme cuenta que los nuevos contactos que he estado haciendo en el trabajo, las personas con las que he estado pasando mi tiempo, se están convirtiendo en algo más que conexiones vacías.

Los añado, uno por uno. Agrego a Lauren y a Kayleigh e incluso a Jack, el de la camisa rosa.

i love how beautiful
you are when you hurt

Veo una gloriosa puesta de sol sobre la catedral desde la ventana de mi casa y la capto con la cámara.

Lo guardo como fondo de mi teléfono.

Sonrío a la vida, a la vida que un extraño anoche me devolvió.

Un desconocido que me observa.

Que me desea.

Que estará al acecho en alguna esquina sombría cuando menos lo espere. La idea me produce escalofríos.

El lunes voy al trabajo con una sonrisa en la cara y la cabeza alta. Camino con un estremecimiento de excitación en mi vientre, como si sus ojos estuvieran sobre mí. Siempre sobre mí.

Hago una ronda de cafés primero, como si realmente perteneciera a la oficina.

Tal vez sea así.

Lauren me busca en mi escritorio. Se abanica su rostro y se inclina hacia mí, y mi corazón hace un pequeño estallido ante la idea de saber jugosos chismes.

Anoche Sandra y Frank del equipo de cuentas de Worcester estaban en Divas besándose la cara a las dos de la madrugada.

No los conozco, así que hago una mueca.

—En la Barbacoa de verano, allí los conocerás a todos —me dice, y yo sonrío. La barbacoa de verano aquí es más grande que la Navidad, eso me dicen—. Te has perdido una gran noche —continúa, y realmente le creo—. ¡Di que vas a venir a la fiesta de despedida de George el jueves!

Tienes que estar allí, no será lo mismo si no estás. Todos nos disfrazaremos de tarts and vicars⁴. Ponte tu disfraz más sucio.

—Creo que me lavaré el cabello —respondo, y ella pone los ojos en blanco. Me río—. Allí estaré. Suena demasiado entretenido para perderselo.

Y así es.

Sarah, la vecina, está luchando por abrir la puerta común el martes por la noche cuando llego a casa. Está cargada con suficientes compras para alimentar a un batallón durante una semana.

Le abro la puerta y sonrío.

—Mi salvavidas. Me he dejado llevar un poco por las ofertas especiales.

Agarro un par de bolsas del suelo.

—No me digas. Esas ofertas de “compre uno y llévase otro gratis” son fatales, ¿verdad?

La ayudo a subir las escaleras con su botín y, cuando me invita a tomar un café, acepto con una sonrisa.

Su casa es tan diferente a la mía. La misma disposición, pero mucho más cálida. Mucho más habitada.

Me dice que se ha mudado unos meses antes que yo. Me cuesta creerlo mientras miro a mí alrededor.

—A veces me siento sola —dice mientras se sienta a la mesa de la cocina—. Mi familia está en el norte, me han trasladado aquí por trabajo. Una nueva sucursal. Todos son viejos donde trabajo. Todavía no he

⁴ Es una fiesta de disfraces en la que se supone que las mujeres deben vestirse para parecer tartas (prostitutas) mientras que los hombres se disfrazan de vicarios.

salido ni una vez. —Ella toma un respiro—. Entonces, ¿cuál es tu historia?

—Tuve una ruptura —le digo con sorprendentemente poca vacilación—. Lo dejé todo atrás. Incluso mi esmalte de uñas.

Eso la hace reír.

—Debió de ser muy grave para irse sin los artículos de belleza.

Miro mis uñas mordidas y me encuentro riendo.

—Fue bastante grave, sí.

Lo *fue*.

He dicho que lo *fue*.

—¿De dónde eres? —pregunta.

—De Hampshire. Fleet.

Ella asiente.

—¿Valió la pena? ¿Toda la mierda? ¿Merece la pena cruzar el país por él?

Nunca me habían hecho esa pregunta. Nunca la había contemplado.

La respuesta viene fácilmente.

— No. Sin embargo, tenía una buena polla.

Balbucea en su café.

—¿Sabía cómo usarla? Eso es lo decisivo.

El recuerdo de Stephen es borroso. Distante.

Los pies doloridos, el suelo y las barras son las únicas cosas que parecen reales.

Mi definición de *saber cómo usarlo* ha cambiado algo en mi marco de referencia.

—Estaba bien.

Ella inclina la cabeza.

—¿Estaba bien? ¿Solo bien?

Asiento con la cabeza. Sonrío. Sorbo mi café.

—Solo bien, sí. En su momento me pareció el mejor.

—¿Pero ahora no?

Pienso en mi monstruo. Su alma negra en sus ojos oscuros. La forma en que me empuja, me inmoviliza, me estira y me hace amar.

—No. Ahora no.

—Intrigante. —Se ríe, pero no me exployo.

Miro a la mujer que tengo enfrente, sus ojos amables y su sonrisa fácil. Veo en ella una soledad que ha desaparecido de mí, flotando justo bajo la superficie.

—Voy a salir a Diva's el jueves con la gente del trabajo —le digo—. Tarts and vicars. Podrías venir, si quieres comprobar la vida nocturna de Hereford.

—¿Podría?

—Claro que sí. Solo tienes que ponerte tu ropa más caliente, tengo órdenes estrictas. Sin tirantes, sin tequila.

Le brillan los ojos.

—Veré lo que puedo hacer.

Estoy extrañamente satisfecha por su aceptación.

JADE WEST

bait

—Tengo mucho esmalte de uñas —dice—. Solo dime qué color llevas. Escogeré alguno.

—Rojo —digo, aunque no tengo idea—. Rojo de puta.

—Rojo —repite—. Traeré una lista corta.

—Gracias. —Termino mi café y pongo mi taza en el escurridor.

Y luego vuelvo a casa para hacer algunas compras nocturnas por Internet.

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

VEINTE

No es el tamaño del perro en la pelea, es el tamaño de la pelea en el perro.

Mark Twain

PHOENIX

Mi mensaje a Jake fue simple.

Aléjate de mi casa. Aléjate de mi hijo.

El aluvión de insultos que recibí como respuesta fue aún más vehemente de lo que esperaba.

Apenas le di crédito alguno hasta su mensaje de despedida del domingo por la noche.

Quiero una puta prueba de paternidad.

Él puede querer lo que le dé la gana.

Estoy ocupado en el trabajo el lunes, un montón de envíos nuevos que llegan desde Alemania. Apenas tengo un minuto libre para pensar y, sin embargo, ella siempre está ahí, un círculo parpadeante en mi software GPS.

i love how beautiful
you are when you hurt

No me cuesta nada averiguar dónde trabaja: un lugar llamado *Office Express* en las afueras del centro de la ciudad. Busco en su página web y encuentro una empresa de suministros de oficina estándar y de aspecto genérico. Hago clic en la página para conocer al personal y la encuentro mirándome fijamente.

Abigail Summers, empleada de administración.

Me parece extraño ese título de trabajo. De cualquier forma que lo mire, se siente como un gran paso atrás en su carrera. Supongo que eso es lo que sucede cuando te mastican tanto como ella: corres, rápido. Tomas lo único que encuentras.

Perdimos a nuestro gerente de oficina aquí después del incendio. Uno de los muchos que se alejaron cuando el negocio estaba en el suelo. Gillian había sido buena, en el corazón de las operaciones, igualmente posicionada entre nosotros dos, Jake y yo. Cerca de Marianna, también. Su dimisión había sido solo otra desafortunada pieza de mierda en las secuelas. Lágrimas y disculpas y un “hasta luego”.

No la he sustituido.

Ni siquiera sé por qué Gillian pasa por mi mente. Ni siquiera consideraría tener a Abigail aquí. Ni por un solo segundo sensato. Ni por una fracción de segundos.

Jamás.

Pero mi polla está palpitando como un hijo de puta debajo de mi escritorio. Mi corazón es un puto desastre ante la idea de perseguirla por el almacén a horas de noche.

Mi envío a Alemania puede esperar unos minutos más. Hago clic en el blog de la empresa Office Express y me desplazo en busca de fragmentos, fotos, cualquier cosa que me permita conocer mejor a mi

bonito cisne negro. Es entonces cuando me doy cuenta que el programa de eventos actualizado aparece alto y claro.

Barbacoa de verano de Office Express. Castle Green. A beneficio de Herefordshire Air Ambulance.

Tema de baile de verano, vestido para impresionar.

Personal, proveedores y clientes: todos son bienvenidos.

Los clientes son bienvenidos. Mi polla se mueve.

Interesante.

Es el veintiocho del mes. Un sábado dentro de tres semanas.

Vuelvo a mirar el folleto de la empresa. La mayor parte de los muebles de este nuevo almacén son chatarras procedentes de las liquidaciones, cosas que dieron lo mejor de sí en un momento dado.

Necesito un archivador nuevo y un nuevo lote de cartuchos de impresora. Eso es lo que me digo cuando relleno el formulario en línea y hago clic en enviar.

Pedido confirmado. Un representante se pondrá en contacto con usted en breve. Gracias por su compra.

Y así de fácil soy un cliente de Office Express.

Compruebo mi calendario. El veintiocho estoy libre. Estoy seguro que a Serena no le importará hacerse cargo de las tareas del estanque de patos por ese día.

Escribo la fecha y sonrío cuando mi calendario se convierte en ocupado.

El círculo sigue firmemente en la ubicación de su oficina cuando vuelvo a comprobar mi teléfono. Estoy seguro que estará allí, en la

barbacoa. Estoy seguro que estará vestida para impresionar entre sus compañeros de trabajo comiendo una hamburguesa al sol.

Estoy seguro que yo también estaré allí viéndola.

Vuelvo a centrar mi atención en los registros de los envíos, ocupándome antes que lleguen los últimos camiones para la recarga. Por fin me pongo a hacer el papeleo cuando la puerta de la oficina suena en sus bisagras y se golpea contra la pared. Apenas he girado la cabeza cuando el pedazo de mierda de mi hermano entra volando con los puños en el aire. Puedo oler la bebida en él antes que esté a medio camino de la habitación.

—¿Vas a devolverme el puto mensaje o qué? —gruñe—. ¿Tienes que usar a nuestra puta hermana como tu puto perro guardián cuando no estás cerca?

Es fácil de esquivar cuando me lanza un torpe puñetazo a través del escritorio, y es fácil golpear sus piernas y desorientarlo lo suficiente como para tirarlo al suelo.

El tipo es como un puto oso enfadado mientras se levanta. Tira mi papeleo al piso con sus esfuerzos, y resisto la tentación de patearlo en el estómago mientras está de rodillas.

—Atrás, Jake —ladro, pero está demasiado ido. Demasiado borracho.

Su labio se tuerce en una mueca mientras me mira fijamente.

—Es *Ash* —escupe—. *Ash*, porque para mí no hay resurgimiento de las llamas, *Phoenix*. Todavía estoy muerto por dentro. —Hace una pausa. Hay suficiente odio en sus ojos para hacer que mi cuello se estremezca—. ¡Es *mi* puto hijo! —grita y maldigo su puta boca ruidosa. Soy consciente de la gente que se reúne en el pasillo de afuera, consciente que las noticias de los hermanos en guerra se extienden como la viruela por este edificio.

—Vete a la mierda, Jake —siseo—. Ella era mía. Cameron es *mío*.

—Eres un maldito idiota —gruñe—. Ella era *mía*. Yo la vi primero. Yo la amé primero.

Lo agarro por su camiseta sucia y lo levanto, y soy tan malo como él, toda la moderación se me ha ido ahora que la bestia hierve en mi sangre.

—Cuéntame qué mierda pasó esa noche. Dime qué provocó ese puto incendio.

Sus ojos están llenos de odio.

—*Tú* lo hiciste. *Tú* la hiciste correr.

Mi puño se aprieta contra su garganta.

—¿Por qué estabas allí? ¿Qué estaban haciendo ustedes dos?

Su odio se convierte en una mueca.

—¿Qué te parece?

Lo arrojo sobre mi escritorio. Golpea el suelo con fuerza, pero sigue agitándose, forcejeando.

—¿Te la estabas follando todo el puto tiempo? —Mis ojos se llenan de odio tanto como los de él—. ¿Eso es realmente lo que estás diciendo? ¿Todo el puto tiempo, Jake?

—Más de lo que *tú* crees —gruñe, y vuelve a ponerse en pie—. El chico es *mío*, Leo. Lo sabes. Lo sé. No hay una puta manera que sea tuyo y lo sabes.

Pero no lo sé.

Está borracho. Lleno de mierda.

—¡Fuera! —ladro y señalo la salida—. Eres un puto desastre. Ve a arreglar tu puta vida.

—No *tengo* una puta vida —gruñe—. Me la robaste y la dejaste arder. Deberías haberme dejado allí para que ardiera con ella.

—Empiezo a desear haberlo hecho —le digo. Sus ojos brillan de dolor—. Quizás deberías. Ella podría haber estado respirando todavía.

Pero no.

Eso es una puta mierda.

Por primera vez no siento el golpe de la culpa. O el autodesprecio. O el fracaso.

No siento más que asco por lo que se ha convertido. En lo que *nos* hemos convertido.

—Nunca habría llegado a ella a tiempo —le digo, y estoy tan tranquilo que me sorprende—. La explosión aflojó la estantería, esa puerta estaba cerrada con barricadas.

—Sigue diciéndote eso —dice con voz ronca—. Ni siquiera lo intentaste.

Mis cicatrices vuelven a arder. Puedo olerlas. Puedo saborear la carne chamuscada en el aire.

—No tienes idea de lo mucho que lo intenté —le digo—. Eres una puta vergüenza, Jake. Un perdedor borracho que está de rodillas. No eres el puto padre de Cam y nunca lo serás. Solo eres la triste excusa de un tío por el que todo el mundo siente lástima. Tal vez por eso me eligió a mí y no a ti, ¿alguna vez pensaste en eso? Siempre fuiste un maldito perdedor.

—Cierra la puta boca, Leo.

—Elección directa, *Ash*. Ella me eligió. Conocerte primero marcó la diferencia, siempre fui yo.

—¿Es eso jodidamente así?

Asiento. No aparto mis ojos de los suyos.

—Sí, eso es jodidamente así

—Ella me llamó esa puta noche —gruñe—. Dijo que te odiaba. Dijo que lamentaba haberte conocido. Quería que nos lleváramos al niño y nos fuéramos de aquí. Lejos de *ti*.

Esbozo una terrible sonrisa.

—Me alegro que esa pequeña gema de tu cerebro haya conseguido superar la amnesia. ¿Te importaría iluminarme con algún otro pensamiento mientras estás en ello?

—¡Me lo has quitado todo! —explota—. Déjame ver a mi hijo, o juro por el puto Dios que te lo quitaré todo a ti también. No me hagas destrozarte, *Phoenix*. No me gustaría que le pasara algo a este dulce lugar que tienes establecido aquí. Sería mala suerte que un rayo cayera dos veces, ¿no?

Hace una pausa. Lo miro fijamente, sin inmutarme, mientras continúa con su mierda.

—Sería una puta pena que fueras tú el que no saliera la próxima vez, Leo. El pobrecito Cam necesitaría al *Tío Ash* cerca para protegerlo.

—Eres todo un personaje, y te vas a la mierda.

—¡Prueba de paternidad! —gruñe—. ¡Quiero una puta prueba de paternidad!

—Y te estoy diciendo que Cam es mi hijo.

Nos miramos.

Hervimos a fuego lento.

Nos encontramos con los puños apretados y listos para atacar.

Y entonces mi teléfono vibra en el escritorio. Veo el nombre de Serena parpadeando.

Él también lo hace.

—Voy a contestar —le digo—, y te vas a ir.

Patea la silla de mi escritorio haciéndola volar. Golpea la calculadora que ha sacado de la bandeja.

—Tienes hasta el puto fin de mes —dice—. Tiempo de sobra para organizar un jodido examen.

—Vete a la mierda —digo con desprecio—. Cierra la puerta al salir.

—Fin de mes —repite—, o iré por ti.

Él empuja mi hombro lleno de cicatrices con el suyo cuando pasa. Lucho contra el impulso de arrancarle el cráneo del cuello.

Espero a oír los neumáticos de su camioneta deslizarse en la grava y entonces escucho el buzón de voz de mi hermana.

Me dice que Jake podría estar viniendo hacia aquí. Que también podría estar borracho.

Más vale tarde que nunca, supongo.

VEINTIUNO

Decídete a ser tú mismo: y entérate que quien se encuentra a sí mismo, pierde su miseria.

Matthew Arnold

ABIGAIL

Tarts and vicars es muy divertido. Abro mis paquetes con alegría mientras Sarah me mira.

Sostengo el diminuto vestido rojo contra mi pecho mientras ella mira desde el sofá. Es ridículamente corto, ridículamente abierto, ridículamente todo.

Me río mientras doy una vuelta.

—Parece un camisón. Me sentiría como una puta incluso si estuviera en la cama en esta cosa.

—Te *verías* como una puta en la cama en esa cosa. —Sirve otro vino para las dos.

Saco las medias y los tirantes del paquete.

—¡Sí! —dice ella—. ¡Sí, sí, sí!

Tengo una boa de plumas negras y unos guantes negros de terciopelo hasta el codo, y unos tacones de prostituta real con los que probablemente me romperé los tobillos.

—Una vez hecho, no hay vuelta atrás —digo y doy otro trago a mi vaso.

Para ser justos, Sarah no parece más recatada de lo que voy a parecer yo. Lleva una camiseta con estampado de leopardo y una minifalda de satén. Sus tacones son de PVC rojo con un tacón que podría catalogarse como un arma letal.

Me pregunto de dónde habrá sacado todo esto, ya que no me parece que sea una puta a puerta cerrada. Aun así, supongo que nunca se conoce realmente a alguien hasta que ve su ropa de dormitorio.

Siento que estoy conociendo a Sarah. También siento que me está gustando. Mucho.

Saca un esmalte de uñas de su bolso.

—Debería combinar con tu ropa —dice, y tiene razón.

Me alegro que estemos haciendo esto. Muy contenta.

Llevo días entusiasmada, riéndome con las chicas de la oficina sobre la elección de la ropa, consultando páginas web durante los minutos de tranquilidad. Sarah vino anoche para ayudarme a confirmar mis pedidos, y esta tarde ha vuelto directamente para revisar la ropa.

—¿Algún chico atractivo al que deba estar atenta? —y le hablo directamente de Jack, el de la camisa rosa, y de sus pómulos tan convencionalmente atractivos. Ella inclina la cabeza—. Entonces, ¿cómo es que no has salido a ligar con el Sr. Pómulos?

Sonrío.

—Demasiado limpio para mí. Prefiero que mis chicos sean un poco más... rudos.

—¿Rudos? —Ella da un sorbo a su bebida—. ¿Rudo como peludo y sudoroso y construido como un oso?

Sacudo la cabeza. Sonrío para mis adentros.

—Parcialmente. Tal vez. —Claramente, el vino se me ha subido a la cabeza—. Me gustan salvajes. Oscuros. Peligrosos. —Miro mi teléfono, sabiendo muy bien que está ahí fuera, en algún lugar, observándome. *Quizás.*

Quizás esta noche.

—Imprevisible —añado.

Ella asiente, agita un dedo.

—Ya lo tengo. Te gusta la emoción. La persecución.

Tiene más razón de lo que se da cuenta. No puedo evitar explicar.

—Me gustan que tengan tatuajes en el cuello, y en los brazos que podrían aplastarme hasta la muerte. Me gustan las pollas perforadas y los dientes afilados, y un tipo que sea lo suficientemente duro como para que lo siga recordando al día siguiente. —Me río—. O la semana que viene.

—Eres alguien a quien temer —me dice—. Te tenía por una cosita fea. Frágil y buena.

Su observación me sorprende.

—¿Ah, sí?

Asiente. Mucho. Como si dijera lo que es obvio.

—Sí. Claro que sí. Muy buena. No pensé que dirías esto.

Reflexiono sobre su afirmación. *Frágil y buena*. Pienso en cómo mis viejos amigos en casa se pondrían histéricos con esa descripción.

O lo habrían hecho... antes...

Ahora no me siento tan frágil y buena. Me siento descarada y atrevida. Audaz y valiente y... borracha.

—¿Qué pensaste de mí? —pregunta—. ¿Cuándo me viste por primera vez, quiero decir?

Intento recordar, pero no hay nada, solo un vago recuerdo de una mujer rubia en la puerta de al lado. Ni siquiera me di cuenta, no me importaba.

No me importaba nada.

Ni siquiera yo.

Especialmente yo misma.

Mierda.

Pienso en toda la gente que he descuidado en mi propia miseria. Todas las obligaciones que he ignorado. Toda la vida que me he perdido.

Y es ahí, en mi estéril salón, con un vestido rojo de prostituta colgando de los hombros, cuando me doy cuenta que vuelvo a ser yo misma. O al menos una apariencia convincente.

He estado fuera mucho tiempo. Demasiado tiempo.

Me quedé sin vida durante toda una temporada y algo más.

Tomo aire y deslizo mis pies en mis nuevos tacones. Vuelvo al juego de la vida. Vuelvo para una nueva temporada en un nuevo equipo.

Me gusta. Me gusta todo.

Lo que más me gusta es él.

—Será mejor que nos preparemos —dice Sarah—. Hay muchos vicarios calientes listos para escuchar nuestra confesión.

—Eso son los sacerdotes —digo.

Ella se encoge de hombros.

—Me importa una mierda, se lo confesaré a cualquier chico sexy que me escuche.

No lo dudo. Me río en voz alta de lo equivocada que estaba sobre Sarah. Sobre esta ciudad. Sobre todo.

Y entonces saco la mujerzuela que llevo dentro. Ya era hora que saliera.



PHOENIX

La he estado observando. Vigilando su ubicación a través de la aplicación de mi teléfono con una frecuencia compulsiva en cuanto Cam se acuesta por la noche.

Se ha convertido casi en una adicción. Al borde de lo insalubre.

Hasta ahora ha estado en casa todas las noches. Ha sido una lucha para no acompañarla allí, pero un buen vino necesita tiempo para madurar.

i love how beautiful
you are when you hurt

No quiero que me espere cuando use la llave por primera vez. No quiero que esté expectante cuando use su dulce cuerpecito como quiera con el lujo del tiempo en su propio terreno. Así que me contengo, aunque mi polla me odia por ello.

Es cuando veo que el círculo se mueve en mi teléfono que mi corazón se acelera el jueves por la noche. A las ocho de la noche ya ha salido a algún club del centro de Hereford. Lo busco en Internet.

Y luego compruebo sus redes sociales. Las redes sociales que ha vuelto a utilizar estos últimos días.

Realmente, estoy asombrado del acosador en el que me estoy convirtiendo.

Me sorprende la foto que ha subido a su red social. Está con una hermosa mujer rubia de cabello corto y no necesito ver nada más que la foto del selfie para saber que está vestida para impresionar.

Para impresionar o para echar un polvo. O ambas cosas.

El pensamiento es un peso de plomo en mi estómago.

Lleva guantes y un pañuelo de plumas alrededor del cuello. Sus tetas son altas sobre un vestido de satén rojo. Sus labios son de un rojo brillante.

Estoy bajando en un segundo, mostrando mis llaves a Serena en el salón mientras le pregunto si está bien que salga unas horas.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A salir —le digo mientras agarro mi chaqueta.

Pone en pausa su programa de televisión.

—¿Vas a salir con *alguien*?

Me siento muy incómodo con la insinuación, pero ella tenía razón la otra noche. Demasiados secretos, demasiadas mentiras.

—Tal vez —admito.

Ella sonríe.

—¿Y cómo se llama ese alguien?

—Abigail.

Su rostro es inexpresivo.

—*Abigail* —repite—. ¿Y por casualidad a Abigail le gusta la lucha en el barro?

—Puede que hayamos dado un paseo por el campo.

—Un paseo, claro.

Levanto mi teléfono.

—Lláname si Cam se despierta o me necesitas. Regresaré inmediatamente.

Ella pone los ojos en blanco.

—Estoy segura que estaremos bien. Tú solo preocúpate de pasear con Abigail.

Sonrío.

—Eso haré.

Experimento una sensación adicional de realidad por haber pronunciado su nombre en voz alta. Mi mente está tan conectada como mi cuerpo mientras conduzco hacia Hereford.

Su selfie está firmemente en mi mente mientras golpeteo mis dedos en el volante. Tengo las bolas apretadas y doloridas. Mi polla está

jodidamente desesperada por sentir ese dulce y rosado coño apretando fuerte.

Me pregunto en qué me estoy metiendo. Me pregunto con quién más habrá salido, si es que hay alguien.

Me pregunto lo fácil que será agarrarla sin espectadores. Me pregunto lo fácil que será esperar el momento adecuado.

Mi compostura ya se siente bastante agotada.

Estaciono al final de la calle de este lugar. *Diva's*, dice el cartel luminoso. El local está lleno, pero no saturado de personas. Camino con cuidado mientras me abro paso entre la multitud, rodeando los bordes para asegurarme que la veo antes que ella me vea a mí. No está en ningún sitio. Vigilo la entrada de los baños de mujeres lo suficiente para asegurarme que tampoco está allí.

La cervecería del fondo es sorprendentemente grande en comparación con el interior. Hay bancos de picnic y calefactores al aire libre repartidos por la terraza. Los jardines se extienden hacia atrás en la oscuridad y se enredan alrededor del pub a la izquierda. Los bebedores se reúnen en grupos. Veo el suyo inmediatamente: un grupo de chicas que no llevan prácticamente nada. Estampado de leopardo, encaje y boas de plumas. Abigail parece diferente.

Es más que la ropa que lleva o el pintalabios de puta. Es la forma en que se levanta con tanta confianza. La forma en que sus ojos brillan. El sonido de su risa.

La mujer rubia está a un lado de ella y un chico está al otro. Veo su traje negro. No necesito verlo de frente para saber que va vestido de sacerdote. *Tarts and vicars*. Por supuesto.

Me acerco, asegurándome de estar siempre a un muro de cuerpos de su línea de visión. Nunca conseguiré llegar más allá de ella hasta las

sombras del fondo del jardín sin que me vea, así que opto por aventurarme por el lateral.

Es una buena decisión. Es una decisión difícil. Al borde de la locura, pero buena. Hay una salida de emergencia a la calle desde aquí, pero está cerrada y con candado. Hay un gran contenedor de reciclaje con ruedas y un montón de carros para la basura general. Las rejillas de ventilación de la cocina del pub salen por aquí y las luces del interior están apagadas.

El sonido de las voces es lo suficientemente alto como para ser invasivo. Estoy lo suficientemente cerca de su grupo como para distinguir casi todas las palabras.

Están hablando de trabajo. Una charla inocua entremezclada con risas de borrachos. La risa de Abigail es fuerte y libre. Me acerco para observar su lenguaje corporal.

Sus piernas están tensas y apretadas sobre esos estúpidos tacones, y su falda es lo suficientemente corta como para que se vean sus tirantes.

Me pone irritable.

Agitado.

Le gusta al chico de su derecha. Su rostro se vuelve hacia el de ella, sonriendo. Se ríe de cada maldita palabra que ella dice.

Su brazo se cierne sobre su espalda. Presiona su mano mientras ella les cuenta a todos una historia sobre un cliente de su antigua empresa. Ella está demasiado borracha o absorta para darse cuenta, pero yo sí.

Mi estómago se retuerce. Mis manos están húmedas.

Mi mandíbula se tensa cuando su mano se desliza hacia abajo. Está a un latido de su culo cuando hago caso omiso de todas mis sensibilidades y saco el teléfono del bolsillo.

bait

Se ríe cuando suena el tono de llamada de su bolso. Mira confundida el número desconocido.

Odio la forma en que el chico del bolso mira la pantalla junto con ella.

La escucho mientras se excusa.

—Quizás sea mi madre —dice, y se lo acerca a la oreja.

—No soy tu maldita madre —susurro, amando la forma en que se pone rígida.

Espero. Observo cómo mira a su alrededor.

—Hola —dice—. Yo...

—Dirás que es una llamada familiar. Mantendrás el teléfono en la oreja y te excusarás. Caminarás a tu derecha, hacia la salida de emergencia. Si tienes sentido común, te asegurarás que nadie te siga.

El imbécil la mira fijamente. Ojos de cachorro.

Casi espero que pueda oírme.

Ella desvía su mirada en mi dirección.

—Está bien —dice, pero ya he colgado.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

VEINTIDÓS

Los celos son el lazo que une, y une, y une.

Helen Rowland

ABIGAIL

La alegría me atraviesa, esa increíble mezcla de emoción y miedo a la vez.

Soy una adicta, siempre deseando la siguiente dosis. Mi cuerpo es una marioneta con sus hilos. Mi clítoris palpita en el momento en que oigo su VOZ.

No me atrevo a buscarlo demasiado, solo echo un vistazo rápido en dirección a la salida de emergencia. Está oscuro allí. Oscuro, pero cerca.

Muy cerca, a pocos pasos.

Ya casi puedo sentirlo sobre mí. Mis piernas tiemblan sobre mis tacones ridículos.

Me quito el auricular de la oreja y me dirijo al ahora silencioso grupo que me rodea.

—Es mi mamá —miento—. Tengo que atender la llamada. No me esperen, sigan bebiendo. Ya los alcanzaré.

i love how beautiful
you are when you hurt

Podría morir por dentro cuando Jack se inclina cerca, con su boca en mi mejilla.

—Vuelve rápido.

Apenas he notado su proximidad cada vez más estrecha esta noche. Las risas, el alcohol y un grupo apiñado hacen que las insinuaciones pasen desapercibidas fácilmente.

Me pregunto si han pasado desapercibidas para el desconocido de la esquina.

Me pregunto si le importa.

Espero que le importe.

Su llamada está desconectada, pero me vuelvo a acercar el auricular a la oreja mientras me alejo.

—Hola, mamá —digo—. Quería llamarte.

Cada paso es titubeante mientras me dirijo a las sombras. Mis ojos ni siquiera se han adaptado a la oscuridad cuando su mano me tapa la boca.

—Tienes que estar jodidamente callada —gruñe—. A menos que quieras que tus amigos te oigan chillar.

Sacudo la cabeza.

Su aliento es tan caliente en mi oído.

—¿Qué hay del amante? ¿Quieres que escuche lo que te estoy haciendo tomar? ¿Te mojaría eso, pequeña zorra sucia?

Sus dedos cálidos suben por mis muslos hasta presionar mi coño. Me estrecho contra él, con la respiración agitada.

Mi vestido es lo suficientemente corto como para que él apenas tenga que subirlo. Desliza su mano por mis bragas y soy consciente que ya estoy empapada.

—¿Esto es para mí o para él? —susurra, pero no me deja hablar—. Poco importa, estarás demasiado adolorida para tomarlo cuando termine contigo.

Hay un filo en su voz. Una dureza.

Celos.

Todo mi cuerpo canta.

Está celoso.

Está realmente celoso.

Me alegro de ser una puta esta noche. Me alegro de llevar tirantes de zorra con las tetas a la vista. Me alegro que mi piel se sienta tan fría de repente en el aire de la noche.

Me alegro que me vea así.

Me alegro que haya venido por mí.

El ángel de mi hombro se asusta. Siento chispas de pánico debajo de la emoción.

Estoy con compañeros de trabajo en una noche de fiesta. Colegas de trabajo reales que charlan, se ríen y curiosean, y que querrían saber quién carajo es este hombre sexy y loco.

Nunca olvidarán si lo atrapan con la mano en mis bragas. Estará por toda la oficina incluso antes que ponga un pie allí mañana.

—Harás exactamente lo que te diga o te haré desfilas por ahí con el coño a la vista y te follaré delante de todo el mundo, el amante incluido. ¿Entendido?

Asiento.

Respiro profundamente cuando él retira su mano. Me giro para enfrentarlo antes que pueda agarrarme.

—No es mi *amante* —susurro—. Solo es un amigo. Un compañero de trabajo.

—Un amigo que tiene deseo por ese pequeño y estrecho coño tuyo.

—Puede tener todos los deseos que quiera —digo—. No obtendrá nada —Incluso en las sombras veo la oscuridad en su expresión. La bebida me hace valiente. Lo suficientemente valiente como para apretar mi cuerpo contra el suyo—. ¿Estás celoso?

Se ríe por lo bajo. No me convence en absoluto.

—¿Parezco del tipo celoso?

—Ahora mismo sí —le digo.

—Eres una putita borracha en una noche de fiesta. Preferiría que fuera yo quien golpee esa pequeña y caliente hendidura tuya.

—No tienes que estar celoso —susurro—. Solo pienso en ti. Espero que estés esperando a la vuelta de cada esquina. Me duermo con los dedos entre mis piernas, fingiendo que son tuyos.

Jadeo cuando me agarra de los brazos. Ahogo un gemido cuando me golpea con fuerza contra la pared.

—Esta noche no hay que fingir. —Su voz es áspera. Peligrosa. Me levanta el vestido por la cintura y me aparta las bragas.

bait
poetic

Me va a follar aquí, a unos pasos de la gente que me conoce. Lo suficientemente cerca como para que probablemente oigan la humedad.

No puede hacerlo aquí. *No* podemos hacerlo aquí.

—Deberíamos movernos —susurro, y su peso me aprieta la espalda.

—Haremos lo que yo diga que vamos a hacer —gruñe—. Puede que incluso folle ese bonito culo tuyo mientras estoy aquí.

—Por favor, no lo hagas. —Me estremezco—. Aquí no. No podré quedarme callada...

—¿Qué te hace pensar que me importa?

Y oh, mierda, cómo lo quiero. Joder, cómo *lo* deseo. Su toque brutal, su dolorosa polla. Lo quiero todo.

No puedo evitar gemir cuando me mete un dedo en el culo. Me retuerzo contra su peso mientras me lo introduce hasta el fondo.

—Apretado —gruñe—. Gritarás cuando te folle. Serás un jodido desastre cuando haya terminado.

—Por favor... —siseo, y ni siquiera estoy segura de lo que estoy pidiendo.

—Voy a follarte el culo hasta que grites por mí —dice. Tomo una bocanada de aire—. Pero no esta noche.

La decepción es tan fuerte como el alivio.

Me estremezco cuando me arranca las bragas. Y me estremece el ruido del desgarrar de la tela.

—Vamos a hacer esto más fácil para ti —susurra. Lucho contra él mientras me mete el encaje húmedo en la boca abierta, pero no hay nada

que hacer. Me saboreo, y tengo un sabor jodidamente sucio. Sin sentido. Una puta con un diminuto vestido rojo.

Me acerca a la esquina y cierro los ojos con fuerza cuando mis amigos aparecen.

—Míralos —me ordena, y lo hago. Ardo de humillación. Ardo de vergüenza ante la perspectiva que me encuentren con las bragas en la boca y su monstruosa polla dentro de mí.

Me quita el vestido de encima de las tetas tan bruscamente que oigo cómo se rompe la tela. Solo espero que siga siendo lo suficientemente funcional como para ocultar mi pudor más tarde.

Me presiona contra el ladrillo. La pared es como papel de lija contra la piel sensible. Mis pezones rozan y chispean. Mis piernas amenazan con doblarse.

—El amante no te follará como yo, te lo prometo —dice, y me mete cuatro putos dedos en mi coño. Abro las piernas para recibirlos, aspirando aire por la nariz. Su otra mano me rodea para acariciar mi clítoris. Me retuerzo contra su tacto incluso cuando sus dedos me abren a la fuerza—. Nunca te dará lo que necesitas.

Lucho contra sus dedos por más. Me acerco a él, desesperada.

Tengo tantas ganas de verlo. Sentirlo. Probar su boca en la mía.

Pero no va a ser esta noche.

Esta noche va a ser dolorosa. Cortante. Hermosa.

Estoy preparada para cuando llegue, aunque mi cuerpo no lo esté. Sus dedos siguen en mi clítoris mientras busca en su jeans .

Su ritmo es impecable, incluso cuando libera su polla y la guía entre mis piernas.

De repente me encantan estos tacones de prostituta. Me encanta la forma en que hacen que la diferencia de altura sea mucho más manejable. Me encanta cómo hacen que mi culo sobresalga para él.

Y de repente también me encanta la mordaza en mi boca. La necesito mientras él empuja la cabeza de su polla dentro de mí.

Mierda.

Creo que nunca me acostumbraré a su tamaño. No creo que quiera hacerlo nunca.

Estoy empezando a conocer sus crestas. Empezando a predecir la forma en que duelen cuando se abren paso.

Me estoy moviendo al ritmo de él, usando la pared como apoyo cuando escucho el cambio de conversación a la vuelta de la esquina.

—*¿Dónde está Abi? Esa llamada está tardando.* —La voz de Lauren.

Me sorprende que me llamen Abi cuando no estoy cerca.

Aquí nadie me llama Abi. Aquí solo ha sido Abigail. Dejé a Abi en Hampshire.

—*¿Tal vez ha ido al bar en el camino de vuelta?* —Sarah sugiere.

—*¿Cuánto hace que la conoces?* —La voz de Lauren.

—*Unos cuantos meses. Sin embargo, como amigas reales solo unos días.*

Amigas reales. La descripción me hace sonreír alrededor de mi mordaza.

Me abalanzo sobre mi monstruo con un poco más de fuerza. Un poco más valiente.

Hago una mueca cuando me hace tomar otro peldaño de metal. Mi coño se aprieta tan fuerte alrededor de su polla como me atrevo, solo porque me encanta escucharlo gemir.

Si yo voy a luchar por el silencio, entonces él también.

—*Es estupenda* —vuelve a sonar la voz de Lauren—. *Nos llevó un tiempo conocerla, pero la amamos. Es increíble.*

—*Es tan divertida* —dice Sarah—. *Sé que vamos a ser amigas durante mucho tiempo. Me he divertido mucho estos últimos días.*

—*Es una estrella* —dice la voz de Jack, y el monstruo me golpea lo suficientemente fuerte como para quitarme el aliento—. *Tiene los pies en la tierra. Amable. Burbujeante.* —Hace una pausa—. *Preciosa.*

La multitud grita, silba y mi monstruo me folla tan fuerte que se me humedecen los ojos. Mi pobre maquillaje recibe una paliza junto con mi coño.

Sonrío dentro de mi mordaza como una loca. Le devuelvo el golpe con todo lo que tengo.

Y luego la conversación cambia. Mi estómago se revuelve.

—*Oye, Sarah, ¿sabes por qué dejó Hampshire? Parece un movimiento bastante drástico.* —Lauren siempre es tan entrometida. Siempre.

—*Problemas de pareja, creo* —responde Sarah—. *Dijo que pensaba que su polla valía la pena hasta que llegó aquí y encontró algo mejor.*

Más gritos, y me acobardo. Sé que todos piensan que es la polla de Jack la que estoy alabando. Todos excepto el propio Jack.

Todos excepto Jack y el monstruo detrás de mí.

La voz del monstruo es áspera en mi oído.

—¿Es eso jodidamente así?

Me estremece la vergüenza. Pero mi coño se lo come.

—¿*Dónde está ella?* —alguien gime, Kelly de las ventas, creo.

El monstruo gruñe contra mi cuello.

—Creen que te lo estás follando, ¿no? ¿Creen que tú y él tienen algo?

Asiento y abro las piernas para recibir más. Más fuerte.

—Vamos a ponerlos en eso, entonces, ¿de acuerdo? —gruñe. Mis nervios apenas tienen tiempo de prepararse antes que su boca se aferre a mi cuello.

Dientes. Maldición, es un mordedor.

Muerde. Con fuerza. Chupa más fuerte con su polla enterrada dentro de mí.

Gimo por él. No podría parar si todo el puto mundo estuviera mirando.

Me vuelvo a poner en contacto con su enorme polla y me dejo llevar por todo lo que me está dando. Sus dedos se aceleran en mi clítoris palpitante y estoy tan mojada que me siento gotear por mis muslos.

Un mordisco no es suficiente. Estoy al borde en el segundo, y mis oídos suenan al llegar al tercero.

Oh, mierda. Mierda.

Es una hermosa agonía. Todo mi cuerpo grita en silencio.

Y también el suyo.

Su cuerpo es un músculo de alambre contra mi espalda, sus gruñidos doloridos cuando se corre dentro de mí.

Jadea contra mi hombro y presiono mi mejilla contra la suya.

Nuestras respiraciones coinciden.

Siento los latidos de su corazón contra mi espalda.

—*Iré a buscarla* —dice finalmente Jack, y el horror me atraviesa como un rayo.

Me arranco la mordaza de la boca y la tiro al suelo, tratando de apartar al monstruo lo suficiente como para bajarme el vestido de puta.

Apenas me he cubierto las tetas cuando los pasos doblan la esquina. El monstruo sigue subiendo la cremallera de su jeans cuando Jack aparece.

Y, oh, el puto horror.

Mi sonrisa es alocada y torpe, mis mejillas arden cuando las dos partes de mi mundo chocan.

Jack se sobresalta al verme. Sus ojos se abren de par en par al ver al tipo que está a mi espalda.

Me duele el corazón por él mientras se pone en plan profesional. Solo hay un destello de decepción antes que sea todo sonrisas.

—Estábamos preocupados por ti —me dice—. Nos preguntábamos dónde te habías metido.

Ni siquiera sé dónde está mi teléfono. Hago un gesto hacia la nada mientras le digo que acabo de volver de mi llamada con mamá, pero Jack ya está a mi lado, con la mano extendida para presentarse al monstruo.

Deseo que el suelo me trague.

Ni siquiera sé su puto nombre.

—Jack —dice—. Trabajo con Abi.

Ahí está. Abi de nuevo.

bait
poetic

No puedo mirar detrás de mí. No puedo enfrentar la incomodidad cuando sus ojos se encuentran con los míos.

Supongo que saldrá corriendo con un gruñido y *un hasta luego*, pero no lo hace. Su mano es grande y cálida contra mi espalda. La mayor parte de él es tan tranquilizador mientras se acerca a mi lado.

—Leo —dice, y mi mandíbula cae al suelo. Toma la mano extendida de Jack—. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —dice Jack, aunque esté mintiendo. Hace un gesto hacia el jardín—. ¿Quieres unirse a nosotros? Perdona los estúpidos trajes, es tarts and vicars.

Contengo la respiración. *Por favor. Por favor, por favor, por favor.*

—Estoy conduciendo —dice, y mi corazón da un vuelco—. Pero las presentaciones serían agradables.

He perdido el poder de las funciones corporales básicas cuando mi monstruo -*Leo*- sale a la luz tras Jack.

Nunca sería capaz de seguirlo si no tomara mi mano y me arrastrara detrás de él.

Los rostros de las chicas son una estampa. Solo puedo imaginar cómo es la mía.

Y solo puedo imaginar la ronda de preguntas que enfrentaré cuando el monstruo se vaya.

La emoción hace que mi corazón cante.

Pero no tanto como lo hace Leo.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

VEINTITRÉS

La locura es saber que lo que estás haciendo es una completa idiotez, pero aun así, de alguna manera, no puedes parar.

Elizabeth Wurtzel

PHOENIX

No debería estar aquí. No sé por qué lo estoy.

No sé por qué les doy la mano y sonrío tan amablemente y uso mi verdadero nombre.

Abigail no puede dejar de mirarme. Sus ojos son grandes, descarados, el alcohol le roba cualquier timidez. Aunque podría estar un poco más cohibida si pudiera ver los mordiscos de amor que se oscurecen en su cuello.

Me alegro que todos los demás puedan verlos. Me siento como un cavernícola con ella a mi lado, con mi brazo rodeando su cintura tan posesivamente.

Esto es ridículo. Desquiciado. Una idiotez y definitivamente una puta locura.

Pero no puedo parar.

i love how beautiful
you are when you hurt

No me atrevo a restarle importancia a esto y a despedirme.

—¿Dónde se conocieron? —Lauren -creo- pregunta. Ella mira entre nosotros y yo miro a Abigail.

Me encanta cómo mi cisne negro se pone nerviosa.

—Yo, eh, conocí a *Leo* en, ummm...

El sonido de mi nombre en su boca me hace sentir completamente incómodo, pero extrañamente excitado al mismo tiempo.

Me mira, pero no le doy ninguna ayuda.

Y entonces me sorprende, lo que parece ser un tema recurrente en esta noche.

—Nos conocimos por internet —dice—. En una especie de... página web de presentaciones...

Un círculo de cejas levantadas da paso a gritos y charlas. Por lo general, odiaría esta mierda.

—¿En línea?! —pregunta una de las otras mujeres. Me mira de arriba a abajo, y creo que ya ha tomado más de lo que debería—. Vaya, tendrás que darme la dirección web.

Lauren señala entre nosotros.

—Entonces, ¿esto es *algo*? ¿Están saliendo?

—No —dice ella, sin rodeos.

Su reacción me hace querer tirarla al suelo delante de todos ellos y follar su pequeño culo apretado con una audiencia.

Sus ojos se encuentran con los míos y se amplían.

—No, quiero decir... —empieza. Le sostengo la mirada—. Quiero decir, no sé... es pronto...

Mejor.

Lauren se ríe en voz alta.

—Abigail Summers. Te han encontrado detrás de las papeleras con las bragas bajadas. Proverbialmente si no literalmente. ¿Has visto siquiera el estado de tu cuello? No creo que los días sean tan *prontos* de alguna manera, pequeña pícara.

Oh, el maldito y hermoso horror en la cara de Abigail. Hace que mi polla se endurezca de nuevo.

Su mano salta a su garganta, como si tuviera una esperanza de ocultarlas. Me hace sonreír.

Me encanta haberla marcado. Me encanta que sea consciente de ello durante días.

No es la desesperada alma perdida que conocí en Internet. Ella brilla. Resplandece. Es vivaz y está llena de vida.

Impresionante.

Estar a su lado me hace sentir todo tipo de mierda. Mi camioneta me llama, y también el terreno familiar, pero mis pies permanecen arraigados al suelo y mi brazo se mantiene firme alrededor de ella.

—¿Vienes a la barbacoa de verano? —pregunta el tipo, y tardo un instante en recordar que tengo que hacerme el ignorante.

—¿La que?

Es Abigail quien interviene para responder.

—No es nada en realidad, solo una barbacoa de trabajo para la caridad.

Me pregunto si está tratando de evitar que vaya, si es así será mucho más emocionante aparecer sin avisar.

Está tratando de disuadirme, lo veo en sus ojos. En la forma en que hace que la conversación se centre en su vecina rubia y en cómo eligió el color de sus uñas.

Incluso cuando desvía el tema de los compromisos sociales, sus dedos se posan en la parte baja de mi espalda. Me gusta tenerlos ahí.

Me gusta mucho más cuando las yemas de sus dedos se mueven hacia arriba.

Lentamente.

Con constancia.

Me pican las cicatrices.

Incluso cuando quiero más, pican y arden bajo mi ropa.

Y, por desgracia, ese es el momento en que sé que este espectáculo tiene que llegar a su fin.

—Será mejor que me vaya —anuncio—. Ha sido un placer conocer a todo el mundo.

Retiro mi brazo de ella, odiando la forma en que se mueve conmigo por instinto. Odiando la forma en que tengo que alejar mi cuerpo del suyo.

Está confundida. Lo veo en sus ojos.

—Bueno, yo... —comienza, mientras todos la observan—. Te veré.

—Lo harás —digo.

Y luego me voy.

Lo suficientemente rápido como para no cambiar de opinión.



ABIGAIL

A pesar de todo el brillo y el optimismo de tener a Leo a mi lado con su brazo alrededor de mi cintura, hay una parte de mí que se da cuenta de la inutilidad de esta loca pareja.

La gente no se conoce como nosotros y se las arregla para hacer una relación real.

Incluso la idea es una locura.

Más allá de la locura.

Debería ser un alivio descartarlo como un desafortunado caso de precedentes sociales forzados, pero no lo es.

Saber su nombre debería haber significado poco más que la confirmación del hecho que no es un psicópata total, pero lo significa todo.

No puedo dejar de pensar en él. Decir su nombre en mi mente. Siseando su nombre mientras me corro por la noche con mis dedos dentro de mí. Decir su nombre en voz alta mientras me miro al espejo y me toco los chupones en el cuello.

i love how beautiful
you are when you hurt

Las críticas que recibí de mis amigos valió cada segundo de incomodidad.

Tenerlo a mi lado se sintió más agradable de lo que debería.

Y ahora se ha ido.

No hay rastro de él durante el fin de semana. Ninguna presencia inquietante esperando en la oscuridad aventurándose a salir. Lo sé, porque últimamente salgo mucho. Caminando. Esperando. Esperando y esperando.

La próxima semana laboral comienza con un comienzo perfectamente regular sin ningún signo que él se abalance sobre mí.

Los chicos me preguntan si se unirá a nosotros en la próxima noche en *Diva's* y me siento bastante decepcionada al tener que decir que es poco probable. No se une a nosotros. Ni esa semana ni la siguiente. Sus marcas casi han desaparecido de mi cuello y siento que lo he perdido.

Leo.

Me duele el coño. *Me duele por él.*

Así que me mantengo ocupada. Llamo a la gente de Hampshire y me mantengo al tanto de las redes sociales. Paso las tardes en casa de Sarah, o ella en la mía. Doy paseos porque sí y los disfruto.

Intento no agitarme ante el silencio de la radio. Intento no preocuparme por el paso del tiempo y por si ya se ha cansado de mí.

En general, hago un buen trabajo, pero para cuando el segundo fin de semana llega y no hay ninguna señal de él, ya no puedo más.

No quería usar el número de teléfono del que me llamó esa noche en *Diva's*. No quería tener que basar *esto* en algo tan ordinario como una conversación telefónica.

Me temo que no me va a dejar otra opción, así que a mitad de mi siguiente semana de trabajo sin él, saco mi teléfono del bolso y pruebo su número.

Suena y suena. Se me cae el corazón al saber que no va a contestar, pero aun así espero su buzón de voz.

Es genérico. Una voz automatizada que lee el número que marqué y me pide que grabe un mensaje.

Grabo uno sencillo, con toda la calma que puedo conseguir.

—Hola, soy yo. Solo estoy... esperando... —Tomo aire—. Espero que aparezcas pronto.

No lo hace. Ni esa noche ni la siguiente, ni siquiera el fin de semana siguiente.

Vuelvo a llamar y suena el mismo buzón de voz.

Esta vez no dejo ninguno.

Compruebo en línea y reactivo mi perfil eliminado. El suyo está en gris y no está disponible.

Busco Leos en Malvern con tatuajes y, como es lógico, no encuentro nada que valga la pena.

Una parte de mí se preocupa que le haya pasado algo. Una parte de mí se preocupa por el hecho que le pueda pasar algo y yo ni siquiera lo sepa.

Una parte de mí quiere saber dónde demonios está y qué le ocupa tanto tiempo como para no poder al menos devolverme un mensaje.

Un *hasta pronto*, o incluso un *gracias, pero no*.

Cualquier cosa sería mejor que ser ignorada.

JADE WEST

bait

Estoy profundamente enamorada de alguien a quien nunca he besado correctamente, a pesar que me he metido la polla hasta el final.

Me siento invisible de nuevo, como me sentí con Stephen después de la gran explosión. Cuestionando si esto alguna vez significó algo.

Si solo era un tipo para pasar un buen rato y ahora ha terminado.

No quiero creerlo.

No quiero creer que mi monstruo se haya ido.

Pero al final del siguiente fin de semana lo creo.

i love how beautiful
you are when you hurt

VEINTICUATRO

No dejaremos de explorar, y el fin de toda nuestra exploración será llegar a donde comenzamos y conocer el lugar por primera vez.

T. S. Eliot

PHOENIX

Mantenerme alejado de mi cisne negro es más difícil de lo que esperaba. Ignorar su buzón de voz ha sido un desafío mucho mayor de lo que esperaba encontrar como resultado de una loca conexión en línea.

Pero valdrá la pena.

Usar la llave de la puerta principal por primera vez y que ella realmente no lo espere, valdrá la pena.

Valen la pena los deseos de su dulce y apretado coño que se presentan durante todo el día.

Merece la pena la punzada en mis entrañas que me dice que podría estar arruinando algo mucho más profundo que la fantasía que nos propusimos en primer lugar.

Pero no puede ser nada más profundo.

bait
poetic

Por mucho que quiera, no voy a ahogar a la chica en mi mierda de equipaje cuando ella apenas se está liberando del suyo.

Mis cicatrices pican por una razón.

Porque están en carne viva.

Profundas.

Feas.

Tengo un hermano que quiere mi sangre y un niño que puede que no sea mi sangre, que puede hablar, pero no lo hace, y no da señales de hacerlo en el futuro, y una hermana atrapada en medio de todo.

Todo eso y un negocio que quizás no sobreviva al veredicto del seguro cuando finalmente llegue.

No.

Abigail necesita un monstruo en la oscuridad. Una emoción que le suba la adrenalina cuando la vida real le resulte demasiado monótona.

Le daré ambas cosas y le ahorraré el resto.

Estoy más que emocionado cuando llega el momento. Llevo semanas deseando esto.

Un lunes por la noche parece el momento perfecto. Apenas puedo funcionar en la oficina a medida que se acerca el momento.

Se suponía que la anticipación era para su beneficio, pero mientras mi polla palpita con desesperación suficiente como para sentir dolor durante toda la tarde, me doy cuenta que ha sido tanto para la mía.

Serena no puede contener una sonrisa cuando recojo mis llaves después de la rutina de Cameron en la cama.

—¿Lucha en el barro? —pregunta—. Pensé que ya era hora.

i love how beautiful
you are when you hurt

—He estado ocupado —miento.

—Espero que puedas compensarla —dice enarcando una ceja.

—¿Compensar qué?

Mueve la cabeza como si yo fuera un idiota.

—Si está contenta de pasar un par de semanas sin ver ni un pedazo de ti, entonces es una mujer considerablemente más paciente de lo que yo sería.

Es mi turno de fruncir el ceño.

—No estamos comprometidos, Serena.

Ella se ríe.

—Oh, Leo. Me temo que subestimas los mares salvajes de la emoción femenina. Cómprale flores si tienes sentido común.

Me hace sonreír mientras me voy. Las flores serán lo último en lo que piense Abigail esta noche.

El viaje hasta allí es tenso. La bestia en mi vientre extiende sus alas donde no hay espacio para ellas.

Voy a estar a punto de entrar a la fuerza. Eso mismo es suficiente para disparar mi adrenalina. Me siento extrañamente criminal, como si me observaran en la oscuridad. Como si me siguieran, como si no tuviera nada bueno. Un par de ojos que se deleitan con mis malas intenciones y se disponen a llamar a la policía.

Me vendría muy bien ese tipo de atención.

Estaciono en el muelle de carga frente a su casa y observo las luces a través de la ventana. Dos sombras se mueven en el salón.

Siento un repentino impulso de celos hasta que me doy cuenta que la otra sombra pertenece a la chica rubia de al lado.

Supongo que están viendo algo: veo las luces del televisor moviéndose en su techo.

Parece una vida entera antes que las dos sombras se conviertan en una y las luces se apaguen por fin. Espero hasta mucho después de la medianoche antes de cerrar la camioneta y dirigirme a ella.

Ya he pensado en la cerradura de la puerta común. Teníamos una similar en nuestro antiguo almacén. Estas cosas no son robustas, solo gestos simbólicos añadidos a los edificios antiguos para disuadir a los oportunistas.

No soy un oportunista. Mis intenciones son siniestras y desenfrenadas. Es bastante fácil arrancar esa cosa de su cerradura con suficiente fuerza.

Mis pasos son rápidos y ligeros, y tengo la llave de su apartamento en la mano antes de llegar a su rellano. Me deslizo por la puerta de su vecina y cruzo, conteniendo la respiración mientras introduzco la llave y la giro hacia la derecha.

La puerta hace un ruido al abrirse, pero no cruje. El pestillo hace un ligero clic cuando la cierro.

Y entonces estoy dentro.

El corazón me late junto con mi jodida polla.

Me siento como un puto monstruo de verdad mientras atravieso su pasillo oscuro y aprieto el oído contra la puerta de su habitación. No oigo nada.

Perfecto.

Voy con cuidado a la cocina y agarro un vaso del escurridor. Me aprieto en la esquina junto a su armario y cuento hasta diez.

Y entonces, tiro el vaso de medio litro directamente en el fregadero.

Oh, el puto ruido. Incluso me hace sobresaltar, mi pulso en mis sienes mientras mi boca se hace agua.

Empiezo a contar nuevamente, y cuando voy por el número cinco se abre la puerta de su habitación. Siento cada segundo de tensión cuando se detiene en el pasillo. Al llegar a diez se enciende la luz de la cocina y veo su rostro reflejado en la ventana. Sin maquillaje, con los ojos cansados y el cabello largo recogido en un moño desordenado.

Lleva una sencilla camiseta blanca y unas bragas.

Tiene un aspecto jodidamente delicioso.

Está nerviosa, incluso a pesar de su somnolienta desorientación. Sus ojos se abren de par en par cuando se adelanta lo suficiente para ver el vaso roto en el fregadero.

Espero. Aguanto la respiración.

Aparta los demás objetos del escurridor del borde, aunque no tienen ninguna posibilidad de caerse.

Maldice en voz baja mientras envuelve la mayor parte de los fragmentos rotos en uno de esos cutres papeles publicitarios gratuitos. Bosteza mientras se ocupa del resto y abre el grifo para tirar los restos por el desagüe.

Mi dulce cisne negro ni siquiera sospecha que estoy esperando. Al acecho.

Mis demonios toman el control, cada músculo preparado para la acción.

Y entonces hago mi movimiento.

Salta en el aire cuando salgo a la luz. No hay reconocimiento en sus ojos cuando se abren de par en par. Gira sobre sus talones en un instante, dejando escapar el tipo de grito que surge del puro instinto y nada más. Le quito el aliento cuando le rodeo las costillas con el brazo y tiro con fuerza. Mi mano es brutal cuando se aprieta sobre su boca abierta.

Y hoy ella lucha.

Hoy es un pájaro que aletea en la boca de un gato. Sus talones golpean mis espinillas. Sus uñas se clavan en mis brazos incluso a través de la tela de mi chaqueta.

Se mueve contra mí con tanta fuerza que me pregunto si ha terminado con este juego de verdad.

Y entonces hablo.

Es mi voz la que atraviesa su pánico lo suficiente como para que se quede quieta.

—Te haré daño si te enfrentas a mí —susurro—. Si eres una buena chica, puede que incluso te deje disfrutar de esto.

Su respiración se estabiliza un poco. Su cabeza se apoya en mi hombro. Sus pies se enredan contra mis espinillas mientras la llevo a su habitación.

Cuando la dejo caer es con algo de fuerza, directamente sobre su cama. Abro las cortinas que dan a la calle, solo por el brillo de las farolas. Ella se ve hermosa en el resplandor anaranjado.

Asustada. Con ganas.

Se pone de espaldas y se apresura hacia la cabecera.

Sus pezones están duros a través de su camiseta. Tiene los ojos muy abiertos.

Maldición, cómo *necesito* esto.

Cómo la necesito.

—¿Qué...? —comienza, pero le grito que cierre su maldita boca.

Grita cuando me abalanzo sobre ella, y deslizándome con delicados dedos mientras subo a la cama.

Aterrizan con sorprendente fuerza en mi mejilla.

Aterrizan de nuevo antes que pueda inmovilizarla.

Cuando lo hago, se retuerce y se agita debajo de mí, siseando mientras sus muslos se abren de par en par.

Espero un *sí* o un *no*, o incluso un *no me hagas daño*.

Estoy esperando que juegue a este puto juego como si realmente creyera en él.

Estoy esperando para darle el monstruo que dice querer, y esta vez llevarlo hasta el final.

Pero cuando ella abre la boca no consigo nada de eso. Nada de la actuación y tampoco nada del miedo.

—Eres un imbécil —sisea mientras le sujeto las muñecas por encima de la cabeza.

Mis ojos se abren de par en par sobre los suyos, y los suyos están enfadados.

—¿Qué...? —empiezo, pero esta vez es ella quien me interrumpe.

JADE WEST

bait

No estoy preparado para la forma en que lucha por alejarse de mí. Acepto su lucha con facilidad, sujetándola con nada más que un silbido de respiración en el esfuerzo. Mis ojos conectándose a los suyos, incluso a pesar de la conmoción.

Y entonces, como si no la hubiera escuchado bien la primera vez, vuelve a hablar.

—Eres un maldito imbécil, *Leo*.

I love how beautiful
you are when you hurt

VEINTICINCO

Poner un sentido a la vida puede acabar en locura, pero la vida sin sentido es la tortura de la inquietud y el deseo vago. Es un barco que anhela el mar y, sin embargo, tiene miedo.

Edgar Lee Masters

ABIGAIL

Alivio, lujuria y rabia. Un torbellino de emociones que arremete contra él tan pronto como surge de mí.

Me inmoviliza sin siquiera inmutarse, su peso me aplasta contra la cama con tanta fuerza que no puedo moverme ni un centímetro.

Su voz es grave y peligrosa.

—¿De qué coño estás hablando?

—Te he llamado —le digo, como si no lo supiera ya—. Llevo semanas esperando a escuchar siquiera una puta palabra tuya.

—Y la estás escuchando ahora. —Su aliento es caliente contra mi boca. Mi alma grita por sentir sus labios en los míos, pero estoy demasiado asustada para probarlo—. Querías un monstruo en la oscuridad. Querías un extraño. Querías esto.

Pero quiero mucho más...

Soy tan dolorosamente consciente de cuánto más.

Mi barriga se agita mientras él continúa.

—¿Creías que iba a aparecer aquí con un ramo de flores y llamar a la puerta? ¿Creías que iba a llamar con antelación para encontrarte preparada para mí? Este juego no funciona así.

Lo miro fijamente a los ojos. Quiero odiar esto, lo que siento por él, pero no puedo.

No sé cómo he caído tan profundo, tan rápido. No sé por qué tengo tanto miedo de perder algo que nunca debería haber querido en primer lugar.

—Pensé que no ibas a volver —susurro.

—Siempre volveré.

Sigo rodando.

—Pensé que podría haberte pasado algo.

—Dejé suficiente tiempo para hacer que la caza se sintiera jodidamente real, Abigail, *eso* es lo que me pasó.

Y sí que se sintió real cuando me golpeó en la cocina. Mi miedo era real.

Todavía lo es.

Me siento nerviosa bajo él. Inestable.

—No vuelvas a desaparecer así. No a menos que lo digas en serio.

—Entendido —dice—. ¿Has terminado de pelear? ¿O tengo que atarte a los putos postes de la cama?

Sus caderas se mueven contra las mías y mis muslos se abren. Mi cuerpo es suyo.

Sospecho que mi alma también lo es.

—Eso está mejor —susurra mientras me muevo debajo de él.

Puedo sentir lo duro que está para esto. Su polla me aprieta a través del jeans .

Lo deseo demasiado para luchar. Demasiado para odiar el control que ejerce sobre mí.

—Sé mi monstruo —respiro mientras él se pega con fuerza a mi coño—. Lo quiero todo...

—Eso está jodidamente muy bien —dice. Gimo mientras se mete entre mis piernas, con la tela áspera contra mis muslos desnudos—. Ya que lo vas a tener todo.

Se levanta lo suficiente para quitarme la camiseta por la cabeza. Mis tetas se sienten tan desnudas bajo el brillo del exterior. Suben y bajan con mi respiración mientras él me mira.

Toma una en la mano.

—Las chicas malas tienen que ganarse el puto placer, Abigail. Aceptan lo que se les da. Esto es algo que tendrás que aprender por las malas.

Contengo un gemido cuando aprieta con fuerza. Sus dedos son brutales en la tierna piel, mis ojos se cierran mientras aplasta mi carne.

Gimo. Me retuerzo.

Él aprieta más fuerte.

—Asústame —susurro—. Asústame lo suficiente como para pensar que no quiero esto.

Sus ojos son tan oscuros.

—Te asustarás, no te preocupes.

No estoy preparada para que su boca apriete mi pezón. No estoy preparada para el dolor cuando sus dientes aprietan con fuerza. Su mandíbula me araña las costillas y me encanta.

Jodidamente me encanta.

Gimo cuando se aleja, mis dientes rechinan mientras mi pezón se estira. Me encanta cómo me arde cuando me suelta.

—Son tan jodidamente hermosos —gruñe—. Es una pena que tenga que castigarlos.

Chupa tan fuerte el otro pezón que no puedo quedarme quieta.

Le paso los dedos por el cabello y lo jalo con fuerza. Mis pies se enganchan alrededor de sus piernas y lo sujetan con fuerza.

Observo su boca con fascinación mientras su lengua rodea el moretón que acaba de hacerme. Estoy enamorada de la forma de su boca. El calor de su aliento. El tacto de su cuero cabelludo bajo mis dedos.

Con él.

Con un extraño.

Un monstruo.

Un hombre que podría ser cualquiera. Haber hecho cualquier cosa.

Nunca había tenido chupetones en mis tetas. Nunca he sentido el hermoso dolor de una boca cruel en la carne tierna.

Nunca he tenido tanto miedo que la boca de alguien se mueva por mi cuerpo.

Nunca había jadeado tan fuerte cuando me bajaban las bragas por los muslos.

—Llevo semanas deseando saborear tu bonito coño —me dice, y le creo.

Me apoyo en los codos para ver cómo sus dedos entintados me abren. Me pasa la lengua por la abertura. Sus ojos oscuros son hermosos y me miran fijamente.

Me siento como una puta sucia mientras hago rodar mis pezones doloridos entre mis dedos. Ya estoy demasiado lejos para contenerme, y muevo las caderas para pedir más.

—Chúpame —gimo—. Por favor. Chúpame el clítoris.

Engancha dos dedos dentro de mí.

—Ruega por ello.

—Por favor. —Mi voz suena patética. Desesperada—. Por favor, chupa mi clítoris. *Por favor.*

Sus ojos brillan con algo realmente aterrador mientras empuja un tercer dedo dentro de mí.

—Usa mi puto nombre —ruge.

Oh, mierda.

Supongo que, después de todo, hemos terminado de jugar a los extraños.

Me quemo ante el recuerdo de gruñir su nombre en mi almohada por la noche. Estoy tan jodidamente avergonzada cuando invoco las palabras.

—Por favor, Leo. Por favor, chúpame el clítoris. Por favor, chúpame.

Su aliento es una tortura. Sus dedos son ásperos.

—Más. Más duro.

Mi voz suena muy fuerte en la habitación.

—Leo, por favor. Por favor, chupa mi clítoris. Por favor.

—Más alto. Quiero que te oigan afuera. Quiero que te oigan gritar mi puto nombre.

Maldición.

No me atrevo a pensar en el exterior. No me atrevo a pensar en la vista desde la calle lateral y los apartamentos de enfrente. Me aseguro que está oscuro aquí, que no podrán verme, pero aun así me siento tan jodidamente expuesta.

—Ruega por mí como si fuera en serio —gruñe, y lo hago. Simplemente lo hago.

—¡POR FAVOR, LEO! POR FAVOR, CHUPA MI CLÍTORIS. POR FAVOR.

Sonríe.

—Buena chica. —Hace un círculo con su pulgar contra mí antes de bajar la cara—. No te vas a correr —me dice—. Si te corres antes que yo lo diga, te golpearé el culo tan fuerte que sangrarás.

Mi clítoris palpita como una perra cachonda mientras él lo chupa entre sus labios.

El subidón de gritar en voz alta me hace sentir extrañamente desinhibida.

—Pensé que te habías ido —gimo—. Por favor, no te vayas, Leo. Necesito esto... lo necesito más que nunca...

Chupa más fuerte. Enrosca sus dedos más profundamente.

Mi rostro debe ser una mueca mientras lucho contra el impulso de correrme.

Su lengua se lanza y me lame. Gimo mientras me resisto a mi propio placer.

Y entonces se detiene.

Me duele el coño.

—Una de estas noches te ataré a los postes de la cama —dice—. Voy a atarte tan jodidamente fuerte que ni siquiera podrás retorcerte, y luego voy a chupar ese maldito clítoris hasta que grites por todo el maldito edificio.

Se encoge de hombros quitándose la chaqueta mientras lo miro. Lleva mangas cortas debajo.

Oh, Dios mío.

Mierda.

Me late el corazón mientras me esfuerzo por ver sus tatuajes en la escasa luz. Tantos tatuajes. Más de los que jamás había soñado.

Mis dedos se extienden por voluntad propia para encender la lámpara de la mesilla. Parpadea contra la luz.

—¿De verdad quieres que la puta calle te vea, entonces? —pregunta, pero no me importa. La ventana es grande y las cortinas están abiertas de par en par y mi propio cuerpo desnudo me saluda audazmente en el reflejo, pero me importa una mierda.

—Quiero verte —le digo, y extendiendo la mano, trazando las líneas de su antebrazo.

Golpea como una serpiente cuando me obliga a volver a acostarme en el colchón.

bait
poetic

—No me importa lo que quieras —gruñe—. Verás lo que yo quiera que veas. Sentirás lo que yo quiera que sientas. Harás lo que yo quiera que hagas. —Sus dedos me rodean la garganta—. Voy a follar tu culo, y te va a malditamente doler. —Hace una pausa—. La luz seguirá encendida porque *yo* quiero *verte*.

Tomo aire mientras me suelta. No me muevo ni un centímetro mientras se afloja el jeans .

Cuando vuelve a hablar, su tono es mucho más duro.

—Verás todo lo que quiero que veas y nada más.

No protesto cuando levanta mis piernas y las engancha sobre sus hombros. No intento ocultar el miedo cuando su polla golpea con fuerza contra mi coño. Levanto la cabeza todo lo que puedo, con los ojos ávidos de ver su polla con una luz decente, y es tan aterradora como en la fotografía.

—Hazme agradable y jodidamente húmedo —gruñe, y fuerza la cabeza dentro.

Contengo la respiración cuando entra la primera cresta. Exhalo el segundo. Gimo con el tercero. Cierro los ojos con la cuarta.

—Buena chica —dice—. Tómala.

El cinco y el seis me hacen gemir como una puta. Mis mejillas arden por los sonidos que hace mi coño alrededor de su polla.

Se detiene con su boca a solo una pulgada de la mía, sus ojos se abren de par en par mientras me folla profunda y lentamente.

—Más duro —siseo, aunque estoy jodidamente loca.

i love how beautiful
you are when you hurt

Grito mientras me penetra, sintiéndome tan pequeña debajo de él. Las crestas son dolorosamente perfectas en este ángulo. Gruño pidiendo más aunque me duela.

—Será mejor que reces a Dios para que encuentre lubricante en tu mesita de noche —dice, y mi vergüenza florece.

Lubricante, claro... y un consolador monstruoso...

Oh, mierda.

—Los dos seremos un maldito desastre sin lubricante, Abigail. No podrás caminar durante una puta semana —me amenaza. Le señalo el armario y sonrío—. Chica sensata.

Se acerca a nuestro lado y abre el cajón superior. Cierro los ojos mientras mete las manos en él. No quiero ver su cara mientras encuentra mi arma secreta de preparación. Oigo cómo golpea el cajón al sacarlo.

—O tal vez no sea un desastre... —susurra—. Tal vez ya puedas aguantarlo, venga como venga. —Se sale de mi coño de un tirón y siento cada cresta como si ardiera en el cielo—. ¿Debo averiguarlo? ¿Es tu culo un buen mentiroso, Abigail?

Estoy luchando contra él incluso cuando desliza su polla hacia mi culo.

—No —digo—. Esa cosa... nunca ha estado en mi culo... apenas puedo tomarlo en mi coño... nunca lo he probado allí...

Hay una diversión tan oscura en sus ojos.

—Sujeta esto —dice y fuerza el consolador entre mis dientes. Mi mandíbula se estira y aguanta mientras busca en el cajón el lubricante. Encuentra el frasco con facilidad.

Me quita el consolador y lo unta.

bait
poetic

Tiemblo mientras trabaja el grosor del consolador en su mano. Me estremezco al pensar que su polla va a entrar ahí dentro después de ella.

—¿Ha sido una práctica? —me pregunta, y me odio por haber asentido—. ¿Y funcionó?

—La verdad es que no —admito.

—Entonces, que tengas mejor suerte esta vez. —Sonríe mientras se aparta de mí. Grito cuando me mete dos dedos resbaladizos en el culo.

Apenas me he adaptado a ellos cuando siento el monstruo de silicona abriéndose paso a través de mi pobre y apretado culo. Me siento tan expuesta mientras él se recoloca, mientras mira fijamente cada parte privada de mí.

Su fuerza empuja el consolador hasta el fondo de una sola vez. Mi culo absorbe ese monstruo como un puñetazo de burro.

—Ay, mierda —siseo, pero él sigue adelante—. Maldición...

—Tómala.

—Oblígame —digo, aunque tengo el corazón en la garganta.

Y lo hace.

Me obliga a tomarlo.

Trabaja ese gran consolador venoso hasta el fondo de mí, incluso mientras gimo, incluso cuando las lágrimas brotan de mis ojos.

Es viscoso, resbaladizo y suena bien. Podría llorar solo por eso.

—Tus agujeros están pidiendo a gritos ser destruidos —gruñe—. Pero tú lo sabes, ¿no? Por eso dejaste entrar al monstruo.

—Por favor, para —gimo, aunque ya me balanceo hacia atrás por el dolor.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait
poetic

—Eso es, puta —dice—. Suplícame. —Hace girar el consolador dentro de mí hasta que maldigo—. Suplícame que me detenga.

Subo las piernas hasta el pecho mientras lo digo.

—Por favor, para. Por favor, Leo, para. Me duele. Oh, joder, duele mucho.

Parpadeo con lágrimas en las mejillas. Sonrío incluso mientras lloro por él.

—Por favor, para, Leo. *Por favor.*

El ardor cambia a otra cosa. Algo primario, jodido y crudo.

Su boca se aprieta sobre mi coño hinchado incluso mientras sigue follándome.

—No —respiro—. Por favor, no.

Pero lo hace. Oh, lo hace.

Sus dientes se sienten como vida o muerte en mi clítoris al mismo tiempo. Mi culo hace ruidos que me doblan los dedos de los pies.

Mis pies se apoyan en su espalda, con los músculos tensos. Mis dedos se ensañan con su cuero cabelludo mientras me obliga a tomarlo.

—Realmente eres mi monstruo —respiro—. Haces que duela más de lo que jamás soñé.

Grito mientras tira de mi clítoris entre sus dientes. Su respiración es irregular mientras se aleja.

—Recién estoy empezando, joder —dice.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

VEINTISÉIS

El que vacila está perdido.

Marco Porcio Catón

PHOENIX

Quiero que todo el puto mundo nos vea. Espero que todo el vecindario esté mirando detrás de sus cortinas mientras estiro el bonito culo de Abigail en carne viva.

Su desesperación se ha unido a la mía bajo la superficie. Lo siento ahí, los dos nos movemos con la corriente de un tsunami.

No sabría cómo detener esto si lo intentara, pero lo que sí sé -en contra de toda maldita sensibilidad que he tenido- es que nunca podré dejarla sola de nuevo. Ni siquiera por un par de semanas.

Sus ojos están llorosos incluso cuando sonrío. Se abre de piernas para recibir más, aunque me ruega que pare.

Tiro el consolador al suelo y rocío una nueva carga de lubricante en los dedos. Lo extiendo por toda la polla y luego le agrego otro chorro directamente en su maltrecho culo. Se estremece por el frío, pero es lo que menos le preocupa.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Mírame —le digo mientras me coloco contra su culo y me acomodo encima de ella.

Ella asiente. Sonríe. Enreda sus delicados dedos en mi cabello.

Está tan desnuda debajo de mí, tan bonita a la luz de la lámpara. Soy muy consciente que aún estoy vestido, muy consciente de lo mucho que ansío la suavidad de sus pobres tetas magulladas contra mi piel.

Pero no puedo.

No hasta que conozca mis secretos.

Si es que alguna vez conoce mis secretos.

Sería tan fácil besarla. Es tan fácil quitarme la camiseta de la espalda y sumergirme hasta el fondo.

No hago ninguna de las dos cosas.

Sus ojos se abren como bonitos platillos blancos cuando introduzco la cabeza de mi polla en su fruncido agujero.

Con firmeza.

Tan jodidamente firme.

Tengo la mandíbula apretada mientras entro con facilidad. Mi peso se apoya en los codos y mi cara está justo en la suya.

La primera barra da un tirón cuando la atraviesa, incluso untada de lubricante. Se estremece cuando me hundo más.

—Tengo miedo —susurra—. Esto va a doler de verdad.

Cierra los ojos mientras empujo hacia delante. Su culo es como un tornillo de banco cuando el segundo y el tercer piercing se introducen.

Su respiración es agitada contra mis labios.

—¿Es malo? —le pregunto.

Ella gime y asiente.

Soy cuidadoso con el cuarto, apenas me muevo.

Se siente como el puto cielo cuando el quinto se desliza y su culo se abre para recibirme.

—Me siento tan llena —susurra.

—No lo suficiente. —Introduzco los últimos centímetros y ella gime. Mis bolas están apretadas contra su culo desnudo, estoy lo suficientemente profundo como para que ese pensamiento me lleve al límite.

Sus ojos todavía están en los míos mientras balanceo mis caderas. Su respiración es irregular contra mis labios mientras me sumerjo en el ritmo.

Firme, jodidamente firme. El lubricante está resbaladizo, pero su culo está apretado.

—Ay, joder —sisea cuando acelero el ritmo.

—No te resistas —le digo de nuevo y aprieto mi frente contra la suya.

—Bésame —susurra.

—No quieres besar a un monstruo. Créeme —le digo.

Le doy un fuerte empujón en el culo para quitarle la idea.

—No te entiendo —susurra—. No entiendo nada de esto.

—No lo intentes.

—Tienes secretos, ¿verdad? —continúa, y contemplo la posibilidad de meterle mi asquerosa polla en la garganta solo para cerrarle su bonita boca—. Son malos, ¿no?

—Todos tenemos secretos, Abigail. Si quieres contarme los tuyos mientras mi polla te abre el culo, adelante.

Inclina la cabeza hacia un lado, y eso me viene muy bien. Le muerdo la oreja hasta que se estremece. Beso su cuello hasta que se olvida de cómo hablar.

—¿Te duele? —vuelvo a preguntar, y ella gime.

Me deslizo hasta el final y ella gime ante las crestas. Se prepara cuando vuelvo a introducir la polla.

Está tan abierta como siempre, tan preparada como puedo hacerla.

—Voy a follarte duro —le digo, y la forma en que se tensa es divina.

Grita cuando entro de golpe, se estremece cuando su trasero hace ruido al salir.

—Querías un monstruo —digo en voz alta y me muevo con tanta fuerza que la cama se estremece—. Me sentirás durante días.

Tres golpes profundos y ella balbucea. Tres más y estoy demasiado tenso para parar.

Sus uñas se clavan en mi espalda. Rozan mis cicatrices a través de la camisa y me vuelvo salvaje, golpeando su culo como si la estuviera castigando.

Tal vez si lo estoy haciendo.

La pone tan salvaje como a mi.

Sus manos encuentran mi culo desnudo y se aferran a él. Su frente se aprieta contra mi hombro.

Y entonces me muerde, aferrándose a mi hombro a través de la tela.

Le escupo maldiciones al oído mientras ella gime. Cambio de ángulo hasta que se suelta lo suficiente como para gritar mi nombre.

Y entonces la inmovilizo. Con fuerza. Mis dedos agarran su barbilla y la mantienen firme, con sus grandes ojos asustados tan cerca de los míos.

—Ruega que me detenga.

Sacude la cabeza.

La chica está jodidamente loca, pero yo también.

Lo suficientemente loco como para que me caiga sobre otra maldita línea.

Mi boca ya está abierta cuando se fija en la suya. Mi lengua es feroz cuando busca la suya.

Ella gime mientras me devuelve el beso, me agarra el culo con más fuerza mientras me empuja.

Sabe a dolor, a miedo y a olvido. Sabe a desastre inminente.

Sabe a sangre del diablo y a arenas movedizas. A las putas partes rotas de mí.

Como si me estuviera quemando de nuevo.

Como si ella fuera la vida misma.

—No pares —sisea en mi boca abierta—. Fóllame.

Se corre mientras yo lo hago, su coño apretado contra la carne dura. Gritando. Se agita, sisea, silva y suplica.

bait
poetic

Mi polla está completamente dentro cuando me corro.

Descargo profundo. Realmente y jodidamente profundo.

Mi lengua está en su boca mientras el mundo gira. Mi pulso está en mis oídos mientras sus manos se deslizan bajo mi camisa y suben por mi espalda.

Me muevo antes que ella pueda sentirlo; me alejo antes que pueda tocarme.

Sus ojos se abren de par en par cuando retrocedo ante ella, con sus miembros agitándose para cubrir su cuerpo expuesto, como si lo necesitara. Como si yo lo quisiera.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué he hecho?

—Nada —miento, pero estoy a un océano de distancia. Se agarra a las mantas de la cama, intentando taparse con ellas.

—¿He hecho algo malo?

—No —insisto, pero ella no se lo cree.

—No tenías que besarme si no querías —dice, y yo me siento como un cabrón.

—Oh, sí quería —le digo, aunque no me cree.

Me vuelvo a meter la polla en el jeans y me subo la cremallera. Ella parece horrorizada.

Yo también me siento horrorizado.

Las palabras son un revoltijo en mi garganta. Ni siquiera sé por dónde empezar la terrible y jodida historia de la aflicción.

Así que no lo hago.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait

—Estuviste perfecta —le digo—. Todo esto es culpa mía.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Simplemente desapareces de nuevo?

Suspiro.

—Quizás la próxima vez aparezca con flores y llame a la puerta.
¿Sería mejor?

No sonrío como yo esperaba.

Está tensa cuando me inclino lo suficiente para plantarle un beso en la frente.

—Tengo secretos —le digo—. Pero no es un tema para ahora.

—¿Cuándo? —pregunta mientras me levanto de la cama.

Agarro mi chaqueta del suelo.

—Pronto.

—¿Pronto?

—Sí, Abigail. Pronto.

Se lleva las rodillas al pecho jodidamente despacio. Se apoya en su brazo mientras mira fijamente.

—No tienes una esposa, ¿verdad? Por favor, dime que no la tienes.

Levanto una ceja.

—¿Crees que tengo una puta esposa? Por favor.

—No sería la primera jodida vez —sisea, y desplaza su mirada hacia el techo.

—¿Es eso lo que te pasó? ¿Tenía una esposa?

Ella suelta una risa vacía.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait

—Me han pasado muchas cosas, Leo. Parece que no fue exactamente sincero con toda la verdad.

—No tengo esposa —le digo—. No estoy con nadie. No estoy mintiendo sobre nada.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Bien.

Miro la hora en mi teléfono. Es tarde. Muy tarde, joder.

Señalo las cortinas abiertas de par en par.

—Probablemente quieras cerrarlas antes de levantarte.

Ella esboza una sonrisa, al menos por un momento.

—Cualquiera que esté ahí fuera ya habrá visto suficiente, ¿no crees?

—Mejor que el pago por evento. Tal vez deberíamos darles un horario regular. —Saco las llaves del bolsillo.

—No dejes pasar semanas la próxima vez. En un par de días debería volver a caminar con normalidad.

—Yo no contaría con eso. —Sonrío.

Y entonces me voy.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
p u l c

VEINTISIETE

No me ocupo de las amenazas y los ultimátum.

Yair Lapid

PHOENIX

Le diré todo. Toda la triste historia.

Le mostraré todo.

Pronto.

Y tal vez, solo tal vez, nuestras partes rotas encajen lo suficiente como para arreglarnos a los dos.

Es una posibilidad remota, pero no siempre lo es.

Todavía estoy en alerta máxima cuando salgo por donde entré. Me aseguro que la puerta de entrada esté cerrada tal como la encontré, y luego cruzo la calle hacia mi camioneta con una última mirada a la ventana de su salón.

No sé qué es lo primero que me produce un escalofrío. La sensación de estar siendo observado, o tal vez el familiar vehículo detenido justo al final de la calle.

i love how beautiful
you are when you hurt

Me he acercado lo suficiente para leer la matrícula cuando oigo sus pasos detrás de mí. Reconocería ese paso en cualquier lugar.

En cualquier jodido lugar.

Su voz es arrastrada y escupe rabia cuando llega.

—Apenas un puto año y ya has seguido adelante como si ella no fuera nada.

No espera toda la fuerza de mi peso mientras lo desvío hacia atrás. No está preparado para el veneno con el que lo levanto del suelo y lo golpeo contra su camioneta.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Jake?

Se abalanza sobre mí, pero falla.

—Te he seguido, estúpido. Quería ver a dónde ibas.

—Eso es una mierda —rujo—. Habría visto tu puta camioneta a una milla de distancia.

Sus ojos son como brazas.

—Tienes un puto rastreador, imbécil.

—Genial. Felicidades, me has encontrado en el GPS. Y ahora puedes seguir tu puto camino.

—¿Cómo se llama?

Mi pulso es frenético. Glacial.

—Ella no es de tu maldita incumbencia.

Se burla.

—Ella es el maldito asunto de todos esta noche. El edificio de enfrente tiene unos putos andamios. Ya he visto el puto culo de la puta sucia, ¿qué pasa con un maldito nombre?

—Cierra la puta boca.

Pero no lo hace. Nunca lo hace.

—No me extraña que Mariana quería irse. No es de extrañar que me rogara que la llevara. Eres un puto animal asqueroso. Siempre lo has sido, joder.

—Cuidado —gruño—. Cuidado con lo que dices, joder.

Se las arregla para deslizar su mano bajo la mía, se retuerce lo suficiente como para alejarme. Lo veo tropezar unos pasos, maldiciendo el hecho que lo haya sacado del fuego.

Hace un gesto hacia la ventana.

—Te gusta, ¿verdad? ¿Quieres jugar a la familia feliz con ella? ¿Tú, ella y mi hijo?

—Por milésima vez, Jake. No es tu puto hijo.

Me señala con un dedo.

—Eso lo decidirá la puta prueba de paternidad.

Acorto la distancia entre nosotros, ignorando el hecho que sus puños están levantados.

—No habrá una jodida prueba de paternidad. Eres un maldito borracho, Jake. Un puto borracho amargado que quiere incendiar a todo el puto mundo con tu miseria. Haznos un jodido favor a todos y únete a ella, o arregla tu maldita vida.

Señala la ventana de Abigail.

—Como tú, ¿quieres decir? ¿Tienes algo nuevo para sentirte mejor?
¿Ella también terminará en su tumba en unos años?

Tomo un respiro antes de arrancarle las jodidas extremidades.

—Agarra un puto taxi y vete a casa. Haré que uno de los chicos recoja
tu maldita camioneta por la mañana.

—¡PRUEBA DE PATERNIDAD! —grita—. ¡QUIERO ESA PUTA
PRUEBA!

Lo miro fijamente. Me pregunto por milésima vez qué pasó con el
hermano con el que crecí.

Me siento tan jodidamente envenenado como él. El solo hecho de estar
cerca de él me hace sentir maldito.

Se esfuerza por encender un cigarrillo. Me cuesta soportar verlo.

—Quiero ver al niño.

Sacudo la cabeza ante su maldita audacia.

—Quiero una isla en el Caribe, Jake. No va a suceder, joder.

—Ese niño es mío y lo sabes. Siempre lo has sabido.

Inclino la cabeza.

—Así que Cameron es tuyo, y Mariana era tuya. ¿Y el negocio?
¿También es tuyo? ¿Y mi puta alfombra del salón? ¿Mi puta vajilla?
¿Todo es tuyo o qué, Jake? Porque por lo que estoy viendo, las únicas
cosas que te han interesado realmente son las mías.

—Mentira.

—¿Quieres mi puta chaqueta? ¿Mi camioneta? —Doy un paso
adelante—. ¿Qué tal mis putas cicatrices también, Jake? ¿Te gustaría
tenerlas? Serías jodidamente bienvenido a ellas.

—Te has librado de ella.

—Claro que sí —digo con desprecio—. Es un paseo por el maldito parque. Mi vida es un lecho de jodidas rosas.

Da una calada.

—Puede que tengas cicatrices afuera. —Se golpea la cabeza—. Pero yo tengo cicatrices por dentro.

—*Todos* tenemos cicatrices aquí, Jake. —Me golpeo la cabeza—. Cameron sigue mojando la puta cama la mitad de la puta semana. El cerebro de Serena está jodidamente lleno de toda esta mierda.

Hace un gesto hacia el edificio de Abigail.

—¿Ella lo sabe?

—¿Sobre qué?

—Sobre el maldito incendio, Leo. ¿Sabe lo que le hiciste a Mariana? —Ni siquiera le doy una respuesta. Me sonrío con una puta sonrisa amarga—. Oh, no lo sabe. Jodida sorpresa.

—Mariana estaba fuera de control.

—Por *ti*.

Sacudo la cabeza.

—Por *ella*, Jake. Ella estaba fuera de los carriles mucho antes que llegara. Mucho antes que tuviéramos a Cam. Y tú lo sabes, joder.

—No te mereces otra oportunidad —gruñe—. No te mereces nada.

—Así que sigues diciéndome lo mismo. ¿Por qué no te miras a ti mismo, Jake? Podrías aprender algo.

—Dame esa prueba de paternidad, Leo, o te juro que lamentarás el puto día en que me rechazaste.

Le golpeo un hombro al pasar.

—Aguanta la puta respiración hasta que llame.

—La semana que viene —gruñe mientras tira su cigarrillo—. Tienes hasta la puta semana que viene, Leo, y luego vendré por lo que es mío.

Mi voz es baja y mortal. Cada palabra que digo va en serio.

—Si te acercas a mi hijo, a mi casa, al negocio o a Abigail, te mataré.

Saca las llaves del bolsillo. Debería llamar a la policía y hacer que lo arresten por su propio bien, pero lo volvería a hacer mañana.

—*Abigail* —dice, y yo maldigo mi boca. Se sube a la camioneta y enciende el motor. Espero que se estrelle contra una puta reserva de camino a casa—. La semana que viene —repite—. O te vas a arrepentir, joder.

—Duerme —le digo—. Date una puta ducha. Ordena tu triste vida, Jake.

Me paro en el camino para verlo alejarse. Su camioneta se desvía un poco antes que se pierda de vista.

Busco su rastreador en mi móvil y lo asigno a favoritos. Incluso tenerlo en esa lista es jodidamente asqueroso. Espero que vuelva a la carretera de Worcester antes de volver a mi propia camioneta.

Y decido llamar a mi puto abogado a primera hora de la mañana.

VEINTIOCHO

Las nubes vienen flotando a mi vida, ya no para llevar lluvia o para marcar el comienzo de la tormenta, sino para agregar color a mi cielo al atardecer.

Rabindranath Tagore

ABIGAIL

—¿Ha vuelto a aparecer, entonces? —Los ojos de Lauren brillan mientras se apoya en mi escritorio. Me hago la tonta, con la cara más impasible que puedo poner hasta que ella se dirige a mí—. *Leo* —dice—. Ha aparecido, ¿verdad?

No puedo evitar la sonrisa.

—¿Qué te hace decir eso?

Señala el despacho abierto.

— Uh, hola. Estás radiante por todo el edificio esta mañana. Solo una cosa hace que una chica cojee así en una ronda de café.

Realmente no tiene idea del esfuerzo que me supone caminar. Dejo mis papeles.

—Puede que haya aparecido de nuevo.

Mi amiga, muy expresiva, levanta las manos al cielo.

—Aleluya. Sabía que volvería. El tipo te miraba como yo miro las patatas fritas grasientas después de una noche de fiesta. Alabadas sean las citas online y las escasas probabilidades. —Levanta un dedo—, y quiero decir escasas, de encontrar un verdadero bombón en el aire.

—Supongo que el destino me dio una oportunidad. —Me arden las mejillas. Las ganas de reírme de las locuras de la vida se agolpan en mi garganta.

—Perra afortunada —dice Kelly en mi dirección mientras se dirige a la sala de reuniones—. Montaría ese semental toda la noche. Yeehaw.

Lo dudo mucho. No si quisiera tener una vaga movilidad en cualquier momento de la semana siguiente.

—¿Te ha traído flores? —Lauren pregunta—. ¿Chocolates para suavizar el golpe por no haberte llamado?

Sacudo la cabeza.

—De alguna manera no creo que sea un tipo de flores y chocolates.

Ella suspira.

—No necesita serlo. Es todo oscuridad, fuerza y pura carne de hombre caliente.

—Definitivamente es todas esas cosas, sí —estoy de acuerdo. *Y secretos, dolor, y besos que saben a trueno.*

—¿Estará contigo en Diva's el jueves?

Me encojo de hombros.

—Tu suposición es tan buena como la mía.

Ella pone los ojos en blanco.

—Tal vez ustedes deberían probar un poco de comunicación junto con sus actividades más físicas. El tipo tiene un teléfono, ¿verdad?

Se me eriza la piel.

—Sí, lo tiene.

—Pues llámalo. *Pregúntale. Exígele* que se ponga sus malditos zapatos de baile y salga a divertirse.

Ojalá. Tropiezo con una excusa mediocre.

—Nosotros... preferimos que las cosas sean espontáneas...

Me siento aliviada cuando la extensión de su teléfono la convoca de nuevo a su propio escritorio.

—¡Llámalo! —son sus palabras de despedida.

Creo que voy a descartar ese consejo. Me alegraré que aparezca. Diva's o no.

Hay algunas desventajas claras en sus apariciones aleatorias. Por ejemplo, me he puesto algunos trajes increíbles para su beneficio, solo para que él aparezca cuando estoy en mi ropa de dormir sencilla con mi cabello recogido en mi cabeza.

Lo invitaría a nuestra barbacoa de verano si pudiera afrontarlo. El evento llamativo se anuncia como el acontecimiento del siglo. Vestirse para impresionar y todo eso.

Parece que fue ayer cuando temía todo el lamentable asunto y todo lo que conllevaba. Ahora estoy tan emocionada como todos los demás en este lugar.

Lauren llevará su viejo vestido de fiesta con un tocado que compró para una boda y al que nunca fue. Kelly usará un vestido de gala que compró para el baile de Navidad de su ex el invierno pasado. Kathleen,

del equipo de gestión, ha hecho todo lo posible para llevar un vestido de alta costura de diseño. Ni siquiera le mostrará a nadie un adelanto.

Estaré usando algo nuevo.

Ya que no tengo nada viejo.

El vestido que he elegido es sexy de esa manera recatada. Es de satén color ciruela hasta los tobillos, con adornos de diamantes, ajustado como un sueño, y lo suficientemente delicado como para sentir que estoy usando un camisón.

Es una jodida parodia que Leo no me vea en él.

No, a menos que me lo ponga en la cama todas las noches por si acaso él va a entrar.

Sonrío para mis adentros. Quizás debería empezar a correr con él a medianoche por el camino del río. Podría ser mi nueva y genial afición.

Compruebo que mi teléfono sigue encendido en mi cajón, preguntándome si realmente me está vigilando de cerca.

Quizás pueda usarlo para *cazarlo* un día de estos. Usarlo como señuelo para atraerlo a algún callejón oscuro. La idea me produce un extraño escalofrío.

El cebo usando un señuelo para atrapar al cazador. Me encanta, sería un buen giro.

Podría saltar sobre él. Usar el elemento sorpresa para dejar al bastardo medio desnudo por una vez.

Mi sonrisa se amplía.

Sí, eso me gustaría.

Me gustaría mucho.

Me imagino su volumen. Su peso contra mi pecho. La forma en que se siente dentro de mí con su frente pegada a la mía.

Y entonces me río porque la vida es buena.

La vida es realmente buena.

Aunque no tenga la menor esperanza de saltar sobre el monstruo ni en un millón de años, no importa.

Me parece muy bien que me salte encima.



PHOENIX

Mi abogada dice que una batalla por la paternidad será larga y cara. Me observa con su mirada más profesional por encima de sus gafas de pasta y me asegura que debo decirle a Jake y contar con que se quede sin energía y sin dinero. Pero ella no conoce a Jake como yo lo conozco.

No ha visto la desesperación en sus ojos.

Le habría confiado a Jake cualquier cosa en este planeta antes que llegara Mariana. Cuando solo éramos nosotros tres, Jake, Serena y yo, habría jurado por todo lo que tenía que estaríamos unidos para siempre.

Somos sangre, después de todo.

Me sorprende que haya llegado a buscar asesoramiento legal sobre una orden de alejamiento para mantenerlo distanciado de la casa y de Cameron. Pero así ha sido.

Me siento mal cuando me explica las opciones que tengo y las pruebas que debo reunir para respaldar mi caso.

Necesita más que mi testimonio. Necesita fechas, horas, testigos. Necesita la participación de la policía.

Me siento agobiado por el proceso incluso antes que empiece.

—Extraoficialmente —dice—. ¿No sería mejor tirarle un hueso al perro por el momento? ¿Hay alguna manera de negociar algunos derechos de acceso? Has dicho que te exige que vendas el antiguo local comercial, ¿no es algo que podrías considerar en aras del compromiso? Al menos podría comprarte algún favor y algo de tiempo para reunir las pruebas que necesitas, ¿no?

Me recuesto en la silla frente a ella, dándome cuenta una vez más lo diferente que es ella de nosotros, Jake y yo. Tiene una pared llena de títulos y el cabello con mechas profesionales. Se estremece cada vez que le doy un apretón de manos, aunque no sabe que lo está haciendo.

En resumen, la mujer no tiene idea de lo que estoy tratando aquí.

—Jake no es el tipo de perro al que quieres tirar un hueso —le digo.

Ella se encoge de hombros.

—En ese caso, yo diría que sigas haciendo lo que estás haciendo. Empieza a llevar un registro de tu interacción. Rechaza la prueba de paternidad. Tu nombre figura en el certificado de nacimiento de Cameron y eras la pareja de hecho de Mariana cuando ella falleció. Legalmente, en este momento, Cameron es innegablemente tu hijo. La responsabilidad de demostrar lo contrario recaerá en tu hermano.

Le doy las gracias por su tiempo, aunque pagaré cada segundo de su tiempo.

El sol brilla con fuerza cuando salgo y me dirijo a mi camioneta. Compruebo la hora. Es lo suficientemente temprano como para volver por el último de los envíos diarios. Lo suficientemente tarde como para no querer hacerlo.

No recuerdo la última vez que me tomé una tarde para mí durante el horario de trabajo. La combinación del calor del sol en mi espalda y la necesidad de sacar las gafas de sol de la guantera me hacen tomar la decisión.

En lugar de girar a la izquierda hacia el polígono industrial, giro a la derecha.

Vuelvo a subir la ladera con la ventanilla baja y la música alta, sintiéndome diez años más joven y mucho más sabio que ayer.

Más feliz también.

Y no es solo por el sol.

Serena casi se cae sobre sí misma cuando entro en el camino de entrada. La veo a través de la ventana, señalándome a Cam. Y cómo sonrío mi chico. Sonríe y saluda con la mano, y en ese momento me olvido que no es nada más que un niño normal disfrutando del verano.

Quizás tratarlo como si fuera cualquier otra cosa ha sido el problema desde el principio.

Es el día perfecto para terminar mis reformas en la piscina. También es una de las pocas veces que podremos usarla, dado que aquí llueve al menos el ochenta por ciento del tiempo.

La piscina fue un capricho de Mariana, definitivamente no el mío, estaba lo suficientemente lejos como para complacerla.

Solo levanto a Cameron por un minuto antes de empezar a pensar en lo que todavía hay que hacer.

Y luego recuerdo por qué acepté esta estúpida instalación en primer lugar.

Nuestra casa está situada justo en la ladera de los Malverns. El terreno desciende bruscamente y rueda hasta el pueblo de abajo. La piscina está a tres tramos de escaleras del porche trasero. Tuvo que ser así para dejar suficiente espacio en el suelo para albergarla.

Está climatizada, pero apenas. Es lo suficientemente poco profunda como para que los dedos de mis pies toquen el suelo y apenas lo suficientemente larga como para poder nadar decentemente.

Su gracia salvadora es que es un diseño infinito. Otro de los caprichos de Mariana.

En esa piscina te sientes como si estuvieras en el borde del mundo. Sin barreras. No hay protuberancias hechas por el hombre. Solo una cornisa y todo el puto panorama de abajo.

Mariana solía decir que estaba sentada entre las estrellas. Se me corta la respiración al imaginármela allí, apoyada en la cornisa mirando hacia ninguna parte, con el cabello mojado y una copa de champán en la mano.

Es como si estuviéramos volando, Leo. ¿Puedes sentirlo?

Tiro de la lona hacia atrás y la enrolló. El agua brilla como el oro bajo el sol.

Hacía mucho tiempo que no la veía en su esplendor. Aparte del mantenimiento en el que he estado trabajando durante largas noches últimamente, la cubierta no se ha quitado ni una sola vez desde que murió.

No para mí, ni tampoco para Cam.

bait
poetry

Vuelvo a mirar hacia la casa y lo encuentro allí, mirándome por encima de la barandilla. Lo saludo con la mano y él me devuelve el saludo.

Señala el agua y yo le hago un gesto con el pulgar.

Había olvidado lo mucho que le gustaba esta piscina. Había olvidado todas las tardes que pasamos chapoteando aquí cuando hacía un buen tiempo. Incluso cuando no lo hacía.

Ha sido más fácil olvidar que sentir.

Compruebo que el filtro funciona bien y hago una última revisión del agua. Mi mantenimiento ha dado sus frutos. La piscina está perfectamente utilizable.

Cam salta por el salón mientras saco los viejos hinchables del armario de la piscina. Está agarrando su tortuga hinchable y sus brazaletes antes que pueda terminar de inflarlos.

—Muy bien, campeón. —Me río—. Dale a tu padre un minuto, ¿quieres? —Inclino la cabeza hacia la cocina—. Ve a pedirle a Serena que busque tu short corto.

Oigo a Serena intentando descifrar su mensaje mientras subo a ordenar mi propia ropa de piscina.

Saco un short corto y una toalla del tendedero. Me cambio rápidamente antes que el tiempo decida cambiar.

Cam está frustrado cuando vuelvo a bajar, Serena sacude la cabeza mientras intenta comunicarse.

—Necesita un short corto —le digo—. Para nadar. —Y entonces la más mínima intuición me golpea. Con fuerza. Mantengo mi voz fácil. Tranquila. Lo suficientemente firme como para que incluso yo apenas

note la tensión—. Podrías haberle preguntado, campeón. Ya habríamos bajado.

Serena le entrega un par del cesto de la ropa sucia. Resisto el impulso de saltar y ayudarlo a cambiarse.

Me contengo de felicitarlo por haberlo hecho él mismo, restándole importancia al asunto mientras salimos.

Hace mucho tiempo que no siento el sol en mi espalda desnuda. Hace mucho tiempo que mis cicatrices no ven la luz del día. Por primera vez en mucho tiempo apenas me molestan. Soy todo sonrisas mientras le pongo a Cameron sus brazaletes y tiro la tortuga al agua.

—Vamos, amigo —digo y me dejo caer en la parte poco profunda. Me tumbo de espaldas muy contento mientras Cameron baja los escalones por su cuenta. Se lanza al agua con una sonrisa y se balancea por un segundo hasta que encuentra sus pies.

Sabe nadar. Ha estado en esta piscina desde antes de poder caminar, aunque haya pasado un tiempo.

Ese conocimiento hace que sea más fácil para mí jugar a la calma mientras él nada en la parte más profunda. Persigue a la tortuga, pero la tortuga sigue moviéndose, siempre fuera de su alcance.

Me contengo. Me mantengo firme. Me reprimo para no agarrarla por él.

Se ríe en silencio mientras nada a lo largo de la piscina tras ella. Me mantengo fuera de su camino para dejarle vía libre, y algo sucede en el agua. Algo extraordinario.

Tal vez sea la familiaridad de tiempos más felices. Tal vez sea el reto de la persecución que lo distrae lo suficiente como para olvidar sus inhibiciones habituales.

Tal vez todo sea a su tiempo, como dijeron que sería.

Pero mis nervios se agudizan cuando lo oigo gruñir y agarrar esa gran tortuga verde. Mis pies están firmemente en el suelo mientras él extiende la mano hacia su aleta inflada y se agarra con fuerza.

Y mi corazón está en mi garganta mientras grita de triunfo cuando ya lo tiene en sus manos.

De tal palo, tal astilla.

—¡Buen trabajo, amigo! —le digo, y él sonríe. Hago lo posible por mantener mi voz ligera—. Ahora suéltalo y persíguelo de nuevo. A ver si puedes atraparlo por segunda vez.

Parece tan orgulloso de sí mismo, mi niño. Lo suelta alegremente y ve cómo la tortuga vuelve a balancearse por la piscina. Yo también lo observo, fingiendo que estoy en la carrera para atraparla yo mismo, y Cam acelera el paso, dando patadas con los pies como un soldado cuando cree que voy a robarle la gloria.

Me quedo atrás, fingiendo que me estoy esforzando.

—¡Vamos, campeón! Lo tienes!

Patadas, salpicaduras y concentración, esa sonrisa aún firme en su cara mientras nada.

Y entonces lo atrapa.

Lo atrapa en la esquina de la piscina y rodea con sus manos la cabeza de la tortuga. Y se ríe.

Mi hijo se ríe.

Mi corazón se eleva tanto que es jodidamente doloroso. Se me hace un nudo en la garganta que no puedo tragar, y una expresión inexpresiva como si no fuera gran cosa que él acabara de hacer un sonido.

—¡Gran trabajo! —le digo—. Bien hecho, Cam. Lo tienes.

Y se olvida de sí mismo.

Supongo que en ese momento de felicidad se olvida de todo. Señala las grandes aletas verdes de la tortuga y me mira a la cara, luego habla.

Dos simples palabras que cambian todo mi puto mundo.

—Es rápido.

Me salpico con agua para que no pueda ver las lágrimas. Finjo que estoy tosiendo agua y riendo mientras me acerco.

—Sí, amigo. Seguro que lo es. Pero tú eres más rápido. Nadas como un pez. —Hago una pausa—. ¿Recuerdas este juego, Cam?

No sé si él lo hace, pero yo sí. No se lo espera cuando golpeo mis manos en la superficie. No espera que le salpique el agua a borbotones.

No estoy seguro que sea realmente el recuerdo lo que le hace reírse a carcajadas, pero me da igual.

Me devuelve las salpicaduras, dándome patadas y bofetadas de agua por todo el cuerpo, y yo también me río.

Y entonces veo a Serena en la barandilla. La señalo y la saludo y Cam también lo hace.

—¿Le gritamos, Cam? ¿A ver si conseguimos que nos oiga? Quizás baje también si hacemos suficiente ruido.

No espero que se una a mí mientras grito su nombre.

Ella se tapa la boca con la mano mientras él lo hace.

Lo hago girar para que no pueda ver su sorpresa.

JADE WEST

bait

Y agradezco a mis putas estrellas de la suerte que Mariana se saliera con la suya con esta estúpida y maldita piscina.

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

VEINTINUEVE

El verano ha llenado sus venas de luz y su corazón se baña por el mediodía.

C. Day Lewis

ABIGAIL

Mi monstruo no viene por mí en toda la semana. Me divierto igualmente, planeando la barbacoa y bailando hasta que me duelan los pies en Diva's el jueves por la noche.

Solo miro el teléfono una vez al llegar a casa, pero cuando lo hago, hay un único mensaje esperándome.

Hace que mi corazón se dispare.

Pronto.

Eso es todo lo que dice.

Me preparo el sábado por la mañana con mucho ánimo y una sonrisa en la cara. Me peino con rizos con la ayuda de Sarah y me pongo mi precioso vestido nuevo, suspirando solo una vez en el espejo por la pena que no pueda verme así.

Y luego me voy.

i love how beautiful
you are when you hurt

Lauren y las chicas ya están en Castle Green cuando llego. El vino fluye libremente, el olor a carbón está en el aire y el clima se mantiene.

Todo es estupendo.

Jack se complace en presentarme a toda la gente que aún no he conocido de la otra oficina. Estrecho la mano, sonrío y me esfuerzo por asignar nombres a las caras, buscando entre la multitud a los clientes que debería reconocer, pero que aún no he conocido.

—Deja de trabajar —me dice Lauren cuando me presento a la quinta persona en la mesa de la ensalada—. Relájate, emborráchate, diviértete.

—Eres una vaga —le digo, y le saco la lengua.

—No —dice ella—. *Eres una maldita profesional*. Nos das mala fama al resto. —Me da un codazo de buen humor.

Ella tiene un punto. A pesar de todo el placer que he llegado a encontrar en la posición que agarré durante mi loco esfuerzo de reubicación, estoy empezando a pensar que es hora de un desafío mayor.

Me asombra que me sienta lista. Demonios, me sorprende que me haya levantado de mis rodillas con la cabeza en alto.

Por él.

Aplasto ese pensamiento.

No solo por él.

Por Lauren, Kelly, Jack. Por Sarah. Por las estúpidas noches en Divas y por aprender a disfrutar de las llamadas a casa de nuevo.

Por *mí*, también.

Estoy comiendo una hamburguesa cuando siento un pinchazo en la piel, lo suficientemente feliz con dos grandes vasos de vino blanco como para no sentir nada.

Me convenzo que estoy imaginando cosas cuando vislumbro una silueta familiar entre la multitud de la mesa de la rifa.

No.

No puede ser.

Pero lo es.

La voz de Kelly grita en mi oído antes que la de Lauren.

—¡No dijiste que lo ibas a traer!

Me vuelvo para mirar fijamente, aunque mi corazón late con fuerza.

Señala un grupo de clientes junto al quiosco de música.

—Ahí. Mira.

No veo nada, hasta que lo hago.

Y ahí está. Grande como la vida en la barbacoa de mí trabajo. Con un aspecto totalmente opuesto al de todos los presentes, aunque lleve un esmoquin.

Lleva un puto esmoquin.

Mierda.

Se ve jodidamente magnífico.

Mejor que magnífico.

Parece una pesadilla perfecta. Más oscuro de lo que nunca le he visto, incluso bajo el sol deslumbrante.

—Podrás reclamarme todo lo que tú quieras —dice Kelly—. Ese hombre es jodidamente delicioso.

—Realmente lo es —le digo, y luego sonrío—. Y además le cuelga como a un burro.

Los dejo con la boca abierta mientras dejo mi hamburguesa en una mesa y me dirijo directamente hacia la bestia.

Se encuentra conmigo a mitad de camino, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Qué haces aquí? —susurro, antes que pueda hablar.

—Dije pronto —me dice—. Esto es pronto.

—Y *esta* es mi barbacoa de trabajo. —No puedo ocultar la sonrisa—. Técnicamente solo para empleados, proveedores y clientes.

Mi barriga se agita cuando se inclina y presiona sus labios contra mi oído. Me encanta el sonido de su aliento.

—Y técnicamente soy un cliente. He pedido unos archivadores, puedes comprobar los registros.

Mis ojos se abren de par en par y los suyos se ríen.

—¿Eres un cliente?! ¿De Office Express?

—Como he dicho, puedes comprobar los registros.

Deja escapar una carcajada baja mientras agarro mi teléfono del bolso. Me tiemblan los dedos con una extraña excitación nerviosa mientras busco a mi registro de trabajo.

Archivadores... Malvern... últimos noventa días...

Obtengo algunas coincidencias. Nombres que reconozco. Algunos clientes que ya he visto hoy.

Y luego él.

Lo conozco.

Scott Brothers Logistics. Parque empresarial Enigma, Malvern. Busco los detalles del pedido. Leo Scott. Director General.

De. Ninguna. Jodida. Manera.

Me quedo con la boca abierta.

—Esa noche... —empiezo y él sonríe.

—Te dije que había encontrado uno de tus zapatos debajo de una camioneta. Omití el hecho que era mi camioneta. Pensé en guardarme ese pequeño detalle.

—Fui buscando...

—Y me encontraste. Solo que no lo sabías. Estaba justo ahí, pasé por delante de ti cuando volvías al estacionamiento.

—Y me seguiste —termino.

—Sí —dice—. Y cómo las piezas encajan tan bien juntas cuando todas aparecen a la vista.

—Ese era tu edificio... —susurro—. Me agarraste en tu propio edificio.

—Y borré las imágenes de seguridad después. Disfruté viendo eso de nuevo, te lo aseguro.

El vino me embriaga. Mis piernas se sienten como gelatina.

—Leo Scott.

—Encantado de conocerte —dice y me tiende la mano. Me parece ridículo agarrarla, pero lo hago. Miro fijamente sus dedos tatuados en los

míos. La rosa que reconocí en el mostrador de la gasolinera—. Así que ahora conoces algunos de mis secretos. —Sonríe—. ¿Qué se siente al conocer al monstruo de verdad?

—Es un buen comienzo. —Sonrío—. Me está gustando eso de descubrir los secretos.

—A ver si sigues sintiéndote así cuando tengas más información. Por cierto, estás increíble —dice, y mis mejillas arden—. Será una pena arrancarte ese vestido más tarde.

Mi clítoris hormiguea con tanta fuerza que aprieto los muslos.

—Tú también estás increíble.

—Puedo arreglarme —dice, y luego baja la voz. Sus ojos son oscuros y peligrosos, sus cejas pesadas—. Cuando la banda termine esta noche, te irás. No me buscarás. Te despedirás de tus amigos y te excusarás. Te irás por el camino de la Catedral y bajarás al viejo puente.

Estoy demasiado caliente para ocultarlo. Incluso mi voz gotea mientras hablo.

—¿Y hasta entonces?

Mi corazón da un salto cuando su mano se desliza en la mía.

—Y hasta entonces me presentas a todo el mundo. Hasta entonces nos divertimos como gente normal en una barbacoa de verano.

—¿Y cómo debo presentarte? —pregunto, casi sin atreverme a mirarlo a los ojos—. Como cliente, o...

Mi voz se interrumpe cuando él me rodea la cintura con su mano y me aprieta. Su mano está caliente a través del satén.

Tan caliente que me hace sentir un cosquilleo.

Hay tantos ojos puestos en mí. Sobre *nosotros*.

Tantos susurros, chismes y charlas sobre el hombre de negocios de aspecto siniestro a mi lado.

Y me encanta.

Nunca he estado tan feliz de estar expuesta como lo estoy junto a él.

—Creo que vamos con él o, ¿no? —dice.



PHOENIX

Me encanta verla así.

Está en su elemento y ni siquiera lo sabe. Es natural mientras trabaja en el evento. Es graciosa y vivaz mientras hace las presentaciones con mi mano apretada entre las suyas.

Nunca me he sentido tan feliz de estar en una exposición pública como lo estoy junto a ella.

Su vestido es una cortina perfecta de satén. Su cabello huele a coco y a horas de peinado. Su maquillaje es impecable incluso después de una hamburguesa grasienta.

Y ella es mía.

i love how beautiful
you are when you hurt

Aunque haya todo un puto rompecabezas de secretos aún por desempolvar entre nosotros, ella es mía.

Tengo la intención de mantenerla así.

Es el primer sábado de día que paso lejos de Cam y del trabajo en más de un año. En circunstancias normales, yo no estaría aquí, no con el negocio aun operando precariamente y el discurso de Cam intermitente en el mejor de los casos.

Pero estas no son circunstancias normales.

Tenía que verla así.

Tenía que estar aquí para verla brillar en su propio terreno.

No puedo esperar para mostrarle los destellos del mío más tarde.

Se pone nerviosa cuando la banda empieza a tocar y la noche se acerca. Está apretada a mi lado cuando nos reunimos en el quiosco. Mi mano está en su cadera y la suya encima, sus dedos entrelazados con los míos mientras mueve la cabeza al ritmo de la música.

Debería estar mirándolos, pero la estoy mirando a ella.

La lista de canciones dura una eternidad. Mi polla palpita por ella mucho antes que la banda termine.

La atraigo hacia mí entre canción y canción y me acurruco contra su culo mientras el público aplaude a los músicos en el escenario.

Siento que su respiración se acelera cuando se acerca a mí.

—*Pronto* —le recuerdo y ella asiente. Apoya la cabeza en mi hombro y mueve las caderas al ritmo de la música.

Me hace falta toda la contención para no arrastrarla detrás de una mesa y follarla hasta que oigan sus gritos por encima de la música.

Hago una mueca por el dolor en mis bolas cuando me aparto de ella y salgo.

Siento sus ojos en mí todo el camino mientras me retiro a los últimos rayos del sol de la tarde.

Mi camioneta me espera en el estacionamiento. Tomo la ruta que ya he trazado y entro en un espacio de corta estancia junto al viejo puente.

Salgo y me sitúo entre dos edificios, fuera de la vista de la carretera e invisible hasta el último momento desde la dirección en la que ella viajará.

Ella pasará por delante de mí sin ninguna pista, eso es con lo que cuento.

Y lo hace.

Llevo solo veinte minutos esperando cuando oigo sus tacones en mi dirección. Estoy preparado para recibirla cuando dobla la esquina y sigue por la calle sin darse cuenta.

Ni siquiera tiene tiempo de gritar cuando la agarro. Sus piernas apenas se agitan antes que la meta en el asiento trasero.

—Nada de preguntas —le digo antes de cerrar la puerta—. Si me preguntas a dónde vamos, te haré daño, ¿entendido?

Sus ojos se abren de par en par mientras asiente con la cabeza.

Doy un portazo y me subo de un salto al asiento del conductor. Voy al límite de velocidad mientras me dirijo a la carretera de Worcester con mi bonito trozo de cebo en el asiento trasero.

—No me mires, joder —gruño cuando capto su mirada en el retrovisor. Se deja caer de nuevo en el asiento—. Tampoco mires afuera. Irás a donde yo diga que vayamos y mantendrás la puta boca cerrada.

Me pregunto si todavía me tiene miedo. Me pregunto si todavía soy lo suficientemente malo como para ser su monstruo en la noche.

Haré que así sea.

Tomo una ruta panorámica hasta que la luz del sol comienza a desvanecerse. Cuando llego a la puerta de mi casa, ya ha anochecido.

No le doy ninguna indicación que vivo aquí, solo la arrastro desde el asiento trasero y la agarro con fuerza.

Está temblorosa cuando cruzamos la calle y tomamos el camino hacia la baliza. Su respiración es ronca cuando llegamos a la cima y aún sigo adelantándola.

Mi cisne negro mira con asombro la vista que hay abajo tan pronto como puede verla. Se acerca a la orilla para admirar las brillantes luces de una ciudad dormida.

La dejaría admirar un rato más si la bestia no estuviera ardiendo en mi vientre.

Se estremece cuando mi voz sale dura. Tiene los ojos desorbitados y muy abiertos cuando mira hacia atrás por encima del hombro.

—Corre —ladro—. Ahora.

Aspira y sale corriendo sin preguntar nada.

Es frenética pero lenta, con la falda en las manos mientras corre por el suelo irregular para despejar distancia.

Espero.

Observo hasta que tiene una buena ventaja. Hasta que se aleja en el camino y el sol piensa por fin en sumergirse en el horizonte.

Y entonces dejo salir a la bestia.

JADE WEST

bait
poetic

TREINTA

Se hacen grandes cosas cuando los hombres y las montañas se encuentran.

William Blake

ABIGAIL

Esa loca y salvaje emoción. El miedo que me recorre por dentro. Los aleteos, el nerviosismo y la hermosa descarga de adrenalina.

Lo siento todo.

Hace mucho viento aquí arriba. Está tan oscuro que apenas puedo ver mis manos delante de mí, escarbando en la oscuridad.

No hay nada delante. Solo terreno abierto. La hierba bajo mis pies y el mundo entero parpadeando abajo, es tan impresionante que me quitaría el aliento si me sobrara.

No puedo correr. Una caminata a trompicones es todo lo que puedo manejar. No tengo idea de hacia dónde me dirijo o qué tan lejos está él detrás de mí.

Escucho sus pisadas, pero lo único que siento es el viento.

El vino todavía está en mi sangre. No tengo frío, aunque mi cabello se agita y los pezones me escuecen bajo el vestido.

i love how beautiful
you are when you hurt

Mis tacones tocan de repente tierra firme. Una especie de camino. Granulado y con gravilla. Giro para comprobarlo, dando golpecitos con el pie a mí alrededor, pero en un instante he perdido la orientación. Estoy en la cima del mundo sin saber cómo he llegado hasta aquí. Intento encontrar una dirección, pero esta me lleva a un matorral. Unas ramas me arañan las piernas a través del vestido. Retrocedo, intento otra ruta, pero acabo en más de lo mismo.

Mi corazón se acelera de nuevo, sabiendo que debe estar acercándose. Escucho con atención, pero no oigo nada.

Tal vez lo he perdido.

No sé qué es más aterrador: la idea que se abalance sobre mí en la oscuridad o la idea de estar perdida durante la noche.

Maldigo cuando los helechos pinchan mi mano extendida, maldigo de nuevo cuando mi talón se hunde en el suelo blando.

Mierda.

E incluso en mi terror, me río. Incluso cuando la adrenalina late, mi alma se libera.

Me abro paso, me empujo, salgo a trompicones de la maleza y vuelvo a la hierba. Fijo mi mirada en un conjunto de luces en la distancia y las utilizo para mantener la concentración. Pasos lentos y firmes. Me muevo con un propósito. Seguir y seguir.

Y entonces veo las estrellas.

Son tan brillantes como las luces de abajo.

Todo un panorama de brillo. Todo para mí.

Me detengo.

Respiro.

Miro fijamente al universo.

No siento al monstruo a mi espalda hasta que está lo suficientemente cerca como para mordirme.

Su boca es lo primero que siento, labios calientes y dientes viciosos en mi hombro desnudo.

Sonrío mientras me duele. Mis dedos en su cabello mientras me desgarran el vestido por el escote. Mis tetas se estremecen por el frío cuando me desabrocha el sujetador y lo tira a un lado.

Un roce de sus dedos y mi vestido cae al suelo. Está estropeado.

No me importa.

Gimo cuando tira de mi cabeza hacia atrás. Chillo cuando me muerde la mandíbula. Su agarre es áspero en la piel fría. Sus besos son feroces en mi boca abierta.

Lo amo por todo eso.

Sé que va a romper mis bragas antes de hacerlo. Abro las piernas mientras sus manos se deslizan por mi estómago.

Estoy abierta de par en par mientras me abre y mete los dedos en uno. Mi clítoris late contra el frío antes que su pulgar presione con fuerza y haga círculos.

Enredo mi brazo alrededor de su cuello para mantener el equilibrio. Me balanceo sobre su mano para obtener más.

—Córrete para mí —gruñe—. Grita mi puto nombre a las estrellas.

—Más —gruño—. Dame más.

—Tu coño es una putita codiciosa —dice y me besa de nuevo.

Soy una putita codiciosa. Mis dedos en los suyos se lo dicen.

Más.

Quiero más.

Un estiramiento.

Un ardor.

—Fóllame —gimo—. Por favor.

Estoy desnuda y con la piel de gallina, sonriendo al cielo mientras mi monstruo hunde sus dedos tatuados hasta los nudillos.

Sé que puedo soportarlo. Mi cuerpo clama por el dolor.

Mis muslos están calientes con mi propia humedad mientras él libera sus dedos. Están mojados cuando aterrizan en mi estómago y me enganchan en sus brazos.

Apenas mantengo los tacones mientras me lleva. No tengo idea de hacia dónde nos dirigimos en la oscuridad, pero me aferro con fuerza y disfruto de cada respiración entrecortada.

—Vas a gritar mi puto nombre —susurra, y lo sé.

Da un paso hacia arriba. Sus pies pisan tierra firme.

Hay una repisa fría esperando mi trasero mientras me deja caer.

—Este es el punto más alto de las colinas —me dice mientras mis manos vuelven a explorar. Un pedestal circular.

Tiene sentido, es una especie de monumento.

Mis pies cuelgan sobre el borde. Su entrepierna se desplaza hacia delante y lo siento a través de su traje.

La altura perfecta.

Su aliento en mis labios. Sus dedos en el cinturón.

Mi alma en sus manos.

Mis piernas rodean su cintura por instinto. Me levanto sobre mis brazos mientras mi cabello se alborota.

Frota su polla contra mi abertura y me atrae hacia él.

Es mi propio peso el que me atraviesa.

Maldición.

—Tranquila —gruñe, pero no hay firmeza al respecto, no con mis brazos tensos detrás de mí y mis piernas luchando por agarrarse.

No me importa.

Tres barras se meten dentro de una estocada. Gimo y él también.

Mi espalda se arquea incluso cuando me duele. Mi coño se lo traga entero incluso mientras está maldiciendo.

—*Joder* —gruñe—. Te vas a desgarrar, joder.

—Despacio —siseo y muevo las caderas.

Sus brazos se deslizan bajo los míos. Me tira sobre él y toma mi peso.

Mi culo está inestable en el borde del monumento. Sus crestas se sienten deliciosas detrás de mi clítoris mientras me hace rebotar como un muñeco de trapo.

No es lento. No es constante.

Solo está mi coño resbaladizo y el monstruo de acero que me penetra.

Solo está su boca abierta sobre la mía y el viento en mis oídos.

—Grita mi puto nombre —gruñe.

Apenas recuerdo el mío.

Se desplaza con más fuerza. Me inclina hacia atrás hasta que grito.

Ahí.

Oh, mierda. *Ahí.*

—¡Fóllame! —gimo—. ¡Fóllame, Leo!

Sus dientes muerden mi mejilla en señal de protesta.

—Más fuerte.

—¡FÓLLAME!

—¡Grita mi puto nombre! —sisea, y yo sonrío.

—¡OH, MIERDA, LEO! FOLLAME!

—Buena chica —sisea.

—¡HAZLO! ¡FOLLAME, LEO! ¡HAZME TOMARLO!

Y, oh mierda, estoy al borde, retorciéndome, moviéndome y tragando saliva.

Mi coño se siente tan maltratado como para llorar durante una semana. Mi clítoris se hincha con fuerza al moler su vientre a través de su camisa.

—Voy a destrozar tu coño, Abigail —me dice—. Tu cuerpo va a aprender a soportarme. Va a rogar por mi polla.

Sonrío ante la esperanza.

Sí.

Es suficiente para mandarme al borde. Lo cabalgo hasta el fondo mientras sus empujones se vuelven frenéticos. Gimo en su chaqueta de traje mientras me llena, corriéndome sobre él mientras se corre dentro de mí.

Siento la mordedura del viento mucho más fuerte contra mi piel una vez que he terminado. Siento lo fuerte que es su respiración contra la mía mientras me deja caer de nuevo sobre mi culo.

Guarda su polla y todavía está inmaculado, un esmoquin para mi desnudez absoluta.

No puedo imaginar dónde están los restos de mi vestido. Sé muy bien que mi sujetador será el hallazgo afortunado de alguien cuando salga a pasear mañana.

—Eres tan hermosa —respira—. Me encanta lo hermosa que eres cuando te duele.

El agradecimiento suena estúpido incluso en mi cabeza, así que no digo nada.

Se quita la chaqueta del traje de los hombros y la coloca sobre el mío. Lo aprieto a mí alrededor y aflojo mi agarre en su cintura.

Me pongo de pie y él me abrocha el botón.

—Esto tendrá que servir —dice, y asiento con la cabeza. No me importa.

Me gusta estar en su chaqueta.

El blanco de su camisa es más fácil de ver a la luz de la luna. Es fácil seguirlo con mi mano en la suya.

Me lleva hacia abajo una vez que llegamos a lo empinado de la pista de la colina, sujetándome con fuerza mientras mi coño gotea sobre él.

Siento que gotea.

A él no parece importarle.

Las luces de la calle son un espectáculo agradable cuando regresamos a la carretera. Puedo hacerlo sola desde aquí, con las piernas temblorosas perfectamente capaces de llevarme al otro lado de la calle hasta la camioneta.

Miro a mi alrededor. Las casas son grandes aquí, construidas justo al borde de la colina.

No hay señales de vida. Nadie se pregunta qué hacemos aquí, detenidos tan aleatoriamente en mitad de la noche junto al jardín delantero de alguien.

Sus dedos rozan mi teta mientras recupera las llaves del bolsillo de su chaqueta. Estamos justo delante de un cartel de vigilancia vecinal, pero no hay nadie vigilándonos. Ni siquiera una cortina que se mueva mientras la alarma de su camioneta parpadea y suena.

Pies firmes. Está tan seguro.

Sabía exactamente dónde encontrarme.

Y dónde follarme.

Conoce este lugar.

Al igual que conocía el último.

El más pequeño destello de intuición, nada más. Es salvaje, pero lo sigo de todos modos.

—Vives aquí...

Sus ojos se fijan en los míos.

—¿Perdón?

Hago un gesto hacia la carretera.

—Vives aquí. Esta es tu calle.

JADE WEST

bait

Hace una pausa. Espera.

—Tengo razón, ¿no? ¿Esta es tu calle? —Doy vueltas en el sitio—. Debemos estar cerca. ¿Estamos cerca?

Fijo mis ojos en un lugar alto y viejo unos cuantos metros más abajo. Tal vez ese. O tal vez el lugar de ladrillos rojos de enfrente, pienso. Lo suficientemente lejos como para que no me dé cuenta.

Pero no.

Esboza una sonrisa sucia. Hace un gesto más allá de la camioneta, hacia la casa que está a nuestro lado.

—Estamos más que jodidamente cerca, Abigail. Estás parada en mi entrada.

I love how beautiful
you are when you hurt

TREINTA Y UNO

Del sufrimiento han surgido las almas más fuertes; los caracteres más masivos están marcados con cicatrices.

Khalil Gibran

ABIGAIL

Miro fijamente estupefacta la propiedad que tenemos ante nosotros.

—¿Esto es tuyo?

Asiente con la cabeza.

—Hogar, dulce hogar.

El lugar es precioso: ladrillos de época con grandes ventanas y una puerta de entrada arqueada. Los arbustos bordean el camino hasta la puerta. El cristal parece una vidriera, pero no puedo estar segura con esta luz.

—Es precioso.

—Lo es —Asiente. Se queda junto a la camioneta, con los ojos tan oscuros como siempre y la mandíbula tensa.

Emana tensión. Hace que mis nervios se disparen.

—Deberíamos irnos —le ofrezco, pero él da un paso adelante.

bait
poetic

—Quiero enseñarte algo. —Me toma la mano. Me agarra con fuerza.

Lo sigo en silencio, aterrada de romper el momento que estamos teniendo. Las revelaciones están rodando y no quiero que se detengan. Quiero conocer al hombre detrás del monstruo, mirar las sombras detrás de sus ojos y descubrir los secretos allí.

Me guía por el costado de la casa, abre una puerta y entra. Estoy emocionada. Nerviosa. Mi corazón palpita con cada paso. Pulsa un interruptor en la pared y todo el lugar cobra vida frente a mí.

No puedo ni respirar.

Estamos en el borde de un balcón mirando por encima de las barandillas de hierro forjado. La vista es impresionante, igual que en las colinas. Solo que esta vez hay un nivel más abajo, y ese nivel tiene una piscina. Está salpicada de luces de ambiente doradas. El agua brilla como si respirara.

—Guau —digo—. Simplemente... wow...

No dice nada.

—¿Todo esto es tuyo?

—Lo hice instalar hace unos años.

—Es increíble. —No puedo contener una sonrisa, no puedo evitar querer un baño en la oscuridad.

Él lo sabe.

—Adelante —dice y me hace un gesto para que baje los escalones.

Me agarro con fuerza a la barandilla mientras bajo.

—¿Bañarme desnuda? ¿Quieres que me bañe desnuda?

Sé que está sonriendo detrás de mí.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait
poetry

—A menos que quieras nadar con mi chaqueta.

—Quizás deberías dejar de arrancarme la ropa. —Me río.

—Eso no va a pasar.

Oh, cómo sonrío.

Miro a mi alrededor antes de lanzarme. Hay una luz encendida en una casa vecina muy por encima, pero ninguna otra señal de vida.

—¿Te unes a mí? —pregunto mientras desliza su chaqueta de mis hombros. Sonríe mientras la cuelga de una barandilla.

—Esta noche no.

Mi corazón se desploma.

Tiene que hacerlo.

La piscina no tiene ninguna barrera en el otro lado, solo una suave cornisa que da a la nada. Me imagino nadando hasta la caída, contemplando el mundo iluminado por la luna.

—Vamos —protesto, y él sonrío.

—Mete tu bonito culo en el agua antes que te tire yo mismo.

—¿Es eso una amenaza?

—Una promesa.

Un momento eléctrico, yo desnuda ante todo el mundo, desnuda en su jardín trasero mientras él mira desde las sombras. Y entonces se mueve. Rápidamente.

Me levanta antes que pueda correr. Su mano me tapa la boca, como siempre, pero esta vez no me lo pone fácil. Me quito los tacones de un golpe y mis brazos vuelven a rodear sus hombros para agarrarme a él.

i love how beautiful
you are when you hurt

Elijo el momento perfecto cuando llega al borde de la piscina. Mis pies se enganchan a sus piernas y se sujetan. No lo suelto cuando me deja caer.

No le suelto mientras lucha por mantener el equilibrio, tambaleándose sobre la orilla.

Por favor, Dios.

Funciona.

Mi alma golpea en el aire mientras derribo al monstruo. La sorpresa era mi única ventaja real. Dudo que vuelva a tenerla de mi lado.

Pero no importa.

No pasa nada, porque mientras nado con fuerza en esa hermosa agua, él cae justo detrás de mí.

Se recupera en el último segundo, y se las arregla para agarrarse al borde antes de hundirse. Volvería a salir si no fuera por un momento de valentía impulsiva que me hace lanzar mi cuerpo mojado hacia el suyo y rodear su cuello con mis brazos.

—Por favor —susurro—. Quédate conmigo.

Mis tetas se aplastan contra su pecho y mojan toda su camiseta. Está ridículamente rígido, con los músculos tensos mientras soporta mi peso y el suyo.

Se baja lentamente. Con cuidado. Mi boca está sobre la suya antes que pueda protestar.

Me devuelve el beso mientras sus pies tocan el fondo.

Esta vez no me frustraré. Mi valentía no conoce límites. Mis dedos son un relámpago en los botones de su camisa, buscando su piel desnuda. Le

aflojo la pajarita y mis manos se deslizan por su pecho desnudo en señal de victoria.

Rompo el beso con una sonrisa. Me alejo lo suficiente para mirarlo.

Está tatuado desde los pectorales hasta la garganta. Un despliegue monocromático de puro brillo. Me quedo boquiabierta.

Nunca he visto a nadie tan esculpido. Nunca había visto surcos de carne dura tan perfectas como las que tiene él.

—Eres increíble... —susurro, pero su expresión es sombría.

Se empuja a través de la piscina hacia el borde que no lleva a ninguna parte, y hay algo muy malo aquí. Lo suficientemente mal como para que se me corte la respiración.

Estoy contemplando la vista más hermosa que he visto nunca. El hombre más hermoso que he visto nunca, pálido a la luz de la luna, en el más glorioso estado de desnudez mientras el agua brilla. Hay todo un universo de estrellas detrás de él mientras el mundo se desvanece.

Pero todo se siente mal.

Se siente tan mal.

Me quedo atrás, dejándome caer en el agua hasta que mi cabello se abanica a mí alrededor. Espero que luche contra los demonios a los que se enfrenta, rezando para que salga del otro lado y siga queriendo conocerme.

Ahora mismo no estoy tan segura.

No estoy segura de nada.

Parece torturado. Destrozado.

Acosado por demonios peores que cualquiera que haya visto en mis pesadillas.

Recuerdo nuestra conversación inicial en línea. Parece que fue hace tanto tiempo.

Amé mucho. Perdí con más fuerza.

Al igual que yo.

La pregunta está en el aire, igual que entonces. La misma pregunta que aterrizó en mi bandeja de entrada entre los idiotas en busca de un polvo barato.

La que yo le respondí.

La que él nunca contestó realmente.

Secretos.

Puedo oír cómo se retuercen.

Tomo aire. Reclamo hasta la última pizca de valentía que me queda.

Y entonces le pregunto, mi aliento apenas es más que un susurro a la luz de la luna.

—¿Qué te ha pasado?



bait
PHOENIX

—Amé con fuerza. Perdí con más fuerza.

Mis palabras son instantáneas. Mi respuesta es muy vaga.

Estoy abriendo la trampilla y mirando los secretos justo en sus caras retorcidas, sin saber cuál sacar primero.

Odio la forma en que se siente tan lejos, sus ojos tan tristes mientras me mira.

Siento la respiración entrecortada. Me siento como si estuviera al borde de una confesión, por pecados que ni siquiera estoy seguro que sean míos.

—Jake y yo, mi hermano, teníamos una empresa de transportes. —Empiezo, luego me corrijo—. *Tengo* una empresa de transportes. Mariana apareció de la nada. Paseando por el campo. Salvaje. Buscando algo que no estaba segura de estar buscando. Nos encontró.

La miro a los ojos.

—Ella me encontró.

Abigail asiente. El agua se ondula cuando empieza a caminar. Se apoya en la cornisa a poca distancia. Parecen kilómetros.

—¿Ella es la que perdiste? —pregunta.

—La perdí mucho antes que se fuera —admito—. Éramos enemigos compartiendo la cama como amantes. Al final, no estaba seguro de si quería follarme o matarme. Probablemente ambas cosas.

i love how beautiful
you are when you hurt

Ella sonríe.

—Turbulento, entonces.

—Fue como montar un tornado. Un paseo de puto caos.

—¿Pero te agarraste bastante bien?

—Hasta el final —digo.

—¿Te dejó?

—En una forma. —Tomo otro respiro—. Ella falleció hace poco más de un año.

—Lo siento mucho —dice, y lo hace. Ella parece mortificada.

—Falleció no es el término correcto —aclaro—. “Fallecer” es una frase suave. Sutil. Cómo deslizarse bajo el agua. Como dormirse y no despertarse nunca. Lo que le ocurrió a Mariana no fue suave. —Sus gritos resuenan en mis oídos. Mis puños se cierran bajo el agua—. Hubo un incendio en el almacén. Estábamos almacenando productos químicos para un cliente en Huddersfield, un lote entero de ellos listo para ser transportado a Dover. Todo el maldito lote explotó. Fue un maldito infierno. Tan feroz que los rociadores no pudieron contenerlo.

Sus ojos se abren de par en par cuando intuye lo que voy a decir.

—Mariana estaba allí. También Jake. —Se me corta la respiración—. El lugar ya estaba ardiendo cuando llegué. Dicen que fue una explosión. Voló el techo. Fue como entrar en un túnel de llamas. —Hago un gesto por encima de mi cabeza, viéndolas allí mismo, el calor en mi piel—. Lamían el techo, se movían como si estuvieran vivos, un manto de llamas. El calor... —Tomo aire—. Jake debe haber estado en el muelle de carga. La primera explosión lo hizo volar. Su cabeza golpeó el hormigón al aterrizar. Apenas estaba consciente cuando lo alcancé. Lo arrastré fuera de allí mientras sus pies se incendiaban. —Levanto las palmas de

las manos—. Apagué las llamas con mis propias manos. Sus zapatos se estaban derritiendo. Perdió casi toda la piel de los talones.

Ella sacude la cabeza mientras continúo.

—Me gritaba todo el camino. Suplicándome que rescatara a Mariana primero. —Se me corta la voz—. Pero es mi hermano... No podía...

—Lo salvaste —susurra.

—Si se puede llamar así. —Sacudo la cabeza—. Cuando volví a entrar, todo el lugar estaba destruido. La explosión debió bloquear la puerta de acceso a la tienda. Las otras salidas estaban en llamas. Ella estaba ahí dentro...

Oigo cómo se le corta la respiración.

—Estaba justo al otro lado de esa puerta, y estaba tan jodidamente asustada. —Cierro los ojos—. Le dije que llegaría hasta ella. Le prometí que llegaría hasta ella. Teníamos esta estantería, enormes plataformas de acero hasta el techo. Una de las bahías cayó cuando sonaron los tambores y bloquearon la puerta. Ella no podía moverlo. Ni siquiera podía intentarlo. Hacía demasiado calor para tocarlo, dijo. *Todo estaba demasiado caliente para tocarlo.*

Me señalo el hombro sin siquiera pensarlo.

—La puerta era pesada, ardía como una plancha. La empujé con todo lo que tenía. Aun así, no pude abrirla más que un centímetro. Le dije que volviera, que corriera, pero no tenía adónde ir. El puto mundo entero ardía a mí alrededor y no podía atravesar esa puerta, no por mi maldita vida. Mi piel... —Me tomo un momento. Un jodido y largo momento—. Todavía puedo olerla. Todavía oigo sus gritos. —Se me revuelven el estómago—. ¿Sabes lo último que me dijo?

Sacude la cabeza.

—Me rogó que no la dejara morir allí. Gritó que no quería quemarse.

Tengo que apartar la mirada mientras Abigail se limpia las lágrimas de los ojos.

Mi corazón se rompe de nuevo al recordar.

—Estaba tan jodidamente asustada. Yo también lo estaba. Le prometí que no la dejaría. Juré que llegaría hasta ella. Le dije que aguantara, que iría por ella.

Miro fijamente al cielo mientras termino el resto.

—La segunda explosión se llevó la pared. Es lo último que recuerdo. No recuperé la conciencia hasta que ya estaba fuera. Los destellos de las sirenas me hacían daño a los ojos. Mi garganta. —Puse mis dedos contra mi tráquea—. Me dolía tanto hasta respirar, joder, y gritaba por ella, luchando por volver a entrar, incluso mientras me sujetaban.

—No la sacaron —dice, y no es una pregunta.

Sacudo la cabeza.

—Dicen que eso habría sido lo último que ella sintió. Esa explosión habría sido el final. —Me apoyo de nuevo en la cornisa. Lucho por mantenerme firme—. Jake dice que si hubiera llegado antes a esa puerta... si no lo hubiera sacado primero...

—No.

—Dice que habría tenido más tiempo... que podría haber llegado hasta ella... podría haber arrancado de las bisagras, atravesarla con una puta camioneta...

—No —dice ella de nuevo—. No lo creo.

Y yo tampoco estoy seguro de creerlo. Ya no.

La miro directamente a la cara.

—Tengo cicatrices. Principalmente en el hombro. También en la espalda. Son malas. Profundas. —Ella lucha por contener las lágrimas. Asiente—. No quería...

—No querías que yo viviera. —Termina por mí.

—No hablo de ello. No es un tema de conversación. —Me siento tan jodidamente mal por dentro mientras intento explicarme—. Las cicatrices no están solo aquí. —Me señalo la espalda—. También están dentro. Culpa. El odio.

—Lo que pasaste... —dice ella—. No puedo imaginar...

—No quieres imaginarlo.

—Tu hermano —pregunta ella—. ¿Estaba bien?

—Físicamente.

Ella asiente con la cabeza.

—Ya no nos hablamos. Me odia. Me culpa de todo. Me culpa que ella esté allí. Me culpa por haberlo salvado primero.

—¿Cómo puede culparte por lo que pasó? —dice ella—. Fue un simple accidente. Un accidente horrible.

—Eso es lo que pasa —digo, y sus ojos se abren de par en par—. No estoy tan seguro que lo fuera.

TREINTA Y DOS

Mi anhelo por la verdad era una sola oración.

Edith Stein

ABIGAIL

Las partes rotas de mi corazón sangran, y todo es por él.

Por el amor que perdió.

Las cicatrices que lleva.

La tristeza en sus ojos mientras revive todo esto por mí.

—¿No fue un accidente? —pregunto, odiándome por insistir.

—No lo sé —dice—. Todavía tienen que dar el veredicto absoluto. Hay indicios que fue eléctrico. Puede haber sido una desafortunada combinación de un bote químico defectuoso y una chispa de uno de los generadores. Se quemó a tal temperatura que es difícil de determinar. Hay muchos factores que analizar, y muchas de las pruebas fueron incineradas. Tuvieron que identificar a Mariana por sus dientes. Oficialmente, quiero decir.

Odio la forma en que me estremezco cuando me lo dice.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Lo siento —dice.

Sacudo la cabeza.

—No lo sientas. Es increíble que sigas vivo. —Me acerco un poco más—. Si fue eléctrico, seguro que es un accidente.

Esboza una triste sonrisa.

—El incendio ocurrió a medianoche. Dos personas en ese edificio, Jake y Mariana.

—Eso es bastante tarde para estar trabajando —comento.

—Habíamos tenido una discusión —dice y mi estómago se tensa—. Me escupió y me dijo que se iba. La habría perseguido... pero... —Deja de hablar—. Siempre la perseguía. Teníamos una... dinámica...

Asiento. Sé exactamente a qué se refiere.

—De todos modos. No la perseguí esa noche. No pude. —Me mira directamente, y hay más. Sé que lo hay. Lo que sea se aleja antes que lo exprese—. No la perseguí. Me juré que ya había tenido suficiente.

—¿Y terminó en el almacén? ¿Con Jake? ¿No es extraño?

—Eso no me sorprende. La verdad es que no. Pero el resto no tiene sentido, no si fue un accidente. Verás, las tinas de productos químicos estaban almacenadas en el otro extremo del almacén. Somos cuidadosos con las normas contra incendios, siempre lo hemos sido. Cuando el lugar se levantó, estaban en el extremo superior por el muelle de carga. Podrías decir que tal vez alguien los movió antes para cargar, pero eso no tiene sentido. No estaba en los registros.

—¿Mariana los movió ella misma?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Ella o Jake. O ambos.

—¿Pero por qué?

—No tengo idea —me dice—. No, a menos que estuvieran planeando quemar el lugar.

—¿Crees que lo hacían?

—Esa es la pregunta del millón. —Vuelve a encogerse de hombros—. Mariana era salvaje. Imprevisible. Odiaba el negocio, decía que me convertía en un adicto al trabajo, decía que era un tigre en una jaula, desesperada por correr libre. —Desvía la mirada, toma aire—. A veces pienso que tal vez intentaba castigarme, quemar lo que creía que yo apreciaba.

—Parece drástico... —le ofrezco.

—Y desafortunado. Una olla hirviendo de desafortunadas coincidencias. Los productos químicos amontonados en ese ridículo lugar, para empezar. Luego estaba el hecho que otro de nuestros clientes era un proveedor de camas para animales. El serrín apretado en una estantería alta creó una explosión de polvo de proporciones épicas. —Suspira—. Lo saben todo menos cómo empezó. Según nuestra documentación oficial, los procedimientos de riesgo de incendio se siguieron al pie de la letra. Mariana ni siquiera era empleada oficial cuando se produjo el incendio. Les ha costado asignar alguna responsabilidad, pero por la misma razón no parecen poder descartar definitivamente un incendio provocado. —Vuelve a suspirar—. Por otra parte, nadie parece estar dispuesto a descartar esto como un accidente extraño, tampoco. En realidad, nadie lo sabe.

Lo pienso bien.

—¿Y tu hermano? ¿Qué dice?

—Amnesia. Sospecho que es selectiva.

Su tono es amargo y pienso que es mejor no entrometerme demasiado en esa dirección.

Cuando vuelve a suspirar oigo lo tenso que está su pecho. Lo mucho que le duele.

Noto cómo tiene los puños cerrados bajo el agua.

Mi estómago se revuelve como si estuviera cayendo. Me duele el corazón al intentar comprender cómo se siente.

—¿Qué tal los secretos? —pregunta—. ¿Suficiente?

Qué dolor. Un dolor tan horrible.

Pienso en ella, en Mariana. En sus últimos momentos. De estar atrapada detrás de esa puerta con las llamas viniendo por ella.

En la desesperación.

Está rígido cuando voy hacia él. Cada músculo se tensa mientras aprieto mi cuerpo contra el suyo y lo abrazo con fuerza. Mi cuerpo se siente tan suave contra su firmeza. Mis músculos se amoldan a los suyos, piel con piel. Mi cara en su cuello mientras respiro.

—Lo siento mucho —susurro y él se estremece.

Me agarro un poco más fuerte, desollando mi alma viva contra sus bordes irregulares hasta que se posan con facilidad. Toma aire. Retengo el mío.

Mi ruptura se siente tierna contra la suya. Me siento tan pequeña contra él.

Y entonces me abraza. Me envuelve en brazos tan enormes que podrían aplastarme viva, pero me aprietan lo justo.

bait
poetry

Apoyo mi frente contra la suya, miro fijamente los ojos que me persiguen en mis sueños. Veo sus pesadillas mirándome fijamente.

—Yo era su monstruo —susurra—. La destruyó.

—La amabas —le digo—. Justo hasta el final.

—Solo ten cuidado que el monstruo no te destruya a ti también.

—No quiero tener *cuidado* —le digo—. Solo te quiero a ti.

—Menos mal —dice—. Porque ahora es a ti a quien persigo en la oscuridad.

Sus labios se unen a los míos tan lentamente. Me quita el aliento mientras me abraza con fuerza.

Y entonces mira más allá de mí, hacia la casa de arriba. Hay una luz encendida cuando giro la cabeza. Una cortina se mueve.

Responde antes que pueda preguntar.

—Mi hermana —dice.

—Estoy totalmente desnuda —digo, como si fuera necesario señalarlo.

Eso lo hace sonreír un poco.

—Eso viene con el territorio.

Le devuelvo la sonrisa.

—No estoy segura que a tu hermana le impresione encontrar a una extraña desnuda en tu jardín. No es una buena primera impresión.

Inclina la cabeza.

—Puede que tengas razón. Supongo que tendremos que retomar la desnudez en la piscina otro día.

i love how beautiful
you are when you hurt

Asiento.

—Creo que sería sensato dejarlo para otro día, sí.

Sonrío contra su boca mientras sus labios se unen a los míos.

—Vamos a llevarte a casa —dice.



PHOENIX

Salgo del agua primero. Mi chaqueta me espera mientras ella sale después de mí.

Recoge sus zapatos y opta por ir descalza.

Estoy empapado hasta los huesos, goteando agua por todo el camino. Le doy las llaves de mi camioneta y le digo que volveré en un minuto.

Ella asiente y sonrío.

Me alivia que todavía tenga una sonrisa para mí después de todo lo que he dicho esta noche.

Me deshago de mi ropa en el porche. Serena se dirige a la cocina mientras me pongo un bóxer recién sacado de la lavandería.

—¿No vas a presentarnos? —dice.

Sonrío.

—No cree que su desnudez dé la mejor primera impresión.

Serena pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasó con su ropa?

—No preguntes.

Ya me conoce lo suficiente como para creer en mi palabra.

—Cam me pidió una historia esta noche —me dice.

Sonrío.

—Es una gran noticia. Está mejorando.

—Tres frases completas hoy.

Asiento

. —Todo a su debido tiempo. El chico es un campeón. No podremos callarlo en unos meses, espera y verás.

Hace un gesto hacia la puerta.

—¿Cuándo los vas a presentar?

—¿Abigail y Cameron?

—A menos que tengas alguna otra novia de la que no me hayas hablado.

Me pongo el pantalón.

—Ella aún no sabe sobre Cameron

Se queda boquiabierta.

—¿No sabe que tienes un hijo?! Eso es algo muy importante en una presentación, ¿no crees?

—Nuestra presentación no fue especialmente convencional —admito. La miro a los ojos—. Se lo diré. Pronto.

—¿Y luego los presentarás?

Tiro de una camisa, luego la acerco lo suficiente para besar su cabeza.

—Todo a su tiempo.

Me da una palmada en el brazo.

—Lleva a la chica a casa, termina lo que empezaste en la piscina. Dile que traiga ropa la próxima vez.

No tiene idea de lo que empezamos en la piscina, pero tiene más razón de la que cree.

Hay mucho más que terminar.

Mucho más que decir.

Ella ya se dirige a la cama cuando cierro la puerta detrás de mí.

Abigail está esperando en la camioneta. Su mano se desliza hacia la mía mientras subo.

—Gracias por los secretos.

—Gracias por escucharlos. Hace tiempo que alguien no se preocupaba lo suficiente por escuchar.

Me alejo de la casa y giro hacia Hereford. Conducimos en silencio la mayor parte del camino.

Su mano se posa en mi muslo y, a pesar de todas las horribles palabras que he pronunciado esta noche, sigo estando duro por ella.

Más jodidamente duro para ella que nunca, al parecer.

Supongo que la sensación de mortalidad hace maravillas con el impulso de procrear.

Hay una facilidad entre nosotros que no existía antes. Una cercanía en el dolor. Su tristeza se une a la mía.

Ahora que le he contado mis secretos, tengo aún más curiosidad por los suyos.

Me pregunto si esto podría ser realmente algo, ella y yo. Me pregunto si sus piezas encajarán con las mías como no lo hicieron las de Mariana.

Me detengo en mi sitio habitual cuando llegamos al suyo.

Cubre su desnudez lo mejor que puede mientras baja de la camioneta. Mi chaqueta la sumerge y se mueve con torpeza.

—No tienes que entrar —dice—. Si es demasiado, quiero decir.

—¿Estoy invitado?

Ella sonríe.

—Eso no suele retenerte. Espero que no estés perdiendo la mordacidad.

—Estaba siendo educado —le digo con una sonrisa—. Podrías decir que no. Me metería por la ventana y haría que te arrepintieras.

—Supongo que debería ahorrarnos la molestia a los dos —dice, y desliza su mano en la mía.

Enciende las luces del pasillo mientras cierro la puerta tras de mí.

Mi chaqueta está fuera de sus hombros incluso antes que se le caiga el bolso.

Mi boca es feroz. Desesperada.

Su cuerpo está necesitado cuando enredo sus piernas alrededor de mi cintura y la sujeto contra la pared.

Mi pulgar roza sus tiernos pezones. Su piel sigue húmeda, incluso después del viaje.

La acompaño hasta el dormitorio y abro la puerta de un empujón.

La dejo caer directamente sobre la cama y me dejo caer encima de ella. En un abrir y cerrar de ojos.

—Has invocado a un monstruo de la oscuridad —gruño—. ¿Es todo lo que esperabas?

—Más de lo que esperaba —susurra—. Pero esta noche quiero ver al monstruo en la luz.

Enciende la lámpara antes que pueda protestar. Sus dedos están bajo mi camisa antes que pueda detenerla.

Me estremezco cuando las yemas de sus dedos rozan la piel nudosa.

—Déjame verte. —Tiene los ojos muy abiertos—. Por favor, déjame ver.

—Mis cicatrices son horribles —le digo, pero ella niega con la cabeza.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —susurra—. Incluso tus cicatrices serán hermosas.

Oh mierda, cómo lo siento en mis entrañas.

Esta dulce sirenita de las profundidades, abriendo mis llagas y besándolas. Haciendo que me sienta vivo de nuevo.

Completo de nuevo.

Se siente extraño desnudarse para ella. Es extraño ver su asombro mientras recorre con sus dedos mis tatuajes.

—Tantos —susurra.

—Un montón de secretos más —le digo—. Cada uno cuenta una historia. Algunas más felices que otras.

—Quiero oírlas todas. —Sonríe—. Quiero saberlo todo.

Se retuerce debajo de mí incluso cuando su boca está en la mía. Es tentador mantenerla firme y hacer que apacigüe el latido de mi puta polla, pero no lo hago. La dejo subir. Se arrodilla ante mí, ojo a ojo, antes de bajar la cabeza.

Es muy cuidadosa mientras me besa la clavícula y me recorre la espalda con los dedos. Me pica la piel, pero se lo permito. Hoy no me resisto.

—¿Puedo? —me pregunta.

Me encanta que pida permiso.

Estoy tentado de decir que no, solo para oírla suplicar.

Pero no lo hago.

Esta noche no.

—Puedes tener todo lo que quieras —le digo—. Solo tienes que saber que yo lo tomaré todo a cambio.

Ella sonríe contra mi cuello. Sus dedos son suaves en mi cabello.

—Mi todo, ya es tuyo —dice—. Solo que no estaba segura que lo quisieras.

Oh, cómo lo quiero, joder.

Cierro los ojos mientras ella se mueve detrás de mí.

TREINTA Y TRES

Lloré y pensarías que estaría mejor por eso, pero la tristeza duerme y permanece en mi columna por el resto de mi vida.

Conor Oberst

ABIGAIL

Me digo que estoy preparada para esto. Pero no lo estoy.

No estoy preparada para la forma en que sus cicatrices me quitan el aliento, ni para la forma en que mi corazón estalla ante la realidad de su dolor. No estoy preparada para el modo en que quiero estrechar sus heridas contra mi pecho y no soltarlas nunca.

—Todavía siento que me arde a veces —dice—. Supongo que siempre lo haré.

Mis dedos bailan por su columna y mi boca los sigue. Se estremece cuando mis labios besan su piel arruinada.

Quiero decirle cómo lo consigo. Quiero contarle cómo me despierto algunas mañanas convencida que la sangre todavía corre por mis muslos más rápido de lo que puedo limpiar. Cómo todavía siento los calambres mientras sangro en la camilla del hospital.

i love how beautiful
you are when you hurt

Cómo todavía recuerdo el momento en que el bebé en mi vientre se derramó como despojos en el piso del hospital mientras trataba de subirme al inodoro.

Pero no digo nada. No cuando mis dedos recorren la piel tensa de su hombro y bajan por su brazo. No mientras beso las marcas que el fuego ha dejado en él, amándolas tanto como el resto de su cuerpo.

—¿Es tan horrible como pensabas? —pregunta.

—Nunca pensé que lo fuera. Tus cicatrices son tan hermosas como el resto de ti.

Se ríe.

—Esa es una gran afirmación

—Realmente no pensaste que me ibas a asustar tan fácilmente, ¿verdad?

Se gira para mirarme.

—No. No lo pensé.

Sonrío.

—Me gusta un poco esta cosa de luces encendidas. Tal vez podamos mantenerlo funcionando.

—Quizás debería empezar a perseguirte a la luz del día.

Levanto una ceja.

—Tal vez.

—Ten cuidado con lo que desees. Podrías acabar desnuda delante de tus amigos en tu próxima barbacoa.

—Primero tendrías que atraparme. —Saco la lengua.

bait
poetic

Grito cuando él se abalanza, volteándome para inmovilizarme antes que me haya movido una pulgada.

—No he tenido problemas para atraparte hasta ahora.

—Hay tiempo —susurro.

—Todo el tiempo del mundo —dice y mi vientre se agita con tanta fuerza que podría volar.

Me retuerzo para liberar mis manos y él me da suficiente margen para deslizar mis dedos por la parte trasera de su pantalón.

—Te quiero desnudo —le digo.

—Quiero tu bonita boca alrededor de mi polla —me responde.

Me arrodillo y espero mientras él se levanta. Me quedo con la boca abierta cuando se baja el pantalón y presenta a la bestia para que la vea.

Tiene los dedos apretados alrededor de la polla, igual que en la foto. Las púas brillan a la luz de la lámpara mientras sube y baja el puño.

Es monstruosamente hermoso. Mis dedos se ven diminutos cuando los envuelve alrededor de su base.

Me encanta cómo se sienten sus piercings contra mi pulgar. Las protuberancias de metal bajo su piel se sienten extrañas. Me cortan los dientes mientras lo succiono en mi boca.

—Buena chica —dice, y enreda sus dedos en mi cabello.

De un solo empujón, me convierto en una ruina. Mi garganta se agita por la presión que ejerce cuando él empuja hasta el fondo.

Pero lo acepto.

Siempre lo aceptaré.

i love how beautiful
you are when you hurt

bait
poetic

Hay una ternura en la forma en que su pulgar roza mi mejilla. Hay una calidez en sus ojos cuando me mira fijamente, incluso cuando me ahogo y balbuceo.

Se aparta cuando siento que me aprieta la garganta. Los golpes me hacen cosquillas en la lengua.

—Ahora quiero verlo todo —dice—. De espaldas, abre ese pequeño coño hambriento para mí.

Cómo me gusta su puta boca sucia.

No lo dudo, separando mis piernas todo lo que puedo y abriendo mi coño con mis dedos. Mi clítoris está hinchado, chispea mientras él lo mira.

Se arrodilla y se acerca, tirando de mí hasta que mi culo cuelga del borde de la cama. La altura perfecta.

Envuelve una mano alrededor de la parte de atrás de mi cuello y me sostiene.

—Quiero que veas esto —dice, y yo también.

Grito en el glorioso momento en que su cabeza se sumerge en mi interior. Es divino ver cómo la introduce, centímetro a centímetro.

Observo cada empuje. Gruño como una sucia puta mientras me folla profundamente.

Mantengo mis dedos abiertos, mi pulgar rozando mi clítoris lo suficiente como para volverme jodidamente loca.

Me corro mucho antes que él, y de nuevo antes que haya empezado a sudar.

Me vuelvo loca mientras él gira sus caderas y sus crestas presionan profundamente. Le pido más aunque me duela.

i love how beautiful
you are when you hurt

Su frente está pegada a la mía mientras maldice y se corre.

Se mantiene profundo mientras entra dentro de mí, sus ojos fijos en los míos mientras recupera el aliento.

Y deseo...

No debería, pero lo deseo...

Desearía que el bebé hubiera sido suyo.

La revelación es suficiente para dejarme sin aliento. Me duele el vientre al recordar que esa noche perdí la mitad de mí.

—¿Qué pasa? —pregunta, y yo niego con la cabeza. No se inmuta—. ¿Qué pasa?

Tomo un respiro mientras él sale de mí. Mis labios están en los suyos mientras me empuja más arriba de la cama y se sube para unirse a mí.

—No es nada —miento mientras él rompe el beso y viene a tumbarse a mi lado.

Su mano está en mi vientre, su barbilla en mi hombro y su semilla está dentro de mí.

Pero no importa.

No importa cuántas veces se corra dentro de mí.

Cuántas veces me estremece el recuerdo de tener una nueva vida creciendo dentro de mí. De hablar con una personita que nunca nacerá. De prometerles que estaremos bien por nuestra cuenta, al margen de Stephen.

Nunca sucederá.

Porque mis cicatrices son profundas.

Crudas aunque no se vean.

El corazón de Leo es tan fuerte contra mis costillas. Su respiración es constante.

—¿Piensas en él? —me pregunta, sin un ápice de celos.

Niego con la cabeza.

—En él, no. Es un imbécil. No me importaría no volver a verlo.

Toma aire.

—Esta noche es una noche para los secretos, Abigail. Tanto los tuyos como los míos.

Sonrío, pero es una sonrisa triste.

—He perdido un bebé —le digo, aunque él ya lo sabe.

Sus brazos me envuelven y me abrazan con fuerza.

—¿Estabas preparada para ser madre?

—No —digo, deseando que mi risa suene más convincente—. Quiero decir, sí, pero no. No sé si funciona así, si un día te levantas y sabes que estás preparada. La prueba fue positiva y supe que lo quería. Eso es lo más preparada que me sentía.

—¿Y qué hay de él? ¿Era un chupapollas de clase A desde el principio?

Suspiro.

—Más o menos.

—Era un puto idiota —dice, y mi corazón late—. Nunca te habría dejado.

Y sé que no lo haría.

Ni siquiera si quedarse lo quemara vivo.

Stephen no arriesgaría su televisor de pantalla plana, y mucho menos su seguridad personal.

No arriesgaría un cheque de pago estable para asegurarse que sigo viva.

—Ser padre es el mayor regalo de la tierra —continúa—. Lamentará sus errores todos los días de su vida, aunque no lo sepa. Aunque él mismo no lo sepa.

Pero no lo hará. Sé que no lo hará.

No necesita hacerlo.

Lo que lo hace aún más doloroso.

Mis propios secretos están ahí, pidiendo ser confesados.

Los que he enterrado. De los que he huido.

Los que no se quedarán callados ahora que he visto la hermosa fuerza en las cicatrices de otra persona.

Solo espero que Leo pueda amar mis cicatrices tanto como yo amo las suyas.

Porque tiene razón: ser padre, un padre, es el mayor regalo de la tierra.

Uno que tal vez nunca conozca.

Y amarme podría quitárselo.

Así como el universo me lo quitó a mí.

Y se lo devolvió a Stephen en bandeja de plata.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto, incluso cuando mis palabras se atragantan—. ¿Que ser padre es el mayor regalo de la tierra? ¿Quieres tener hijos?

Sonríe. Oh, cómo sonríe.

—Sí, Abigail, quiero tener hijos.

Me siento tan expuesta mientras me besa la frente.

—El aborto espontáneo fue malo. Tan malo que casi me muero —le digo, y luego opto por soltar el resto antes de cambiar de opinión—. Stephen me dijo que no quería rogarme que me deshiciera de nuestro bebé, pero lo hizo. No quería al bebé y no me quería a mí. Me dijo que su mujer estaba distanciada, que eran extraños en la misma casa, que no estaba enamorado de ella y que no tenía idea de cómo había acabado con una hipoteca y una gran cantidad de familias entrelazadas. Dijo que ella se haría daño si se iba, que era frágil, deprimida, que no lo soportaría. Dijo que por eso se quedó.

—Stephen es un maldito imbécil —dice.

—Lo vi todos los días durante cuatro años antes que pasara algo entre nosotros. Conocía sus pensamientos mejor que los míos, solo con mirarlo. —Hago una pausa—. O eso creía.

—A veces puedes conocer a alguien durante años y no saber nada en absoluto —dice.

Tiene razón.

Lo miro a los ojos.

—No debería haberlo hecho nunca, sabiendo que estaba bajo el mismo techo que otra persona. Debería haberlo sabido, pero lo quería. Pensé que él también me amaba. Fui lo suficientemente estúpida como para pensar

que terminaríamos juntos, que de alguna forma él encontraría la manera de irse y asegurarse que ella estuviera bien.

—¿No quiso dejarla cuando llegó el momento? —Sonrío con amargura—. Creo que nunca quiso dejarla en absoluto, sin importar lo que tuviera que decir al respecto. Tenían una bonita casa en un suburbio. Una cocina de pino escandinavo y una gran televisión. Un auto de alquiler decente en la entrada. Su propio rincón de felicidad doméstica. —Hago una pausa—. No creí que le importara. No pensé que saldría corriendo a cubrirse cuando comenzaron los fuegos artificiales.

Toma mis dedos entre los suyos. Aprieta fuerte.

—Como dije, el tipo es un maldito idiota. La próxima vez será diferente, lo juro.

Apenas puedo soportar mirarlo.

—¿De verdad quieres tener hijos?

Sonríe.

—¿Ahora mismo? Estoy seguro que nos iría bien si se diera la situación, Abigail.

—Eso no es lo que quiero decir —digo, y mi voz es apenas más que un ronquido—. Quiero decir, ¿es eso lo que quieres, en tu futuro? ¿Estás seguro? ¿Definitivamente seguro?

Sé que me está malinterpretando. Sé que piensa que estoy buscando tranquilidad.

Sé que cree que me está ayudando cuando me hace rodar para que me enfrente a él y aprieta su corazón contra el mío.

—Estoy seguro —dice.

Mi mejilla está apoyada en su hombro. Me alegro que no pueda ver mis lágrimas.

—¿Y qué pasa si nunca sucede?

Suspira.

—Se supone que estos son tus secretos, Abigail, no los míos.

No lo entiendo. Se mueve tan rápido que tengo que quitarme las lágrimas de la mejilla.

—Un aborto espontáneo es horrible —dice—. Créeme, lo sé. Serena, mi hermana, tuvo varios cuando era más joven. La destrozaron. —Saca su cartera de su pantalón. Tengo el corazón en la garganta cuando la abre—. Pero puedes volver a intentarlo. Lo intentaremos de nuevo, si eso es lo que quieres. Quizás no ahora, pero pronto. Vamos a estar bien juntos, tú y yo. Creo que nuestras piezas encajan bastante bien, teniendo en cuenta todo esto.

Me quedo mirando estupefacta mientras este horror se desarrolla.

—Me encantaría tener un bebé —dice, y sonrío—. Mariana no quería uno. Tuve que rogarle que se quedara con Cameron. Creo que eso fue lo que terminó con nosotros al final.

Saca una foto. Mi estómago se revuelve al ver al pequeño sonriendo a la cámara.

—Este es mi hijo —dice—, es un auténtico campeón.

Mi voz es un fantasma.

—¿Tienes un hijo?

—Tiene casi cuatro años —continúa—. Le encantará tener un hermanito o hermanita algún día.

—Stephen va a tener un bebé con su mujer —digo con el piloto automático. Nunca lo había dicho en voz alta, nunca me había permitido pensar en ello—. Por eso hui. Porque no podía soportarlo. Porque estar cerca de los niños me hace... —Me detengo.

Me hace sentir vacía.

Rota.

Me hace sentir que mi vida no es nada.

Que no soy una mujer.

Que nunca conoceré el amor de una madre.

Que mi cuerpo mató a mi bebé y casi me mata a mí también.

Los ojos de Leo son tan amables como los míos que derraman lágrimas. Me las limpio, pero me tiembla el labio.

Su mano es firme en mi rodilla, su voz tan fuerte.

—Oye —dice—. Abigail, escúchame. No se ha acabado para ti. Lo intentaremos de nuevo. Vas a querer a Cam, tiene sus problemas, quiero decir, el chico ha pasado por mucho, mucho más de lo que cualquier chico debería pasar. Él estaba allí esa noche, dormido en la parte trasera de mi camioneta. Jake me llamó y me dijo que me fuera a la mierda y Serena no estaba con nosotros en ese momento. Lo puse en su asiento de seguridad y lo llevé conmigo. —Hace una pausa—. Y vio las llamas. Escuchó las sirenas.

—Dios mío —exclamo, pero él sacude la cabeza.

—Cam ha tenido sus problemas, pero está bien. Serena y yo hacemos todo lo posible para asegurarnos que esté bien. Es mudo electivo, pero está mejorando. No dejes que eso te desanime. Es un gran chico. Realmente genial. Acaba de empezar a hablar de nuevo, hace solo unos

días. Es pronto, pero lo conseguirá. Será un niño normal cuando empiece el colegio, lo sé.

La foto sigue entre nosotros. Miro fijamente los grandes ojos marrones de su hijo mientras se me parte el corazón.

—Es precioso —digo.

—Lo es. Y el nuestro también lo será.

Pero no lo será.

—No lo entiendes —digo, y la desesperación en mi tono por fin se abre paso. Se detiene. Escucha.

Supongo que por fin lo entiende.

Estoy sollozando y no puedo parar ni siquiera mientras lo digo.

—Hubo complicaciones, en el hospital. La operación que me salvó la vida salió mal. Dejó cicatrices.

Cierro los ojos, solo para encontrar la fuerza de decirlo en voz alta.

—No puedo tener hijos, Leo, y tampoco puedo... estar cerca de los hijos de otras personas.

TREINTA Y CUATRO

El mundo rompe a todos, y después, algunos son fuertes en los lugares rotos.

Ernest Hemingway

PHOENIX

Oh, mierda, cómo me he equivocado.

Me siento como un maldito idiota mientras mi cisne negro solloza delante de mí. Se derrumba en mis brazos mientras la abrazo con fuerza.

Le digo que está bien, que puede tomarse su tiempo con Cameron. Sin presiones. Sin preocupaciones.

Le digo que no tiene que preocuparse por tener hijos ahora, que lo solucionaremos, que hay maneras. Opciones. Muchas cosas que considerar.

Le digo todo lo que se me ocurre para sacarnos a los dos de este abismo de mierda, pero creo que no la alcanzo.

—Maldición, Leo —dice ella—. Mírate, cuidando de mí. Como si no hubieras pasado por tu propia mierda más que suficiente.

—Nos hacemos más fuertes en los lugares rotos —le digo—. Yo lo hice y tú también lo harás. Todo estaba en cenizas cuando Mariana

murió, el negocio, Jake, Cameron. Sabía que tenía que volver a levantarme y seguir adelante. Solo perdimos uno de los camiones en el incendio, el del muelle de carga. El resto estaba intacto. El seguro no nos pagó y nuestros clientes perdieron una fortuna en el incendio, pero tomé esos camiones y me instalé de nuevo. Volví a hipotecar la casa y volví a trabajar duro, aunque me doliera, y poco a poco. *Despacio*.

Sus dedos son tan suaves contra mi mejilla.

—Eres increíble —dice—. De verdad. Cameron tiene suerte de tenerte.

—Estarás bien —le digo—. Serás fuerte en los lugares rotos, igual que yo.

—Eso espero —susurra ella.

Y lo será. Sé que lo será.

He visto el brillo en sus ojos, el fuego en su vientre. La he visto trabajar con una multitud como si fuera la dueña. Como si fuera *mi* dueña.

Aprieto sus dedos entre los míos.

—Cuando te conocí todavía estaba corriendo. Sin alma. Su fantasma estaba en todas partes, y ahora no. Ni siquiera usaba mi propio nombre, no podía enfrentarme al hombre que había sido antes.

Me mira fijamente.

—Phoenix —dice.

Sonrío.

—Algo así.

—Era tu nombre de usuario en Internet. Phoenix Burning.

Asiento.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Y seguía ardiendo, hasta que te conocí.

Ella toma aire.

—¿Nos lo tomaremos con calma?

—Tan despacio como quieras, siempre que nos movamos.

—¿Y qué pasa con los niños? ¿Y si nunca puedo...?

—Nos preocuparemos de eso cuando surja.

Contengo la respiración.

Me siento jodidamente aliviado cuando sonrío.

Su voz se equilibra cuando vuelve a hablar.

—Vine corriendo y no encontré nada. Tú me devolviste a la vida y lo encontré todo. Amo mi vida aquí. Amo todo.

Y yo te amo a ti.

No lo digo. No ahora.

Soy muy consciente que el amanecer brilla a través de las cortinas.
Bien consciente que Cam se despertará para desayunar dentro de una hora más o menos en casa.

—Tengo que irme —le digo.

Asiente.

—Tienes un niño pequeño para el que volver.

Le doy un beso en la frente.

—No quiero dejarte.

—No puedo ir contigo —dice ella—. Al menos, todavía no. Ni siquiera sabe quién soy.

Y tiene razón.

Sé que tiene razón.

—No voy a decir nada estúpido, Abigail. Ahora no es el momento para declaraciones grandilocuentes o palabras blandas, pero te diré que los monstruos siempre te perseguirán.

Se ríe.

—¿Es eso una amenaza?

Sonrío.

—Es una promesa. —Me levanto y la arrastro conmigo—. Quizás la próxima vez llame a la puerta principal.

—Quizás deberías traer chocolate. —Se limpia los ojos—. Está claro que soy un desastre hormonal que lo necesita.

—O una hermosa mujer que ha perdido algo muy querido.

Sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo.

—Gracias. Te agradezco que me llames guapa cuando llevo media hora siendo un monstruo de los mocos. Debe de ser de verdad.

Está bromeando, pero yo no.

Me visto, aunque me duele. Daría cualquier cosa por dormirme con ella en brazos.

Tal vez un día de estos.

Vuelvo a mirar hacia su ventana mientras me voy. Veo cómo se apagan las luces.

Amanece cuando cruzo la carretera hacia mi camioneta. Apenas se me ocurre buscar mi teléfono en el bolsillo de la chaqueta, pero cuando lo hago está ahí y parpadeando.

Cinco llamadas perdidas.

Serena.

Mierda.

La llamo de vuelta, pero no hay respuesta. Llamo al teléfono fijo, y no contesta.

Al tercer intento, le dejo un mensaje en el móvil y le digo que estoy de camino.

Corro a toda velocidad.



ABIGAIL

Tiene un hijo. Un niño precioso.

Mi vientre se agita al pensarlo, pero no hay dolor.

Ya no.

Supongo que a veces es la propia confesión la que proporciona el mayor consuelo. Al dejar libres nuestros demonios, podemos ver que no son realmente demonios, sino niños asustados que esperan ser amados.

i love how beautiful
you are when you hurt

Sé que puedo amar los pedazos rotos de Leo. Es una grata sorpresa descubrir que creo que él también pueda amar los míos.

Me pongo de lado para ver el amanecer a través de la ventana.

Mierda, todo esto va muy rápido. Una puta locura de velocidad.

Pero no parece una locura en absoluto.

Me pregunto si le gustaré a Cameron. Me pregunto si con el tiempo llegará a amarme, si es que llegamos a eso. Eso espero.

Por primera vez en mucho tiempo, me pregunto si realmente hay alguna esperanza en la cirugía. Si tal vez mis cicatrices pueden sanar, al igual que las de Leo. Lo suficiente para funcionar.

Por primera vez en la vida, pienso que tal vez hay una oportunidad.

Me conecto a las redes sociales antes de intentar dormir. Me hace sonreír ver que han subido las fotos de la barbacoa.

Miro las fotos de mis nuevos amigos, sonriendo ante sus risas y sus estúpidas expresiones de borrachero cuando la fiesta se vuelve más salvaje. Casi me entristece habérmelo perdido.

Casi.

Me cuesta respirar cuando veo una foto de la tarde. Ahí estamos Leo y yo, completamente ajenos a la cámara y sonriendo a pesar de todo. Su mano está en mi espalda, mi mejilla apoyada en su clavícula, mirándonos fijamente, totalmente ajenos a la gente que está de pie.

Es perfecto.

Somos nosotros.

Y maldita sea, está jodidamente bien con el esmoquin.

Adiós catedral en mi fondo de bloqueo.

Un par de clics y ya está. Es oficial. Somos la pantalla de bloqueo de mi teléfono.

Supongo que eso significa que voy a conocer a Cameron con seguridad. Me río incluso de lo absurdo de mi tren de pensamiento.

Una noche demasiado larga, demasiadas revelaciones. Demasiada polla.

No. Nunca demasiada polla.

Mis padres siempre han sido madrugadores. Supongo que por eso mi red social muestra una notificación cuando mamá aparece en línea.

¿Estás despierta?

Escribo un simple “sí” y le doy a “enviar”, y luego lo espero.

¿Quién es el tipo del traje?

Tomo aire. Me pregunto si estoy realmente preparada para esto. Muy, muy preparada.

Sonrío mientras llamo a su número.

Y sonrío aún más cuando le hablo de Leo Scott.



PHOENIX

i love how beautiful
you are when you hurt

Mi corazón late salvajemente. Mi garganta se seca durante todo el camino a casa.

Mis neumáticos suenan cuando entro en el camino de entrada. Ni siquiera me molesto en cerrar la camioneta.

Encuentro a Serena en la terraza. Tardo un momento en darme cuenta que está fumando un cigarrillo.

No ha fumado desde que era adolescente.

—¿Fue...? —empiezo, pero ella no necesita la pregunta.

—Jake —dice—. Supongo que no fui la única persona que te pilló bañándote desnudo con la señorita “Bonita” en la piscina.

El pánico estalla.

—Cam, ¿está...?

—Cam está bien —dice ella—. Ni siquiera se ha despertado.

Respiro. Dejo que mi corazón se calme. Y entonces le pregunto qué ha pasado.

Apaga su cigarrillo y saca otro. Me doy cuenta que la cosa terminó bastante mal si fue a buscar refugio en sus cigarrillos.

—Estaba borracho —dice, como si fuera la primera vez. Se lo digo, pero ella niega con la cabeza—. Esto fue diferente, Leo. Ha estado borracho antes, esto fue...

—¿Realmente borracho?

Me lanza una mirada fulminante.

—Desesperado. Está realmente desesperado. Nunca lo había visto así.

—¿Tan desesperado como para hacer qué exactamente?

Agacha la mirada.

—Mierda, no lo sé, Leo. No paraba de hablar, de ti, de Mariana, de la maldita prueba de paternidad. Dijo que te había dado un ultimátum. Que tu tiempo se había acabado.

Sacudo la cabeza.

—No hay un puto límite de tiempo, Serena. Nunca acordé que lo hubiera. No va a hacerse una prueba de paternidad, y nunca lo hará.

—Dice que estás demasiado ocupado jugando con la nueva chica para ocuparte de tu propio lío familiar.

—Él no es mi maldita familia. —Mi voz es áspera. Lo lamento tan pronto como lo digo.

—Somos familia, Leo. Todos nosotros. No olvides lo que hizo por nosotros. No olvides lo que hicimos el uno por el otro.

—Hace mucho tiempo —digo, como si fuera necesario señalarlo—. El tipo está fuera de control. Voy a llamar a mi abogado el lunes por la mañana. Haremos que intervenga la policía.

Se queda mirando a lo lejos mientras da una calada.

—¿Cómo diablos se llegó a todo esto?

—Mariana —digo, porque es la verdad.

Eso la hace sonreír.

—Me pregunto si se reiría, si todavía estuviera aquí.

—Probablemente. —Me inclino con ella sobre la barandilla—. Le conté a Abigail lo de Cameron.

—¿Y?

—Y creo que lo conocerá. Todavía no, pero pronto.

Ella asiente.

—Son buenas noticias. Un paso adelante para algunos de nosotros, al menos.

Ella extiende su brazo.

—Me agarró. Con fuerza. Tuve que golpearlo con el cenicero. — Señala la bandeja a su lado. Astillada. Apuesto a que eso dolió.

—Puede que le haya dado algo de sentido común, nunca se sabe.

—Podemos tener esperanza. —Suspira—. Creo que va a dejar hematomas. Daré una declaración a la policía si eso ayuda a mantenerlo alejado de Cam.

Levanto una ceja.

—Has cambiado de opinión. ¿Qué pasó realmente aquí?

—Nada de lo que tengas que preocuparte, confía en mí.

Confío en ella, pero no en esto. No sobre Jake.

Me mira fijamente.

—Lo digo en serio, Leo. Nada. Irrumpió, soltó un montón de mierda, dijo que iba a subir a ver a Cam y le dije que llamaría a la policía si lo hacía. Fui a buscar el teléfono, me agarró y lo golpeé con un cenicero.

—¿Y luego se fue?

—Y luego te llamé y se puso realmente loco. Subió las escaleras antes que pudiera detenerlo. —Mi hermana ha envejecido mucho este último año. Noto finas líneas alrededor de sus ojos cuando mira hacia otro lado—. Pensé que se dirigía a la habitación de Cam, pero estaba cerrada cuando lo seguí. Me quedé afuera para vigilar su puerta y te llamé tres o

cuatro veces seguidas. —Ella frunce el ceño—. Supongo que estabas ocupado, ¿no?

—Hablando —digo—. Estábamos hablando.

—Sí, y el resto.

Cambio de tema.

—Si estabas delante de la puerta de Cameron y Jake estaba arriba, ¿qué demonios estaba haciendo?

Se encoge de hombros.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Probablemente quieras revisar tus cosas, asegurarte que no falta nada.

—¿Estaba en mi habitación?

—Ya sabes lo jodido que está. La habitación de *Mariana*.

Podría estrangular al hijo de perra con bastante alegría. Ahogar su garganta borracha.

—¿Seguro que ya se ha ido definitivamente?

Serena asiente.

—Condujo de vuelta hacia Malvern. Oí su camioneta a una milla de distancia.

Le doy un beso en la mejilla.

—Siento no haber estado aquí. No volverá a ocurrir.

Ella se ríe.

—¿Qué? ¿Planeas no volver a verla? No lo creo, Leo.

—No. Estoy planeando no volver a dejar mi teléfono en otra habitación.

Y planeando asegurarme que ese saco de mierda no vuelva a acercarse a un radio de cincuenta kilómetros, pero no lo señalo.

Subo las escaleras para ver a mi chico. Duerme profundamente con la boca bien abierta, atrapando moscas. Su pijama de astronauta se está volviendo demasiado pequeño. Se está convirtiendo en un niño adulto frente a mis ojos.

Solo tengo la oportunidad de aventurarme en mi habitación unos minutos antes que Cam se despierte. Compruebo mis cosas, pero no parece haber nada raro, hasta que lo veo. La foto de Mariana que falta en mi tocador. *Pedazo de mierda*. Respiro profundamente y cuento hasta diez, asegurándome que las cosas podrían ser mucho peores.

Solo me doy cuenta que mi portátil está encendido cuando la pantalla cambia al modo de reposo frente a mí. Lo levanto de la cama y vuelvo a conectarme, preguntándome qué demonios estaba buscando.

Es bastante fácil averiguarlo. La pantalla del navegador sigue en la página principal de nuestro banco. Me conecto y veo que el hijo de puta ha retirado cinco mil dólares a su cuenta bancaria.

Necesito ese dinero para pagar los salarios de la próxima semana. Lo maldigo en voz baja.

Todavía estoy enfadado cuando Serena aparece en la puerta y sacude la cabeza con horror cuando le enseño la lista de retiros.

—¿Para qué coño quiere cinco de los grandes? ¿Le sigues pagando?

—Lo mismo de siempre —le digo—. Más sus pagos de dividendos.

—¿Crees que está huyendo?

bait
poetic

No, no lo creo. Pero no por ello dejo de tener esperanzas.

—No me gusta esto —susurra Serena—. No se siente bien. No se siente bien en absoluto.

Pero nada de Jake lo hace. No lo ha hecho desde el incendio. Tal vez incluso antes de eso.

—Lo arreglaré —le digo—. Me pondré en contacto con el abogado y la policía el lunes por la mañana. Arreglaremos esto. Intentaré conseguirle la ayuda que necesita, si es que la acepta.

Parece tan triste que me rompe el corazón.

—¿Le conseguirás ayuda?

—Dije que lo intentaría.

Ella asiente.

—Gracias, Leo.

—No me lo agradezcas todavía —le digo, pero no hace ninguna diferencia.

Sigue abrazándome con fuerza mientras nuestro pequeño campeón se despierta. Me hace sonreír el corazón cuando él también se une.

i love how beautiful
you are when you hurt

TREINTA Y CINCO

No perdonar es como beber veneno y esperar que la otra persona muera.

Marianne Williamson

ABIGAIL

Duermo hasta la tarde. Hay un mensaje esperando en mi teléfono cuando me despierto.

¿Cena tardía? Esta vez llamaré a la puerta. Corte un poco de tradicionalismo.

Es la mejor manera de despertarse.

Olvídate de eso. Despertar junto a él será la mejor manera de despertarse. Esta es una buena segunda opción.

Se siente raro devolver el mensaje.

Me gustaría eso. Trae chocolate. Yo cocinaré.

Ya lo he enviado cuando me doy cuenta que no tengo idea de lo que le gusta comer. Mierda.

Por suerte, estos días tengo algunos recursos cerca para ayudarme. Sarah está viendo la televisión con la mano metida en una gran bolsa de

Doritos cuando me paso por allí. La pongo al corriente de mi crisis y entra en acción.

—Italiano —dice—. A todo el mundo le gusta el italiano.

Espero que tenga razón.

Me alegro de tener una compañera mientras me aventuro a ir a la tienda local. Elegimos los mejores ingredientes que podemos reunir y ella me explica la mejor manera de prepararlos.

—Mi abuela estaba casada con un italiano —dice.

—¿Eres en parte italiana?

Niega con la cabeza.

—No, fue su primer matrimonio. Tuvo cuatro.

Me río.

—Vieja zorra amargada. —Se ríe—. Pero sabía cocinar.

Solo espero que la receta especial de la abuela me salga bien esta noche.

Estoy eligiendo qué ponerme cuando suena un sonido familiar, pero desconocido en mi móvil. Me tiemblan los dedos cuando lo agarro.

Mierda.

El corazón me late incluso al ver su nombre. Está en forma de correo electrónico, pero está ahí.

Phoenix Burning te ha enviado un mensaje personal. ¿Reactivar tu cuenta?

¿Cómo podría no hacerlo?

Un par de clics y vuelvo a entrar.

bait

Sonrío mientras le devuelvo el mensaje.

Ya está bien de borrar mi cuenta. He jugado limpio.

Me contesta al instante.

¿Aún quieres conocer al monstruo?

Me hace reír a carcajadas.

Siempre, le respondo. Espero que muerda.

Espero otro sonido de notificación. No tarda mucho.

Estarás lista para mí más tarde. Te asegurarás que la puerta inferior esté desbloqueada.

Respondo en un instante.

¿Es antes o después de la cena? Tengo que calcular el tiempo de las verduras.

Espero que sepa que estoy bromeando.

Ocho de la noche. Prepárate.

Demasiado mal humor, pero eso no importa.

Estaré lista, digo.

Y lo estaré.



i love how beautiful
you are when you hurt

bait

PHOENIX

Casi me olvido de la mierda con Jake mientras disfruto de la tarde. Es otro día glorioso con Cam en la piscina, e incluso Serena se une a nosotros para nadar.

Sería perfecto, si solo Abigail estuviera con nosotros.

Todo a su tiempo, según dicen.

Estoy extrañamente emocionado por ver lo que cocina. Emocionado ante la perspectiva de una cita normal como la gente normal.

Incluso si me desvío de la caballerosidad para golpear su pequeño y sucio culo más tarde.

Me pongo una camisa negra sobre un pantalón ajustado. Me aseguro que mi cabello esté lo mejor posible. No soy un Jack de camisa rosa, pero me vale.

Estoy listo para irme tan pronto como Cam se disponga a dormir, pero esta noche, normalmente, quiere todas las historias del libro.

Incluso está dispuesto a pedirlo.

No hay manera que pueda decir que no a eso.

—Te ves muy bien —dice Serena cuando finalmente vuelvo a bajar las escaleras—. Ve a buscar a tu chica.

—Te gustará —le digo—. Estoy deseando presentártela.

—Siempre y cuando ella te haga feliz.

i love how beautiful
you are when you hurt

Amo a mi hermana pequeña hoy tanto como la he amado en mi vida. Ella es una roca sólida en nuestro río. Un ancla a través de cualquier tormenta de mierda que la vida nos depare.

Nunca podré agradecerle lo suficiente por todo lo que ha hecho por Cam y por mí. Solo espero que ella lo sepa.

Siento una punzada de arrepentimiento por Jake mientras salgo hacia mi camioneta.

Es tan fácil olvidar esos días cuando una vez fuimos nosotros tres contra el mundo. Es fácil olvidar que fue él quien nos puso en el negocio en primer lugar y que se hizo cargo de mí y de Serena en cuanto tuvo la edad suficiente.

Es fácil olvidar toda la mierda que cargó sobre sus hombros cuando éramos demasiado jóvenes para lidiar con nada de eso.

Le envió un mensaje de texto antes de alejarme. Una última rama de olivo antes de ir al abogado por la mañana.

Ordena tu vida, Jake. Seguimos siendo tu puta familia. Devuelve el dinero, deja de beber y hablaremos correctamente cuando estés sobrio.

Puede quedarse con la foto de Mariana.

Es lo menos que puedo hacer, y en el fondo lo sé.

La pregunta de Serena es válida.

¿Cómo diablos se llegó a todo esto?

La respuesta es la misma de siempre. Tal como lo dije anoche.

Mariana.

Así es como se llegó a todo esto.

Serena nunca pudo verlo, el atractivo que una loca tenía para dos hermanos. Ella no entendió la magia en la locura, la forma en que el alma de esa mujer podía destrozarte y hacerte volver por más.

Dejo todo eso a un lado por ahora.

Paro en la gasolinera para comprar una gran tableta de chocolate y, de paso, compro unas flores.

Y luego le envió un mensaje de texto a mi novia, ya que eso es lo que realmente es ahora.

Pronto.



ABIGAIL

Pronto

Eso es lo que dice el mensaje.

No puedo seguirle el ritmo. Me escribe por todas partes.

Me río a carcajadas cuando llaman a la puerta. Su “*pronto*” fue mucho antes de lo que esperaba.

Más bien *ahora*, de hecho.

i love how beautiful
you are when you hurt

Estoy sonriendo mientras abro la puerta, presentando mi mejor sonrisa de chef en el delantal con estampado de corazones que le pedí prestado a Sarah.

Pero no es él.

Mi sonrisa se desvanece.

Reconozco al hombre que tengo delante y, sin embargo, no lo reconozco.

Él es alto. Ojos oscuros. Demacrado.

Fuerte.

Mis ojos se abren de par en par.

Se abren mucho más cuando me empuja al interior y cierra la puerta tras de sí.

Retrocedo por instinto, la lasaña sigue cocinándose en el horno mientras el pánico me quita el aliento.

No hay lugar a donde correr y lo sé.

Lo intento de todos modos.

Solo llego hasta la puerta de la cocina antes que me agarre por detrás. Su volumen me resulta familiar, pero apesta a whisky y a algo más. A gasoil.

Me recuerda al sórdido tipo del pantalón del pub hace unas semanas.

Y, al igual que el tipo del pantalón, su mano está directamente entre mis piernas, presionando sus dedos con tanta fuerza contra mi clítoris que me duele.

Chillo cuando me tapa la boca con la mano, pero, al igual que su hermano, es muy bueno para silenciarlo.

Sé que es Jake.

Lo sé con cada parte de mí.

—Buena chica por dejar la puerta abierta. ¿Siempre estás tan jodidamente dispuesta a hacer lo que él dice? Supongo que es por él por quien estás mojada, pero no te preocupes. Si eres una buena chica te dejaré disfrutar.

Estoy rígida en su agarre, el corazón me late en los oídos.

—No sé por qué todas ustedes se vuelven tan jodidamente locas por mi hermano —dice—. Es un maldito idiota engreído y con cara de amargura. La forma en que trató a mi Mariana...

Su voz se interrumpe.

Tengo el pecho tan apretado que me duele respirar.

Sus dedos siguen frotándome, pero por primera vez en la memoria, el monstruo a mi espalda no hace que mi clítoris palpite.

Me hace sentir enferma.

—Sé cómo le gusta hablar contigo —dice—. Lo leí todo en línea, lo siento mucho. Eres una perra sucia, ¿no? Como lo fue mi Mariana.

Me estremezco por dentro. La intrusión duele mucho más que sus dedos en mi cuerpo. Se siente como si hubiera estado dentro de las partes más oscuras de mi alma.

Y él no pertenece allí.

Esa parte es toda para Leo.

—Déjame hablar en un idioma que entiendas —gruñe—. Vendrás conmigo a mi puta camioneta. Harás lo que yo te diga. Si no lo haces, te

haré daño. Si aun así no lo haces, le haré daño a ese hijo de puta de tu novio. ¿Entiendes?

Logro asentir.

—Tengo un maldito camión lleno de queroseno. Voy a quemar vivo al cabrón, y esta vez no habrá ningún puto departamento de bomberos que lo saque de allí.

Mi respiración es tan superficial, tan rápida.

—¿Entiendes?

Vuelvo a asentir.

Retira su mano y yo tomo aire.

—No tienes que hacer esto —digo—. Esto es una locura.

—Todos estamos un poco jodidamente locos, cariño. Creo que eres la perra más loca de todos nosotros. Corriendo directamente hacia el camino de un maldito desconocido. Suplicándole que te haga daño. Necesitas ayuda, chica.

Me siento aliviada cuando me suelta. Mi cuerpo se siente sucio donde me tocó.

Utilizada.

Violada.

—Ahora ponte los putos zapatos —gruñe—. O te haré correr jodidamente descalza como él.

Hago lo que me dice, deteniéndome tanto como puedo.

No deja que me salga con la mía.

Sé que Leo se dirige hacia aquí. Sé que no puede estar tan lejos.

Pero está lo suficientemente lejos como para no vernos.

Estoy petrificada mientras salgo al rellano y cierro la puerta tras de mí. Sé que Jake está loco y lo suficientemente conectado como para llevar a cabo cualquier idea descabellada que se le pase por la cabeza, así que cuando Sarah asoma la cabeza por la puerta principal, toda sonriente, esperando encontrar a Leo preparado para la receta especial de lasaña de la abuela, actúo como si todo fuera totalmente normal.

—Este es Jake —le digo—. El hermano de Leo.

Rezo para que use su intuición, pero si está ahí no se da cuenta.

—Oh, qué bien —dice ella—. Puedo ver el parecido. ¿De verdad vas a conocer a la familia ahora, entonces?

Asiento.

Ella sigue sonriendo.

Jake me empuja por el rellano. Me muevo tan lentamente como puedo.

—¡Espero que disfrutes de la comida! —dice tras nosotros, y se va. Así de fácil.

Mi corazón se hunde, pero sigo caminando, rezando para que mi monstruo en la oscuridad me alcance tan fácilmente esta vez como lo ha hecho todas las veces anteriores.

TREINTA Y SEIS

Un amigo ama en todo momento, y un hermano nace para la adversidad.

Rey Salomón

PHOENIX

Está anocheciendo cuando llego a la puerta de Abigail.

Se siente extraño estar aquí mientras todavía hay suficiente luz para ver, y más extraño aún tocar el timbre como cualquier visitante habitual.

Espero el sonido mientras responde, pero no llega. Miro hacia la ventana y la luz de la sala está encendida. Ni rastro de ella.

Vuelvo a llamar. Me aclaro la garganta mientras espero su voz.

Todavía no hay nada.

Llamo a su número. Suena.

Sonrío para mis adentros, preguntándome si la pequeña perra descarada me está incitando a entrar en la casa después de todo.

Me siento tentado.

Pero no. Opto por pulsar el timbre de su vecina.

Ella responde en un instante.

—Es Leo —le digo—. El novio de Abigail. No contesta.

—Oh, claro —dice y me hace pasar al edificio.

Me espera en el rellano con una sonrisa en la cara.

—Puedes esperar aquí hasta que ellos regresen —me dice—. Si estás en un apuro, quiero decir.

Miro sin comprender.

—¿Ellos?

—Tu hermano y Abigail. Supongo que iban por más provisiones. —Hace una pausa—. ¿Está soltero?

Se me congela la sangre.

—¿Mi hermano?

—Jake, ¿verdad? Estaba aquí mismo.

La llave de la puerta de Abigail está en mis dedos en un instante. Estoy dentro de su casa en un segundo.

La cocina está hirviendo. Abro el horno y encuentro una lasaña quemada. Apago el horno y me dirijo al dormitorio.

No pueden haber pasado mucho tiempo. La alarma de humo ni siquiera suena.

La llamo por su nombre cuando Sarah se une a mí en su pasillo.

—Se han ido hace media hora —dice.

Veo su teléfono en el sofá.

Busco sus mensajes. Compruebo sus llamadas. Compruebo todo.

Y entonces lo veo.

Su puta cuenta de acceso a Internet. Busco los registros con dedos temblorosos.

Tengo el corazón en la garganta al darme cuenta de lo jodidamente estúpido que he sido.

Mi portátil. El hijo de puta estaba en mi puto portátil.

Y se llevó más de cinco mil dólares de mi cuenta bancaria.

También se llevó mi cisne negro.

Busco su rastreador en mi teléfono pero el hijo de puta lo ha desactivado. Podrían estar en cualquier sitio.

Camino de un lado a otro mientras el miedo parece registrarse en Sarah.

—Tu hermano... no va a hacerle daño, ¿verdad? Ahora que lo pienso, parecía estar bastante acelerada.

—¿No dijo a dónde iban?

Ella sacude la cabeza.

—No pregunté. No pensé que debería hacerlo.

Llamo a Serena. Estoy siseando con furia mientras ella contesta.

—Es Jake —le digo—. El muy cabrón tiene a Abigail.

Me dice que no lo ha visto, que no sabe nada desde anoche.

Mierda.

Mis manos están en mi cabello. Mis cicatrices pican más de lo que nunca me han picado desde que las tuve.

—Comprueba mi portátil —le digo a Serena—. Busca cualquier cosa. Cualquier pista. Comprueba el historial.

No quiero pensar en qué está usando esos cinco mil dólares. No quiero pensar en lo jodidamente loco que debe estar.

—El banco —me dice Serena—. Algún sitio web de citas... —Hace una pausa—. El depósito local de Wellington. —Ella lo nota tan pronto como yo lo hago—. Oh no, Leo. Oh, Dios mío, no.

Y no necesito que un rastreador me diga hacia dónde se dirige el hijo de puta. Sabía que lo encontraría a tiempo.

—Cierra las puertas —le digo a mi hermana—. Cierra las puertas y quédate dentro.

—¡No vayas allí! —sisea ella—. ¡Por favor, Leo! ¡No vayas allí, joder! Llama a la policía.

Pero no puedo.

Está demasiado loco para que la policía aparezca.

No.

Solo hay una persona a la que quiere, y ese soy yo.

Cebo.

Por supuesto.

Qué jodidamente irónico.

Esta noche su nombre de usuario es más apropiado que nunca.

—No llames a la policía —le digo—. Yo me encargaré.

—¡NO, LEO, NO! —grita, pero ya estoy colgando.

Wellington's nunca significará nada más que una tragedia para mí. Siempre nos dijeron que sus productos eran inflamables, pero no nos dijeron hasta qué punto.

No nos dijeron que convertirían nuestro almacén en un infierno si uno de sus bidones se encendía.

Cinco mil dólares.

Me pregunto cuánto combustible puede haber comprado por cinco putos grandes.

Bastante.

—¿Va a estar bien? —Sarah pregunta mientras me voy.

—Estará bien —digo, y lo digo en serio. Me aseguraré de ello.

Llamo al número de Jake sabiendo muy bien que no obtendré respuesta.

No importa. Recibirá mi mensaje y lo sé.

—Ya voy —le digo a su buzón de voz—. Pero ya lo sabías, ¿no? Ya puedes dejarla ir, Jake, estaré allí a pesar de todo. No hagas ninguna puta estupidez hasta que llegue. No necesitas hacerle daño. Ella no te ha hecho nada. Es a mí a quien quieres. —Hago una pausa—. Y ya estoy en el maldito camino.

Por segunda vez hoy mi pie está en el puto acelerador con todo lo que da suelo mientras me alejo.



bait

ABIGAIL

Pensé que estaba asustada en la parte trasera de la camioneta de Leo, en el suelo de los asientos traseros, en medio de la noche. Pero no tiene nada que ver con lo enferma que me siento en la parte trasera de Jake.

Puedo oler el diesel desde aquí. Puedo oír el líquido en los grandes recipientes detrás de los asientos agitándose cada vez que toma una curva.

No necesito un memorándum que me diga que este líquido que se mueve es lo que mató a Mariana.

Y no necesito un recordatorio que me diga que Jake está planeando hacerlo todo de nuevo.

Tal vez lo hizo en primer lugar.

—Cebo —Jake llama desde el frente.

Odio la forma en que suena de su boca.

—Ese es un nombre de usuario jodido, ¿sabes? *Cebo*. —Se ríe—. Pero bueno, encaja perfectamente.

Sé que debería hacer todo lo posible para evitar enemistarme con el psicópata borracho del volante, pero no puedo detener mi boca mientras suelta lo obvio.

—Tú provocaste el incendio.

Se ríe.

i love how beautiful
you are when you hurt

—¿Crees que yo maté a Mariana? LEO mató a Mariana. Ella no habría estado allí en primer lugar si él no fuera tan idiota.

—Tú estabas allí cuando todo empezó, no Leo.

—¡Sí, intentando evitar que perdiera la puta cabeza! —grita, y decido mantener la boca cerrada de aquí en adelante.

Espero que Leo ya haya descubierto mi ausencia. Espero que haya llamado a un millón de policías y que desciendan sobre esta camioneta en un helicóptero en cualquier momento. Pero no. La camioneta sigue rugiendo.

Sé que estamos subiendo. Lo siento.

—Una vez fuimos un buen equipo —me dice Jack—. Leo y Mariana y yo. Dirigíamos el negocio juntos.

No digo ni una palabra.

—Yo la vi primero, ¿sabes? No importa lo que te diga, yo la vi primero. —Hace una pausa. Estoy seguro que lo oigo sollozar—. Joder la amaba. La amaba más que él. La habría mandado a la mierda hace tiempo si no hubiera tenido a Cam.

Ojalá dejara de hablar. Ojalá se callara.

—Leo la amaba —argumento—. Ella lo amaba, estoy segura.

—Como si supieras una mierda de eso —gruñe—. Ella quería huir de él.

—Bien por ella. Tal vez debería haberlo hecho sin tomar un desvío a medianoche a un almacén repleto de productos químicos altamente inflamables.

Estoy siendo una perra horrible y lo sé, pero no puedo parar. Es enfadarse o asustarse, y no estoy dispuesta a rendirme y caer sin luchar. No por este imbécil.

—Ella me llamó, sabes —dice, pero suspiro.

—Realmente no me importa.

—Te importará.

Esas dos simples palabras me hacen temblar.

Cierro los ojos y rezo por un milagro. Rezo por una pesadilla. Rezo por un monstruo.

Rezo por cualquier cosa.

Por él.

Rezo por otra oportunidad de tener un bebé. Rezo por la oportunidad de conocer a Cameron y ver si podemos llegar a gustarnos. Rezo por tener la oportunidad de comer la receta especial de lasaña de la abuela de Sarah con el hombre que amo.

Rezo por besar sus cicatrices una vez más.

Rezo para verlo a la luz de la luna y del agua una vez más.

Para abrazarlo una vez más.

Para tomarlo una vez más.

Para decirle que le amo.

Para decirles a todos en casa que siento haber huido y que también los amo.

El asiento trasero es un mundo solitario. Las lágrimas brotan con facilidad mientras el cielo se oscurece a través de la ventana trasera. Intento contenerlas, porque estas lágrimas silenciosas son las peores.

Estas lágrimas silenciosas significan la derrota.

Mi corazón cae en mi estómago cuando la camioneta se detiene. Me estremezco cuando abre la parte de atrás y me tira de los pies.

Su aliento está en mi cara mientras envuelve un cordón grueso alrededor de mis muñecas. Pelear no sirve de nada, ya que se agacha y me lo sujeta a los tobillos.

Como mucho, puedo cojear. Me cuesta mantener el equilibrio, incluso contra la camioneta.

Sus ojos son de cristal oscuro. Viles y furiosos.

Y tristes.

Está muy triste.

Es esa parte de él a la que le hablo.

—No tienes que hacer esto —le digo—. Nada de esto.

—Corre —dice, sin más. Mis ojos se abren al darme cuenta—. Eso es lo que te gusta, ¿no?

No tengo palabras cuando me toma del codo y me arroja a la oscuridad.

Miro fijamente a mí alrededor la alta valla circundante. Los picos en la parte superior.

Miro fijamente en la oscuridad y veo una parte de una torre quemada. Y lo sé.

Ella murió aquí.

JADE WEST

bait

—¡Corre! —Jake grita, y es suficiente para hacerme entrar en razón.

Cojeo lo más rápido que puedo en la oscuridad con los latidos de mi corazón en mis oídos.

Tropiezo y choco, pero mantengo el equilibrio.

Porque tengo que hacerlo.

Realmente tengo que hacerlo.

Esta noche, es el hermano del monstruo quien me persigue.

Y si me atrapa...

Si me atrapa, puede ser el fin de todos nosotros.

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
psyc

TREINTA Y SIETE

De los deseos más profundos suele surgir el odio más mortífero.

Sócrates

ABIGAIL

No hay dónde correr en este lugar. Está completamente cerrado. La única forma de salir es volver por donde vine. Pasando por delante de Jake.

Él lo sabía.

Por supuesto que lo sabía.

Está jugando conmigo.

Caigo de rodillas y me rasgo las uñas aflojando la cuerda de mis tobillos.

No puedo sacarlo de mis muñecas, pero es mejor que nada.

Al menos significa que puedo moverme sin cojear.

Apenas hay luz para ver. Me pregunto si eso facilitará que me esconda en lugar de huir, pero sospecho que Jake conoce este lugar demasiado bien para eso.

i love how beautiful
you are when you hurt

Todavía puedo escucharlo ahí atrás, sacando recipientes desde su camioneta. El rechinar de las ruedas sobre el asfalto.

No quiero imaginar lo que está haciendo. El tipo está jodidamente loco.

Es muy fácil que mi mente me juegue una mala pasada aquí. No tengo nada más que el aire, saltando como si el fantasma de Mariana estuviera aquí afuera conmigo, como si me llamara a unirme a ella.

No quiero unirme a ella.

Es cuando los ruidos cesan que sé que estoy en problemas.

Mi respiración se acelera. El silencio es grande mientras me esfuerzo por oírlo.

Este juego debería ser familiar, pero no lo es.

Es cualquier cosa menos eso.

Retrocedo hasta la valla alta y miro fijamente el almacén. Es grande. Mucho más grande de lo que me imaginaba.

Solo puedo imaginar el fuego que hizo cuando estaba ardiendo.

Cuando llega la voz de Jake, me da escalofríos.

—Oh, Abigail... ¿dónde estás Abigail? Te encanta este juego, ¿verdad? Dame una pista para que esto se ponga emocionante.

Me encantaría prenderle fuego.

—Haré que se sienta bien si dejas que suceda...

Nunca dejaré que suceda. Primero tendría que matarme.

Lo más aterrador de la idea es que podría hacerlo.

Leo, por favor. ¿Dónde estás?

Desecho esa idea tan pronto como surge, y supongo que deben ser esas lágrimas silenciosas las que se apoderan de mí.

No quiero que venga aquí.

No quiero que se cruce en el camino de este psicópata y de su camioneta lleno de material inflamable.

Lo que necesito es la policía.

Un equipo de esos francotiradores de élite que usan para los asesinatos en el extranjero.

Podrían eliminarlo desde la valla antes que supiera que estaban allí.

Sé que me estoy volviendo loco cuando me río para mis adentros.

Tomo aire y me obligo a seguir la trama. Miro fijamente el almacén y me imagino que mi mejor opción es la menos esperada.

Atravesar el edificio y salir por el otro lado.

Podría llegar a su camioneta antes que se dé cuenta. Tal vez me dirija a Leo por la carretera principal y enviaría a la flota de coches de policía a buscar a Jake.

Mi plan es ridículo y lo sé, pero es mi mejor oportunidad.

No sé si alguna vez estaré preparada para esto. Reclamo mi aliento mientras me preparo.

Y entonces lo veo. Oh, mierda, lo veo.

Se ve jodidamente petrificante en la oscuridad.

Mi corazón late tan fuerte que juro que lo escuchará si se acerca más.

Lo que me hace tomar la decisión.

Tres, dos, uno y corro. Rápido. Directo al edificio incendiado y a cualquier mierda que encuentre dentro.

Apenas tengo ventaja antes que me vea, pero consigo entrar antes que se estrelle contra mi espalda.

Grito mientras me levanta, arremetiendo con todo lo que tengo mientras me sujeta con fuerza.

—¿Te has enfrentado a él así? —gruñe—. Apuesto que no lo hiciste. Esto es lo que querías, ¿recuerdas? Esta es la mierda que te excita.

Mis ojos están como platillos mientras me lleva a través de un arco a una habitación más allá. Los recipientes están amontonados por todas partes. Líquido por todo el suelo.

Queroseno.

No.

Me doy cuenta de lo mojado que está contra mi espalda. Lo mucho que apesta. Incluso peor que antes.

—Ninguno de los dos debería haber salido de este puto lugar —gruñe Jake—. Si voy a ir a reunirme con ella, me lo llevo conmigo.

—¡Estás loco! —siseo y él se ríe.

—Y tú eres el puto cebo, cariño. ¿Sabes cuál es mi última petición?

No respondo.

—Llámallo una última comida.

Pero no quiero.

No quiero nada de eso mientras me hace caer sobre uno de los barriles.

Lloro mientras me sube la falda. Sollozando con la amarga y jodida ironía mientras me arranca las bragas.

—Esto va a doler —dice.



PHOENIX

Espero que Serena no haya llamado a la policía.

Las señales son buenas mientras acelero por el carril con los faros apagados, tanto por no haber sirenas como por no haber llamas tampoco.

La última vez que este lugar se incendió iluminó todo el cielo.

Eso significa que aún tengo tiempo.

Mis neumáticos chirrían contra el asfalto roto cuando freno con fuerza junto a la camioneta de Jake.

Puedo oler el queroseno tan pronto como salgo.

Maldito hijo de puta.

Hago silencio mientras doy los mismos malditos pasos que di aquella noche. Mi corazón late igual que entonces.

El muelle de carga está vacío, tal y como esperaba. Paso por encima de los restos con cuidado. En silencio.

Pero él ya sabe que vengo.

—Qué amable de tu parte que te unas a nosotros —grita, acabándose el juego.

—Deja que Abigail se vaya ahora —digo—. Estoy aquí, ¿no?

Oh, cómo lo odio mientras me acerco a la puerta del almacén.

Mi cisne negro está atada sobre un maldito barril, su culo desnudo en el aire mientras mi maldito hermano loco mira.

—No te preocupes. —Se ríe—. No la he tocado. Solo le hice creer que lo haría. —Mueve un dedo en su cara y ella se estremece—. Esto te enseñará a jugar con los putos monstruos, ¿no? Espero que hayas aprendido la puta lección.

—Déjala ir —le digo, y él sonríe, señala un recipiente a mi lado. Es más pequeño que los demás, ya está medio vacío.

—Muéstrame que hablas en serio —dice.

Ya puedo olerlo en todas partes. El hedor ya se está acumulando bajo mis pies.

—¿Y la dejarás ir?

—Sí, la dejaré ir.

Abigail grita mientras me echo esa mierda química encima. Apesta tanto que se me atasca en la garganta.

—Wow. Realmente la amas, ¿no? —dice Jake, pero no le doy una respuesta.

Respiro aliviado cuando él la pone de pie y la pone en mi dirección. Ella corre hacia mí con demasiada fuerza para detenerla, incluso mientras estoy empapado.

—No —digo—. Abigail, tienes que salir de aquí, no te pongas esta mierda encima. Sube a la camioneta y vete.

Tiro de la cuerda de sus muñecas mientras ella sacude la cabeza. Tiene los ojos llorosos pero muy abiertos.

—No.

—Sí. Ahora mismo.

Intenta decirme algo, pero no tenemos tiempo. Grita cuando la levanto y la dejo al otro lado de la estantería. Ella vuelve a subir mientras maldigo.

Y Jake se ríe.

Se ríe, joder.

—¿Por qué te quieren tanto? —pregunta—. Están todos jodidamente locos por ti.

—Quizás porque no soy un puto caso perdido —le digo—. No sé qué diablos te ha pasado, Jake. ¿Qué coño quieres de mí? —Me encojo de hombros—. Mariana se ha ido, joder. Está muerta. Se acabó.

—Para mí, no —sisea—. *Phoenix*. Maldito *Phoenix*. No hay una puta salvación para mí, Leo, todavía estoy en las putas cenizas.

—Así que sigues diciéndome lo mismo, Jake. Dios. Préndenos fuego o deja de revolcarte ya, ¿quieres?

—¡NO! —Abigail grita—. ¡NO!

Pero está bien.

Pase lo que pase, estará bien.

Estoy cansado de soñar con fuego. Cansado de odiarme al pensar que Jake tiene razón y que realmente podría haberla salvado.

—Por favor, sal de aquí —le digo—. Necesito hablar con mi hermano.

—No puedo dejarte —solloza—. Por favor, no me hagas salir.

Suspiro al darme cuenta que ardería por mí, igual que yo ardería por ella.

Si alguna vez salgo de este maldito lugar, me casaré con esa chica mañana mismo.

Se lo digo y ella sonrío.

—¿Es una amenaza? —pregunta entre lágrimas.

—Es una puta promesa.

Y Jake aplaude lentamente. Aplauda lentamente y arruina el momento, igual que arruina todo.

—Así debería haber sido con Mariana y conmigo —gruñe—. Me iba a casar con ella. No es como si alguna vez lo hubieras hecho. Nunca estuviste cerca de ponerle un anillo en el dedo.

—Ella no quería uno —le digo, y no miento—. Decía que un anillo no era más que un costoso grillete para el alma.

Sonrío.

—Suenas como ella.

Me inclino cerca de Abigail. Mi boca está tan cerca de su oído como me atrevo.

—¿Te hizo daño?

Ella sacude la cabeza.

—No. Ha amenazado, pero nada.

Le doy un beso en la frente.

—Espérame, justo afuera de esa puerta.

Ella mira hacia atrás, al metal deformado todo retorcido y amargo.

—Ese es la puerta, ¿no? ¿La que no pudiste atravesar?

Asiento con la cabeza.

—Esa es, pero hoy está abierta de par en par. Solo quiero mantenerte alejada de las llamas.

Mis ojos están oscuros en los suyos, espero que me vea por dentro. Espero que ella vea que estoy seguro.

—Justo ahí —dice y señala—. Estaré justo ahí.

—Buena chica —digo, y lo es. Es la mejor de todas. Todo lo que siempre quise.

Oh, cómo se ríe el destino.

Respiro tranquilo cuando ella se aleja un poco de toda esta mierda. Y entonces me acerco a mi hermano.

—Buen uso de los cinco mil dólares, Jake. Muchos tipos se quedarán sin su sueldo la semana que viene para que puedas quemarnos vivos. Espero que eso te haga sentir orgulloso.

Sonríe.

—Siempre fuiste un cabrón divertido, Leo.

—Y tú siempre fuiste mi puto hermano —le digo suspirando—. Si los dos vamos a arder aquí esta noche, supongo que al menos deberíamos aclarar las cosas antes de hacerlo.

Me mira fijamente con ojos como los míos. Tan parecidos a los míos.

—Empieza tú —dice.

Empiezo con una verdad que debería haberle dicho hace mucho tiempo. Se siente sorprendentemente bien sacarla de mi pecho.

—Debería haber sido tuya. Tenías razón. Estaba en las cartas, tú y ella desde el momento en que te vio. Recuerdo lo enamorado que estabas cuando encontraste a la chica afuera y la arrastraste a nuestra oficina para aquella entrevista de mierda.

Sonríe.

—Tuve que arrastrarla, sí. Afirmó que el trabajo de interior le hacía perder el alma.

—Sé que la amabas —le digo—. Sé que ella también te amaba. Lo que tuviste fue más de lo que yo tuve con ella. Éramos dientes y uñas y noches locas en las colinas. Tú eras firme. Amable. Exactamente lo que ella necesitaba.

Gruñe.

—Estás diciendo eso para hacerme sentir mejor.

Pero no lo hago. Sacudo la cabeza.

—Piensa lo que quieras, Jake. Es la verdad.

—¿Por qué me la quitaste, entonces? —pregunta—. ¿Por qué tú y no yo?

—Porque tenía una oscuridad detrás de sus ojos —admito—. Ella necesitaba la persecución. La caza. La emoción. Lo necesitaba para sentirse viva, eso es lo que me dijo.

—Yo le habría dado una maldita emoción, Leo. Yo.

—Bueno, creo que no le di la oportunidad. Lo lamento, pero ella también estaba allí. Ella hizo esa llamada junto conmigo. Probablemente antes que yo. Esa chica no se dejaba influir por nada que no fuera lo que

quería, y lo sabes tan bien como yo. —suspiro—. Me arrepiento de haber terminado con Mariana. Me arrepiento de haber sido el que tomó a una joven salvaje y la convirtió en una loca amargada. Me arrepiento de haber sido el que la empujó lo suficiente como para que perdiera la cabeza. —Hago una pausa—. Pero no me arrepiento de Cameron, y ya ni siquiera me importa si es tuyo o mío. No habría ninguna diferencia. Lo amaría igual.

Sus ojos brillan de dolor.

—Yo también amo a ese maldito chico. ¡Me lo quitaste!

Sacudo la cabeza.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con una puta prueba de paternidad, Jake? ¿Crees que no sé qué te la estuviste tirando todo el puto verano antes que se quedara embarazada? Siempre supe que había una posibilidad que no fuera mío. No me importaba, lo amaba de todos modos.

—¡¿Entonces por qué?! —gruñe—. ¡Por qué mierda me lo quitas!

Hago un gesto a mí alrededor.

—Porque estás enfermo, Jake. Eres un puto borracho con ganas de morir. Cameron no necesita tu tipo de locura en su vida. Su madre está muerta y él moja la cama por la noche. Apenas ha hablado desde que ella murió, y tú lo sabes. ¿Por qué echarle más mierda encima? Ya ha aguantado bastante.

Suspiro de nuevo.

—En serio, Jake, si quieres quemar este lugar, será mejor que te pongas manos a la obra. Serena sabe que estamos aquí, llamará a la policía si no tiene noticias mías pronto. No podrá contenerse.

—Cállate —gruñe.

—Estoy listo —digo—. Ya dije mi parte. Juro por Dios que hice todo lo que pude para sacar a Mariana de aquí. No hay un día que pase en el que no me maldiga por haberla dejado ir esa noche. No hay un solo día en el que no piense en ella y me culpe por lo que salió mal. —Tomo aire—. Si quieres matarnos a los dos por eso, adelante. Yo he terminado.

Su voz es tan baja que apenas le oigo.

Solo un gruñido en la oscuridad mientras se deja caer al suelo.

—Vete.

Me acerco.

—¿Perdón?

—Vete —dice de nuevo—. Vuelve con Cam. Dile a Serena que la amo.

Me late el puto corazón.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dice—. Lárgate de aquí.

Sé que estoy tan loco como él cuando no muevo un músculo.

—Espera —digo, y me burlo—. ¿Me acabas de hacer que me sumerja en queroseno y te siga hasta aquí, solo para decirme que me vaya? —Lo miro boquiabierto—. Dijiste que era mi culpa, Jake. Que soy yo quien tiene la culpa.

—¡Leo, por favor! —Abigail grita—. ¡Por favor, vámonos!

Pero no puedo.

Llárame loco, pero no puedo.

Porque mi hermano no quiere matarme, y lo sé. No es odio hacia mí lo que hay en sus ojos cuando me mira fijamente, sino odio hacia sí mismo.

—Algo pasó, ¿no es así? ¿Qué pasó, Jake? ¿Qué desencadenó toda esta locura? No fue solo no poder ver a Cam, ¿verdad? Hay algo más.

Se encoge de hombros.

—Solo vete, Leo.

—¡Sí, Leo, por favor! —grita Abigail.

Jake sonríe y hace un gesto en su dirección.

—Ella es vivaz. No iba a lastimarla, Leo. Lo sabes, ¿verdad? Solo quería asustarla. Quería que nos odiara a los dos.

—¿Por qué? —La pregunta es tan obvia—. ¿Por qué querías que me odiara?

—¿Porque quería que supieras lo que se siente al amar a alguien con toda tu puta alma y que no te correspondiera!

Sonrío.

—Vaya, Jake. Este asunto con Mariana es una completa mierda. Era a ti a quien quería al final, no a mí. Ella te estuvo viendo todo el puto tiempo que estuvo conmigo, ¡tú mismo lo admitiste! ¡¿Crees que eso es lo que pasa cuando alguien te ama?! Mariana nunca me amó, si soy honesto creo que nunca amó realmente a Cameron, tampoco. —No puedo parar. No puedo contenerme. Apesto a queroseno y aun así estoy hablando, mierda—. Mariana se amaba *a sí misma* —digo—. Se amaba a sí misma más que a cualquier otra cosa en todo el puto mundo. A sí misma, y a *ti*.

Cuando mi hermano se ríe, es un sonido terrible. Atraviesa mi maldita alma.

—Ella nunca me amó —dice—. Mentí.

Mi estómago se cae al suelo.

Tardo un puto momento en comprenderlo.

—¿Tu qué?

—Mentí —admite—. Mentí sobre todo. Nunca la follé, ni siquiera una vez. El chico es tuyo, indiscutiblemente.

Me tambaleo. Tropiezo mientras me mira.

—¿Pero por qué?

—Porque quería que fuera verdad. Quería que pensaras que ella me amaba más. Quería creerlo yo mismo, así no tendría que enfrentarme a todo lo demás.

No he visto llorar a mi hermano desde su funeral. Nunca he visto sus ojos enrojecerse mientras trata de encontrar sus palabras.

Le pregunto de nuevo, porque tengo que hacerlo. Tengo que entender esta maldita locura.

—¿Qué ha cambiado? —le pregunto—. Algo ha cambiado, Jake. Esto no está bien.

Y entonces las lágrimas caen. Oh, cómo caen. Grandes sollozos que ahogan su respiración.

Le doy un momento, maldiciéndome por mi idiotez. Todavía me estoy maldiciendo cuando él habla.

—¿Realmente quieres saber qué ha cambiado, Leo? ¿De verdad?

—De verdad —digo—. Tengo que saber qué mierda ha cambiado, Jake, o será otro puto misterio que se suma a todos los demás. Estoy harto de preguntas sin respuesta. He terminado con las adivinanzas.

JADE WEST

bait

Me mira fijamente, y la mirada en sus ojos me hace cuestionar mi decisión. Es jodidamente horrible.

—He recuperado mi maldita memoria —dice.

Mi boca se abre.

No. De ninguna maldita manera.

Niego con la cabeza mientras él continúa, y ya, en alguna parte profunda de mí, ya sé lo que se avecina.

—Fui yo —dice—. Yo tengo la culpa de esa noche. Yo inicié el fuego.

No puedo dejar de negar con la cabeza.

—No.

Asiente con la cabeza.

—Es verdad.

Y lo es. Lo veo en sus ojos.

—Soy yo quien mató a Mariana, Leo. Fui yo.

i love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

TREINTA Y OCHO

La verdad es como el sol. Puedes apagarla durante un tiempo, pero no se va a ir.

Elvis Presley

ABIGAIL

No puedo creer que siga ahí.

No puedo creer que no huya, rápido, mientras tiene la oportunidad.

Pero tampoco yo puedo.

No puedo imaginar a Leo huyendo de nada.

Estoy lo suficientemente cerca para escuchar su conversación. Lo suficientemente cerca como para quedar atrapada en las llamas si esta mierda se vuelve realmente mala.

Pero tampoco huyo.

—¿De qué estás hablando? —Leo pregunta—. ¿Tú iniciaste el fuego?
¿Por qué?

Jake sacude la cabeza. Parece más roto que aterrador en este momento, pero las ilusiones como esa pueden ser mortales.

i love how beautiful
you are when you hurt

—Recibí una llamada de ella. La misma mierda de siempre. Te llamó “imbécil” dijo que se iba a ir. Dijo que necesitaba mi ayuda, como siempre. Vine corriendo, *como siempre*. —Golpea su cabeza contra un contenedor detrás de él. Me estremezco al oír el ruido—. Ella ya estaba aquí cuando llegué, trayendo esos contenedores en un carrito. Sabes cómo era ella. Su furia podría mover jodidas montañas.

—¿Ella movió todo el lote? —pregunta Leo.

Jake asiente.

—La mayor parte. Le quité una carga del carrito porque se estaba esforzando. Eso es todo. El resto ya estaba hecho.

Leo suspira.

—Ella quería quemar el lugar. Siempre pensé que eventualmente perdería el control del circo en su cabeza.

Jake no lo mira.

—Le dije que debería marcharse, dejar de hacer locuras y largarse. Dije que tenía dinero, que podíamos empezar de nuevo. Dije que podíamos dejarte con el negocio y mudarnos a un nuevo lugar.

—¿Y qué hay de Cameron? —Leo pregunta.

Jake se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo era ella con respecto a Cameron. Diablos, no lo sé, Leo. Ella no tenía mucho sentido. Decía que si quemaba el puto local no tendrías nada que hacer, que te irías con ella a explorar todo el puto mundo.

La mujer suena tan loca como el pecado, pero me esfuerzo por no juzgarla. Me limito a respirar profundamente y a mantener mis sentidos en alerta.

—¿Ibas a ayudarla? —pregunta Leo, y Jake niega con la cabeza.

—Como dije, sugerí que nos fuéramos juntos, ella y yo. Pensé que era nuestra oportunidad. Estaba desesperado por esa oportunidad.

Él también parece desesperado, sentado allí. Intento ponerme en su lugar, aunque creo que es un psicópata. Cómo me sentiría yo si fuera Leo quien se hubiera quemado en ese incendio. Si lo hubiese conocido desde hace muchos años. Si lo fuera amado desde la distancia.

Mi estómago se revuelve al imaginar este terrible escenario en ese entonces. Aquí mismo.

Todo ocurrió aquí mismo. Me da náuseas.

Jack sigue hablando.

—Ella dijo que no, por supuesto. Todos esos años de jugar conmigo. Insinuando que había algo más. Dándome el *oh, Jake* y llamándome cada vez que había algún problema. Pensé que me amaba. Pensé que éramos víctimas de las emociones codiciosas de otra persona. Alguien a quien no le importaba una mierda, pero que no seguiría adelante y dejaría que otras personas tuvieran una oportunidad.

—¿Te refieres a mí? —dice Leo.

Jake asiente.

—Te odiaba por lo que tenías. Te odiaba porque no lo dejabas ir, aunque no lo quisieras. Pensé que eras lo único que se interponía en nuestro camino.

Leo sacude la cabeza. Mira al cielo a través del techo irregular.

—Realmente era una clase especial de loca —dice—. Estaba tan jodidamente enojado cuando me enteré. Tan jodidamente enojado que yo

era solo una parte estúpida de su estúpido jodido juego. Ella no tenía ninguna puta intención de incendiar este lugar, en realidad no. Solo quería apilarlo todo para que tuviera efecto y asegurarse que estuvieras con ella para descubrirla en el último minuto. —Deja de hablar para recobrar la voz—. Siempre corrías detrás de ella. Ese día no —dice Leo.

—Ese día no —coincide Jake—. Entonces, eso es lo primero que la mató. No viniste corriendo.

—Acepto eso —dice Leo—. Debería haberla detenido. Estaba clamando por atención y la dejé morir de hambre.

Me encanta la forma en que puede asumir la responsabilidad de esta mierda tan tranquilamente, empapado hasta los huesos en queroseno en una habitación llena de la cosa, con un loco psicópata llevando las riendas.

Tiene muchísima más compostura de la que yo tendría en su puesto.

—Era una jodida idiota —dice Jake—. Jugar con el puto fuego tan literalmente. Ella sabía que el material era inestable. Ella sabía que había demasiado aquí arriba.

—Supongo que la necesidad de dramatismo superaba los riesgos —dice Leo—. En su cabeza.

—No sé qué coño pasaba por su cabeza, Leo, pero en cuanto me dijo que no me quería con ella y que nunca lo había hecho realmente, perdí la cabeza.

Se me corta la respiración. *¿Qué mierda ha hecho?*

—Era un maldito lugar estúpido para encender un cigarrillo, pero ya me conoces. He fumado cerca de un montón de recipientes de explosivos cuando estoy en el trabajo. No debería pero lo hago. Lo *hice*.

Y conozco el resto. Leo también lo sabe.

Jake no necesita decirlo, pero lo hace.

—Debe haber alterado alguna de las abrazaderas de seguridad del carro. Esa mierda debe haber estado goteando todo el tiempo que estuvimos hablando.

Leo asiente.

—Has tirado la colilla.

—Una fracción de segundo de locura, porque estaba jodidamente enfadado. Ella todavía estaba aquí, jugando con la mierda que no debería. Ya me estaba alejando furiosamente, dirigiéndome hacia el muelle de carga. Fue rápido. La explosión me hizo volar. Creí que iba a morir cuando toqué el suelo.

Conozco el resto y Leo también. He oído el resto.

Me siento al tanto de secretos que no me pertenecen. No debería estar escuchando pero no puedo apartar la vista.

No puedo dejarlo.

La cara de Jake se arruga.

—Fui yo. Fui yo quien la mató. —Sopla una horrenda burbuja de mocos y dolor por la nariz, una ruina de miseria mientras Leo mira hacia abajo—. Y ahora tengo que ir con ella.

—O no lo haces, joder —dice Leo—. Has tirado un puto cigarrillo como un maldito imbécil. Apiló todo un puto arsenal de inflamables en este espacio para provocar una escena. —Hace una pausa—. ¿Y yo? Fui un compañero de mierda para Mariana. No coincidimos. Ni siquiera nos acercamos. Ella siempre se alejaba mientras yo trataba de controlarla. Estábamos condenados desde el momento en que nació Cam. Fui yo quien no corrió detrás de ella. Ella estaba llorando a mares esa noche,

siseando su habitual corriente de mierda y acusaciones. No me importaba. Esperaba que se fuera.

Oh, qué jodido lío es este.

Todo un círculo de dolor.

Me atrevo a esperar que Leo haya terminado ahora. Que Jake todavía lo deje irse.

—Vete —dice Jake y responde a mi pregunta—. Agarra a la chica y vete.

Pero no lo hace.

Leo no se mueve ni un centímetro.

Lloro mientras se deja caer al suelo. Grito su nombre mientras echa la cabeza hacia atrás y mira al cielo.

Está sentado en un cóctel de desastre mientras su hermano saca un encendedor de su bolsillo.

—Ve —dice Jake de nuevo—. Esto termina aquí, Leo. No puedo soportar más el dolor.

—No me iré a ninguna parte —dice Leo y podría matarlo yo misma.

—¡Tienes que irte a la mierda! —grita Jake, pero Leo sigue negando con la cabeza.

Entraría y lo arrastraría yo misma si fuera capaz de moverlo. Tengo las manos en el cabello mientras maldigo toda esta lamentable situación.

—¿Recuerdas cuando éramos niños y esos tipos de Harrow Road se metían con Serena? ¿Lo recuerdas?

La sonrisa de Jake se ilumina.

bait
poetic

—Me acuerdo, sí. Les dimos una paliza, tú y yo.

—Tú y yo —repite Leo—. Porque somos hermanos. Eso es lo que dijiste. Somos putos hermanos, Leo. Cuidamos de los nuestros, pase lo que pase. No importa lo jodidamente difícil que sea.

—Dije eso, sí —está de acuerdo—. Era cierto, en aquel entonces.

—Todavía lo es —dice Leo—. Solo tienes que querer trabajar en ello.

—Ya es demasiado tarde para eso —grita Jake—. La he jodido. La he jodido de verdad.

—Y también lo hizo Mariana y yo. Todos la hemos jodido, Jake. Pero seguimos siendo putos hermanos. —Suspira—. Si estuviera aquí de nuevo, con este lugar en llamas, te sacaría como lo hice entonces.

—Deberías haberla salvado primero —dijo Jake.

—No pude salvarla en absoluto, por mucho que quisiera.

—Tengo que incendiar este lugar —amenaza Jake. Mi corazón late con fuerza—. Sal ahora, o te vendrás conmigo.

—Bueno, supongo que iré contigo entonces —dice.



PHOENIX

Lo digo muy en serio.

i love how beautiful
you are when you hurt

Mi culo está lleno de queroseno. Mi ropa y mi cabello apestan a eso.

Es todo lo que puedo saborear, también.

Mi jodido hermano tiene un encendedor en la mano y está a punto de prendernos fuego a todos.

Pero no puedo dejarlo.

—Tienes cosas por las que vivir —protesta Jake—. No las tengo, joder.

—Entonces haz algo por lo que vivir. Ponte sobrio. Ayúdame a reconstruir el negocio. Empieza a jugar al póker, o con los bolos, o con cualquier otra puta mierda —siseo—. Solo para que vuelvas a estar en pie de nuevo. —Me arriesgo a una honestidad brutal—. Y Jesús, Jake, deja de compadecerte. Amaste y perdiste, todos lo hicimos. Es una mierda, pero es la vida. La muerte es parte de la vida. Ninguna cantidad de culpa u odio va a cambiar lo que pasó. Serena te necesita. Diablos, yo te necesito, cuando no eres un barril de mierda andante.

—No puedo, Leo. No puedo seguir —dice, y estoy al límite de mis fuerzas, o lo hago entrar en razón o no.

Le lanzo una mirada a Abigail mientras ella mira horrorizada. Puedo distinguirla en las sombras. Esperando por mí.

Le digo en voz alta “te amo”, por si es la única vez que se lo digo, y pongo fin a todo esto.

No se lo espera cuando salgo como una puta serpiente y le arranco el encendedor de los dedos. No espera que lo lance tan fuerte como pueda a través del techo abierto y rece para que caiga inocuamente en algún puto trozo de tierra de afuera.

—¡Estás jodidamente loco! —Jake gruñe. Sigue de rodillas. Dolorido, con sus ojos rojos que derraman lágrimas mientras los míos amenazan

con llorar también—. ¡Quiero morirme, joder! —grita, pero no me importa.

No en mi presencia.

Nunca en mi puta guardia.

Es entonces cuando oigo las sirenas en la distancia. Doy gracias a mis putas estrellas por haberme movido a tiempo, antes que el idiota hijo de puta se dejara llevar por el pánico y prendiera fuego al lugar.

Me arrodillo a su lado mientras me acerco, amándolo y odiándolo, compadeciéndolo y despreciándolo todo a la vez.

—Puedes cortarte el puto cuello en la cama por la noche, Jake, o tomar una puta sobredosis, o beber hasta morir. Lo que sea. Pero no será ahora, y no será en mi puta presencia.

Sigue lamentándose mientras mi mano le agarra el hombro.

Escucho a Abigail gritar a los vehículos que se aproximan. Todavía estoy agarrando el hombro de Jack mientras las luces brillan en mis ojos.

—Estamos bien —digo—. Tengan cuidado, está lleno de combustible.

Son cuidadosos.

Cuidadosos nos sacan de allí y nos ayudan a quitarnos la ropa.

Cuidadosos mientras nos limpian de todo lo que pueda incendiarse y nos envuelven en putas mantas.

Se llevan a Jake en un coche de policía. Observo todo el camino con las sirenas sonando.

Me golpea en el estómago, a pesar de todo.

Hasta que siento que los brazos de Abigail me rodean por la cintura y me abrazan con fuerza.

—Estará bien —dice, aunque sé que está tan insegura como yo.

—No me había dado cuenta que estaba tan jodido —admito—. Debería haberme dado cuenta hace mucho tiempo.

Levanto el brazo y atrayéndola debajo de mí, la aprieto contra mi piel bajo la manta. Ella se acurruca con fuerza.

—Ha sido una locura —dice—. Lo más aterrador del mundo.

—Al menos ahora tenemos todas las piezas. Solo puedes empezar a darle sentido al cuadro si tienes todas las piezas.

Ella asiente.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Me encojo de hombros.

—Responder a algunas preguntas de las autoridades. Vender este maldito lugar, finalmente. —Sonrío—. Comer lasaña quemada en tu cocina.

—¿Estaba quemada? —pregunta, y sus ojos brillan.

El alivio, te hace eso. Yo también lo siento.

—Diría que un ocho sobre diez en el factor de quemado, pero sigue siendo comestible, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Vale la pena averiguarlo, ¿no?

Relleno los papeles para los que preguntan y respondo a todas las preguntas en el aire.

Ella me espera en la camioneta, con los ojos puestos en mí todo el tiempo.

Nunca aparta la vista, ni una sola vez.

Suspiro cuando finalmente me deslizo en el asiento del conductor. El amanecer se asoma por las colinas cuando por fin estamos listos para rodar.

Hablé con Serena por teléfono y ya sabe el paradero de Jake.

Nos mantendrán informados y todo eso.

Lo que significa que es hora de la receta especial de la abuela de Sarah, como me dice Abigail.

Me agarra de la mano mientras arranco el motor. Me siento completamente ridículo en una manta con mi ropa en una bolsa desechable en el asiento trasero, pero me importa una mierda.

—Dijiste que nos casaríamos mañana. —Se ríe—. Creo que técnicamente ya es mañana.

Le devuelvo la sonrisa entre las sombras.

—¿De verdad quieres casarte hoy?

Niega con la cabeza, pero su sonrisa es brillante.

—¿Tal vez en seis meses? Me da tiempo a conocer a Cameron. Ver si le parece bien.

—Seis meses suena justo —estoy de acuerdo—. ¿Y tú estarás bien? —Me atrevo a preguntar—. Con Cam, quiero decir...

Su sonrisa hace arder mi mundo.

—Sé que lo voy a querer —me dice—. Porque es una parte de ti. No se me ocurre nada mejor.

La acerco y respiro en su cabello, y a pesar de todo sigue oliendo a coco, y a miedo en el viento, y a la mujer con la que me voy a casar.

JADE WEST

bait

—Me muero de hambre —le digo, y ella se ríe.

—Yo también. No voy a mentir, no me siento demasiado optimista sobre esa lasaña ahora mismo.

Pero yo lo estoy.

Sé que va a ser la mejor comida del mundo.

Y si no, tendrá que comerse el chocolate que le compré, tal vez las flores también.

¿Y yo?

Bueno...

Estoy feliz de comérmela.

I love how beautiful
you are when you hurt

ÉPILOGO

Negro como el diablo, caliente como el infierno, puro como un ángel, dulce como el amor.

Charles Maurice de Talleyrand

ABIGAIL

Tardé tres meses en conocer a Cameron.

Tres meses en los que Leo mencionaba mi nombre en las conversaciones. Tres meses hasta que Abigail se convirtiera en una palabra normal en la casa.

Veo a Cam a menudo, fragmentos de vídeos aquí y allá del teléfono de Leo. Lo voy conociendo poco a poco, aunque nunca hayamos estado en la misma habitación.

Casi siento que ya lo conozco. *Casi.*

Pero todavía tengo la barriga llena de nervios mientras me aprieto un poco más el abrigo contra el frío y me acerco al estanque de los patos.

Los veo a lo lejos. Leo se agacha más adelante mientras Cameron señala algo en el agua.

Nuestras miradas se cruzan por encima de la cabeza del chico y Leo asiente. Hasta ahora todo va bien. Todo va según lo previsto.

La sonrisa de Leo hace que mi alma cante, ahora más que nunca. Cada día más.

Solo rezo para que a su hijo le guste la mitad de lo que le gusto a Leo.

—Oye, campeón —dice cuando me acerco un poco más—. Mira quién es, amigo. Esta es Abigail.

Espero que mi sonrisa sea lo suficientemente brillante mientras miro al pequeño con los ojos marrones más grandes del universo. Espero que le guste mi tonto saludo mientras le digo hola.

Oh Dios, espero que le guste.

Por favor, por favor, que le guste.

Mi plegaria es una mueca por dentro, pero por fuera creo que sigo divertida.

He estado planeando esto. Esperando esto. Temiendo esto al mismo tiempo.

Pero mientras Cameron me saluda con sus dulces deditos, sé que todo valdrá la pena. Cueste lo que cueste.

El niño es totalmente adorable, como su padre.

—Abigail —dice, y sonrío.

Leo le sonrío.

—Así es, Cam. Has oído hablar de Abigail, ¿verdad?— Cam asiente con la cabeza. Parece muy orgulloso de sí mismo—. También hemos visto sus fotos, ¿no? —Otro asentimiento.

Sigo sonriendo mientras Leo sigue hablando.

—¿Y qué trajimos para Abigail, por si acaso llegábamos a verla hoy? ¿Te acuerdas?

Los ojos de Cam se iluminan mucho. Está rebuscando en el bolsillo de su padre con alegría mientras su papá me guiña un ojo.

—¡Eso es, lo tienes, campeón!

Me quedo sin aliento al ver el trozo de tarjeta de colores doblado en la mano de Cameron.

Hay una foto de mí. Definitivamente soy yo. Me reconocería incluso en crayones de cera. Además, reconozco el color de mi vestido de la barbacoa de verano. Además, la figura de palo a mi lado en el dibujo es un verdadero regalo.

Leo incluso se ve sexy como un hombre de palo. Lo miro fijamente mientras señalo el dibujo.

Él levanta una ceja y sé que también le gusta.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunto a Cameron mientras asiente con la cabeza.

—Papá —dice y señala al otro dibujo—. Abigail —dice después.

Mi corazón se dispara. Estalla.

Mi corazón pertenece a ese niño tan pronto como ha pronunciado esas palabras.

—Te dije que era guapo, ¿no? —Leo respira, y asiento con la cabeza. Oh, diablos, cómo lo sé.

Le doy las gracias a Cameron por mi foto, y supongo que se me da bien esto de las presentaciones, porque en cuanto le doy las gracias me tiende la mano y me lleva a dar de comer a los patos con él.

—Le gustas —susurra Leo mientras Cameron arroja semillas para pájaros en la hierba—. Creo que incluso podría ser tan fanático de ti como lo es su padre, si se le da un poco de tiempo.

Mi sonrisa es brillante.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

Aplaudo mientras Cam lanza un puñado de semillas especialmente alto. No estoy segura de cuál es la etiqueta para animar a los niños pequeños, pero voy por ello.

—Estoy bastante segura que seré una gran admiradora suyo también —le digo a Leo.

Toma mis manos entre las tuyas. Están calientes contra el frío.

—¿Sí?

Asiento.

—Sí.

Y es mejor así, ya que técnicamente estamos a tres meses de la fecha de nuestra boda de seis meses.

Todavía no hemos reservado el día, es todo en teoría.

Pero pronto.

Tan pronto como podamos.

Serena se mudará a finales de año, a la casa de Jake para ponerla en orden antes de su audiencia psiquiátrica en primavera. Se supone que yo me mudaré en su lugar.

Y es estresante, complicado, e intenso, y maravilloso, rápido, aterrador y...

Todo.

Es todo.

—Respira —dice Leo por instinto—. Va bien.

Y va bien. Cameron saluda de nuevo antes de lanzar otro puñado a los pájaros.

Leo se acerca, sus labios son un fantasma en mi oído.

—¿Ya lo has pensado?

Me hago la tonta.

—¿Pensar en qué?

Pero ve a través de mí. Sus dedos se deslizan entre los míos y los aprieta.

—No seas graciosa. Sabes que lo recibirás más tarde si no tienes cuidado. —Cuento con ello—. Necesito a alguien —continúa—. Sabes que es un buen movimiento, para los dos.

Y sé que es un buen movimiento. Aunque es uno grande.

Los chicos del trabajo han sido tan buenos conmigo durante meses. Voy a extrañarlos cuando me vaya.

Aun así, al menos ahora que Sarah finalmente logró hundir sus sexy garras descaradas en Jack de camisa rosa, debería haber algunas citas dobles en las cartas.

Y Diva's. Todavía queda Diva's.

—Lo digo en serio —susurra Leo—. Necesitamos a alguien. Tendré que reclutar si no lo quieres.

Pero lo quiero.

Realmente lo quiero.

—Quiero treinta días de vacaciones, como mínimo —digo y él pone los ojos en blanco.

—Lo quieres, ¿verdad?

Asiento

—Y almorzar en mi escritorio, por cortesía de mi nuevo y sexy jefe cada mediodía.

Sonríe.

—Veré lo que puede hacer.

—Y quiero que use un esmoquin todos los días. Cada. Día. Excepto tal vez en Nochebuena, donde puede disfrazarse de Santa. —Me río para mis adentros—. Tendrás que conseguir un poco de ese tonto spray blanco para tu barba.

Inclina la cabeza. Sus ojos me brillan.

—Tienes que tener cuidado con estas peticiones, Abigail. Si no tienes cuidado, acabarás desnuda en medio de la oficina cuando menos te lo esperes. Regularmente.

Levanto las cejas.

—¿Es eso una amenaza?

—Es una promesa.

Me río mientras extendiendo la mano.

—Entonces tienes un trato, socio.

La toma con la suya y, como siempre, la rosa en su mano me deja sin aliento. Como lo hizo ese día en la gasolinera.

—Bienvenida a su nuevo trabajo, señorita Summers.

Su aliento es cálido en mi boca, su frente en la mía mientras Cam se despide a los patos en el estanque.

—Esta noche —dice, y se me eriza la piel.

—¿Las colinas?

Asiente con la cabeza.

Me arden las mejillas.

Y entonces Cam vuelve corriendo hacia nosotros. Sonrío mientras Leo lo levanta en alto.

—Oye, campeón —dice, y sus ojos brillan—. ¿Qué tal si invitamos a Abigail a cenar con nosotros? Puedes enseñarle tu tortuga, ¿verdad? Le gustan las tortugas.

Por favor, di que sí. Por favor, por favor, di que sí.

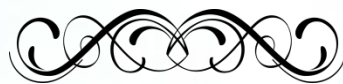
Me siento como si fuera un gladiador frente a un diminuto emperador, mi destino en equilibrio en su mano mientras decide si quiere verme luchar de nuevo.

Cameron asiente.

Sonrío como una loca.

Y mientras me habla de su tortuga, con la vocecita más dulce que he oído nunca, sé que voy a quererlo siempre.

Al igual que su padre.



Esta noche es la primera noche que no tengo que conducir desde Hereford cuando Cam lleva mucho tiempo en la cama.

La promesa de la persecución retumba en mi vientre durante la cena.

La veo reflejada en los ojos de Leo.

Me espera afuera una vez que me he cambiado los zapatos por unos más sensatos. Me agarra de la mano y me lleva a través de la oscuridad hasta la cima de la montaña.

Sonrío en la oscuridad aunque el viento me azote la cara.

Lo siento a mi espalda. Siento su presencia contra mi culo.

Esta mierda nunca envejece.

Mi monstruo es magnífico, caliente como el infierno y tan vicioso como siempre.

Su voz es de satén líquido, chorreando pesadillas y lágrimas vírgenes.

Mi corazón late como un loco.

Me siento loca.

Y lo quiero por ello.

Presiona su boca contra mi oído.

Contengo la respiración.

Espero.

JADE WEST

bait

Cada músculo espera el momento.

Hasta que llega.

Y en ese momento estoy viva.

—Corre —dice el monstruo.

Y, mierda, cómo lo hago.

EL FIN

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait
poetic

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



Team Fairies



Team_Fairies

I love how beautiful
you are when you hurt

JADE WEST

bait

psyc

I love how beautiful
you are when you hurt